

J. B. LOBRY
—
CURSO
DE
INSTRUCCIONES
POPULARES

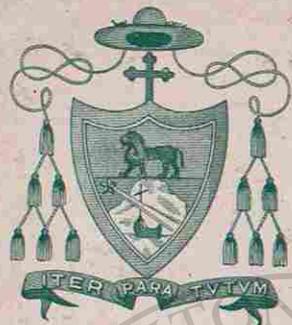
6

BX1751

L6

v. 6

009583

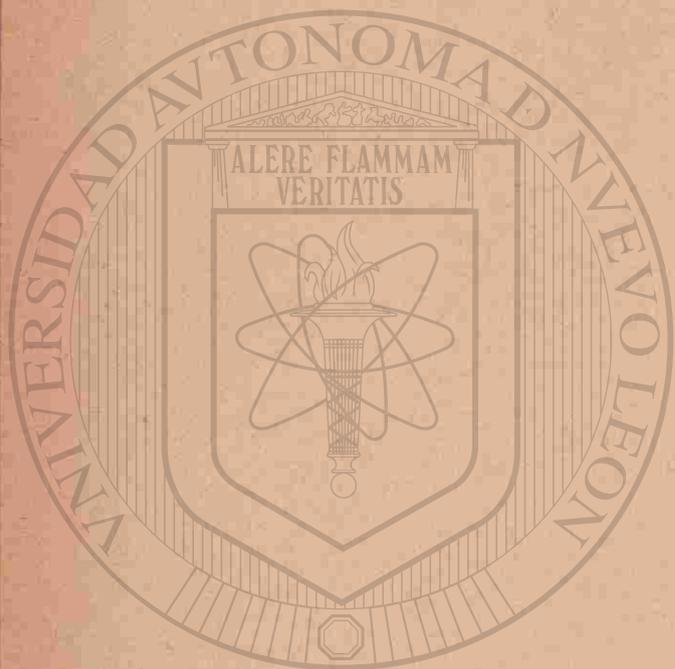


1080015945

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



CURSO

DE

INSTRUCCIONES POPULARES

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CURSO
DE
INSTRUCCIONES POPULARES

POR
EL ABATE J. B. LOBRY

PARROCO DE VAUCHASSIS, ANTIGUO PROFESOR DE TEOLOGIA
EN EL SEMINARIO DE TROYES

TOMO SEXTO

INSTRUCCIONES PARA DOS CUARESMA Y UN MES DE MARIA

Traducción española

DE

D. F. LUIS OBIOLS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS
LUIS VIVÉS, LIBRERO EDITOR
13, RUE DELAMBRE, 13

1892

46062

62.1751
L6
v.6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INSTRUCCIONES POPULARES

PARA

UNA PRIMERA CUARESMA.

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION PRIMERA

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (*en la Misa.*)

Bondad del padre del Hijo pródigo : ingratitud de este último.

TENTO. — *Pater da mihi portionem substantiae, quae me contingit.*
Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde.

(LUC., XV, 12).

Exordio. — Hermanos míos, cierto día que los Fariseos murmuraban echando en cara á nuestro divino Salvador su bondad y su indulgencia con los pecadores, éste les refirió la parábola siguiente : « Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el más joven dijo á su padre : *Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde.* Y el padre les distribuyó su hacienda. Pocos días después, el hijo más joven, habiendo reunido todo lo que le pertenecía, se marchó á un país extranjero,

donde malgastó su hacienda viviendo desarregladamente. Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino en aquel país un hambre muy grande, y el joven empezó á encontrarse en la indigencia. Fué y se contrató con uno de los habitantes del país, el cual lo envió á su casa de campo para guardar en ella los cerdos. Y muy á gusto le habría venido poder saciar su hambre con lo que los cerdos comían, pero nadie se lo ofrecía... Por último, habiéndose concentrado y puéstose á meditar en su interior, dijo: *¡ Cuántos jornaleros tienen pan en abundancia en casa de mi padre, é yo me estoy aquí muriendo de hambre! Me levantaré, iré á mi padre y le diré: Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos, ya sé que no soy digno de ser llamado hijo vuestro; admitidme en casa y tratadme como á uno de vuestros jornaleros...* Y levantándose, fué hácia su padre. Estaba todavía bastante lejos, cuando su padre le vió venir y se sintió movido á compasión; y corriendo hácia él, le echó los brazos al cuello. Su hijo le dijo: *Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos; ya sé que no soy digno de ser llamado hijo vuestro...* Mas el padre dijo á sus criados: *Traed inmediatamente su primer vestido y ponédsele, colocad un anillo en su dedo y zapatos en sus piés; traed el becerro gordo y matadlo; comamos y regocijémosnos, porque este hijo mío que aquí veis, estaba muerto y ha resucitado; estaba perdido y se ha vuelto á encontrar.* Y empezaron á disponer el festin. Entretanto el hijo mayor, que estaba en el campo, volvió, y cuando estuvo cerca de la casa, oyó aquellas demostraciones de alegría. Llamó á uno de los criados y le preguntó qué era aquello: éste le dijo: *Tu hermano ha vuelto, y tu padre ha matado el becerro gordo porque lo ha recobrado sano.* Indignése el mayor y no quiso entrar en casa. Salió por lo tanto su padre para decidirle, mas él dijo á su padre: *He ahí que hace ya tantos años que te sirvo, jamás he desobedecido tus órdenes y nunca me has dado ni un cubritillo para divertirme con mis amigos; mas en cuanto tu otro hijo, que se ha comido su hacienda con mujeres perdidas, ha vuelto, has matado para él el becerro gordo.* Entonces el padre le contestó: *Hijo mío, tú estás siempre conmigo, todo lo mío es tuyo; pero era preciso hacer un festin y regocijarnos, porque tu hermano estaba muerto*

y ha resucitado; estaba perdido y se le ha vuelto á encontrar. »

PROPOSICIÓN. — Hermanos míos muy amados, esta parábola contiene enseñanzas muy útiles, saludables y consoladoras; las estudiaremos con alguna detención durante este santo tiempo de Cuaresma... Pobres pecadores, encierra la historia de nuestra malicia y de nuestros extravíos; permita el Dios misericordioso que tenemos en el cielo, que sea también la imagen de nuestro sincero retorno á sus brazos!...

DIVISIÓN. — *Primeramente*; algunas consideraciones preliminares; *en segundo lugar*; bondad del padre del Hijo pródigo é ingratitud de este último; *en tercer lugar*; ingratitud del pecador que abandona el servicio de Dios.

Primera parte. — Los santos Padres han aplicado algunas veces la parábola del Hijo pródigo al pueblo Judío y á los Gentiles. El padre de familia era el mismo Dios; el más joven de los dos hijos, reclamando la parte de la hacienda que le correspondía y marchándose luego á derrocharla entre excesos, representaba á los Gentiles, es decir, á los infieles que, habiéndose alejado de Dios, habían abusado de su libertad, de su razón y de su inteligencia para ofrecer sus homenajes á los ídolos más groseros... Aquella hambre que sobrevino, aquella miseria, aquella degradación en que cayó el Hijo pródigo, era la viva imagen del triste estado en que vivía sumido el mundo antes de la venida de Jesucristo... La ternura, la compasión del padre de familia para con su pobre hijo extraviado, recordaban la bondad y misericordia de Dios para con las naciones infieles, á las cuales Jesucristo había venido á redimir... Los murmurios del hijo mayor, quejándose de que su hermano fuese acogido con tanta alegría, representaban las murmuraciones y la envidia de los Judíos, cuando vieron que todos los pueblos eran llamados á participar del beneficio de la Redención...

Pero lo que más comunmente han visto los santos doctores en los rasgos que caracterizan al Hijo pródigo ha sido la imagen del pecador... La partida de ese hijo ingrato, sus extravíos, su desventura han parecido siempre la verdadera representación de los extravíos y de la desventura del alma que se aleja de Dios. La vuelta del Hijo pródigo, la bondad de su padre, la alegría con que recibe al hijo arrepenido,

son la imagen de la conversión del pecador y de la infinita misericordia con que Dios acoje su regreso...

Bajo este punto de vista será, hermanos míos, bajo el que estudiaremos esta admirable parábola... La Sagrada Escritura encierra muchas verdades en un reducido número de frases... Pero es preciso saber meditarla para comprenderla bien. A la manera como se prensa la uva para extraer de ella el jugo más puro, así comprimiremos en cierto modo este asunto, para hacer brotar de él las preciosas enseñanzas que contiene... Veamos ante todo las circunstancias que precedieron á la partida del Hijo pródigo; luego después las aplicaremos á los pecadores, esto es, á nosotros mismos; porque todos somos pecadores y todos tenemos que recoger alguna lección útil en la explicación de esta hermosa parábola...

Segunda parte. — Bondad del padre del Hijo pródigo. Hermanos míos, aun cuando nada nos diga el Evangelio de las circunstancias que precedieron á la partida del Hijo pródigo, nosotros nos las podemos representar fácilmente... Su padre era bueno, cariñoso, excelente... ¿Quién podría ponerlo en duda, viendo con qué amor y con cuánta compasión acojió más tarde á su hijo arrepentido?... Aquel padre era rico; porque tenía numerosos criados... Por lo tanto es positivo que la infancia del pródigo estuvo rodeada de toda especie de cuidados y dulzuras... Todos vosotros sabéis, hermanos míos, lo que debe ser un buen padre, lo que gasta en cuidados, ternura, dinero é inquietudes para educar á sus hijos... Es menester no solamente alimentarlos y vestirlos, sino que además hay que reprenderles, velar por ellos, hacerlos educar según sus posibilidades... Ninguno de estos cuidados le había faltado al Hijo pródigo. Ternura, cariño, abnegación, buenos consejos, sábios avisos, nada se había omitido para formar su corazón, esclarecer su espíritu y guiar su inexperiencia... Mas ¡ay! tanto amor, tantos cuidados habían sido completamente inútiles!... Mirad esos árboles llenos de musgo, delgados y raquíticos que se rodean de inútiles cuidados; se cava la tierra á su alrededor, se les abona, se les riega; sin embargo cada día se les ve ponerse más delgados y amarillentos: del mismo modo el corazón de aquel jóven aturdido había permanecido seco é insensible á las bondades de su padre... No había que-

ruido reprimir sus nacientes pasiones; no había sabido huir las malas compañías... No había tratado de evitar las asechanzas que á su juventud tendían perversos consejeros; de eso procedía sin duda alguna su indocilidad, su rebelión contra su padre, y aquella funesta resolución que tomó de abandonarle, resolución que tan tristemente debía expiar y que más tarde tenía que deplorar con lágrimas amargas... Más de una vez, antes del día en que se atrevió á reclamar insolentemente la parte de su hacienda, más de una vez, digo, había dado á su padre motivos de queja y de descontento; aquel buen padre se había concretado á dirigirle observaciones, paternales amonestaciones y siempre le había perdonado... Y aquel hijo rebelde, en vez de demostrarle su reconocimiento, se había prevalido de tanta bondad; y teneis que, para dar las gracias á su padre por sus beneficios, cuidados y bondades, tiene la osadía de rebelarse abiertamente contra él... « Tu autoridad me daña, tus amonestaciones me fastidian, le dice; dame lo que de la hacienda me corresponde, que yo me voy lejos de tí, porque al fin soy libre... » ¡Cuánta ingratitud, hermanos míos! ¿Y hay palabras bastante fuertes para vituperar una conducta semejante?...

Tercera parte. — Pero, cristianos, antes de condenar tan severamente la conducta del Hijo pródigo, os suplico que hagamos una reflexión sobre nosotros mismos... Recojámosnos un instante, penetremos en nuestro interior... No exajeremos nada, pero al propio tiempo no nos hagamos tampoco ilusiones... Decidme, ¿no tenemos también nosotros un Padre muy bueno, á quien cada día tenemos que saludar con estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos?*... Y este Padre ¿de cuántos bienes no nos ha colmado?... Nos ha dado la vida; porque nuestras madres podrían decirnos, con verdad, lo que una santa mujer decía á sus hijos: « Hijos míos, no soy yo quien os ha dado la vida, es la mano del Todo Poderoso la que os ha formado en mi seno »... Nos ha dado la gracia por medio del Bautismo; nos ha dado la inteligencia, la razón. Y en efecto, si no somos idiotas, como ciertos desgraciados que sirven de juguete á los chicos, y vienen a pedir limosna á nuestras puertas, ¿á quién lo debemos?... Si Dios permite que, de vez en cuando, nazca alguno de esos infelices, mendigos ó idiotas, es para hacernos comprender que es él, solamente él quien da la fuerza, la salud,

la inteligencia... ¿Es menester recordaros la instrucción que habeis recibido, el catecismo que habeis aprendido?... ¿Debo conducirnos todavía, uno tras otro, á este santuario, llevaros á la santa mesa y deciros : « Hubo un día, día que vosotros habeis olvidado, día á lo menos en que no pensais bastante; porque este día ¡nó! no se olvida jamás!.. Hubo un día en que, niños todavía, llenos de fe y radiantes de amor, estabais sentados ahí, ataviados los unos con vuestros mejores trajes, vestidas las otras con blancos ropajes... Hubo un día, digo, en que el mismo Jesucristo se entregó á vosotros, en que Dios tomó solemnemente posesión de vuestro corazón... un día en el cual derramó sobre vosotros sus más abundantes gracias... » ¿Es esto todo?... Nó, nó, hermanos míos muy amados, cada uno de nuestros años, cada uno de nuestros días, cada hora, cada minuto, es uno de sus beneficios... Gozais de una agradable comodidad; todo el porvenir os sonríe. No lo olvideis, es un beneficio de Dios. Teneis salud, paz, unión en vuestras familias; beneficio de Dios también... En fin, el aire que respirais, el pan con que os alimentais, son otros tantos beneficios de Dios... Acordaos bien de esto.

Ahora, pobres hijos pródigos y rebeldes, examinemos la manera como nos conducimos nosotros para con nuestro Padre celestial... Nosotros somos sus hijos; le debemos obediencia y sumisión... ¿No seríamos también nosotros ingratos; no habríamos también nosotros reclamado nuestra libertad, para vivir fuera de su ley y como lejos de su presencia?... Dios nos ha repetido con frecuencia lo que el padre del pródigo dijera más de una vez á su hijo; « Hijo mío, desconfía de tus pasiones; su lenguaje es dulce, pero los frutos que ellas producen son amargos : evita las malas compañías, ten cuidado con los malos consejos... Querido hijo, permanece cerca de tu padre, tú conoces su bondad, su ternura hacia tí. Quédate; nada faltará para tu tranquilidad, para tu felicidad... » ¿Hemos escuchado esta voz?... Apesar de tantas gracias como habíamos recibido, apesar de los innumerables beneficios de que Dios nos había colmado, le hemos abandonado. No nos encontrábamos bastante libres bajo su ley, el yugo de sus mandamientos nos ha parecido excesivamente pesado... Le hemos abandonado brutalmente, sin pararnos un momento á reflexionar,

sin osar darnos cuenta á nosotros mismos ni decirnos : « Veamos, Dios es mi Padre; él me ha creado para amarle y para servirle... Pero yo ya no le quiero amar ni servir... Sin embargo; ¿qué me ha hecho?... ¿Por qué razón estoy decidido á abandonarle?... » ¡Ay, hermanos míos muy amados, qué contestación tan triste habríamos encontrado si nos hubiésemos dirigido una pregunta semejante!... El uno habría dicho : « Yo le dejo por respeto humano »; el otro : « Yo le dejo para seguir mis pasiones ». Y vosotras, jóvenes, ¿porqué le habeis abandonado?... Vosotras queríais frecuentar los bailes, correr imprudentemente en busca de ocasiones peligrosas; vosotras habeis encontrado que su yugo era demasiado pesado, os han fatigado las santas leyes del pudor... Ya lo veis, hermanos míos, todos nosotros lo vemos; infelices pecadores, hemos querido, como el Hijo pródigo, hemos querido dejar á este buen Padre que, sin embargo, nos había colmado de beneficios.

PERORACIÓN. — Hermanos míos muy amados, creo oír á Jesucristo, nuestro dulce Salvador, quejarse de nuestra ingratitud y de este desleal abandono... Parece que le oigo dirigir á cada uno de nosotros los conmovedores reproches que dirigía á los Judíos y que nos recuerda el oficio del Viernes Santo: « Pueblo mio, ¿qué te he hecho?... *Popule meus, quid tibi feci?*... Alma á quien tanto he amado, alma redimida á costa de mis dolores y de mi sangre, habla, dí ¿qué te he hecho? ¿en qué te he contristado?... Caro amigo, desde el seno de tu madre he velado sobre tí; te he preservado de los accidentes de tu nacimiento; con el bautismo, te he admitido en el número de mis hijos... ¡y tú, tan joven todavía, te has rebelado contra tu Padre y Señor!.. Te he dado la salud, la razón, la inteligencia, ¡y tú has abusado de estos dones para ofenderme!.. Tú eras una vid que yo había rodeado con mis cuidados : te había plantado, cultivado, guardado con solicitud, ¡y tú no has producido para mí más que frutos amargos!... Te he perdonado tus faltas, tus extravíos; los brazos de mi misericordia han estado siempre abiertos para tí; te he alimentado con mi cuerpo, me he entregado á tí; ¡y tú me has tratado como un enemigo á quien se rechaza, á quien se encuentra gusto en ultrajar é irritar!... Díme pues, amigo mio, ¿qué te he hecho, en qué te he contristado?... *In quo contristavi te?* Juventud, salud, fortuna, bienestar,

tranquilidad, paz, unión, todos los bienes de que gozas son dones de mis manos; con que yo lo quiera un solo instante, todo habrá desaparecido para tí, y la muerte !... Pero nó, pobre Hijo pródigo, más quiero tu conversión que tu muerte.»

Sí, hermanos míos muy amados, Jesucristo no quiere la perdición de los pecadores; Jesucristo quiere que nos convirtamos y que vivamos. Adorable y misericordioso Salvador, los que están en el infierno no os alabarán jamás... y los hijos pródigos convertidos os bendecirán para siempre en el cielo... Pero no cansemos su paciencia, no abusemos de su bondad; aprovechemos esta santa cuaresma para recobrar la gracia de Dios, para poner en regla las cuentas de nuestra conciencia; hagamos que la conversión de todos nosotros lleve la alegría al cielo, y atraiga sobre nosotros y los nuestros las más abundantes bendiciones...; Así sea!

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION SEGUNDA.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (oración de la noche.)

Dureza é insensibilidad del Hijo pródigo, imagen de la dureza é insensibilidad del pecador.

TEXTO. — *Pater da mihi portionem substantiae, quae me contingit.*
Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde.

(LUC., XV, 12).

EXORDIO. — Hermanos míos, Nuestro Señor Jesucristo decía á los Judíos que querían apedrearle, es decir, matarle á pedradas: « Yo he hecho entre vosotros muchas obras buenas; decidme pues por cuál de estas obras me queréis apedrear... Yo he devuelto la vista á vuestros

ciegos, el oído á vuestros sordos, yo he curado á vuestros enfermos y resucitado á vuestros muertos; ¿por cuál de estos beneficios me queréis hacer morir?.. » Este lenguaje es el que emplea con cada uno de nosotros... Sí, cada pecador, si quiere concentrarse un instante, puede oír á este dulce Salvador que dice en el fondo de su conciencia: « Yo te he sacado de la nada, yo te he dado el ser y la vida, yo te he confiado á la custodia de mis Angeles, tú no vives sinó de mis beneficios: ¿por cuál de estos bienes quieres abandonarme?.. Tú me ultrajas cada día con tu indiferencia y con tus infidelidades: tú quebrantas mis leyes sin escrúpulo, tú abandonas mi servicio por el del demonio... ¿En qué te he faltado? ¿qué injurias has recibido de mí?... Contesta: ¿de qué te quejas?... Sobre esta ingratitud del pecador, que abandona á Dios apesar de tantos beneficios, es sobre lo que esta mañana insistíamos... Y encontrábamos una viva imagen de esta ingratitud en la conducta del Hijo pródigo para con su padre... Pero esta noche, hermanos míos, profundicemos más este asunto; meditémolo con mayor atención, á fin de que lo comprendamos bien.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — En la partida del Hijo pródigo me parece ver todavía, á más de la ingratitud, ciertas circunstancias odiosas, circunstancias que se encuentran igualmente en la conducta del pecador cuando abandona el servicio de Dios. Sí, además de la ingratitud de que hemos hablado esta mañana, si queréis reflexionar, vereis que hay asimismo: *en primer lugar*, dureza: *en segundo lugar*, insensibilidad en la conducta de este hijo rebelde.

Primera parte. — Dureza... Vedle como emprende á aquel padre tan bueno, á aquel padre tan tierno: colócase en su presencia con la cabeza alta, el ademán altanero: « Padre, le dice con insolencia, dame la parte de la hacienda que me corresponde ». No se detiene á hacerse las siguientes reflexiones: « Cuando mi padre será viejo ¿quién le mantendrá?.. Si mi hermano obrase como yo, este pobre anciano estaría inconsolable; nadie estaría aquí para cuidarle en sus enfermedades; su vejez, que debería ser tan dulce, correría entre lágrimas y en el abandono; manos extrañas serían las únicas que cerrarían sus ojos y le bajarían á la tumba; esclavos y mercenarios serían los únicos que derramarían lágrimas sobre sus restos!.. » Nó, la pasión le

tranquilidad, paz, unión, todos los bienes de que gozas son dones de mis manos; con que yo lo quiera un solo instante, todo habrá desaparecido para tí, y la muerte !... Pero nó, pobre Hijo pródigo, más quiero tu conversión que tu muerte.»

Sí, hermanos míos muy amados, Jesucristo no quiere la perdición de los pecadores; Jesucristo quiere que nos convirtamos y que vivamos. Adorable y misericordioso Salvador, los que están en el infierno no os alabarán jamás... y los hijos pródigos convertidos os bendecirán para siempre en el cielo... Pero no cansemos su paciencia, no abusemos de su bondad; aprovechemos esta santa cuaresma para recobrar la gracia de Dios, para poner en regla las cuentas de nuestra conciencia; hagamos que la conversión de todos nosotros lleve la alegría al cielo, y atraiga sobre nosotros y los nuestros las más abundantes bendiciones...; Así sea!

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION SEGUNDA.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (oración de la noche.)

Dureza é insensibilidad del Hijo pródigo, imagen de la dureza é insensibilidad del pecador.

TEXTO. — *Pater da mihi portionem substantiae, quae me contingit.*
Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde.

(LUC., XV, 12).

EXORDIO. — Hermanos míos, Nuestro Señor Jesucristo decía á los Judíos que querían apedrearle, es decir, matarle á pedradas: « Yo he hecho entre vosotros muchas obras buenas; decidme pues por cuál de estas obras me queréis apedrear... Yo he devuelto la vista á vuestros

ciegos, el oído á vuestros sordos, yo he curado á vuestros enfermos y resucitado á vuestros muertos; ¿por cuál de estos beneficios me queréis hacer morir?.. » Este lenguaje es el que emplea con cada uno de nosotros... Sí, cada pecador, si quiere concentrarse un instante, puede oír á este dulce Salvador que dice en el fondo de su conciencia: « Yo te he sacado de la nada, yo te he dado el ser y la vida, yo te he confiado á la custodia de mis Angeles, tú no vives sinó de mis beneficios: ¿por cuál de estos bienes quieres abandonarme?.. Tú me ultrajas cada día con tu indiferencia y con tus infidelidades: tú quebrantas mis leyes sin escrúpulo, tú abandonas mi servicio por el del demonio... ¿En qué te he faltado? ¿qué injurias has recibido de mí?... Contesta: ¿de qué te quejas?... Sobre esta ingratitud del pecador, que abandona á Dios apesar de tantos beneficios, es sobre lo que esta mañana insistíamos... Y encontrábamos una viva imagen de esta ingratitud en la conducta del Hijo pródigo para con su padre... Pero esta noche, hermanos míos, profundicemos más este asunto; meditémoslo con mayor atención, á fin de que lo comprendamos bien.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — En la partida del Hijo pródigo me parece ver todavía, á más de la ingratitud, ciertas circunstancias odiosas, circunstancias que se encuentran igualmente en la conducta del pecador cuando abandona el servicio de Dios. Sí, además de la ingratitud de que hemos hablado esta mañana, si queréis reflexionar, vereis que hay asimismo: *en primer lugar*, dureza: *en segundo lugar*, insensibilidad en la conducta de este hijo rebelde.

Primera parte. — Dureza... Vedle como emprende á aquel padre tan bueno, á aquel padre tan tierno: colócase en su presencia con la cabeza alta, el ademán altanero: « Padre, le dice con insolencia, dame la parte de la hacienda que me corresponde ». No se detiene á hacerse las siguientes reflexiones: « Cuando mi padre será viejo ¿quién le mantendrá?.. Si mi hermano obrase como yo, este pobre anciano estaría inconsolable; nadie estaría aquí para cuidarle en sus enfermedades; su vejez, que debería ser tan dulce, correría entre lágrimas y en el abandono; manos extrañas serían las únicas que cerrarían sus ojos y le bajarían á la tumba; esclavos y mercenarios serían los únicos que derramarían lágrimas sobre sus restos!.. » Nó, la pasión le

domina; ¡no ve más que la pasión!... ¿Qué le importa que su padre pase una vejez triste y desolada?. Tampoco le ha de ver... Estará lejos de él, y durante este tiempo él se divertirá entre los placeres y en el seno del libertinaje... Recoge todo lo que le pertenece, y en cuanto á los demás que se compongan como puedan... ¡Oh dureza de un alma embrutecida por las pasiones!.. Tal vez aquel miserable, en el fondo de su corazón hasta se alegraba de ver á su padre afligido; porque se han encontrado, y se encuentran todavía hijos, y hasta hijas, dichosos con las lágrimas que hacen derramar á sus padres, y que toman como un juego las penas que les causan... ¡Tal vez en su alma el pródigo deseaba la muerte de su buen padre, para poder estar más libre y no tener que oír más sus reproches!.. ¿No hemos visto algunas veces á hijos que desean la muerte de sus padres, para poder casarse á su capricho, ó para poder vivir desordenadamente?...

Hermanos míos muy amados, esta dureza del Hijo pródigo para con su padre, la imita el pecador cuando se rebela contra Dios... Hasta la edad en que hemos dejado de frecuentar los sacramentos, habíamos sido, a pesar de ciertas infidelidades, hijos de Dios; le estábamos sometidos; pero acordáos bien del año, del día en que dejasteis de cumplir con vuestros deberes de cristiano... Entonces reclamasteis lo que creísteis que os pertenecía. Os pusisteis duramente, insolentemente en presencia de Dios, y le dijisteis con vuestras acciones, si no con vuestras palabras: « No quiero serviros más, reclamo mi libertad oprimida por vuestros mandamientos ». Recobrasteis esta libertad, y os habeis servido de ella para el mal; recobrasteis vuestro corazón, y lo habeis entregado al odio, á la envidia; recobrasteis vuestra inteligencia, y la habeis prostituído en el mal: vuestra imaginación se ha alimentado de fantasmas impuros, vuestra memoria se ha convertido en... ¿ encontraré una palabra con qué expresar mi pensamiento?... vuestra memoria se ha convertido en un receptáculo de inmundicias; habeis olvidado las verdades de la fé, tal vez hasta vuestras oraciones, para recordar innobles estribillos; vuestra boca, en vez de pronunciar sagrados cánticos y alabanzas de Dios, no conoce más que los acentos del libertinaje y de la licencia... Ved ahí lo que habeis hecho de la hacienda que reclamasteis: habeis querido, quisisteis recobrar todas

vuestras facultades... No os preocupasteis para saber si Dios, que os las había dado, tenía derechos sobre ellas... ¿ Dios?... Pero ¿ acaso vosotros, infelices pródigos, os habeis cuidado de él?... ¡ Quizás sólo habeis pensado en Dios para blasfemar de él!... ¡ Hasta quizás, para libraros de los remordimientos de vuestra conciencia y de los terrores del juicio, en el fondo de vuestra alma habeis deseado que no existiese!...

Pero nó, no exajeremos nada; supongamos que el Hijo pródigo no deseó la muerte de su padre; supongamos también que el pecador no ha deseado que Dios no le viese... Quiero hasta creer que, apesar de su aturdimiento y de la efervescencia de las pasiones, el Hijo pródigo pensaba en el porvenir, y que al dejar á su padre llevaba el propósito de volverle á ver un día... ¡ Y bien!... Esta previsión, este mismo pensamiento era una muestra de la dureza de su corazón; ella le hacía todavía más culpable: « Por de pronto, se dijo, voy á pasar mi juventud á mi antojo, léjos de este regañón importuno... Más tarde, veremos; si tengo necesidad de él, volveré; es tan bueno, que de seguro me perdonará y hasta me recibirá con alegría... » ¿ Qué os parece semejante manera de discurrir?... ¿ No es preciso ser desnaturalizado para abusar hasta este punto de la bondad de un padre, para decir: « Puedo entristecerle, afligirle, rebelarme contra él, insultarle: conozco perfectamente su cariño y sé que siempre que quiera volver á su lado, no necesitaré más que decirlo... » ? ¡ Dios mio! ¡ Cuántos y cuántos pecadores hay, hermanos míos, hasta entre nosotros, que imitan en estas ideas al Hijo pródigo!... Si antes de abandonar el servicio de Dios, se presenta á su imaginación la idea de la muerte, del infierno: « Dios es bueno, se dicen, y más tarde, cuando seré viejo, volveré; él está siempre dispuesto á recibirme y me recibirá... » Y de este modo, en el momento mismo en que uno se rebela contra Dios, ya cuenta con su bondad, con su misericordia para ofenderle impunemente... ¿ Es posible comprender dureza semejante?... Dios es bueno: yo le ofendo, le irrito, me burlo de sus leyes; renuevo los dolores de su Pasión; pero estoy tranquilo, él me esperará, no me castigará, me hará la gracia de que pueda volver á él... ¡ Oh pecadores!

¡ Sí, nosotros somos tan ingratos, estamos tan endurecidos como el Hijo pródigo!...

Según aparte. — Veamos ahora la insensibilidad de ese malaventurado Hijo... Su vicioso corazón está seco; nada puede conmoverle, nada le puede disuadir de su funesta resolución... En vano su padre, anegado en llanto, le da los consejos que le dicta el interés más tierno; en vano le dirige las más prudentes reflexiones. « Hijo mío, le dice, te conjuro á que no me abandones. Pon cuidado; Dios castiga á los hijos rebeldes á sus padres. Absalón se rebeló en otro tiempo contra David, su padre, y no ignoras de qué manera fué castigado... Colgado de un árbol, murió con el corazón atravesado por tres dardos... El Señor vengó de esta suerte en su sangre las lágrimas que había hecho derramar á su padre... ¡ Teme que Dios no te castigue y te pida estrecha cuenta de las lágrimas que á mí me haces derramar!... ¿ Ves, por el contrario, como, hasta ya en esta vida, son recompensados los hijos dóciles?... El jóven Tobías te puede servir de ejemplo: su padre era ciego; con el trabajo de sus manos le alimentó y le procuró alivio en sus males. ¡ Cómo escuchaba este dócil hijo las advertencias de su padre!... Mostróse el amigo, el sostén, el apoyo de sus padres: y por esto Dios le recompensó con toda especie de prosperidades... Imita su ejemplo, querido hijo, quédate al lado de tu padre. ¿ Qué será de tí lejos de mí, rodeado de acechanzas, cercado de falsos amigos, que abusarán de tu juventud?... Hijo mío, en nombre del cielo, no abandones á tu padre, no me causes este pesar... Tú sabes cuánto te amo, no laves á la tumba mi desolada vejez... »

Así se expresa el padre; y su desdichado hijo le escuchó con los ojos enjutos y con aire distraído!... Apenas va á despedirse de él; todo está dispuesto ya para su partida, y el anciano intenta todavía un postrer esfuerzo sobre aquel corazón más duro que el bronce. — « Querido hijo, añade con voz temblorosa por la emoción, pues que nada puede detenerte, pues que quieras partir, á lo menos prométeme que volverás; no olvides en tus infortunios, que aquí hay un corazón de padre que te amará siempre, y unos brazos abiertos siempre para recibirte... »; No es ésta suficiente ternura, no son éstos suficientes esfuerzos para retener á un miserable que quiere correr hácia su per-

dición?...; Deventurado!; Se aleja del mejor de los padres sin derramar ni una lágrima, sin experimentar pesar alguno!...; Oh! Decidme, Cristianos, ¡ quién no maldeciría á un tal hijo!...

Poco á poco, hermanos míos muy amados, poco á poco; antes de maldecir al Hijo pródigo, veamos si su historia no sería tal vez la nuestra... Cuando nosotros hemos querido alejarnos de Dios, abandonar su servicio, hemos sido tan insensibles como aquel pobre jóven y más todavía... Nosotros como él hemos afligido el corazón del mejor de los padres; nosotros como él hemos recibido de este buen padre las más tiernas exhortaciones... No reflexionamos lo bastante, oh cristianos, sobre la malicia del pecado, sobre el ultraje, diré casi el pesar que causa á Dios... Cien veces se nos ha repetido, y jamás hemos fijado en ello nuestra atención... Y sin embargo todo nos lo recuerda; limitémosnos á una sencilla consideración... Dícese que la primera vez que Adán conoció con toda claridad la enormidad de su falta, la circunstancia en que más amargamente la lloró fué á la muerte de su hijo Abel... Al ver á aquel hermoso jóven bañado en su sangre, con el rostro livido, los ojos apagados, las facciones desfiguradas, inspirando horror por la presencia de la muerte, acuérdate de que aquello es una consecuencia de su pecado... Al ver por vez primera lo que es la muerte, se deshace en lágrimas y toma la resolución de hacer una penitencia más rigurosa todavía que la que hasta entonces había hecho... Cuando nosotros entramos en una iglesia, cuando vemos un crucifijo, á Jesucristo representado en un tan lamentable estado, todo cubierto de su sangre, coronado de espinas, apagados los ojos, pálidas las mejillas, lividos los labios, la boca seca y alterada, los piés y las manos traspasados con los clavos, ¿ cómo es que no comprendemos lo que es el pecado?... cuán odioso es á la augusta Trinidad, cuántas lágrimas y cuántos padecimientos costó á Jesucristo?... ¡ Ah! Si pensásemos en esto cuando estamos á punto de separarnos de Dios, cuando queremos abandonar su servicio, ¿ tendríamos el triste valor de ultrajar, de afligir á un Dios tan bueno, que tanto nos ha amado?... (1)

Os recordaré los consejos que el padre del pródigo le daba á su hijo,

(1) Conf. el P. Le jeune, sobre la penitencia.

las paternales exhortaciones que le dirigía antes de su partida... ¿ Creéis que Dios no nos dice nada cuando queremos separarnos de él?... ¿ Creéis acaso que no habla al corazón del pecador?... Si no oímos su voz, hermanos míos muy amados, es porque no la queremos oír... ¡Y sin embargo, esta voz habla bastante récio!... Unas veces se manifiesta por los lábios del pastor que nos instruye; otras veces habla en nuestra conciencia, ora vertiendo en ella buenas inspiraciones, ora despertando en ella los remordimientos: en otras ocasiones, los acontecimientos mismos que vemos verificarse á nuestro alrededor son los que para nosotros se convierten en la voz de Dios... Oigamos pues lo que esta voz nos dice: « Pobre pecador, tú abandonas el servicio de Dios, tú quieres alejarte de él, y permanecer en estado de pecado mortal; pon cuidado; Dios castiga á veces de una manera terrible á aquellos que le abandonan.. ¿ No ves cada año esas muertes repentinas, inesperadas, imprevistas, que arrojan al pecador, tembloroso y sin preparación, al tribunal de Dios?... ¿ No ves esas muertes, igualmente tristes y casi no menos terribles, de tantos desventurados, que esperan para prepararse á ellas que llegue la última enfermedad?... Pobres enfermos, sus cuerpos son únicamente los que reciben la unción de los moribundos; pero ¿dónde está su contrición, donde está su arrepentimiento?... ¿ Está perfectamente aliviada su alma?... ¿ No ves cada año algunos de estos aterradores ejemplos? Los habrá antes de pocos meses, tal vez antes de pocos días... Tal vez seas tú el que sirvas de ejemplo; pon cuidado... ¡Ves en cambio á esos que son buenos cristianos, cómo les recompensa Dios!... ¡Cuán bella es su muerte, santificada por la fé, endulzada por la esperanza, dulcificada por el amor!... Invita estos ejemplos; sé buen cristiano; ¡ah! te lo suplico en nombre de tu eternidad, no dejes á tu Dios y á tu padre; correrías demasiados peligros. Quélate, permanece á su servicio, no te alejes de él... » Ved ahí, hermanos míos, lo que Dios hace oír en nuestra conciencia, cuando nosotros queremos alejarnos de él... Y nosotros, como el Hijo pródigo, permanecemos sordos; nuestros corazones son más duros que la roca: una pasión funesta nos arrastra, nada nos puede detener...

Sin embargo, infelices pecadores, Dios no nos abandona todavía, nos suplica; no queriendo retenernos á pesar nuestro, nos dice como

el padre del pródigo á su hijo: « A lo menos prométeme que volverás; en tus infortunios, no olvides que mi corazón está aquí dispuesto á amarte; que mi misericordia está siempre dispuesta para recibirte... » Y apesar de tantas bondades, nosotros partimos con los ojos enjutos, sin pesar, sin remordimiento... ¡ Qué digo! experimentamos no sé qué loca alegría al abandonar al mejor de los padres!... Amados hermanos míos, ¿ tenemos acaso más duro el corazón, más insensible que las piedras?... ¡ Angeles del cielo, no nos maldigais!...

PERORACIÓN. — Pero, una nueva consideración se presenta á miespíritu al terminar esta instrucción. Como que en la historia del Hijo pródigo no se ha hablado de su madre, me figuro que no la tendría, que tal vez la muerte se la habría arrebatado... Y me pregunto: ¿ qué es lo que él habría hecho si hubiese tenido á su madre?... ¿ Habría tenido también el triste valor de abandonarla?... ¿ No se habría visto contenido por el temor de disgustarla?... Tal vez habría cedido á sus tiernas exhortaciones. ¡ Es tan dulce el rostro de una madre, y además es tan bueno su corazón!... Podemos pues pensar, que si hubiese tenido á su madre, quizás no habría partido... Y nosotros, pecadores, y vosotras niñas, vosotras mujeres que me escuchais, nosotros todos, queridos hermanos, cuando hemos abandonado el servicio de Dios, cuando nos hemos separado de él, teníamos una madre... ¡ Sí, dulce y santa María, os teníamos por madre!.. ¡ Oh! somos mil veces más culpables todavía, más duros, más insensibles que el Hijo pródigo... Madre llena de ternura, vos uníais vuestras apremiantes exhortaciones á las de Jesucristo, vuestro divino Hijo. « ¡ Hijas mías! decíais á esas jóvenes, ¿ por qué abandonáis mi altar; por qué renunciáis á la piedad, á la modestia, al pudor que yo hacía florecer en vuestras almas? Quédaos, quedáos á mi servicio: lejos de aquí os aguardan las penas, los remordimientos, la vergüenza tal vez y el escándalo. » ¡ Y sabe Dios, en efecto, lo que muchas jóvenes han encontrado al abandonar los sacramentos!.. Vuestro ejemplo, Virgen santa, nos predicaba á todos nosotros, pobres pecadores, la fidelidad; vuestra protección aseguraba nuestra perseverancia. Mas; ay! os hemos abandonado, como hemos abandonado á vuestro Hijo; nuestra madre celestial no nos ha podido contener; hemos desatendido sus lágrimas, su amor... ¡ Oh bondadosa y santa

Virgen, alegría, amor, esperanza la más dulce de mi corazón! Vos sois la madre de gracia, la madre de misericordia. *Mater gratiæ, mater misericordiæ*; tened piedad de nosotros, alcanzadnos perdón y misericordia: vos sois el refugio de los pecadores, sed el mio, sed el nuestro... Ayudadnos durante esta santa cuaresma á hacer una buena confesión, á volver sinceramente á Dios... Conducid al padre de familia á los infelices hijos pródigos que le han abandonado; santa Madre de Dios, rogad por nosotros ahora, rogad por nosotros en la hora de nuestra muerte... ¡ Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION PRIMERA.

PRIMER MIÉRCOLES DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

¿ Qué es el sacramento de la Penitencia? Su eficacia.

TEXTO. — *Facile fructum dignum pœnitentiæ.* Haced dignos frutos de penitencia.

(Mat., III, 8).

EXORDIO. — Hermanos míos, el domingo pasado, durante la santa Misa, hablámos de la ingratitud del Hijo pródigo; y por la noche, continuando el mismo asunto, hablábamos de la dureza, de la insensibilidad con que había abandonado á su padre. Más adelante, como ya os lo anunciaba, meditando esta parábola, encontraremos en ella todavía otras enseñanzas, otras lecciones que tendremos que aplicarnos á todos nosotros, infelices pecadores. Digo á todos nosotros, porque en efecto todos tenemos necesidad de la misericordia de Dios; y, como dice el apóstol san Juan: « Si alguno pretende estar sin pecado, es un mentiroso, un orgulloso y un hipócrita... »

Confesemos todos, vosotros que me escuchais, tanto el más viejo como el más joven, lo mismo yo que os hablo que el niño más inocente del catecismo; confesemos, digo, que todos nosotros nos parecemos por algun lado, en alguna cosa al Hijo pródigo; que todos nosotros tenemos necesidad de que la misericordia del buen Dios nos acoja y nos perdone... Pues bien, hijos míos, y vosotros, mis amados hermanos, tengámoslo bien presente, al principiar esta santa Cuaresma, la misericordia de Dios nos tiende sus brazos... No la despreciemos; seamos fieles á su llamamiento. Para determinaros á contestar de la mejor manera posible á sus apremiantes invitaciones, tengo la intención de hablaros, cada miércoles, del sacramento de la Penitencia, una de las más amorosas invenciones de la bondad divina para con nosotros.

Con frecuencia se nos ha dicho que una buena comunión es la que ha sido precedida por una buena confesión; para recibir bien la sagrada Eucaristía, es menester haber recibido antes el sacramento de la Penitencia con las disposiciones requeridas. Sobre este punto versarán, hermanos míos, nuestras breves instrucciones del miércoles por la noche.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Hoy me detendré únicamente en dos pensamientos: ¿ Qué es el sacramento de la Penitencia?... ¿Cuál es su eficacia?

Primera parte. — ¿ Qué es el sacramento de la Penitencia? Antes de que yo abra la boca, todos vosotros habreis repetido la contestación dada por el Catecismo: « La Penitencia es un sacramento establecido por Nuestro Señor Jesucristo, para perdonar los pecados cometidos después del Bautismo. » Esta es, ¿ no verdad? la contestación que os ha venido á la imaginación... Está muy bien, hermanos míos; os felicito por haber conservado no solamente en vuestra memoria, si que también en vuestros corazones estas enseñanzas que os fueron dadas cuando, jovencitos aún, os preparabais para hacer vuestra primera comunión... Pero yo quisiera completar un poco esta contestación y haceros comprender bien lo que es este admirable sacramento...

Tomemos las cosas desde un poco más arriba... El hombre, como sabéis, ha sido criado para el cielo, es decir para una felicidad eterna;

Tom VI.

Virgen, alegría, amor, esperanza la más dulce de mi corazón! Vos sois la madre de gracia, la madre de misericordia. *Mater gratiæ, mater misericordiæ*; tened piedad de nosotros, alcanzadnos perdón y misericordia: vos sois el refugio de los pecadores, sed el mio, sed el nuestro... Ayudadnos durante esta santa cuaresma á hacer una buena confesión, á volver sinceramente á Dios... Conducid al padre de familia á los infelices hijos pródigos que le han abandonado; santa Madre de Dios, rogad por nosotros ahora, rogad por nosotros en la hora de nuestra muerte... ¡ Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION PRIMERA.

PRIMER MIÉRCOLES DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

¿ Qué es el sacramento de la Penitencia? Su eficacia.

TEXTO. — *Facile fructum dignum pœnitentiæ.* Haced dignos frutos de penitencia.

(Mat., III, 8).

EXORDIO. — Hermanos míos, el domingo pasado, durante la santa Misa, hablámos de la ingratitud del Hijo pródigo; y por la noche, continuando el mismo asunto, hablábamos de la dureza, de la insensibilidad con que había abandonado á su padre. Más adelante, como ya os lo anunciaba, meditando esta parábola, encontraremos en ella todavía otras enseñanzas, otras lecciones que tendremos que aplicarnos á todos nosotros, infelices pecadores. Digo á todos nosotros, porque en efecto todos tenemos necesidad de la misericordia de Dios; y, como dice el apóstol san Juan: « Si alguno pretende estar sin pecado, es un mentiroso, un orgulloso y un hipócrita... »

Confesemos todos, vosotros que me escuchais, tanto el más viejo como el más joven, lo mismo yo que os hablo que el niño más inocente del catecismo; confesemos, digo, que todos nosotros nos parecemos por algun lado, en alguna cosa al Hijo pródigo; que todos nosotros tenemos necesidad de que la misericordia del buen Dios nos acoja y nos perdone... Pues bien, hijos míos, y vosotros, mis amados hermanos, tengámoslo bien presente, al principiar esta santa Cuaresma, la misericordia de Dios nos tiende sus brazos... No la despreciemos; seamos fieles á su llamamiento. Para determinaros á contestar de la mejor manera posible á sus apremiantes invitaciones, tengo la intención de hablaros, cada miércoles, del sacramento de la Penitencia, una de las más amorosas invenciones de la bondad divina para con nosotros.

Con frecuencia se nos ha dicho que una buena comunión es la que ha sido precedida por una buena confesión; para recibir bien la sagrada Eucaristía, es menester haber recibido antes el sacramento de la Penitencia con las disposiciones requeridas. Sobre este punto versarán, hermanos míos, nuestras breves instrucciones del miércoles por la noche.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Hoy me detendré únicamente en dos pensamientos: ¿ Qué es el sacramento de la Penitencia?... ¿Cuál es su eficacia?

Primera parte. — ¿ Qué es el sacramento de la Penitencia? Antes de que yo abra la boca, todos vosotros habreis repetido la contestación dada por el Catecismo: « La Penitencia es un sacramento establecido por Nuestro Señor Jesucristo, para perdonar los pecados cometidos después del Bautismo. » Esta es, ¿ no verdad? la contestación que os ha venido á la imaginación... Está muy bien, hermanos míos; os felicito por haber conservado no solamente en vuestra memoria, si que también en vuestros corazones estas enseñanzas que os fueron dadas cuando, jovencitos aún, os preparabais para hacer vuestra primera comunión... Pero yo quisiera completar un poco esta contestación y haceros comprender bien lo que es este admirable sacramento...

Tomemos las cosas desde un poco más arriba... El hombre, como sabéis, ha sido criado para el cielo, es decir para una felicidad eterna;

Tom VI.

pero en el cielo, en ese hermoso paraíso donde veremos á Dios cara á cara, no puede penetrar nada sùcio, no puede admitirse ni el más insignificante pecado venial... ; Una imperfección en el cielo!.. Eso sería lo mismo que una mancha de tinta encima de esos hermosos vestidos blancos que llevan las castas vírgenes en el día de su matrimonio... Se ven á veces personas (generalmente son las más coquetas, y aquellas cuya conducta con frecuencia deja más que desear), que llevan exteriormente trajes más ó menos elegantes. ; Sabe Dios si la parte de su tocado que no se vé corresponde con lo exterior!.. Pero en el cielo, hermanos míos muy amados, se examina detenidamente el interior; el más secreto de nuestros pensamientos,... el pliegue más íntimo de nuestras conciencias no logra escapar al ojo de Dios...

¿ Cómo hacerlo pues para ir al cielo?.. Y sin embargo, ya lo he dicho, ahí es donde nos espera Dios... ; Buen Salvador Jesús !¿ deberemos pues todos nosotros, pobres pecadores, renunciar á la esperanza de poder llegar jamás á él?.. Indicadnos un medio ; porque lo que es yo, no lo veo... Nosotros hemos sido creados para el cielo ; primera verdad. Nosotros somos todos pecadores ; segunda verdad. Nada sùcio, nada manchado puede entrar en el cielo ; tercera verdad. Pues entonces, nos es imposible ir al cielo, á no ser que vos, oh dulce Salvador, encontréis un medio para hacernos llegar á él...

Hermanos míos muy amados, escuchad su contestación : « Almas queridas que yo he redimido á costa de mi sangre, el cielo está abierto para vosotros. — Gracias, mi adorable Salvador ; decidnos, ¿ cómo ? — He instituido un sacramento que se llama la Penitencia... Si vosotros acudís á él con las disposiciones necesarias, podéis llegar á ser santos... Vuestros pecados, aun cuando fuesen tan numerosos como las estrellas del cielo, serán borrados hasta el último... Vuestra alma, aun cuando esté negra como el carbón, se volverá blanca y pura... Yo soy quien lo he dicho, yo, el Hijo de Dios, el Todo Poderoso, el Rey del cielo, el Señor del paraíso... Yo he dicho á los sacerdotes, á los ministros que me representan en la tierra : Lo que vosotros desataréis, desataré yo ; lo que vosotros borraréis, lo borraré yo ; y cuando vosotros habréis perdonado, también yo perdonaré... Y esta palabra es verdadera, es poderosa, es eficaz ; porque el cielo y la tierra pasarán, y mis pala-

bras no pasarán jamás... » Ved ahí, hermanos míos, lo que es el sacramento de la Penitencia ; es Jesucristo, en su amor hácia nuestras almas y es su misericordia para con los pecadores, dignándose perdonarles y absolverles las faltas que han cometido...

Cierto día, un asesino hirió mortalmente de una puñalada al duque de Berry, al padre de aquel á quien los periódicos llaman hoy Enrique quinto. Como aquel príncipe era cristiano, antes de expirar pidió llorando el perdón de su asesino ; pero la justicia humana fué inexorable, y apesar de las sùplicas de su víctima, la cabeza del asesino tuvo que rodar sobre el patíbulo... ; Sucederá lo mismo cuando Jesús nos quiera perdonar?... ; Habrá una autoridad superior para negar nuestro perdón?... No, hermanos míos ; Jesucristo no es un rey impotente ; cuando él dice á un culpable : « Te perdono... », el culpable puede estar seguro de su perdón. Ningún consejero vendrá á oponerse á su clemencia... Vos misma, dulcísima Vírgen María, Madre suya, vos á quien afligimos cuando tenemos la desgracia de ofender á vuestro querido Hijo ; ; oh, sí, Reina de clemencia ! vos sois la primera en pedir para nosotros misericordia y en suscribir nuestro perdón...

Ved ahí, amados hermanos, lo que es el sacramento de la Penitencia... Es Jesucristo mismo, Jesucristo, á quien nosotros hemos ofendido y ultrajado, diciéndonos por boca de su ministro : « Tú me has ofendido, querido hijo ; pues bien, yo te perdono ; no solamente te perdono, sino que te amo, te estrecho contra mi corazón y estoy dispuesto á concederte todas las gracias de que puedas tener necesidad... »

Segunda parte. — Eficacia del sacramento de la Penitencia. ¿ Qué es pues lo que quiero deciros hablándoos del sacramento de la Penitencia, y qué debemos entender bajo esta expresión?... Escuchad : quiero deciros con la Iglesia, con todos los santos, con el mismo Jesucristo Señor nuestro, que el perdón obtenido por medio del sacramento de la Penitencia es un perdón completo... Sí, hermanos míos ; si nosotros recibiésemos este sacramento con perfectas disposiciones, todos nuestros pecados serían olvidados : no tendríamos que sufrir ni siquiera las penas del Purgatorio!.. Pero, ; Dios mío, cuán raras son estas buenas disposiciones, y cuán cierto es que, aún después de nuestras mejores confesiones, todos tenemos necesidad de hacer todavía penitencia!

¿ Es bien cierto, me preguntaráis vosotros, es bien cierto que Dios nos perdona de una manera completa?... Realmente, hermanos míos, oímos con frecuencia hombres y mujeres (y no quiero hablar de ciertas naturalezas ásperas y rencorosas); nó, quiero sobre todo designar lo que tan amenudo pasa á nuestra vista, lo que tal vez nosotros mismos nos tenemos que echar en cara.... « Yo, decimos, perdono á esta persona que me ha calumniado, que se ha apoderado de mis bienes, que me ha ocasionado tal ó cual perjuicio; sí, la perdono, pero hablarla, ¡ jamás!.. Aun cuando la viese en la miseria; aun cuando la viese, para servirme de la palabra que más habitualmente se emplea, morir de hambre, nó, lo que es yo no la traería ni un vaso de agua... » ¿ Es así, dulcísimo Salvador Jesús, como vos nos perdonáis?... ¿ Nos decís acaso en el tribunal de la penitencia : « Te perdono, pero se acabó todo entre nosotros... »?; Ah! hermanos míos, el perdón que nosotros recibimos en este augusto sacramento, es entero, completo, más absoluto que el que jamás haya concedido el mejor y más indulgente de los hombres! ¿ Queréis saber cómo perdona Jesucristo?... Escuchad : san Pedro le negó tres veces; penetrado de dolor, va á confiar su arrepentimiento y sus lágrimas á la Virgen María; porque desde aquel instante, erais, oh santa Madre de Dios, el refugio de los pecadores... Pero; qué perdón más completo!.... « Pedro, tú te has arrepentido, nada temas, le dice su divino Maestro : yo no soy como los hombres; no solamente perdono, sino que olvido las injurias que se me han hecho... Tus lágrimas han borrado tu falta; eres nuevamente mi amigo; y en prueba de esto, te pongo al frente de los demás Apóstoles. Tú serás el jefe de mi Iglesia, y apesar de la rabia del infierno, permanecerá mi espíritu contigo y con tus sucesores legítimos hasta el fin de los siglos. »

Tal vez vosotros me digais : ¿ Pero fué Jesucristo mismo quien perdonó á san Pedro, y en el sacramento de la Penitencia, es uno de sus ministros quien á nosotros nos perdona? ¿ es verdaderamente cierto que el sacramento de la Penitencia tenga así la misma eficacia?... » San Agustín podría contestaros : « Yo lo he probado... » San Andrés Corsino, san Camilo de Lelis y muchos otros podrían deciros : « Nosotros lo hemos experimentado... » Pero nó : una dulce santita que

fué un modelo de penitencia va á encargarse de contestaros : es santa Margarita de Cortona : « Pobres pecadores, os dice, creed en la eficacia del sacramento de la Penitencia, como debeis creer en la misericordia de Dios. Yo era una pobre hija pródiga separada de mi padre; era una oveja extraviada, pero extraviada muy léjos del redil; el buen Pastor fué á buscarme. Introdújose en mi alma un pensamiento, una idea de dolor y de arrepentimiento; confesé con franqueza, con humildad todas las faltas que había cometido, y todo fué olvidado... Jesús me devolvió su amor y, en inefables conversaciones, él mismo se dignó revelármese, hablar conmigo; y á aquella á quien en su piedad daba el nombre de *pobrecita*, hoy la llama : *Hija mía*... » Sí, en el sacramento de la Penitencia Dios nos perdona de una manera completa, nos da todo su amor...

PERORACIÓN. — Inútiles, hermanos míos, insistir más sobre este punto. Todos los que me escucháis creéis en la bondad del Salvador Jesús, sabéis perfectamente que la santa Iglesia católica no enseña más que la verdad, y que cuando ella nos dice que el sacramento de la Penitencia fué instituido para perdonarnos los pecados que cometemos después del Bautismo, dice la verdad... Todos los que me escucháis os proponéis, durante estos dias de Cuaresma, recurrir á un medio tan saludable y eficaz para obtener el perdón de vuestras faltas.

Mas permitidme que, antes de concluir, os dé un consejo. Estamos en tiempo de penitencia; se nos prescriben las buenas obras; ahora bien, las buenas obras, como sabéis, se refieren á tres puntos : el ayuno, la limosna y la oración. ¿ El ayuno? Cabalmente la mayor parte de vosotros, ya por razón de la edad, ya por razón de las ocupaciones, ya también por motivos de salud, ó por la índole de los alimentos que puede proporcionarse, está dispensada de ayunar, ó cuando menos, no puede practicarlo de conformidad con el rigor de las leyes eclesiásticas. — ¿ La limosna? Sí, aquellos de vosotros que puedan haran bien, durante este santo tiempo de Cuaresma, en multiplicar sus limosnas; porque, como dice la Escritura Santa, la limosna cubre la multitud de los pecados... Pero hay muchos, niños y otros que no lo son, que no pueden ejercer esta buena obra que se llama la limosna... ¿ Quedan pues las oraciones?... Ah! todos nosotros podemos orar; es cosa que no

nos empobrece, es cosa que no compromete por ningún estilo nuestra salud. Pues bien, queridos hijos míos, y vosotros todos, mis hermanos, esforzáos, multiplicando vuestras oraciones, en santificar este santo tiempo de Cuaresma; una decena ó una parte de rosario cada día, cinco *Padres nuestros* y cinco *Ave María* en honor de las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo, ú otro ejercicio cualquiera que más sea de vuestro agrado; es un medio por el cual todos nosotros podemos demostrar á Dios que pensamos en él, por el cual podemos santificar estos días de Cuaresma y prepararnos, recibiendo el sacramento de la Penitencia, para experimentar su eficacia y para hacer santamente nuestra comunión pascual...; Así sea!..

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

INSTRUCCION TERCERA

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA (en la Misa).

El Hijo pródigo marcha de la presencia de su padre y consume toda su hacienda; aplicación á los pecadores.

TEXTO. — *Adolescentior filius peregre profectus est in regionem longinquam; et ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose...* El más jóven de los dos hijos se marchó á un país extranjero muy lejano; y allí disipó toda su hacienda viviendo lujuriosamente...

(Luc., xv, 13).

EXORDIO. — Hermanos míos, nada había podido alterar la resolución del Hijo pródigo. Ni las tiernas reconvenciones de su padre, ni sus lágrimas, ni el cruel abandono en que le dejaba en su vejez, habían podido hacer mella en el corazón de aquel hijo ingrato y rebelde... Como decíamos el domingo pasado, su corazón, endurecido por el vicio, había quedado seco, duro, insensible al cariño de aquel buen padre... De la misma manera que se ve á un prisionero, en el día de

su libertad, recoger á toda prisa su lio, y huir, con una especie de febril precipitación, de aquel calabozo donde ha sufrido, de aquellos muros, círculo infranqueable, en el cual gemía por su libertad; que si, mientras se aleja, lanza una mirada sobre el húmedo pavimento, sobre lassombrias bóvedas de su prisión, es para maldecirlos; ¡ así el infeliz Hijo pródigo, una vez recojida su parte de hacienda, se alejaba á toda prisa de aquellos lugares donde se había considerado cautivo, donde tantos buenos consejos, tantas prudentes reflexiones habían torturado su juventud indócil y aturdida!...; Desgraciado! Aquellos lugares que abandonaba, maldiciéndolos tal vez, no eran una prisión; aquel anciano, cuyos ojos llenos de lágrimas permanecían fijos en él y le seguían á lo largo de su camino, no era un desapiadado carcelero... Aquella casa, era el lugar de su nacimiento, era el hogar paterno, donde, á ser más bueno, habría podido pasar días tan dichosos, tan tranquilos! Pero ¿ qué va á ser de él? ¿ Hacia qué región van á dirigir sus pasos?... El Evangelio nos lo dice en pocas palabras: *Se traslada á un país extranjero muy lejano.* Allí disipará rápidamente todo su haber entre orgías y liviandades...

PROPOSICIÓN. — Detengámonos en estas palabras, hermanos míos... Bien meditadas, nos proporcionarán ámpliamente materia para esta instrucción. Ellas nos recuerdan de una manera conmovedora los primeros efectos del pecado, que son: alejarnos de Dios, hacernos perder la gracia, los dones sobrenaturales y con frecuencia hasta los dones naturales...

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, el Hijo pródigo va á un país lejano; imagen del pecador que, una vez rebelado contra Dios, procura evitar, huir de su presencia; *en segundo lugar*, disipa toda su hacienda; figura del pecador que, por medio del pecado mortal, pierde los dones sobrenaturales y hasta los dones naturales. Tales son los dos pensamientos que van á ocuparnos esta mañana...

Primera parte. — El Hijo pródigo se traslada á un país lejano, lejos de la vista de su padre, muy léjos, dice el Evangelio, puesto que se iba á un país extranjero... ¿ Cuál es su objeto?... ¿ Qué razón le obliga á alejarse á una tal distancia de la casa paterna?... ¿ Es el temor de los remordimientos?...? No sería más bien con el objeto de vivir con mayor

libertad, con el fin de no volver á recibir reprimendas, de no tener que temer nuevos reproches?... Corrompido como está, cerca de su padre, de sus parientes, de sus conocidos, no podría llevar la vida licenciosa á que se quiere entregar... No conviene que pueda venir á turbar la alegría de sus festines la cara seria de aquel padre importuno; no quiere que vengan recuerdos penosos á atormentarle en medio de sus culpables placeres... En un país extranjero estará más á sus anchas; nadie le conocerá; no tendrá que atender ni á honor, ni reputación, ni á consideraciones de familia... Es rico; lleva consigo una fortuna considerable... Con oro se encuentran placeres y amigos en todas partes; encontrará pues con sus tesoros todo esto, hasta en un país lejano, y gozará de ellos con más tranquilidad, con menos remordimientos que en su propio país... Lo que él quiere ante todo es: seguir sus pasiones sin que haya quien se las censure; abandonarse con independencia y sin freno á todas las malas inclinaciones de su corazón...; Ved ahí, indudablemente, porqué ha querido huir de la casa paterna, y retirarse lejos de la vista de su padre, á una tierra lejana, á un país extranjero!... Más cerca de su padre, no se encontraría suficientemente libre...

Así, hermanos míos muy amados, así lo hace el pecador... En cuanto se ha rebelado contra Dios, trata de aturdirse... La presencia de Dios le pesa, quiere evitarla á todo trance... ¿Veis á Adán?... Apenas hubo desobedecido á Dios comiendo de la fruta prohibida, fué á refugiarse, á esconderse en los bosquecillos del paraíso terrenal... Otro tanto hizo Caín después de haber matado á su hermano Abel; quiso huir, quiso ocultarse de la presencia de Dios (1)... Judas huye igualmente de la vista del Salvador para ir á cometer la más execrable de las traiciones... Pero nosotros, cristianos, iluminados por la fé, sabemos que Dios está en todas partes, que lo ve todo, que nada se le escapa... Entonces, infelices pecadores, ¿qué hacemos?... No pudiendo evitar la presencia de Dios, procuramos no pensar en él, procurando olvidarle...

Hasta se va más lejos, para tranquilizarse se dice: «¿Por ventura se ocupa Dios de todo esto?...; No tendría poco trabajo, si se mezclase

(1). Gen., iv, 16.

en todo lo que por ahí abajo pasa!.. Este pensamiento no debe venir á detener el curso de mis placeres. Nó, nó, el Señor no verá lo que nosotros hacemos, ni sabrá cuáles son nuestros pensamientos... » — « ¡ Insensatos! exclamaba un profeta, ¡ qué!... Aquel que ha formado el oído no ha de oír vuestras blasfemias? ¿ Como!... ¿ Aquel que ha formado vuestros ojos no ha de ver?... ¿ No tendrá conocimiento de vuestras injusticias, no verá vuestros vergonzosos placeres?... ¡ Tened cuidado! Él lee hasta en vuestros más secretos pensamientos; vuestro corazón no tiene ni un pliegue que pueda escapar á sus miradas(1)... »

Sí, hermanos míos, cuando cometemos una falta, cuando la pensamos, cuando la deseamos, por secretos que sean nuestros pensamientos, por solitario que sea el lugar donde estemos escondidos, por profunda que sea la noche, por espesas que sean las tinieblas que nos rodeen, hay una mirada que, desde lo alto del cielo, está incesantemente fija en nosotros, hay un ojo que penetra á través de las paredes, que brilla en medio de la oscuridad, que sondea nuestros mismos pensamientos, hasta en sus profundidades más oscuras!.. « ¿ A dónde iré pues, Señor, para evitar vuestra presencia?... (2) »

Y sin embargo, cristianos, ¿ qué pecador se representa que Dios le ve?... Este solo pensamiento sería con frecuencia suficiente para apartar del pecado; más de una vez este pensamiento ha convertido á las almas más endurecidas en el crimen... ¿ Queréis un ejemplo?... Tomemos el de santa Tais... Era ésta una desvergonzada cortesana que, como esas miserables criaturas que se encuentran en las grandes ciudades, recorría por la noche las calles, provocando al mal á aquellos á quienes encontraba á su paso... Un dia se dirigió á un santo abad, llamado Pafnucio, á quien ciertos asuntos de familia le habían obligado á dejar por algunos dias su monasterio, y que por algun tiempo había adoptado el traje de seglar... Movidó á piedad hácia aquella pobre alma, y deseando convertirla, fingió el santo condescender á su deseo. La siguió á su casa, penetró en aquel infame lugar, suplicando á la divina misericordia que bendijera su proyecto... Una vez dentro, hizo como que tenía miedo de ser sorprendido. —

(1). Salm. xciii, 11.

(2). Salm. cxxxviii, 7.

« ¿Estamos bien ocultos? la preguntó; ¿no nos podrá ver nadie? — Nó, le contestó ella, nadie nos puede ver. — Nadie, ¿ni Dios?... Oye, ante todo condúceme á un sitio donde Dios no nos pueda ver; porque; cómo habíamos de cometer á su vista faltas que nos avergonzaríamos de cometer delante del último de los hombres?... » Viendo que el corazón de aquella desdichada se había conmovido ante esa consideración de la presencia de Dios, san Pafnucio la representó con viveza el escándalo de su vida, lo infame de su conducta... « Desgraciada pecadora, añadió; Dios te ve; el infierno está abierto bajo tus piés...; y quieres entregarte al mal!...; Pobre hija pródiga, vuelve á la casa de tu padre; pobre oveja extraviada, vuelve al buen Pastor, él te perdonará, como perdonó á la pecadora del Evangelio!... » La cortesana no vaciló más... Al día siguiente, quemaba públicamente sus adornos y todo lo que había ganado con su infamia, y se retiró á un desierto, donde hizo la más austera penitencia... No se atrevía ni á levantar sus miradas al cielo, que tanto había ultrajado, ni á pronunciar tan siquiera el nombre de Dios; contentábase con decir: « ¡ Oh vos que me habeis creado, apiadáos de mí!... » Después de muchos años de ayunos, mortificaciones y penitencias, murió en olor de santidad (1)...; Ved ahí, mis muy amados hermanos, los dichosos cambios que en su alma produjo el pensamiento de la presencia de Dios, recordado á su espíritu en el momento en que quería entregarse al mal!

Segunda parte. Pero volvamos al Hijo pródigo. Hemos dicho, en segundo lugar, que en el lejano país á donde se retiró lejos de la vista de su padre, disipó toda su hacienda viviendo licenciosamente...; Las pasiones son abismos insaciabiles!

Aquel jóven aturdido, inexperto, al encontrarse lejos de su familia, se abandonó á sus viciosas inclinaciones con toda la efervescencia de la juventud... Quiso gastar un tren de gran señor, tener brillantes trajes, y el lujo devoró una parte de su fortuna... El juego, esta otra pasión brutal y desenfrenada, entró también sin duda alguna á con-

(1). Cf. *Vida de los Padres del desierto*; Lohner, vº *Dei presentia*; Marchant, *Hortus Past.*, t. 1º.

tribuir á ello; la sensualidad, la afición á las buenas comidas tampoco debieron ser ajenas á su ruína: sabido es cuán devoradoras son todas estas pasiones... Pero el Evangelio señala de un modo especial la impureza como causa principal de la ruína del Hijo pródigo. *Disipó toda su hacienda viviendo licenciosamente, viviendo lujurosamente...* Y más adelante, su hermano le echa en cara el *haber gastado su herencia con mujeres perdidas...* Esta es efectivamente, una de las pasiones más funestas, de las más ruinosas... No hay necesidad, oh cristianos, de entrar mucho en detalles para haceros comprender esta verdad... No os mostraré á ese infeliz Hijo pródigo, rodeado de aquellas miserables mujeres, prodigándolas su oro y lo mejor de su alma... No le seguiremos en sus bailes, en sus orgías, en sus partidas de placer... La expresión del Evangelio lo dice con suficiente claridad, en su enérgica sencillez: *viviendo lujurioso*: vivió en el desorden, y pronto quedó arruinado.

¿Qué enseñanza se encierra en esta circunstancia de la historia del Hijo pródigo? Jesucristo ha querido hacernos comprender que el pecador, alejándose de Dios, huyendo de su presencia, por medio de una vida culpable perdía también toda la hacienda de su alma, es decir las gracias sobrenaturales y hasta los dones naturales. Nadie duda que el pecador, mientras se halla en pecado mortal, ha perdido la gracia, la amistad de Dios... Imagináos una casa adornada con gusto, cuidadosamente dispuesta, enriquecida con todo lo que puede amueblarla, embellecerla, hacerla limpia, agradable... Es la imagen bastante imperfecta de un alma en estado de gracia. Pues bien, con el pecado pierde todos estos dones; á los ojos de Dios se vuelve fea, sucia, pobre, deteriorada, miserable... La fe, este otro don sobrenatural, se entorpece, se debilita y con frecuencia se extingue por completo: pero ya tendré ocasión de explicar este pensamiento en instrucciones posteriores.

Digamos rápidamente, al terminar esta instrucción, de qué manera el pecado, las pasiones le quitan al alma hasta sus dones naturales... Este hombre era un buen obrero, hábil en su oficio; habría podido educar bien á sus hijos y proporcionarse un bienestar decente; pero la borrachera le domina: de repente veis llegar, á consecuencia de este vicio, la pereza, el embrutecimiento, la miseria; ha perdido, como el

Hijo pródigo, lo que era su hacienda... A ese otro le gustaba santificar las fiestas, le gustaban los divinos oficios, y nunca faltaba á la santa Misa... Pero la avaricia se apoderó de su corazón; es preciso que elabore, que viaje, en una palabra que trabaje en el día de fiesta: apenas le vereis en esta iglesia en las grandes festividades... Dominado por esta pasión, ha perdido la alegría cristiana, la bondad de corazón que daba gusto encontrar en él; se ha vuelto arisco y quisquilloso con sus vecinos, duro con los operarios, insensible con los pobres. La avaricia le ha quitado todo lo que tenía de bueno... ¿Qué os diré de esa joven que era modesta, piadosa, dulce y respetuosa con sus padres?... Mirad sus ojos empañados y abatidos, su frente despejada; oídla hablar de sus padres, y decid, ¿en qué se han convertido para ella el pudor, la piedad, la docilidad?... ¡También ella, como el Hijo pródigo, ha disipado su hacienda!...

PERORACIÓN. — Muy queridos hermanos, no puedo entrar en todos los detalles, y hacer á cada uno de nosotros la aplicación de esta verdad; pero veamos nosotros mismos en qué estado nos hallamos, lo que hemos perdido alejándonos de Dios... Nada quiero exajerar; veo aquí á muchos oyentes que han sabido preservar su corazón de estas funestísimas pasiones, verdaderos cánceres que devoran todo lo que hay de bueno, todo lo que hay de noble en el alma... ¿Han perdido también estos algo?... Sí, cristianos, han perdido la gracia de Dios, puesto que se hallan en pecado; han perdido el horror al pecado, puesto que permanecen en tan triste estado... Han perdido aquella fé viva de su primera comunión, puesto que no ven el infierno abierto á sus pies, y lo expuestos que estan á caer en él á cada instante... Han perdido... mas nó, mis queridos hermanos, todo lo podeis recobrar: volved sinceramente á Dios, acudid á su misericordia durante estos días de penitencia... Él os devolverá todo lo que habeis perdido, y de hijos pródigos que eraís, os convertireis en hijos queridos de este Dios tan bueno, á quien sean dados gloria, amor y fidelidad por los siglos de los siglos... Así sea...

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION CUARTA.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA (oración de la noche).

Miseria del Hijo pródigo, hácese esclavo; aplicación á los pecadores.

TEXTO. — *Et postquam omnia consummasset, facta est fames valida, etc.* Y cuando todo lo hubo gastado, sobrevino una grande hambre en aquel país, etc.

(Luc, xv, 14).

EXORDIO. — Esta mañana, hermanos míos, hemos dicho algunas palabras sobre la vida de orgías y placeres que el Hijo pródigo había llevado en el lejano país á donde se había retirado para librarse de la presencia de su padre... El imprudente joven había creído inagotable su tesoro; aquellos bienes, aquel oro que se había llevado de la casa paterna se figuraba que durarían siempre, que jamás tocarían á su fin... Pero, saqueado por sus criados y por sus compañeros de orgía, arruinado por su lujo y por su intemperancia, explotado sobre todo por muchachas de vida airada, bien pronto desapareció su fortuna, y las cantidades que se había llevado disminuyeron con rapidez... Abusábase de su inexperiencia, halagábanse sus caprichos, aprobábase todo cuanto él quería... Cada día se inventaban nuevas fiestas, diversiones nuevas... Al fin llegó el día en que, habiéndose agotado sus recursos, se encontró completamente arruinado... *Cuando lo hubo gastado todo, dice el Evangelio, sobrevino en aquel país una grande hambre.* Entonces empezó á sentir el aguijón de la miseria... Y se vió precisado á ponerse al servicio de un hombre de aquellos lugares...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Vamos á ver esta noche, *en primer lugar*, cuán grande fué la miseria del Hijo pródigo, y *en segundo lugar*, como él, que no había querido obedecer al mejor de los padres, se vió

obligado á hacerse esclavo de un extranjero. Y al mismo tiempo haremos la aplicación de estos dos puntos á todos nosotros, infelices pecadores...

Primera parte. — Miseria del Hijo pródigo. *Sobrevino una grande hambre en el país á donde se habia retirado...* De todas las pruebas que Dios envía al mundo para castigarlo, una de las más terribles es el hambre... Imagináos toda una provincia, todo un país careciendo de pan; hombres, mujeres y niños enflaquecidos, poniendo de manifiesto sus rostros pálidos y demacrados, cayendo de debilidad é inanición en los caminos, en las calles y hasta en las plazas públicas... En aquellos terribles momentos, se cierran los corazones, se prescinde de la compasión; cada cual piensa únicamente en sí!... Si un extranjero viene á tender la mano, se le rechaza con dureza... ¿Quién ha de querer darle el pedazo de pan que él mismo necesita para alimentarse ó para sostener á sus hijos?...

Tal era el estado del país donde se encontraba el Hijo pródigo... Este experimentó el hambre; pero ¿á quién dirigirse para aplacarla?.. Extranjero, sin familia, sin parientes, ¿á qué puerta había de ir á llamar?... ¿A qué protectores, á qué amigos podía invocar?... Aquellas muchachas perdidas, que le habían ayudado á arruinarse, que se habían enriquecido con sus prodigalidades, le habían abandonado tan pronto como no tuvo más dinero que tirar... Sus compañeros de jolgorio, aquellos á quienes tenía por amigos, aquellos que tomaban parte en sus juegos, á quienes admitía en su mesa, se separaron de él en cuanto le vieron arruinado... Vendió caballos, trenes, muebles, todo, hasta sus trajes; ya no le quedaban más que unos harapos. Después de haberlo derrochado todo, ahora, ahora experimenta la necesidad... ¡Vé pues, desdichado, á implorar el auxilio de los mercaderes, de los proveedores á quienes tu lujo ha enriquecido!; estos mismos se burlarán de tí!... Insultarán tu miseria... Todos ellos te señalan como á un miserable. « Mirad, dicen, á ese jóven libertino que llegó no ha mucho á nuestro país con una fortuna tan magnífica, en tan fastuoso tren... Derrochador imprudente, si ahora tuviese lo que ha gastado con tanta prodigalidad, no padecería hambre...; Ved ahí á donde le han llevado sus despilfarros y sus malas compañías! »

¡Todas estas murmuraciones tuvo que oír el Hijo pródigo; todos estos insultos y muchos otros tuvo que sufrir!.. Le estoy viendo pasear su vergüenza é ignominia por aquellos mismos lugares que habían sido testigo de sus fiestas y de sus prodigalidades, tendiendo una demacrada mano á los transeuntes, y recojiendo tan sólo, en lugar de pan, palabras burlonas y sarcasmos...; Cuánto debió sufrir entonces!..; Cuán á menos debió echar la casa paterna!..; Desgraciado! vuelve, corre pues deprisa á arrojarte en los brazos de tu padre!... Mas nó, su corazón no estaba cambiado aún... Para convertirle era menester, como veremos más adelante, que padeciese más, que descendiese más abajo todavía...

Aquí, hermanos míos, el Hijo pródigo es asimismo la imagen viva del pecador... Y abandonando á este buen Padre que tenemos en el cielo, alejándonos de él, no solamente hemos disipado todos nuestros bienes, sino que además hemos caído en una extremada miseria... No hablemos ya de la gracia y amistad de Dios. La fé nos enseña y nosotros lo sabemos perfectamente que éstas no pueden subsistir en un alma con el pecado mortal. Todo el bien que antes habíamos podido hacer ha desaparecido, está borrado... ¿Comprendéis, cristianos, la inmensidad de esta pérdida, lo grande de esta miseria?... Imagináos á uno de los más grandes santos; buscad de entre todos á aquel que más ha contribuido á la gloria de Dios, á darle á conocer... Pongamos por ejemplo á san Pablo, que convirtió tantas provincias, que emprendió tantos viajes, que soportó tantas fatigas, que sufrió tantas persecuciones para enseñar el Evangelio y extenderléjos nuestra divina religión (1)... Pues bien; suponed que este santo tan agradable á Dios, cuya corona tan bella debe ser, y que en un éxtasis sublime entrevió los goces y delicias del Paraíso; suponed, digo, que antes de morir hubiese cometido un solo pecado mortal y que no se hubiese arrepentido de él: ya habría habido bastante. Todos sus méritos habrían desaparecido, no se habría tenido en cuenta ninguno de todos sus trabajos, habría sido declarado réprobo por toda la eternidad...

¡Ved ahí, hermanos míos, á qué grado de miseria reduce á nuestra alma el pecado mortal!.. La hace pobre, miserable, despojada de to'o

1. II Cor., XI.

á la presencia de Dios (1). Y sin embargo, en medio de este abandono se deja sentir una especie de hambre, no sé qué necesidad de la gracia de Dios, alimento divino de que no pueden verse privadas nuestras almas... Nosotros hemos visto ébrios que maldicen la pasión que les domina y tiraniza y darse golpes en la frente con una especie de rábida... ¡Cuántas lágrimas han derramado tal vez ciertas jóvenes sobre ciertas debilidades humillantes y escandalosas!.. Y estas lágrimas lo que se las hacía derramar era la miseria en que su alma se encontraba, era la necesidad que experimentaban de recobrar la gracia... Gustosos les habríamos dicho, como al Hijo pródigo: « Volved á vuestro Padre celestial; su corazón os aguarda, sus brazos estan abiertos para perdonaros... » Mas esta conversión, esta vuelta, ellas no la han querido; ¡ ha sido menester que descendiesen, como el Hijo pródigo, más abajo todavía!.. Su corazón no estaba cambiado...

Segunda parte. — Prosigamos pues, hermanos míos muy amados, estudiando esta dolorosa historia, puesto que ella reproduce tan fielmente la de los pobres pecadores... ¿ Qué va pues á hacer el Hijo pródigo en medio de tanta miseria? ¡ Indudablemente va á decidirse á volver á la casa de su padre!.. ¡ Ah! Ya hemos dicho que su corazón no ha cambiado; el orgullo, el espíritu de rebelión le dominan todavía; no tiene aún fuerzas bastantes para dominar los respetos humanos... Se forja dificultades que no existen... ¡ Volver á casa de su padre!.. Pero ¿ qué se dirá de él?.. ¡ Qué de burlas le harían!.. ¡ Cómo harían pesar sobre él el yugo que no había querido soportar!.. Y luego, el hambre no va á durar siempre; él es joven todavía, la educación que ha recibido puede hacerle encontrar una colocación ventajosa.. El infortunado joven se hacía mil reflexiones estériles por el estilo; buscaba razones, inventaba motivos para no volver hácia el mejor de los padres...

¡ Pobres pecadores! esto es exactamente lo que más de una vez ha pasado en nuestras almas... Tristes, desalentados, ridiculizados por los miserables que nos habían arrastrado al mal, comprendiendo la nada de las pasiones, el miserable estado en que ellas nos habían sumido, hambrientos, suspirábamos por aquella paz y tranquilidad de que gozan los cristianos fieles... ¡ Ah! Esta paz, esta tranquilidad que ya no

conocemos, no nos la puede dar el mundo: no vive con el pecado... ¡ Paz adorable, que aventajas á toda especie de dulzuras, nó, tú no puedes ser patrimonio de los pecadores!.. De consiguiente, apesar de su hambre, á despecho de su miseria y de las razones que le excitan á volver á Dios, el pecador busca toda suerte de motivos para volver atrás y diferir su conversión... « Soy aún demasiado joven para abstenerme de estos placeres, para renunciar á estas pasiones... ¡ Qué se diría de mí si dejase tal compañía que me ha llevado á la perdición; si, retrocediendo valerosamente, me atreviese á practicar los deberes de un buen cristiano?... » Dulce san Agustín, admirable modelo de penitentes, tú has conocido estas luchas, y has triunfado de ellas. « Yo, dice este santo, veía á las pasiones más seductoras, al orgullo, á la ambición, al deleite levantarse ante mí... ¿ Tendrás valor, me decían, para vivir alejado de nosotras?... ¿ Podrás abandonarnos?... Quédate, permanece con nosotras... No está vacía aún la copa; no has saboreado aún todas las dulzuras que te podemos ofrecer. ¡ Más tarde, más tarde podrás ver!.. É yo permanecía de esta suerte, prosigue el santo, alejado de Dios y abismado en la mayor miseria (1)... »

Mas al fin, una mañana, el hambre fué más poderosa que él, y el Hijo pródigo se vió obligado á buscar donde servir y vender su libertad... No os lo presentaré yendo de puerta en puerta para encontrar un amo; no os diré las humillaciones que tuvo que soportar, ni las negativas á que se vió expuesto... Básteos saber que encontró un amo duro y altanero, que se dignó aceptar sus servicios, comprometiéndose únicamente á mantenerle, y aún más adelante veremos que el alimento que le daba era harto insuficiente... — Fijaos, os lo ruego, en lo que la pasión hizo de aquel desventurado. De ciudadano que era, pasó á ser extranjero; hijo de buena familia, le teneis jornalero; de rico se convirtió en pobre; trocó su libertad por la esclavitud. ¡ Oh funestas pasiones! aquel á quien separasteis del más tierno de los padres, lo habeis convertido en compañero de los cerdos; cuida á estos viles animales, en cierto modo los obedece, ¡ él que no quiso

(1) Véanse sus *Confesiones*.

someterse al mejor de los padres! (1)... NÓ, hermanos míos muy amados, nosotros no sabemos bastante lo que es el pecado... Por esto tenemos dificultad en comprender bien el parecido que existe entre el Hijo pródigo y el alma que ha abandonado á Dios.

Sin embargo, esta comparación tiene que ser exacta; porque, decidme, ¿quién es su autor?... No es el mismo Señor Nuestro Jesucristo quien se sirve de esta parábola para hacernos comprender á la vez los tristes efectos del pecado y las grandezas de la divina misericordia?... Pero ¿de quién se hace esclavo el pecador?... Se hace esclavo de las malas compañías que frecuenta, se hace esclavo de las pasiones que le dominan...; Oh!; Y qué especie de tiranos las pasiones!... ¿Veis á ese avaro que, con un trabajo culpable, profana los domingos y días festivos, que se priva de lo necesario?... Pero, miserable, tú eres rico, tú nada en la abundancia; ¿á qué este afán de aumentar una fortuna, de que jamás te vas á aprovechar?...; Ah!; Es que en el fondo de su corazón hay una pasión que le dice: Atesora; *affer, affer* (2)! y no la puede resistir!... ¿Veis á esos hombres, á esas mujeres, á esos mozos, á esas mozas á quienes tiraniza la innoble pasión de la lujuria?... Pero, desgraciados, estais perdiendo vuestra reputación, estais deshonrando vuestra casa, estais disipando vuestra fortuna, estais echando á perder vuestra salud...; Sed prudentes, si no quereis que en breve se mande hacer vuestro ataúd!... Nada escuchan: la pasión, blandiendo sobre ellos su inexorable látigo, les empuja y les obliga á andar delante de ella como á viles esclavos...; Más, más! dicen ellos: *affer, affer!*... Ni la vergüenza, ni la infamia, ni la misma muerte les puede detener...; Ah!; Pobres hijos pródigos, tristes esclavos de las pasiones, á qué amos tan duros é implacables habeis vendido vuestra libertad!...

PERORACIÓN. — Todavía, hermanos míos muy amados, veremos ir más abajo al Hijo pródigo; pero, desde ahora, el deplorable estado á que se halla reducido ¿no puede inspirarnos saludables reflexiones?... En la casa paterna nada le faltaba; su padre le había dicho más de

1) S. Pedro Crisólogo, *apud Cornelium a Lapide*.

2) Prov. XXX, 15.

una vez: « Hijo querido, todo lo mio te pertenece. *Omnia mea tua sunt*. Por consiguiente puedes servirme, puedes usar de todos mis bienes, como mi hijo muy amado... » Hoy..; qué cambio!.. Estos andrajos que le cubren, el establo donde se le ha instalado, la voz imperiosa que le manda, todo nos dice lo bastante su miseria, sin que sea menester enumerar aún las burlas de los otros criados que con él sirven, sin que sea menester fijar nuestras miradas en el alimento con que ha de contentarse y que no llega á satisfacer su apetito...

Y nosotros, infelices pecadores, esta noche antes de dormirnos, cuando estemos tendidos en nuestra cama, cual tal vez en breve nos tenderán en nuestro ataúd, pongámonos, os lo ruego, á reflexionar por un instante, aun cuando no sea más que por un minuto, y preguntémosnos, con la mano puesta en nuestra conciencia: « ¿ Soy tan dichoso desde que he abandonado los sacramentos, como lo era antes?... Mi alma, ¿ está satisfecha desde que se ha hecho esclava de tal ó cual pasión?... Tú, fortuna que he reunido, me dejarás; tú, pobre cuerpo tan ávido de placeres, un día te pudrirás en la tumba... ¿ De qué te serviran entonces las alegrías, los placeres, los goces?...; Cuánto más dichoso era yo cuando habitaba la casa de mi padre, es decir, cuando era fiel á Dios!... La paz y la alegría tenían en mi alma su morada...; Cuánto menos temía la muerte, cuyo recuerdo hace temblar hoy hasta la médula de mis huesos!...

Amados hermanos, no desatendais mi consejo; sí, antes de dormirnos haceos estas saludables reflexiones y volved, desgraciados hijos pródigos, á la casa paterna, antes que hayais llegado al último grado de abyección; volved á abrazar por completo el servicio de Dios... — Este servicio es dulce y honroso; porque servir á Dios es reinar; servir á Dios es ser fuerte contra los ataques del demonio; servir á Dios es resistir á las tentaciones, es dominar y someter nuestras pasiones; servir á Dios es poseer la alegría, la paz, la pureza de conciencia, espléndidos ropajes que envuelven nuestra alma como otros tantos régios atavíos... Servir á Dios es reinar; sí, reinar con él, triunfando del mal en este mundo, y prepararse además para reinar con él y con sus santos en el reino de la eterna bienaventuranza...; Quiera Dios que todos nosotros podamos, por medio de una verdadera

y sincera conversión, merecer ocupar un día en él el trono que la misericordia divina nos tiene preparado... ; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

SEGUNDO MIÉRCOLES DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Porqué no siempre es eficaz el sacramento de la Penitencia.

TEXTO. *Curavimus Babylonem et non est sanata!* Hemos cuidado Babilonia y no la hemos podido curar...

(JEREMIAS, LI, 9)

EXORDIO.— Hermanos míos, los antiguos médicos atribuían una virtud extraordinaria á una planta, hoy en día de todos conocida, que se cultiva en muchos jardines, y que se llama *salvia*. Decían ellos que ninguna enfermedad podía resistir á sus saludables efectos; remedio soberano contra esos humores malsanos que engendran la hidropesía, era igualmente eficaz para devolver á los paralíticos la sensibilidad que habían perdido y el libre uso de sus miembros; curaba la lepra, aliviaba las enfermedades del corazón... En una palabra, ni una había de esas mil enfermedades á que están sujetos nuestros pobres cuerpos, contra la cual no se la invocase como un específico infalible.. Así es que había una famosa escuela de medicina que, llena de admiración por las pretendidas virtudes de dicha planta, exclamaba con entusiasmo : « ¿Cómo puede morir el hombre, cuando la salvia crece en sus jardines? (1)... » Era un error, hermanos míos, y la planta de que hablamos

(1) *Salvia confortat nervos manumque tremorem tollit...*

Cur moriatur homo, cui salvia crescit in horto?

(Juan de Milan, *Schol. Salertin. Aph.*)

dista mucho de tener tanta eficacia; tan cierto es que los hombres más sábios se equivocan... Pero Jesucristo, nuestro divino Salvador, no puede equivocarse: pero la santa Iglesia católica que él inspira no puede enseñar un error... Así pues, cuando nos dicen que el sacramento de la Penitencia cura todas las enfermedades del alma, la hidropesía del orgullo, la parálisis de la indiferencia, el cáncer de la avaricia, la lepra de la impureza, en una palabra, todas las pasiones á que están expuestas nuestras almas, lo hemos de creer; porque es la misma verdad. Ahora pues, decidme, cuando tantos hombres se pierden apesar de la eficacia de este sacramento, ¿no nos encontramos también nosotros en el caso de exclamar : « ¿Cómo pueden condenarse tantas almas, teniendo á su disposición el sacramento de la Penitencia? »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta noche, hermanos míos, me propongo contestar á esta pregunta. Examinemos pues el porqué el sacramento de la Penitencia no produce siempre los saludables efectos que nuestro divino Salvador le ha atribuído. Dos razones me parece encontrar : *en primer lugar*, porque no se recibe con bastante frecuencia ; *en segundo lugar*, porque se recibe mal.

Primera parte. — No se acude bastante amenudo al sacramento de la Penitencia. No quiero hablar, hermanos míos, de los impíos, de los malos cristianos que no se acercan jamás á él, que difieren hasta la hora de su muerte el recibir este sacramento ; éstos es evidente que no pueden experimentar sus efectos saludables : un remedio no puede curar á quien no lo quiere emplear... Pero vamos á ver, cristianos; un médico prescribe á un enfermo que tome cada quince días, cada tres semanas ó, si se quiere, cada mes, un medicamento que le ha de aliviar sus indisposiciones y le ha de proporcionar una perfecta salud. Si el enfermo no lo toma más que una vez al año, ¿tiene el derecho de decir que su medicole haengañado; que aquel remedio no tiene las virtudes que se le atribuyen; que experimenta siempre las mismas indisposiciones y que no ha recobrado la salud? ¿No podría contestarle con razón el doctor : « El medicamento que os ordené es infalible; si no habeis experimentado sus felices efectos, es porque no habeis seguido mis prescripciones;

y sincera conversión, merecer ocupar un día en él el trono que la misericordia divina nos tiene preparado... ; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

SEGUNDO MIÉRCOLES DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Porqué no siempre es eficaz el sacramento de la Penitencia.

TEXTO. *Curavimus Babylonem et non est sanata!* Hemos cuidado Babilonia y no la hemos podido curar...

(JEREMIAS, LI, 9)

EXORDIO.— Hermanos míos, los antiguos médicos atribuían una virtud extraordinaria á una planta, hoy en día de todos conocida, que se cultiva en muchos jardines, y que se llama *salvia*. Decían ellos que ninguna enfermedad podía resistir á sus saludables efectos; remedio soberano contra esos humores malsanos que engendran la hidropesía, era igualmente eficaz para devolver á los paralíticos la sensibilidad que habían perdido y el libre uso de sus miembros; curaba la lepra, aliviaba las enfermedades del corazón... En una palabra, ni una había de esas mil enfermedades á que estan sujetos nuestros pobres cuerpos, contra la cual no se la invocase como un específico infalible.. Así es que había una famosa escuela de medicina que, llena de admiración por las pretendidas virtudes de dicha planta, exclamaba con entusiasmo : « ¿Cómo puede morir el hombre, cuando la salvia crece en sus jardines? (1)... » Era un error, hermanos míos, y la planta de que hablamos

(1) *Salvia confortat nervos manumque tremorem tollit...*

Cur moriatur homo, cui salvia crescit in horto?

(Juan de Milan, *Schol. Salertin. Aph.*)

dista mucho de tener tanta eficacia; tan cierto es que los hombres más sábios se equivocan... Pero Jesucristo, nuestro divino Salvador, no puede equivocarse: pero la santa Iglesia católica que él inspira no puede enseñar un error... Así pues, cuando nos dicen que el sacramento de la Penitencia cura todas las enfermedades del alma, la hidropesía del orgullo, la parálisis de la indiferencia, el cáncer de la avaricia, la lepra de la impureza, en una palabra, todas las pasiones á que estan expuestas nuestras almas, lo hemos de creer; porque es la misma verdad. Ahora pues, decidme, cuando tantos hombres se pierden apesar de la eficacia de este sacramento, ¿no nos encontramos también nosotros en el caso de exclamar : « ¿Cómo pueden condenarse tantas almas, teniendo á su disposición el sacramento de la Penitencia? »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta noche, hermanos míos, me propongo contestar á esta pregunta. Examinemos pues el porqué el sacramento de la Penitencia no produce siempre los saludables efectos que nuestro divino Salvador le ha atribuído. Dos razones me parece encontrar : *en primer lugar*, porque no se recibe con bastante frecuencia ; *en segundo lugar*, porque se recibe mal.

Primera parte. — No se acude bastante amenudo al sacramento de la Penitencia. No quiero hablar, hermanos míos, de los impíos, de los malos cristianos que no se acercan jamás á él, que difieren hasta la hora de su muerte el recibir este sacramento ; éstos es evidente que no pueden experimentar sus efectos saludables : un remedio no puede curar á quien no lo quiere emplear... Pero vamos á ver, cristianos; un médico prescribe á un enfermo que tome cada quince días, cada tres semanas ó, si se quiere, cada mes, un medicamento que le ha de aliviar sus indisposiciones y le ha de proporcionar una perfecta salud. Si el enfermo no lo toma más que una vez al año, ¿tiene el derecho de decir que su medicole haengañado; que aquel remedio no tiene las virtudes que se le atribuyen; que experimenta siempre las mismas indisposiciones y que no ha recobrado la salud? ¿No podría contestarle con razón el doctor : « El medicamento que os ordené es infalible; si no habeis experimentado sus felices efectos, es porque no habeis seguido mis prescripciones;

es por que no lo habeis tomado tantas veces y según las condiciones que yo había ordenado » ?...

Hermanos míos muy amados, Nuestro Señor Jesucristo podría decirnos otro tanto; porque el sacramento de la Penitencia, recibido con las disposiciones que se requieren, produce infaliblemente dos efectos: borra nuestros pecados, y devuelve la salud á nuestra alma fortaleciéndola contra las pasiones. Pero, de la misma manera que dais á vuestros cuerpos el alimento necesario, siempre que se deja sentir la necesidad de él, asimismo se debería acudir al sacramento de la Penitencia, nó únicamente una ó dos veces al año, sino por lo menos en cuanto sospechais ó teneis motivos para sospechar que no os hallais ya en estado de gracia...

Dícese que una princesa de Austria, llamada Isabel, asistiendo al asedio de una ciudad y queriendo estimular el ardor de los soldados, juró que no se mudaría la ropa hasta que estuviese tomada la ciudad. El sitio duró mucho tiempo (1), y cuando la princesa pudo mudarse su ropa, ésta había tomado ese color amarillo súcio que se llamó desde entonces *color Isabela*. ¿Acaso también vosotros, hermanos míos, habríais hecho juramento de no lavar, de no purificar vuestra alma hasta tal ó cual época?... ¿Habríais dicho acaso: « Yo me confieso por Pascua, y suceda después lo que suceda, aun cuando tenga que permanecer once meses encenagado en estado de pecado mortal, no me confesaré hasta el año que viene, en la misma época?... »

¡Qué error, mis muy queridos hermanos!... ¡Cuán mal comprenderíais el sacramento de la Penitencia!... No es de extrañar que carezca de eficacia para los que nos encontremos en tan tristes disposiciones... Nó, no eran así los santos... San Luis de Gonzaga, santa Teresa, San Cárlos Borromeo y millares de otros que os podría nombrar, acudían una vez por semana al sacramento de la Penitencia. ¡Y sin embargo, eran santos y llevaban en la tierra una vida angelical!... ¿Y nosotros, pobres pecadores, nos atreveríamos á decir que somos santos?..

(1) Isabel de Austria en el sitio de Ostende. Dicese que este sitio duró tres años, tres meses y tres días. Es probable que dicha princesa no llegó al principiar el sitio.

Penetro en una habitación rica y bien amueblada, donde nada falta; pero que desde hace un año nadie se ha ocupado en limpiarla. ¡Cuántas telarañas distingo en el techo! ¡cuán espesa capa de polvo oscurece las ventanas y cubre los cortinajes y los muebles!... Exhálase de ella un olor á mohó; ha perdido todo lo que la embellecía... Ángel de Dios, tú que ves á esta alma, cuando sale del tribunal de la Penitencia, la ves rica, adornada, embellecida con todos los dones de la gracia; pero ha pasado un mes, seis meses, tal vez ha transcurrido un año... ¿cómo la encuentras?... ¡Cuántas imperfecciones, cuántas faltas veniales, cuántos deberes olvidados, cuántos pecados mortales quizás han empañado su hermosura!... Sí, hermanos míos, no lo olvideis, una de las razones por las que pierde para nosotros su eficacia el sacramento de la Penitencia, es porque lo descuidamos, es porque nos desdeñamos de acudir á él con más frecuencia...

Segunda parte. Una segunda razón, incomparablemente más seria que la de que acabamos de hablar, se opone á la eficacia del sacramento de la Penitencia. Es que con harta frecuencia, hermanos míos, se recibe mal, es decir, sin tener las disposiciones que se requieren... Hemos comparado ya el sacramento de la Penitencia á un remedio y, en efecto, es un remedio divino que Nuestro Señor Jesucristo nos ha dado para curar nuestras almas... Prosigamos pues aplicando esta comparación, ya que es tan exacta y se adapta tan perfectamente al asunto de que tratamos...

Un médico llega al lado de su enfermo. — «¿Tomó V. el remedio que le había indicado? — Sí, señor... — ¿Ha producido su efecto?... ¿Cómo se encuentra V.?... — ¡Ay! contesta el enfermo; no veo modificación alguna en mi estado; la calentura tiene siempre la misma intensidad, y la debilidad continúa... — Pero, diga V., añade el médico, ¿ha seguido bien mis indicaciones?... ¿Se ha preparado V. el día antes, ha tomado V. esta poción en ayunas como se lo había ordenado?... — Nó, anoche no me acordé, y esta mañana he almorzado antes de emplear el remedio que V. me había indicado.... — ¡Bah! prosigue el doctor; ¿entonces V. no quiere curarse?... Por lo menos ¿ha hecho V. disolver esta substancia como se lo había dicho?... ¿Ha usado V. luego las bebidas que yo le había prescrito? — Nó, señor, contesta el enfermo,

he creído que todo esto no era de suma necesidad. — Pues entonces, prosigue el médico, no cuente V. más con mis cuidados; ningún remedio le podrá curar, desde el momento en que se niega á hacer lo que se le ha mandado... »; No os parece, hermanos míos, que esto es lo que dicta el buen sentido? Tiene pues la culpa el remedio, si el enfermo indócil é imprudente no ha curado?...

Me paro con una de esas personas que se confiesan únicamente por Pascua, y que pocos días después vuelven á caer en las mismas faltas, y siguen nuevamente la vida tibia y lánguida que llevaban antes... « — ¡Vamos! la digo, su confesión pascual de poco le ha servido; ya descuida V. sus oraciones de la mañana y de la noche; ya ha vuelto á cojer sus malos hábitos, ¿con qué el remedio divino no ha producido en V. efecto alguno?... » Esa persona balbucea, vacila en contestar, y al fin acaba por decirme... « — ¡Qué quiere V.!... uno no es impecable; hay tanto que hacer... y luego, etc... »; Y sin embargo, queridos hermanos y hermanas, tendrían que ser muy distintos para vosotros los efectos del sacramento de la Penitencia!... Decídmelo, ¿habíais hecho bien vuestro exámen de conciencia, habíais tomado buenas resoluciones? ¿Os habíais escitado á la contrición antes de recibirlo?... « — No había pensado en eso » — ¿Habeis empleado en vuestra confesión la humildad, la sinceridad necesarias?... ¿Habeis cumplido piadosamente vuestra penitencia?... ¿Habeis procurado realizar las buenas obras que podíais hacer para satisfacer á Dios y al prójimo por vuestras faltas pasadas?... ¿Habeis pedido la gracia de Dios Nuestro Señor para lo venidero?... Si no lo habeis hecho, ¿qué tiene de extraño que el sacramento de la Penitencia haya sido ineficaz para vosotros?... ¡Vamos! sois un enfermo deshauciado, ningún remedio os puede curar...

Si, hermanos míos, para recibir bien el sacramento de la Penitencia, es menester prepararse; y esta preparación comprende tres cosas: el exámen formal de nuestra conciencia, el pesar de las faltas que se han cometido, y la firme resolución de no volverlas á cometer... Después, no es esto aún todo, es menester confesar nuestras faltas con franqueza, con sinceridad, con una verdadera humildad y con la buena fé más completa. Por último, es indispensable también tener la voluntad de compensar por medio de las buenas obras, por medio de los ejercicios de

piedad, el ultraje que hemos hecho á Dios con nuestros pecados, y reparar, en lo que de nosotros dependa, los perjuicios que hemos ocasionado al prójimo, ya en su honor, ya en sus intereses. Alguien ha dicho, con verdad, que la felicidad del hombre en la tierra se compone de tantas piezas, que es difícil poderlas reunir. En efecto, el uno tiene la fortuna y no posee la paz; á este le faltan hijos buenos; el otro no tiene salud; de suerte que es muy raro que un hombre sea verdaderamente dichoso en este suelo... Una buena confesión está asimismo compuesta de muchas cosas: el uno examina su conciencia, pero no toma buenas resoluciones; el otro tiene pesar de sus faltas, pero no tiene el valor de confesarlas con franqueza... ¿Será pues verdad también que una buena confesión es una cosa extremadamente rara?... ¡Tal vez, hermanos míos muy amados, tal vez!...

PERORACIÓN. — No quiero, amados hermanos míos, desanimaros insistiendo con demasiada energía sobre este punto; mi intención es sencillamente la de induciros á que os prepareis bien para vuestra comunión pascual. Yo deseo, y éste es uno de los votos más ardientes que hace mi corazón, que este año el sacramento de la Penitencia produzca sus frutos para vosotros todos... Dentro de un instante, Jesucristo va á salir de su tabernáculo... Mientras estará encima de este altar, pidámosle con instancia la gracia de que nos dispongamos, del mejor modo que nos sea posible, para alcanzar el perdón de nuestras faltas... Cuando nos bendiga, supliquémosle que bendiga también y haga eficaz este deseo que le habremos manifestado... ¡Angeles santos que le rodeais, unid vuestras instancias á las nuestras para alcanzarnos este favor!.. ¡Y vos, dulce Salvador Jesús, dignaos asistirnos; que no se diga que este remedio tan saludable, que nos preparasteis en el sacramento de la Penitencia, nos sea inútil, ó se convierta en ponzoña para nosotros!.. ¡Haced, antes bien, que nuestras almas, curadas y purificadas por este admirable sacramento, puedan dignamente recibirnos en la santa mesa y adorar en este suelo vuestras inefables misericordias, mientras esperan poder bendecirlas y alabarlas en el cielo por toda una eternidad... ¡Así sea!

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION QUINTA

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (en la Misa.)

Degradación y abyección del Hijo pródigo; aplicación á los pecadores.

TEXTO. *Et misit illum in villam ut pasceret porcos.* Aquel amo le envió á una casa de campo para que guardase los cerdos.

(LUC., XV, 15.)

EXORDIO. — Hermanos míos, una gran santa, creo que santa Teresa, llamaba á las pruebas, *caricias del cielo*. En efecto, cuando Dios nos prueba, durante el tiempo que vivimos en la tierra, siempre es en su misericordia y en su amor... Ni los mismos justos se ven libres de estas penas y de estas pruebas. ¡Mirad al santo varón Job, mirad á Tobías, aquellos fieles amigos de Dios! Al primero, Satanás le quita sus bienes y sus hijos, le cubre de asquerosas llagas y le reduce al último grado de miseria; Dios lo permite, para hacer que resplandezca mejor la fidelidad de su servidor (1). El segundo se halla privado de la vista, durante largos años, y perseguido por el rey de Asiria, á fin de que se ponga más de relieve su virtud... Así permite Dios con frecuencia que aquellos mismos que se esfuerzan en servirle con afecto, en obedecerle con fidelidad, experimenten penas, sufrimientos, enfermedades, reveses de fortuna, ya para acabar de purificarles de las faltas que en otro tiempo cometieron, ya para perfeccionar sus virtudes, desprenderlas más de la tierra y dirigir cada vez más sus pensamientos hácia el cielo...

Pero Dios prueba igualmente á los pecadores, y les castiga en su

(1). Job, *passim*.

misericordia. Si lanza, como punzantes espinas, los pesares y las humillaciones en el camino del vicio, es con el objeto de hacer reflexionar y disgustar á los que lo siguen... Con frecuencia, quiere que el pecador encuentre en su mismo pecado un castigo, una pena que, en las vías de la adorable Providencia, tiene por objeto conducirle á mejores sentimientos... Hay padres que se han mostrado idólatras de sus hijos: en vez de cultivar en ellos la piedad, la modestia, la docilidad, han procurado inspirarles ideas de vanidad, de coquetería, de disipación; se han complacido en halagar sus caprichos. ¿Qué tiene de extraño que estos mismos hijos se conviertan para ellos en una cruz, en una fuente inagotable de pesares?... Cada vicio lleva en pos de sí su expiación, su castigo; la impureza va seguida de la vergüenza y de la deshonra; la embriaguez va acompañada de la miseria y del embrutecimiento, y así de los demás.

Esto fué, hermanos míos, lo que le aconteció al Hijo pródigo; sus vicios trajeron el fruto que de ellos se debía esperar; sus pasiones arrastraron tras de sí las penas que merecían. Ya vimos el domingo pasado, como ese hijo rebelado contra su padre, entregado á toda clase de seducciones, abandonándose desenfrenadamente á sus malas inclinaciones, había quedado reducido á la más extremada miseria y se había visto precisado á entrar como mercenario en casa de un amo extranjero.

PROPOSICIÓN. — Hoy vamos á examinar las circunstancias que acompañaron á su esclavitud, y á ver hasta qué punto de degradación y abyección se vió llevado aquel infeliz... Ved ahí el relato del Evangelio: «Obligado por la miseria, se vió en la precisión de entrar al servicio de un hombre de aquel país, que le envió á una casa de campo para que guardase los cerdos. Allí él deseaba saciar su apetito con las cosas que los cerdos comían, ¡y nadie se las daba!..»

DIVISIÓN. — En primer lugar, degradación del Hijo pródigo reducido á tener que guardar cerdos; en segundo lugar, su abyección cuando llega al extremo de desear lo de que éstos se alimentan. Dos pensamientos que van á ocuparnos esta mañana, y en los cuales veremos una viva imagen de los tristes efectos que el pecado produce en el alma...

Primera parte. — Degradación del Hijo pródigo. Era poco para aquel joven, nacido de una familia rica, y educado con delicadeza, haberse visto reducido á la miseria, haber padecido hambre, y haberse visto precisado, para no morir de necesidad en la esquina de una calle, á vender su libertad, á hacerse mercenario, esclavo de un amo extranjero... Hasta para los criados y para los esclavos, hay trabajos menos envilecedores... Se puede trabajar en un oficio, se puede cultivar la tierra, servir al amo en la mesa... En todas estas ocupaciones y otras muchas que podría nombraros, nada hay que deshonre, nada que humille... Mas él, por una cruel irrisión de la casualidad... ¿Qué he dicho?... ¡La casualidad es una palabra vana!.. Por un justo castigo que la Providencia impone á su rebelión, él, que había nacido para mandar y no para servir, era preciso que estuviese ocupado en las faenas más viles, en los más degradantes trabajos... Se le envía al campo á guardar los cerdos. *Missit illum in villam ut pasceret porcos!*

¿Qué cambio se ha operado en tu condición, desgraciado joven!...; ¿De qué altura has caído!... Efectivamente, mirad; hace apenas algunos meses que no se hablaba más que de él: habitaba un palacio, tenía servidumbre, se alimentaba con los más delicados manjares... Cuando pasaba con su fastuoso tren, todo el mundo le admiraba; ¡y ahora!... ¡Desventurado!... Oprímese el corazón al verle; ¡qué pena causa el mirarle!... Pálido, flaco, harapiento, guía unos animales inmundos, los más indóciles y los más repugnantes de todos los animales.... El perro lame la mano que le alimenta; la oveja sigue al pastor. En los demás animales se encuentra una especie de reconocimiento; pero en los cerdos ¿qué hay?... En ellos no hay otra cosa que una glotonería ávida é insaciable.. ¡Y á guardar á semejantes bestias es á lo que el Hijo pródigo ha de consagrar su juventud, sus talentos, la educación que recibió!... ¿Comprendeis, hermanos míos muy amados, á qué abismo de degradación le han llevado sus pasiones?...

Tal vez sea difícil, hermanos míos, haceros comprender, merced al poco horror que el pecado nos inspira, que esta degradación es la imagen fiel de lo que á nuestras almas les sucede, cuando se han hecho esclavas del pecado... Probemos, sin embargo, con el auxilio de Dios, deciros algo... Recordemos, cristianos, la dignidad, la nobleza de nuestra alma; es la imá-

gen de Dios tres veces santo, es la hermana de los Angeles.... Llamada á amar á su Creador, á servirle en este suelo, destinada á poseerlo un día en el cielo, si se encuentra en estado de gracia, ¡cuán bella es! Es un templo, un santuario donde Dios habita... Hija muy amada del Salvador Jesús, ¡cuán brillante, cuán espléndido es el ropaje de justicia que la rodea!... Sol, oculta tus rayos; porque ante la hermosura de esta alma tu misma luz palidece, te quedas sin esplendor...

Pero si esta alma está manchada por un pecado mortal, ¡qué cambio tan repentino!... Todo lo que formaba su dignidad y nobleza ha desaparecido: cae bajo el poder del demonio; se hace su esclava, y este amo cruel ¿qué hace de las nobles facultades que esta alma recibió de Dios? ¿No las emplea en las causas más viles y degradantes?... Hablad del cielo, recordad su inmortal destino á ese bebedor instalado en la taberna, y no os oírá; ¿puede acaso amar otra cosa que ese vino, esos licores fuertes que debilitan su cuerpo y embrutece su razón?... Y ese á quien domina la avaricia ¿qué puede amar sinó el oro ó los bienes de este mundo, que secan su corazón y le hacen duro, cruel para con los pobres y para con todo cuanto le rodea?... Decid qué es lo que ama el voluptuoso, el impúdico, á qué aspiran sus pensamientos, sus deseos, todo lo que de energía queda en su corazón... Esos vergonzosos placeres que enervan su cuerpo, y devoran todo que de noble había en su alma, esto es lo que le ocupa, esto es lo único que le puede interesar... Aun cuando haya llegado á viejo, aun cuando se encuentre á dos dedos de la tumba, escuchará nuestras exhortaciones con aire atontado, con una indiferencia estúpida; y en cambio, una palabra lasciva, un discurso impuro harán estremecer todavía su embotado pensamiento, y harán asomar á sus moribundos labios cierta sonrisa calenturienta (1). ¡Pobre pródigo! ¡Satanás, de quien es esclavo, le obliga á guardar los cerdos!... *Missit illum in villam ut pasceret porcos!*

Escuchad otro ejemplo de esta degradación... Una noche, hace de esto algunos años, unas jovencitas vestidas de blanco, con un cirio en la

(1) Véase en Lacretelle y en las memorias de aquella época, la muerte de Luis XV. ¡Ah! ¿cual es el sacerdote que no ha tenido que asistir á tales ancianos?...

mano, radiantes de felicidad é inocencia, estaban arrodilladas al pié del altar de la Virgen Santísima; la acababan de escojer por madre suya y de consagrarse á su servicio... ¡ Angeles de Dios, decidnos cuán bellas eran sus almas, cuán puros eran sus corazones!... No habían transcurrido cuatro años, era tambien una noche, y varias de estas mismas jovencitas... Pero nó, no tengo valor para hablaros de aquellos bailes, de aquellas citas, de aquellos paseos nocturnos... ¡ Pobrecitas niñas, también, como el Hijo pródigo, han caído en el abismo!... Si á lo menos reflexionasen sobre su caída...

Segunda parte. — Veamos ahora la abyección del Hijo pródigo. Moisés, próximo á morir, previendo las infidelidades de los Judíos, les decía de una manera profética: « Si no quereis servir con reconocimiento, y en la alegría de vuestro corazón, á ese Dios que de tantos bienes os colma, escuchad lo que os sucederá: Sereis esclavos de un enemigo á quien Dios os entregará; muriendo de hambre y sed, desnudos y sumidos en la mayor miseria, vereis un yugo de hierro pesar sobre vosotros; sereis aplastados, envilecidos, pulverizados (1) ». ¡ Qué bien descrita está la historia de la degradación, de la abyección del Hijo pródigo, escrita quince siglos antes de que nuestro divino Salvador relatase esta admirable parábola!...

Le hemos visto, padeciendo hambre, esclavo, envilecido, degradado; ¿ puede descender todavía más abajo?... Sí, hermanos míos, y esto es lo que vamos á ver considerando su abyección... Se puede estar ocupado en trabajos viles, y tener sentimientos superiores á su condición. Mas no pasa lo mismo con este desdichado; sus faenas son viles, sus sentimientos son más viles todavía... No basta verse reducido á guardar cerdos; llega hasta á desear su alimento, á lanzar una afanosa mirada al innoble pilón donde se revuelcan aquellos inmundos animales... Aquellos desperdicios que para pasto se les arrojan, él los codicia, desea hartarse de ellos; ¡ no puede concebirse deseo más abyecto!... Desear vivir de lo que viven los cerdos, ¡ qué abyección, gran Dios!... Y con todo, desventurado pródigo, tu deseo no será atendido, nadie te dará ese alimento objeto de tu insensata codicia...

(1) Deuter. XXVIII., 47.

Bajo este enérgico emblema del Hijo pródigo reducido al extremo de desear, sin poder obtenerlo, el alimento de los cerdos, Jesucristo ha querido hacernos ver, hermanos míos, la abyección profunda en que cae el alma envilecida por las pasiones... Llega, efectivamente, un momento en que el pecador está de tal modo embrutecido, que no conserva casi sentimiento alguno digno de la humana inteligencia; lo que le ocupa es el mal; de día y de noche, en sus sueños, no ve más que su pasión; las reflexiones le molestan, las atenciones que se ve precisado á guardar le hacen daño... Si odia á alguien, quisiera vengarse sin temor de la justicia, como se venga un irracional de otro... Si está dominado por la lujuria, envidia la condición de los brutos, para poder sacudir el yugo de la decencia, y entregarse sin freno ni medida á sus brutales inclinaciones... Es el Hijo pródigo que codicia la comida de los cerdos...

Otras veces los remordimientos pesan, y la conciencia grita: « Miserable, hay que restituir estos bienes mal adquiridos; un dia tendras que morir y dar cuenta de todos tus vergonzosos crímenes... » Entonces, como alocado por las pasiones, se encarniza contra la fé, contra la religión; quisiérase aniquilar hasta el último resto de ella en el alma; empiézase á desear la suerte de los irracionales, que no tienen remordimientos; quisiérase no tener un alma inmortal, y morir todo entero como el irracional cuyo cuerpo es entregado al descuartizador... Mas nó, rey destronado, apesar de tu envilecimiento, queda en tí un recuerdo de tu noble origen... Esta tranquilidad del bruto en medio del mal, nada te la puede dar. Esa calma del irracional espirando encima de la paja, tu alma no la tendrá jamás; demasiado bien sabe ella que es inmortal: en vano codicias la comida de los cerdos, nadie te la podrá dar. ¡ *Et nemo illi dabit!*...

PERORACIÓN. — Sí, carísimos hermanos, el infeliz Hijo pródigo había descendido muy abajo!... ¡ Ay! una vez separado de su padre, se había visto solo, rodeado de extraños que escitaban sus despilfarros, y especulaban con sus pasiones. Infortunado jóven, entregado á todas las seducciones, ¿ podía sustraerse á aquellos aduladores que le asediaban, á aquellas viles criaturas que con pérfidas artes secaban su corazón y dissipaban todos sus bienes?... ¡ Ni una voz sincera en medio de aquella

conspiración de todos los vicios contra su inexperiencia!...; Ni un amigo que, con sus consejos austeros y desinteresados, le hiciese ver el abismo hacia donde caminaba ó hiciese brillar un rayo de luz en medio de las tinieblas que ofuscaban su inteligencia! Vedle solo, absolutamente solo en medio de aquellos hombres envilecidos, de aquellas mujeres perdidas...; Con cuánta exactitud, oh Espíritu Santo, habeis dicho: *¡ Ay de aquel que está solo y sin consejero ! ; Vae soli !...*

Pero nosotros, queridísimos hermanos míos, ¿ podríamos invocar esta excusa?... Por fuertes que fuesen las tentaciones que nos atacasen, por seductoras que fueran las ocasiones que nos atrajesen, teníamos siempre una voz amiga para advertirnos y aconsejarnos... Era la voz de la santa Iglesia católica, nuestra madre, que por medio de sus ministros nos advertía: « Pobre pecador, decía, caminas á tu perdición: pon cuidado, que esas compañías que frecuentas, esos vicios á que te abandonas, son otros tantos enemigos que han concertado tu ruina... » Y nosotros hemos despreciado estas saludables advertencias, hemos querido ir hasta el fondo del abismo. Sí, somos más culpables que el Hijo pródigo...; Ah! á lo menos, amadísimos hermanos, ya que le hemos imitado en sus extravíos, supliquemos á la misericordia divina que nos conceda la gracia de que le imitemos en su conversión; que podamos todos, por medio de un arrepentimiento sincero, regocijar el corazón de nuestro Padre celestial, y merecer participar de la suerte de sus hijos en una venturosa eternidad...; Así sea!

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION SEXTA.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (en la oración de la noche)

Reflexiones del Hijo pródigo; resolución que toma.

Texto. *In se autem reversus, dixit: Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus. Mas entrando en sí mismo, dijo: ¡ en la casa de mi padre cuántos mercenarios tienen pan en abundancia !*

(LUC, XV, XVII)

EXORDIO. — Hermanos míos, hasta aquí hemos explicado la parte más penosa de esta historia.... Era necesario, para hacernos comprender mejor la infinita misericordia de Dios y su ternura por los pecadores. Cuanto más ingrato, rebelde é indócil había sido el Hijo pródigo, cuanto mayor insensibilidad y dureza había puesto en separarse de su padre, con tanto mayor esplendor brilla la bondad, la ternura de aquel padre, que con tanto cariño le acoge á su vuelta.... Le hemos seguido en sus extravíos; le hemos visto disipar su hacienda entre orgías, caer en la miseria y padecer hambre; le hemos visto precisado á vender su libertad, y á descender, por decirlo así, á un abismo de miseria y degradación... Esas humillaciones, esas consecuencias crueles de su rebelión contra su padre, haran sentir mejor el valor de la ternura con que se le recibe; nosotros á nuestra vez comprenderemos mejor el envilecimiento de que su padre le ha librado acojiendo tan amorosamente su arrepentimiento...

El hijo pródigo, lo hemos dicho ya, mis hermanos muy amados, somos nosotros mismos, todos y cada uno de nosotros infelices pecadores. Nosotros nos hemos rebelado contra Dios, negándonos á obedecer sus

leyes. Y, vamos á ver; ¿qué hemos encontrado léjos de este buen Padre?... Los remordimientos, la miseria del alma, la turbación de la conciencia, la esclavitud de las pasiones, ¡tal vez hasta la degradación, el escándalo y la vergüenza! ¡Pueda Dios, en su bondad infinita, habernos inspirado pensamientos saludables!... ¡Pueda la dulcísima Virgen María, con su poderosa intercesión, habernos alcanzado la gracia de que, después de haber imitado al pródigo en sus extravíos, tengamos igualmente el valor de imitarle en su conversión!

PROPOSICIÓN. — Esta noche empezaremos á hablar de su mudanza... En vista de su extremada miseria, entra en sí mismo y se dice: « ¡Cuántos mercenarios tienen pan en abundancia en casa de mi padre, é yo me muerdo aquí de hambre!... Me levantaré pues, iré á encontrar á mi padre y le diré: Padre mio, he pecado contra el cielo y contra vos, no soy digno ya de ser llamado hijo vuestro; tratadme solamente como á uno de vuestros jornaleros... » Estas palabras del Evangelio constituirán el asunto de esta Instrucción.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, reflexiones del Hijo pródigo; *en segundo lugar*, resolución que toma de volver á su padre: dos pensamientos sobre los cuales nos vamos á detener por algunos momentos.

Primera parte. — Reflexiones del Hijo pródigo. Ved ahí el primer rayo de luz que sobre él descende... La casa paterna acude á su imaginación; repróchase el haber dejado al mejor de los padres; se representa las riquezas de su familia, en la cual todos, hasta los mercenarios, viven en la abundancia; le vienen á la memoria los trajes que él usaba, aquel sosiego, aquella paz en medio de la cual se deslizó su infancia... « ¡Tierno padre, exclama, vos cuyo corazón desgarré con mi partida, todavía veo vuestras lágrimas; me acuerdo de vuestra bondad, de vuestra tan cariñosa sonrisa! » A este recuerdo de los bienes de que gozaba se agregaba el sentimiento de los males que soportaba; porque ¡cuánto sufría!... ¡A cuán extremada miseria se encontraba reducido!... Extranjero, léjos de su familia, sin dinero, sin bienes, sin casa, sin recursos, obligado á servir á un amo bárbaro que le ocupaba, en una pobre casa de campo, en guardar los cerdos... Amo desapiadado en realidad, ¡á cuán vil empleo le has condenado!... No le das otra cosa

para alimentarse que las sobras de los cerdos; y con esto no tiene bastante aún para satisfacer su apetito...

Finalmente, sus harapos, su miseria presente, el pensamiento de su dicha pasada, el recuerdo del padre á quien alligó, todo contribuye á inspirarle una confusión útil, todo le conduce á saludables pensamientos. « Catahí pues, se dice aquel desventurado, catahí lo que he ganado con alejarme de mi padre, con abandonar mi país y mi familia... ¿Dónde estan aquellos goces que me había prometido? aquellos placeres que debía saborear? aquella independencia que debía ser mi patrimonio?... ¡Desgraciado de mí, todo se ha desvanecido!... ¡Ay de mí! ¿qué he encontrado con alejarme del mejor de los padres?... La tristeza, la miseria, la esclavitud, la degradación y la vergüenza... » Y abundantes lágrimas corrían por sus enflaquecidas mejillas...

Carísimos hermanos, habreis notado que, al hablar de esta concentración del Hijo pródigo, he dicho que era el primer rayo de luz que descendía sobre él. Es que sólo Dios es el autor de todo buen pensamiento; es que, sin su gracia, ningún pecador, por hundido que esté en las profundidades del mal, podrá comprender su deplorable estado, ni mucho menos tener la idea de salir de él... Sí, Dios es quien nos busca, Dios es quien nos ilumina, Dios es quien nos inspira toda reflexión saludable. *El hombre jamás puede volver á Dios, si Dios no es el primero en alargarle la mano.* (1) Fijáos, sinó, en la frase de que se sirve el Evangelio al hablar de la conversión de san Pedro... *Volviéndose el Señor hácia Pedro, le miró* (2). ¿Porqué pues, oh dulce Salvador, volveros así hácia vuestro Apóstol?... Harto grande es su crimen, y bien pronto comprenderá su enormidad... Nó, hermanos míos, el mismo san Pedro, apesar del amor que á su Maestro profesaba, no habría sentido eficazmente su falta sin la mirada de Jesús, es decir sin la gracia de Dios...

¡Y bien! durante estos días de penitencia ¿acaso no hemos oído también nosotros, pobres pecadores, la voz de Dios hablando en el fondo de nuestros corazones? ¿Acaso no ha venido la mirada de Dios, se-

(1) Job, XXXIV, 23

(2) Luc, XXII, 16.

liendo de ese tabernáculo para bendecirnos, no ha venido á posarse sobre nosotros?... Mirad, reflexionad bien y vereis que también á nosotros ha venido á iluminarnos sobre nuestro estado un primer rayo de luz... Y este rayo de luz ¿ qué nos ha hecho ver? La miseria presente de nuestra alma comparada con su pasada felicidad. ¡ Éramos tan dichosos en la casa de nuestro Padre, cuando le servíamos con fidelidad! nos era tan fácil el orar! era tan viva nuestra fé! La paz habitaba en nuestra conciencia, la seguridad de que estábamos en gracia de Dios derramaba sobre toda nuestra vida una alegría, un encanto celestiales... Por la noche, después de haber rezado fielmente nuestras oraciones, después de habernos encomendado á la Virgen Santísima, á nuestro Angel custodio y á nuestros santos patronos, nos dormíamos en brazos de la Providencia, sin temer una muerte repentina, sin miedo de despertarnos en el infierno...

Hoy, ¡ qué diferencia!.. Vamos á ver, no tratemos de aturdirnos; demos perfecta cuenta de nuestro estado presente: el rezar nos pesa, lo hacemos mal, tal vez lo hemos descuidado por completo; ya nada de sobrenatural hay en nuestra alma; en ella se ha extinguido la caridad, se ha oscurecido la fé. Tristeza, disgusto, fastidio, esto es lo que encontramos en el fondo de nuestro corazón, si lo queremos examinar... Nuestra conciencia, antes tan pura, ahora ni siquiera nos atrevemos á mirarla frente á frente... ¡ nos da miedo!... Temblamos al oír contar ciertas muertes trágicas, y cada vez que la campana deja oír su fúnebre tañido, ó que ruge el rayo en los aires, nosotros somos como los criminales que aguardan su sentencia... ¿ No es cierto, hermanos míos? ¿ No es éste el estado de una porción de pecadores de esos que han conservado un resto de fé?... ¡ Ah! Si vosotros no experimentais nada de esto, sois aún mucho más dignos de lástima... En este caso, Dios se habría cansado de hablaros... Os habría abandonado, como abandonó al médico á un cadáver, al cual no sabe cómo devolver la vida...

Mas nó, Dios ha derramado sobre vosotros un rayo de su divina luz, os la ha dado para iluminaros, para convertirnos. Estas reflexiones os las inspira á fin de que os aprovecheis de ellas.... ¡ En nombre del cielo, en nombre de vuestra eternidad, no las rechaceis! Sabed, como el Hijo pródigo, hacer de ellas un uso saludable; acordáos bien de que casi

siempre (yo lo he visto más de una vez con mis propios ojos) *una conversión diferida es una conversión perdida...*

Segunda parte. — Resolución del Hijo pródigo. Antes de hablaros, hermanos míos, de la enérgica resolución que el Hijo pródigo tomó de volver hácia su padre, quisiera justificar por medio de un ejemplo lo que acabo de deciros, esto es que una conversión diferida es casi siempre una conversión perdida... Vivía, hace cosa de treinta y cinco años, un célebre profesor llamado Jouffroy. Hijo de padres cristianos, había pasado su juventud en medio de todas las alegrías de la piedad... « Tranquilo, dice él, sobre el camino que debía seguir en este mundo, tranquilo sobre el término á que debía conducirme en el otro, conociendo los designios de Dios respecto á mí y amándole por la bondad de esos designios, era dichoso con esta dicha que da una fé viva y cierta en una religión que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar al hombre... Jamás olvidaré, prosigue, el instante en que me apercibí de que había perdido la fé, de que era incrédulo... En vano me cojí á restos de creencia, como se coje el náufrago á los restos de su buque... En el fondo de mí mismo nada quedaba ya en pié. ¡ Aquel momento fué terrible! Parecióme sentir como se extinguía mi primera vida tan risueña y tan piadosa, y abrirse detrás de mí otra, sombría y desierta, donde desde aquel instante iba á vivir solo, solo con mi pensamiento que acababa de desterrarme en ella, y que me daba tentaciones de maldecir. Los días que siguieron fueron los más tristes de mi vida... Decir los tormentos que les agitaron sería demasiado largo (1)... » ¡ Ah, hermanos míos, lo que agitaba á aquel orgulloso sábio era la gracia, era la voz de Dios, que le llamaba por última vez; no respondió á ella, y el desdichado murió poco tiempo después á la edad de cuarenta y seis años, sin haber vuelto á Dios.

No fué así el pobre Hijo pródigo. Apenas se concentró, apenas oyó el llamamiento de la gracia y hubo comprendido bien el triste estado á que sus pasiones le habían reducido, toma una resolución enérgica: « Me levantaré, dice, iré á encontrar á mi padre, y le confesaré todas

(1) V. Feller art. *Jouffroy*, ó mejor: *Mélanges philosophiques* de Jouffroy, editadas por Darimon.

mis culpas. Aun cuando deba tratarme solamente como á uno de sus criados, todavía seré demasiado feliz... ¡Sí, quiero ir á arrojar-me á sus piés! » Y esta resolución, la ejecuta. ¿Porqué pues este cambio?.. Es que habiendo comprendido su abyección y su miseria, se humilla, conoce que tiene necesidad del perdón de su padre, y como la fidelidad en una gracia nos hace acreedores á otras nuevas, ved ahí que, á más del conocimiento de sus faltas que le humillan, comprende también la grandeza de la bondad de su padre, lo cual le inspira una tierna confianza y la seguridad de ser perdonado...

¿Y nosotros, hermanos míos, no vemos, no comprendemos nuestra miseria, esta servidumbre en que nos tienen las pasiones, estos malos hábitos que por tanto tiempo nos tienen alejados de Dios?... Una pregunta... ¿Nos hallamos en estado de gracia, sí ó nó?... Si os hallais en estado de gracia, indudablemente teneis aún alguna cosa que hacer para ser más justos; pero en tal caso no es á vosotros á quienes hablo en este momento.. Si por el contrario os hallais en estado de pecado mortal, tenedlo entendido, vuestra alma no es más que una ruína ante Dios y ante sus Angeles; os hallais en un estado todavía más deplorable que el del pobre Hijo pródigo cuando guardaba los cerdos...

¡Ah! os estoy oyendo... Lo que os tranquiliza es que no teneis que acusaros de faltas enormes ni escandalosas: es que, como á veces se dice, no teneis más que pecados de *persona decente*... ¿Pecados de persona decente?... Carísimos hermanos, no los conozco estos pecados... ¿Es decente el dependiente que roba á su amo, y no le quiere obedecer?... ¿Es decente el Cristiano que roba á Dios el día que él se reservó, y no quiere someterse á sus leyes?... Juez supremo, ¿trataréis un día como personas decentes, á esos cristianos avaros, duros con los pobres, y á esos otros que son rencorosos, vengativos, ó que saben disimular mañosamente sus injusticias?... Y vosotros, hombres sensuales, mujeres ó muchachas ligeras, padres que descuidais la educación de vuestros hijos, presentáos con confianza ante su temible tribunal, nada teneis que temer, no teneis más que pecados de persona decente... Aun cuando hubiese diez, quince años que hubieseis pisoteado los preceptos de la Iglesia, desdenando el cumplimiento del precepto pascual, violando de una manera escandalosa la abstinencia que la Iglesia prescribe... ¡Vaya! ¡apuesto á

que Dios se tendrá por muy contento con recibiros en su paraíso!... ¡Ya lo creo! No le sucede todos los días eso de recibir á semejantes pecadores: si no teneis más que pecados de persona decente... ¡Cuán funesto error, carísimos hermanos, ¿acaso no sabemos que un solo pecado mortal basta para condenarse?... ¿Ignoramos acaso que el infierno está lleno de esa especie de personas decentes?...

PERORACIÓN. — Para terminar quiero referiros, hermanos míos, la historia de un hombre muy decente, y que sin embargo se retuerce como los más grandes malvados en aquellas hogueras, entre las cuales gimen los réprobos. Para conocer esta historia no teneis más que volver una hoja del Evangelio; porque viene inmediatamente después de la parábola del Hijo pródigo... Vos, oh dulce Salvador Jesús, previsteis que muchos cristianos ignorantes dirían: « Yo no soy tan culpable como el Hijo pródigo; yo no tengo necesidad de hacer penitencia ». Y habeis querido enseñarles á donde conducían estos pecados de persona decente. Esta historia, es la del mal rico. (1)

Jesucristo no nos dice que ese rico hubiese sido un ladrón, ni un adúltero, ni un asesino: únicamente nos explica que llevaba en la tierra una vida mundana y sensual. La vista de los pobres le disgustaba; había en su puerta un mendigo cubierto de úlceras; y él volvía la cara hacia otro lado para no verle. Ved ahí todo lo que le reprocha el Evangelio... ¿Hay en esto tan gran mal?... ¿A cuántos de entre nosotros les desagrada encontrarse con los pobres, y vuelven la cara para no tener que darles limosna?... Id á decirles á estos que no son personas decentes... El hombre de quien hablamos era rico; le gustaban los festines, las buenas comidas; se divertía con sus amigos... Supongo que esto tampoco debe ser un mal tan grande... Y sin embargo, hermanos míos, cuando murió, su suerte fué muy diferente de la del pobre. Fué, dice Jesucristo, precipitado al infierno, mientras que los Angeles se llevaban el alma de Lázaro al seno de Abraham. Y desde el fondo de aquel abismo de sufrimientos, aquel hombre decente según el mundo, viendo la gloria del pobre á quien había despreciado, le pedía una gota de agua;

(1) Luc. xvi, 19 y siguientes.

« porque, decía, sufro cruelmente en estas llamas!... *Crucior in hac flamma.* » ; Y aquella gota de agua le fué negada!...

¿No comprendéis, hermanos míos muy amados, que esta vida mundana y puramente animal que tantos cristianos llevan, no les impide de tener gran necesidad de convertirse?... Sí, todos, hasta aquellos de entre nosotros que pretenden ser los mejores, debemos decir como el Hijo pródigo: « Me levantaré, iré á encontrar á mi Padre y le confesaré mis pecados... » ; Ojalá que todos nosotros podamos comprender, hermanos míos, esta necesidad y corresponder, durante esta santa cuarentena, á los designios que sobre la salvación de nuestras almas tiene el Padre tan bueno que en el cielo tenemos!... ; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

INSTRUCCION TERCERA.

TERCER MIÉRCOLES DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

Necesidad del exámen de conciencia; qué condiciones ha de tener.

TEXTO. *Recogitabo tibi omnes annos meos...* Examinaré en vuestra presencia, oh Dios mio, la manera como he empleado los días que me habeis concedido.

(ISAÍAS, XXXVIII, 15)

EXORDIO. — Esta noche, hermanos míos, empezaremos esta instrucción con una historia, ó si lo preferís, con una parábola. A un comerciante negligente le iban muy mal los negocios; tenía muchos acreedores; todos le perseguían, le amenazaban con llevarle á los tribunales, con hacerle declarar en quiebra... Arruinado por completo, no tenía recurso alguno para cubrir ni siquiera la más insignificante de sus deudas.

¿ Cuán triste era su posición!... Iba tal vez á abandonarse á la desesperación, cuando aconteció lo que os voy á referir. Un acaudalado banquero se interesa de repente por él, llama á su lado al desventurado comerciante y le dice: « Amigo mio, estoy enterado de su situación; ya sabe que no le necesito á V. para nada, únicamente la compasión me mueve á interesarme por su suerte. ¿ Pues bien! Quiero, por pura bondad de corazón, alejarle del abismo donde se halla, librarle de esa deshonrosa bancarrota que le amenaza... Vamos, pues; examine detenidamente sus libros; tome una nota exacta de todas las cantidades que debe, y después venga á verme: yo pagaré hasta la última de sus deudas... »

Los sentimientos que experimentó el comerciante, su reconocimiento, es cosa que sería difícil explicar. Lleno de alegría, se vuelve á su casa; pero en vez de repasar sus libros, de depurar sus cuentas, de tomar una nota exacta de todos sus acreedores, se limita á pensar no más que en los dos ó tres que más vivamente le apremiaban y que le daban más tormento; olvidase de centenares de otros... Vuelve á encontrar al generoso banquero y le dice: « No veo más que dos ó tres personas á quienes debo: una cantidad tal bastará para liquidar mi situación y ponerme tranquilo. » Se le entrega la suma que pide. Pero desde el día siguiente acude una multitud de acreedores de los que había olvidado, á reclamar lo que les debe y á perseguirle con insistencia. De modo que aquel comerciante, gracias á su negligencia y apesar de la generosidad de su bienhechor, se encuentra en un estado peor tal vez que antes.

PROPOSICIÓN. — Hermanos míos muy amados, mi intento es aplicar esta parábola, demostrándoos la necesidad del exámen de conciencia, para que Nuestro Señor Jesucristo nos perdone todos nuestros pecados, y para que el sacramento de la Penitencia produzca en nosotros todos sus efectos, cuando tengamos la dicha de recibirlo.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, necesidad del exámen de conciencia antes de la confesión; *en segundo lugar*, condiciones que debe tener este exámen: dos pensamientos en los cuales vamos á fijar nuestra atención.

Primera parte. — Necesidad del exámen de conciencia. Realmente,

« porque, decía, sufro cruelmente en estas llamas!... *Crucior in hac flamma.* » ; Y aquella gota de agua le fué negada!...

¿No comprendéis, hermanos míos muy amados, que esta vida mundana y puramente animal que tantos cristianos llevan, no les impide de tener gran necesidad de convertirse?... Sí, todos, hasta aquellos de entre nosotros que pretenden ser los mejores, debemos decir como el Hijo pródigo: « Me levantaré, iré á encontrar á mi Padre y le confesaré mis pecados... » ; Ojalá que todos nosotros podamos comprender, hermanos míos, esta necesidad y corresponder, durante esta santa cuarentena, á los designios que sobre la salvación de nuestras almas tiene el Padre tan bueno que en el cielo tenemos!... ; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

INSTRUCCION TERCERA.

TERCER MIÉRCOLES DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

Necesidad del exámen de conciencia; qué condiciones ha de tener.

TEXTO. *Recogitabo tibi omnes annos meos...* Examinaré en vuestra presencia, oh Dios mio, la manera como he empleado los días que me habeis concedido.

(ISAÍAS, XXXVIII, 15)

EXORDIO. — Esta noche, hermanos míos, empezaremos esta instrucción con una historia, ó si lo preferís, con una parábola. A un comerciante negligente le iban muy mal los negocios; tenía muchos acreedores; todos le perseguían, le amenazaban con llevarle á los tribunales, con hacerle declarar en quiebra... Arruinado por completo, no tenía recurso alguno para cubrir ni siquiera la más insignificante de sus deudas.

¿ Cuán triste era su posición!... Iba tal vez á abandonarse á la desesperación, cuando aconteció lo que os voy á referir. Un acaudalado banquero se interesa de repente por él, llama á su lado al desventurado comerciante y le dice: « Amigo mio, estoy enterado de su situación; ya sabe que no le necesito á V. para nada, únicamente la compasión me mueve á interesarme por su suerte. ¿ Pues bien! Quiero, por pura bondad de corazón, alejarle del abismo donde se halla, librarle de esa deshonrosa bancarrota que le amenaza... Vamos, pues; examine detenidamente sus libros; tome una nota exacta de todas las cantidades que debe, y después venga á verme: yo pagaré hasta la última de sus deudas... »

Los sentimientos que experimentó el comerciante, su reconocimiento, es cosa que sería difícil explicar. Lleno de alegría, se vuelve á su casa; pero en vez de repasar sus libros, de depurar sus cuentas, de tomar una nota exacta de todos sus acreedores, se limita á pensar no más que en los dos ó tres que más vivamente le apremiaban y que le daban más tormento; olvidase de centenares de otros... Vuelve á encontrar al generoso banquero y le dice: « No veo más que dos ó tres personas á quienes debo: una cantidad tal bastará para liquidar mi situación y ponerme tranquilo. » Se le entrega la suma que pide. Pero desde el día siguiente acude una multitud de acreedores de los que había olvidado, á reclamar lo que les debe y á perseguirle con insistencia. De modo que aquel comerciante, gracias á su negligencia y apesar de la generosidad de su bienhechor, se encuentra en un estado peor tal vez que antes.

PROPOSICIÓN. — Hermanos míos muy amados, mi intento es aplicar esta parábola, demostrándoos la necesidad del exámen de conciencia, para que Nuestro Señor Jesucristo nos perdone todos nuestros pecados, y para que el sacramento de la Penitencia produzca en nosotros todos sus efectos, cuando tengamos la dicha de recibirlo.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, necesidad del exámen de conciencia antes de la confesión; *en segundo lugar*, condiciones que debe tener este exámen: dos pensamientos en los cuales vamos á fijar nuestra atención.

Primera parte. — Necesidad del exámen de conciencia. Realmente,

hermanos míos, no hay necesidad de que nos extendamos mucho en hacer á nosotros mismos, infelices pecadores, la aplicación de la parábola que acabo de referir. Vosotros la comprendéis fácilmente. Aquel pobre comerciante de que os hablaba es, cristianos, cada uno de nosotros. Con nuestras infidelidades, con nuestras infracciones de la ley de Dios, contraemos diariamente nuevas deudas con la justicia divina y ya sabéis que estas deudas nosotros no las podemos pagar por nosotros mismos: la cosa es imposible. En efecto ¿cómo satisfacer, Dios mío, á vuestra justicia? ¿Es menester pues resignarnos á sufrir por toda la eternidad esa cárcel que se llama el infierno?... ¡Cárcel perpétua á la que están condenados los que han de ajustar cuentas con vuestra justicia!...

Mas ahí está Jesucristo: él es rico; él posee los inmensos tesoros de la misericordia divina; él nos invita á hacer uso de ellos: « Vosotros os encontráis en la miseria, nos dice; pues bien, yo me encargo de pagar vuestras deudas; pero examinad bien el gran libro de vuestra conciencia; mirad con cuidado todas las cantidades, ó por mejor decir, todas las reparaciones que debéis á la justicia divina, á la santidad de Dios. Venid á enumerarlas todas en el tribunal de la Penitencia é yo pagaré por vosotros: yo os aplicaré los méritos de los padecimientos que he soportado, de aquella muerte que padecí en el Calvario. » — ¡Gracias, oh buen Jesús, bendito seáis por vuestra bondad para con nosotros!...

Nosotros le dejamos, felices, contentos con esta promesa; pero, indolentes, en vez de repasar nuestras cuentas, en vez de examinar cuidadosamente nuestra conciencia, en vez de investigar atentamente las faltas que hemos cometido, venimos á confesar únicamente unos cuantos pecados que nos acuden á la imaginación (y que con frecuencia no son los más graves): « He dejado de hacer mis oraciones de la mañana y de la noche: no he asistido á la santa misa el domingo, y algunas otras faltas por el estilo... » ¡Ved ahí, oh generoso Salvador, las únicas deudas que pretendemos tener contraídas con la justicia de vuestro Padre!... ¿Qué tiene de extraño, hermanos míos, que después de una acusación tan superficial y de la negligencia que hemos puesto en examinarnos, nos veamos todavía amenazados por la justicia divi-

na y condenados, como el comerciante de que os he hablado, por nuestra negligencia á un suplicio que la generosidad de nuestro divino Redentor nos habría querido evitar?...

Sí, hermanos míos, es necesario, es indispensable, lo repito, examinar nuestra conciencia antes de acercarnos al sacramento de la Penitencia... Quanto más tiempo haga que no os hayais confesado, más tiempo, cuidado y atención teneis que poner en el exámen. La misma Iglesia nos enseña por boca del santo concilio de Trento, que debemos tratar del perdón de nuestros pecados como de un asunto importantísimo... Y en realidad, cristianos, ¿qué puede interesarnos más, desde el momento en que se trata del perdón de nuestros pecados? Añade la Iglesia «que en el exámen de nuestra conciencia debemos emplear esos atentos cuidados, esa extremada diligencia que se acostumbra usar en los asuntos más formales.» Y convengamos, carísimos hermanos míos, en que no damos al exámen de conciencia la importancia que se merece. ¿No hay algunos que lo descuidan por completo? Y dirigiéndome á la mayoría de nosotros; veamos ¿lo que hacemos es realmente un exámen de conciencia?... ¡Quia! Leemos á toda prisa, sin atención, sin invocar las luces del Espíritu Santo, sin darnos á nosotros mismos el tiempo necesario para reflexionar, una fórmula de exámen impresa en un libro cualquiera, y después nos vamos á confesar... ¿Y á esto llamamos examinar nuestra conciencia?... Nó, hermanos míos, nó, no es así como debe hacerse un exámen formal. ¡No me sorprende que con frecuencia el sacramento de la Penitencia sea inútil é ineficaz!... El miércoles anterior os lo decía, el remedio más bueno, tomado sin preparación, no puede producir efecto alguno...

Segunda parte. — Veamos ahora cómo debemos examinar nuestra conciencia y las condiciones que este exámen ha de tener.. Acordémosnos, hermanos míos, de lo que se nos enseñaba sobre este punto, cuando asistíamos al catecismo... Se nos decía que, para examinar bien nuestra conciencia, era menester primeramente ponernos en la presencia de Dios é invocar las luces del Espíritu Santo para conocer nuestros pecados. Después se nos enseñaba, en segundo lugar, que era menester buscar cuidadosamente las faltas que habíamos cometido desde nuestra última confesión, y emplear en este exámen un tiempo suficiente....

¿Qué se nos quería decir cuando se nos recomendaba que nos pusiésemos en la presencia de Dios?... ¿No lo estamos siempre? ¿no sabemos que Dios está en todo lugar?... Es verdad, hermanos míos; pero esta presencia de Dios que nos ve, la olvidamos con frecuencia... Aquí se trata de recojernos, de concentrarnos, de recordarnos vivamente, antes de examinar nuestra conciencia, que estamos bajo la mirada de Dios, mirada á la cual nada escapa, y que, por consiguiente, debemos poner todo nuestro cuidado y la mayor buena fé en el importante acto que vamos á realizar.

Mas, ¿para qué invocar las luces del Espíritu Santo?... ¡ Ah, carísimos hermanos! es que tenemos necesidad de su auxilio; sin él nuestra memoria no podría recordarnos todas nuestras faltas. Y sobre todo, oh divino Espíritu, vuestra asistencia nos es indispensable para que podamos apreciar la magnitud, la malicia del pecado y el ultraje sensible que á Dios hace... Ayudados con vuestras divinas luces, comprendemos lo que hay de criminal en ciertos actos que, sin ellas, nos parecerían indiferentes.

Cuando pues estamos concentrados, recordándonos la presencia de Dios, cuando hemos dirigido una súplica al Espíritu Santo para que se digne iluminarnos y acudir en nuestro auxilio, ¿qué debemos hacer? Buscar cuidadosamente las faltas que hemos cometido... ¿Tengo necesidad de añadir lo que se nos ha repetido más de una vez, á saber que hay que tener orden en esta operación: que el método más fácil es seguir los mandamientos de la ley de Dios, los mandamientos de la Iglesia, y los pecados capitales; después ver cómo hemos cumplido los deberes de nuestro estado, sin olvidarnos de echar una ojeada espiritual sobre las circunstancias especiales en que nos hayamos encontrado, y sobre las costumbres, los hábitos á que tenemos mayor inclinación? Todas estas cosas, ya las sabéis, hasta recordáoslas...

Pero hay un punto muy importante, sobre el cual llamaré vuestra atención: es sobre los pecados de pensamiento. Hácese el exámen de los actos; uno se acusa más ó menos fielmente de ellos. Pero son pocos, hermanos míos, los que investigan seriamente las faltas que han cometido con el pensamiento. Y sin embargo, el corazón, el pensamiento, la intención, es lo que hace mala la acción. Todos vosotros conocéis

esa yerba testaruda, que hace la desesperación del labrador, y que llamamos *grama*. ¿Podrías destruirla, si os contentaseis con segarla? — NÓ. — ¿Qué haceis para limpiar un campo invadido por esta yerba?... Lo labrais profundamente para levantar las raíces; pasais muchas veces la rastra. Y si esto no basta, vais con ganchos á arrancar hasta las últimas fibras de sus raíces, y las haceis subir á la superficie del suelo á fin de que el sol las seque... Asimismo, hermanos míos, los pensamientos son la raíz donde se apoyan nuestras acciones, y si nos contentamos con acusarnos de ciertos actos, sin examinar los pensamientos que han sido causa de ellos, dejamos en la tierra todas las raíces de la grama: hacemos un trabajo inútil.

Hagamos algunas aplicaciones; porque quiero que se me entienda bien... Os acusais de haber calumniado á vuestro prójimo; pero no decís que, á consecuencia de los pensamientos de odio ó de celos que habeis alimentado habitualmente contra él, veinte veces habeis tenido la idea, el deseo de formular aquella calumnia, que os ha faltado únicamente la ocasión... Os acusais de haber sido ligero y demasiado débil en ciertas circunstancias; pero no decís que veinte veces, cien veces tal vez, habeis guardado en vuestro corazón, alimentado en vuestro ánimo pensamientos y deseos, que llamaban aquellas ocasiones en que naufragó vuestro pudor...

No puedo decirlo todo, hermanos míos, en tan delicado asunto... Básteos saber que Dios mira el corazón, ve todo lo que pasa en él, y que á sus ojos, un mal pensamiento, que hemos consentido, difiere muy poco de la mala acción que es objeto de él. Y estas faltas de pensamiento y de deseo que tan poco examinamos, producen en la conciencia heridas más peligrosas, más pérfidas que las faltas exteriores; porque desconfiamos menos de ellas, y en ellas caemos con mucha mayor facilidad. Y en efecto, uno puede cometerlas solo, sin cómplices; aquí no viene la vergüenza á imponer su saludable freno... Esto es lo que hacía decir á un santo « que esta especie de pecados se bebe como el agua, sin turbación, sin inquietud, porque no parecen ni tan grandes, ni tan repulsivos, ni tan irritantes como los otros (1)... »

(1) S. Leonardo de Port-Maurice, sobre las faltas de pensamiento.

No obstante, hermanos míos, estos pecados son muy graves, tenedlo por seguro. Dínos, oh Lucifer, tú que en otro tiempo fuiste el primero de los ángeles y hoy eres el primero de los demonios, lo que te arrojó del cielo y te precipitó en el infierno... Un solo pensamiento de orgullo. — Y si nosotros, hermanos míos, interrogásemos á los réprobos, ¿cuántos nos dirían : « Estamos en este lugar de tormentos por no haber vigilado sobre nuestros pensamientos y por no habernos acusado de lo de que ellos fueron objeto!... »

PERORACIÓN. — Concluyo, hermanos míos muy amados; mas, al terminar, os suplico que deis suma importancia al exámen de vuestra conciencia... De esto depende en gran parte la bondad de nuestra confesión y la eficacia que para nosotros tendrá el sacramento de la Penitencia... Sobre todo, no olvidemos penetrar en nuestro interior y, según las palabras del Espíritu Santo, arrancar el mal de nuestros pensamientos. *Auferte malum cogitationum vestrarum* (1). No lo olvidemos, al confesor se le puede engañar, pero á Dios no se le engaña. — Si al hacer el exámen de conciencia no hemos puesto todo el cuidado, toda la atención que el soberano Juez exige de nosotros; si no hemos procurado, estudiando nuestros deseos y pensamientos, destruir en nosotros hasta la raíz del mal, es de temer que Dios no nos perdonará, y que nos castigará un día por nuestra negligencia.

¿Creéis, hermanos míos muy amados, que, al tratar este punto, he querido llevar la turbación y la ansiedad á vuestras conciencias?... ¡Nó, mil veces nó! ¡Dios me libre! Mi intención es sencillamente induciros á poner todo vuestro cuidado y la más completa buena fé en vuestra confesión pascual. ¡Pueda este Dios de misericordia bendecir mis palabras y hacer que lleven á vuestras almas frutos de vida!.. Pidamos todos juntos esta gracia á nuestro divino Salvador. Adorable Jesús, dentro de un instante, dejando vuestro tabernáculo, estaréis expuesto en este altar... Cuando vuestras frentes se inclinen para recibir vuestra bendición, dignaos iluminar nuestras almas y hacernos comprender bien á todos la importancia de las enseñanzas que se nos aca-

(1) Isaías, I, 16.

ban de dar; dignaos sobre todo inspirarnos una verdadera resolución de ponerlas en práctica... ¡Así sea!..

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION SEPTIMA.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA (*en la Misa.*)

Vuelta del Hijo pródigo, sus cualidades; aplicación á los pecadores.

TEXTO. *Pater, peccavi in cœlum et coram te*, etc.. Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí.

EXORPIO. — Hermanos míos, Nuestro Señor Jesucristo, después de habernos mostrado al Hijo pródigo entrando en su interior y tomando la resolución de volver á casa de su padre, nos lo representa ejecutando enseguida y fielmente aquella buena resolución que había tomado. Pero en el relato evangélico hay una circunstancia que merece notarse... Solo en medio de aquellas tierras, sumido en la miseria, no teniendo por toda compañía más que aquellos inmundos animales, que tenía la obligación de guardar, el desventurado pródigo no solamente se concentra en sí mismo, sino que además examina su conciencia; prepara su confesión : « Me levantaré, dice, iré á encontrar á mi padre y le diré : Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí... » Llegado cerca de su padre, repite esta confesión, hace estas mismas declaraciones que se había propuesto hacer... « Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí... » Con esto ha querido mostrarnos nuestro Salvador la necesidad de la confesión para obtener el perdón de los pecados. En efecto, la fé y la razón nos enseñan que para alcanzar el perdón de nuestras faltas, es indispensable que las confesemos con humildad y con sinceridad. La confesión es una señal

de arrepentimiento; aquel que no quiere confesar los pecados que ha cometido, no los siente como los debería sentir. « Así como el estómago, cuando ha absorbido un veneno ó contiene humores malsanos, tiene necesidad de arrojar para curarse, de igual manera el corazón, el alma manchada por las faltas, tiene necesidad de echarlas á fuera, de desembarazarse de ellas por medio de la confesión (1). » Esto es lo que nos enseña la confesión del Hijo pródigo...

Proposición. — Esta mañana vamos á examinar su vuelta; es la imagen de la conversión del pecador. En la conducta del Hijo pródigo, yendo á arrojarse humildemente á los piés de su padre, encontraremos todas las condiciones que deben acompañar nuestra vuelta, nuestra conversión, para que sea buena y agradable á Dios...

División. — La vuelta del Hijo pródigo tuvo tres cualidades: *en primer lugar*, fué pronta; *en segundo lugar*, fué animosa; *en tercer lugar*, fué sincera. Tres cualidades que debe igualmente reunir la conversión del pecador.

Primera parte. — La vuelta del Hijo pródigo fué pronta. Apenas hubo reflexionado sobre su miseria, apenas sus pensamientos se hubieron dirigido hácia la casa paterna, cuando quedó tomada su resolución... *Me levantaré, dice, iré á encontrar á mi padre...* Esta resolución la ejecuta inmediatamente, sin dilación alguna: « Y levantándose, dice el Evangelio, fué hácia su padre... » No lo difiere, no dice: « Aguardemos primero á que el hambre haya cesado; tal vez no seré siempre tan desgraciado; tal vez encontraré una ocupación mejor, un amo menos duro... » Desdichado joven, ves los harapos que te cubren: ¿ te atreverás á presentarte á tu padre en tal estado?... Aguarda á lo menos á que te hayas proporcionado vestidos más decentes... — Nó; si aguardase, estos harapos se harían más miserables todavía, y tengo afán de ir á decir á mi padre que mi corazón ha cambiado... — ¡ Nada de dilaciones: levántase y parte!.. Lo largo del camino, lo pesado de la marcha, nada le detiene, nada le asusta... ¿ Qué le importan esos harapos de que está cubierto? Ellos harán comprender á su padre el exceso de su miseria; tanto mejor... Partirá in-

(1) Orígenes, *apud Cornelium a Lapide.*

mediatamente, demasiado tiempo ha pasado lejos de su padre, que suspira tiempo ha por su ausencia: no quiere aplazarlo para el día siguiente; le tarda el ir á arrojarse á sus piés, para implorar su perdón... Levántase pues y va á encontrar á su padre...

Así, hermanos míos muy amados, así, pobres pecadores, tendría que ser nuestra conversión, pronta é indiferida... Nosotros comprendemos nuestro estado; sentimos que nos falta algo, que no estamos en gracia de Dios, que por el pecado mortal estamos alejados de él... ¿ Porqué no hemos de tomar la resolución de acercarnos á él enseguida, hoy mismo?... Si el Hijo pródigo hubiese aguardado, ¿ creéis que la distancia que le separaba de su padre habría disminuido? ¿ Pensais que el camino habría sido más fácil?... Al contrario, debilitado por su creciente miseria, tal vez no le habrían quedado fuerzas bastantes para llegar á la casa paterna... Y nosotros, ¿ qué ganamos con esperar, con diferir de un año á otro año? — Es que yo quisiera estar más bien dispuesto, sentir con más fuerza las impresiones de la gracia. — ¡ Ah, sí, ya comprendo! quisierais ser un santo ó una santa, antes de convertirnos... La miseria de vuestra alma os causa vergüenza y no os atreveis... Pero decidme ¿ el Hijo pródigo tuvo miedo de partir con sus harapos?... Venid pues también vosotros con vuestras miserias, y vuestro Padre celestial os volverá á vestir con vuestro primer vestido... Si lo diferís, vuestros harapos se echarán á perder todavía más y vuestra miseria será mayor...

Nosotros, carísimos hermanos, no queremos morir en el estado en que nos encontramos. Pues bien, cada año es mayor la distancia que nos separa de Dios; cada día pasado en estado de culpa, debilita más nuestra fé y hace nuestra vuelta más difícil. Levantémosnos pues también: vamos, sin más dilación, á echarnos á los piés de nuestro Padre celestial, á fin de que recobremos su gracia lo más pronto posible. Demasiado tiempo hace ya que nos aguarda; tenemos que volver á él sin tardanza, lo más pronto posible; si no lo hacemos así, todas nuestras resoluciones se desvanecerán, como esos fuegos fatuos que por la noche veis brillar por un segundo para enseguida desaparecer...

Segunda parte. — La vuelta del Hijo pródigo fué animosa. En efecto,

¿cuántos obstáculos tuvo que vencer! Mencionemos no más que los dos principales, los que impiden la conversión de tantos cristianos: la vergüenza y el respeto humano. La vergüenza: aquel joven, como llevamos dicho, había dejado á su padre, apesar de las más tiernas exhortaciones; había desafiado sus observaciones; había permanecido sordo á sus avisos, é insensible á sus lágrimas... Y ahora, cuando todas las previsiones del anciano se habían realizado, ¿ creéis que no debió costarle trabajo volver á él?... ¿ Creéis que no tenía la vergüenza y el rubor en la frente, cuando tuvo que dirigirse á su padre, á quien tanto había afligido, á quien tan cruelmente había ofendido?..

El respeto humano: ¿ no había pocas vallas por franquear!... ¿ Qué iba á decir su hermano?... ¿ Qué se pensaría de él en su país?... Poco tiempo atrás había salido de allí joven, brillante, llevándose tesoros, rodeado de amigos y en el más fastuoso tren... Hoy hay que volver solo, arruinado y en la indigencia más completa!... ¿ Cuánto se hablaría al verle pálido, enflaquecido, descalzo, y con la ropa sucia y hecha girones!... ¿ No ve de antemano la grito, las mofas de los que le conocieron?... ¿ No oye las amargas burlas de sus antiguos compañeros?... Y luego, ¿ cómo le recibirá su padre?... ¿ No debe disponerse á escuchar los reproches más sangrientos y más merecidos?... — ¡ Pobre Hijo pródigo! sí, todas estas ideas se presentaban á su imaginación... — Sin embargo, hermanos míos, ninguna de estas consideraciones le detiene; triunfa de todos sus obstáculos... Poseído de un valor, que repara ya sus extravíos, se levanta, abandona sin tardanza aquel país extranjero y vuelve á arrojarse á los pies de su padre, á confesar sus culpas y á implorar su perdón...

¿ Qué ejemplo para nosotros, carísimos hermanos!... ¿ Cuán débiles, pequeños y despreciables son los obstáculos que nos retienen, comparados con los que tuvo que vencer el Hijo pródigo!... Nosotros no tenemos que temer la vergüenza; porque, ¿ qué vergüenza ha de causar el obrar bien?... ¿ Será pues el respeto humano el que nos detiene?... A la verdad, para un alma por poco fuerte que sea, para todo el que quiera reflexionar seriamente, éste es un obstáculo muy tenue...

Bien mirado, veamos, hermanos míos, quiénes son los que, en esta parroquia ó en otra cualquiera, atacan nuestra santa religión y se

burlan de los que la practican. Indudablemente vosotros que me escuchais, no lo sois; vosotros teneis la fé en el corazón, y no quisierais mentir á vuestra conciencia, criticando una cosa que vosotros conceptualis buena, aun cuando no siempre tengais el valor de practicarla: eso en vosotros fuera cobardía, hipocresía... Tal vez empero algunos de vosotros, por debilidad, se mezclan con los burlones; pero, confesadlo en conciencia, en el fondo sois demasiado decentes para vituperar, para censurar estos deberes religiosos, esta recepción de los sacramentos, á la cual vuestra madre y vuestra mujer tal vez se muestran tan fieles. ¿ Qué! ¿ os atreveriais á ridiculizar lo que consoló á vuestro anciano padre en su lecho de muerte?... ¿ Entonces no tendríais corazón... — ¿ Cómo! ¿ quereis que preparemos á vuestros hijos para la primera comunión, y os mofaríais de lo que en aquel bello dia constituirá su felicidad?... ¿ Entonces seríais unos miserables hipócritas!...

¿ Pues bien! decidme, os lo pido, ¿ quiénes son los que vituperan la religión, los que atacan á las personas animosas, que observan todas sus prácticas?... Busco... examino... ¿ Entre las mujeres?... algunas infelices criaturas medianamente desacreditadas, algo más que despreciables, y á quienes no más les falta ser impías para que tengan casi todos los defectos que puede tener una mujer... Buscad bien vosotros mismos... no encontraréis otras... Entre los hombres, descartad los ignorantes y los tontos... ¿ qué queda?... Un reducido número de chascos, tan poco apreciables como poco apreciados, que obedecen los unos á una consigna que no procede de ellos, teniendo ingertos los otros, sobre un fondo de natural estupidez, algunas simplezas que han leído ó que se les han hecho aprender... Esto es, aquí como en otra parte, todo lo que nos puede criticar ó vituperar la práctica de la religión... ¿ Y esas mujeres despreciables, y esos hombres averiados han de ser los que con sus estúpidas burlas nos han de impedir obedecer la voz de nuestra conciencia, y cumplir los deberes que la religión nos impone?... Sí, para nosotros es un honor tener en contra nuestra á gentes de tal calaña. Y sin embargo, esto es lo que tememos cuando por respeto humano no nos atrevemos á volver á Dios...; Ah! esti-

mados hermanos, ¡ qué virtud tan rara es entre los hombres el valor para el bien !...

Tercera parte. — Pasemos á la tercera cualidad de la vuelta del Hijo pródigo. Fué sincera. Mirad, no trata de disculparse con su juventud, ni con su inexperiencia; no atribuye, no echa la culpa de sus faltas á los malos consejos que se le dieron, ni á los pérfidos compañeros que le perdieron... Aquellos malos consejos los tenía que evitar, no los tenía que seguir... Lo comprende, y por esto no trata de excusarse; su confesión es humilde: « He pecado, dice, padre mio; he pecado contra el cielo y contra tí; he pecado contra el cielo, porque he apartado de él mis miradas y he despreciado á Aquel que allí reina; he pecado contra tí, desconociendo tu autoridad, rebelándome contra tus exhortaciones, desdenando tus avisos, retirándome lejos de tus miradas paternales... No soy digno ya de ser llamado hijo tuyo; con mi indocilidad y con mi mala conducta he perdido este título tan dulce; he desgarrado tu corazón; mis culpas son demasiado grandes para que yo las pueda reparar... Ya no merezco que me consideres como hijo tuyo; trátame no más que como á uno de tus servidores... todavía estose á para mí una gracia, un favor. »

Ved ahí en realidad, oh cristianos, una confesión verdaderamente humilde, franca y sincera... La nuestra debe tener igualmente esta humildad, esta sinceridad. No hay disposición más mala, más opuesta á una verdadera conversión que el orgullo; y sin embargo, este defecto es muy común; esta disposición no es rara; ¡ infelices pródigos por tanto tiempo extraviados, parece como que Dios tuviera que estar aún sobradamente contento cuando volvemos á él !... Lo que tal vez, hermanos míos, nos engaña, son las apremiantes exhortaciones que con tanta frecuencia se nos hacen. Esto nos da tentaciones de decir: « Es menester que Dios tenga mucho interés en mi conversión, cuando tan amenudo se me habla de ella... » Es verdad, Dios tiene interés en nuestra conversión, la desea;... pero después de todo, nos deja libres... Si nosotros, apesar de sus gracias y de su misericordia, nos queremos condenar, Dios no saldrá perjudicado en ello... Estad seguros de que más perderemos nosotros que él... No es Dios, somos nosotros mismos quienes ganamos en nuestra conversión... Si, al igual que

el padre del Hijo pródigo, nos acoje con alegría, es porque es bueno;... pero nosotros no por eso somos menos culpables, y es necesario que, como el Hijo pródigo, reconozcamos sinceramente nuestras faltas para humillarnos á sus piés...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos míos, muchos hay entre nosotros que han imitado al Hijo pródigo en sus extravíos; ¡ ojalá le puedan imitar también en su conversión !... Si hemos sabido preservar nuestros corazones de esos excesos vergonzosos, de esos vicios innobles que degradan ante los hombres, ¿ no es verdad, hermanos míos, cuando menos que no hemos prestado, que no prestamos á Dios la obediencia, el respeto, la sumisión que le debemos?... ¿ No es verdad que habría! para hacernos más de un reproche bien merecido?... Y sin embargo, nos aguarda... hasta nos invita... ¡ Ah! no cansemos su paciencia. Volvamos á sus brazos, digámosle con san Agustín, ese otro Hijo pródigo que de tan lejos volvió :

« He pecado, he cometido muchas faltas; mi conciencia me remuerde de un sinnúmero de iniquidades. Y sin embargo, oh Dios mio, no quiero desesperar; haced que superabunden las gracias allí donde han abundado los crímenes. Desesperar de mi perdón, sería ultrajar vuestra misericordia, sería negar vuestro amor, desconocer vuestra bondad... Esta bondad en la cual he puesto toda mi esperanza... ¿ Podré estar aterrado por mis faltas, temeré ser rechazado de vuestros brazos, cuando considere que habeis muerto por mí?... La lanza, los clavos, la cruz me gritan que estoy reconciliado con vos, si os amo verdaderamente... Sagrada herida del Corazón de Jesús, por mí fuisteis abierta; en ella es donde quiero descansar... Vos, Jesús mio, extendisteis vuestros brazos en la cruz, vuestras manos estan dispuestas para abrazar á los pecadores... ¡ Sí, quiero vivir y morir en los brazos de Jesús ! (1)... ¡ Así sea !

(1) Manual, cap. xxiii.

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION OCTAVA.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Alegría causada por la vuelta del Hijo pródigo; imágen de la alegría causada por la vuelta del pecador.

TEXTO. *Quum adhuc longe esset, vidit illum pater ipsius, et misericordia motus est, et accurrens cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* Cuando aún estaba lejos, su padre le vió, y movido á piedad, corrió, se echó en sus brazos y le cubrió de besos...

(Luc., xv, 20.)

EXORDIO. — Hermanos míos, leemos en la Sagrada Escritura que Absalón se rebeló contra su padre David. Empleando una táctica familiar á los ambiciosos, á los revolucionarios de todos los tiempos, púsose á criticar la autoridad, á lisonjear los malos instintos del pueblo... « ¡Si fuese yo, decía, quien os gobernase, cesarían todos los abusos de que os quejais, y se os haría pronta justicia (1) !... » La multitud de aquella época se parecía á la de nuestros días, y el primer hipócrita que sabía engañarla, haciéndola bellas promesas, estaba seguro de alcanzar sus sufragios y de arrastrarla en pos de sí... Esto fué lo que sucedió... Absalón se ganó las simpatías del pueblo, levantó un ejército y se rebeló abiertamente contra su padre... Vióse á David, aquel ilustre penitente, aquel amigo de Dios, aquel rey poco antes tan poderoso, obligado á salir á pié de Jerusalem, su capital, para trasladarse á las montañas, donde algunos de sus amigos habían reunido las tropas que se le habían conservado fieles... El hijo rebelde, obstinándose en su rebelión, tuvo la osadía de atacar el ejército de su padre; fué vencido y pereció miserablemente... Pero ¡ved los tesoros de amor

(1) II Reyes, xv y sigu.

que encierra el corazón de un padre!... Poco sensible á la victoria que acababa de alcanzar, David estuvo inconsolable por la pérdida de su hijo: « Absalón, hijo mio, ¿ dónde estás? exclamaba. ¡ Devolvedme á Absalón! (1)... »

Tal era también el padre del Hijo pródigo; apesar de las penas que su hijo le había causado, seguía amándole. Había olvidado su dureza, su insensibilidad, é iba con frecuencia al camino por donde aquel desventurado se había ido: aguardaba su vuelta, hacía votos para apresurarla... Ahí teneis, carísimos hermanos, una débil imágen del cariño que para nosotros conserva nuestro Padre celestial... Digo una imágen débil... porque el padre del Hijo pródigo aguardó, y á nosotros, pobres pecadores, Dios nos viene á buscar; el Hijo pródigo no se alejó más que una vez, y nosotros, podríamos contar por centenares las veces que nos hemos rebelado... ¡ Sí, Dios es mejor que el mejor de los padres!...

PROPOSICIÓN. — Hermanos míos muy amados, esta noche quisiera haceros comprender esta verdad... Vamos á estudiar la acogida que el Hijo pródigo recibió y la alegría que siguió á su regreso: es el símbolo, es la imágen de la alegría que á todo el Paraíso causa la conversión del más humilde, del más pequeño de entre los pecadores...

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, alegría causada por la vuelta del Hijo pródigo; *en segundo lugar*, su rehabilitación. Dos pensamientos en los cuales vamos á fijarnos por algunos instantes.

Primera parte. — Alegría causada por la vuelta del Hijo pródigo. Ya hemos dicho, cristianos, que desde la partida de su hijo, el padre del pródigo iba con frecuencia á sentarse á los bordes del camino por donde aquel se había marchado; con qué ardor suplicaba á la divina Providencia que le devolviese su amado hijo!... Así nos presenta la Sagrada Escritura al anciano Tobías, ciego, con el bastón en la mano y guiado por su mujer, yendo cada mañana á sentarse con ella en los lados del camino por donde tenía que volver su hijo. Una mañana, la madre divisa á lo lejos un viajero; le reconoce, es realmente su hijo, es positivamente el jóven Tobías... « ¡ Ahí viene! » exclama.

(1) Ibid., xviii, 33.

Estremécese al escuchar la nueva el corazón del santo anciano, y apesar de su enfermedad quiere ir al encuentro de su hijo...; Es tan bueno, es tan tierno el corazón de un padre! Pero á lo menos, oh santo anciano, este hijo á quien aguardas merece tu cariño... Se alejó de tí siguiendo tus órdenes y por obediencia... El Angel de Dios á quien le habías confiado, te lo conservó durante aquel largo viaje... Sí, hermanos míos, el jóven Tobias volvía dócil y siempre atento á sus ancianos padres; se había mostrado fiel á sus recomendaciones; hasta traía un remedio que debía devolver la vista á su anciano padre (1)... Comprendo que la llegada de un tal hijo fuese aguardada con impaciencia; que su vuelta fuese acogida con alegría...

¡ Mas el Hijo pródigo!... ¿ Qué podía inspirar á su padre el deseo de estrechar en sus brazos á aquel hijo indócil y rebelde, á quien ni sus súplicas, ni sus lágrimas habían podido retener?... ¿ Qué alegría podía causar á la familia la vuelta de aquel hijo rebelde?... ¿ Qué alegría?... Escuchad el Evangelio, hermanos míos muy amados; al ver la bondad del padre de aquel infeliz extraviado, comprendereis tal vez algo de la inefable misericordia de Dios hácia todos nosotros, infelices pecadores... Divisase muy léjos, allá camino arriba, á un mendigo, me parece, á un jóven harapiento, rendido de fatiga; ¡ con qué trabajo se arrastra!... Anciano, ¿ será ese el jóven hijo á quien lloras?... ¡ Cuán cambiado está!... En cuanto á mí, no le podría reconocer... Mas él, carísimos hermanos, siente estremecerse su corazón; su ojo paternal le ha reconocido... « ¡ Es él, no hay duda, exclama, es él! ¡ pobrecito de mi alma, cuánto debe haber padecido léjos de mí!... » Y lágrimas de compasión brotan de sus ojos; y olvidando su edad y sus achaques, corre, vuela al encuentro del Hijo pródigo, se echa á su cuello y le cubre de besos!... « ¿ Eres tú, hijo mio? ¿ eres tú, querido hijo? ¡ bendito sea el instante que te vuelve á mis brazos!... » Y el pobre Hijo pródigo, humillado por tantas bondades, estupefacto ante todas aquellas demostraciones de cariño, arrojábase llorando á los piés del anciano, sin poder decir más que estas palabras : « *Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí...* » Y su padre, levan-

(1) Tobias, X, *et passim.*

tándole, le abrazaba de nuevo con transporte... Y había una gran alegría en el corazón del anciano, una gran alegría en toda su casa...

¡ Oh Dios de mi corazón, cuán bueno sois!... Cuando pienso, hermanos míos muy amados, que la bondad del pródigo no es más que una imágen imperfecta de la bondad del Altísimo; que la alegría demostrada por aquel anciano no es más que una débil representación de la alegría que produce al Dios tres veces santo la conversión de un pobre pecador... Sí, tanta bondad, tanta misericordia, tanto amor me dominan y me aterran... ¡ Cómo, oh dulce Salvador de nuestras almas!.. Ingratos, os hemos cobardemente abandonado; endurecidos en el mal, hemos permanecido léjos de vos; ¡ y vos nos venís al encuentro!.. Si confesamos humildemente nuestras faltas, si desde el fondo del corazón os decimos : « ¡ Padre mio, he pecado ! », los brazos de vuestra misericordia se abren por completo para recibirnos, para levantarnos con ternura... ¡ Con qué alegría tan inefable, me atreveré á decir casi con qué felicidad nos estrechais contra vuestro corazón!... ¡ Oh Dios mio, oh Rey omnipotente! ¿ porqué os regocija tanto nuestra conversión?... ¿ Porqué la deseais tan vivamente?... ¿ Es que teneis necesidad de nosotros?...

Nó, hermanos míos, Dios no tiene necesidad de nosotros... Pero nos ama; y porque nos ama es porque quiere nuestra felicidad, es porque nuestra conversión regocija su corazón... Y vos, divina Madre de Jesús, auxilio de los cristianos, refugio de los pecadores, augusta Reina del cielo, dícnos que la conversión del pecador causa una gran alegría á todo el paraíso; ¿ seríais indiferente á esta alegría?... ¡ Ah! queridos hermanos, vosotros conoceis los tesoros de ternura que para nosotros encierra el maternal corazón de María... ¿ Quién pues podrá decir lo que experimenta ella cuando, fieles á las inspiraciones de la gracia, dejando los senderos del pecado, abrazamos de nuevo el servicio de su Hijo?... Madres, escuchad y vais á comprender : figuráos á vuestro hijo único entre las garras de una bestia feroz y medio devorado ya; ¡ qué pena!; ¡ qué dolor!.. ¡ Qué angustias para vuestra alma!... Pero nada podeis hacer... Nó, era un sueño; por un milagro, se os devuelve este hijo incólume y lleno de vida... ¡ Decidme qué alegría es la vuestra, porque solamente vosotras podeis compren-

derla!... Pues bien, lo que vosotras experimentais es una sombra de lo que experimenta la Virgen Santísima cuando un pobre pecador se convierte sinceramente...

Jesucristo nos lo ha dicho, hermanos míos; más grande es la alegría que causa en el cielo la conversión de un pecador, que la perseverancia de noventa y nueve justos (1) ... Extremécese de gozo nuestro Angel custodio; y con él todos los espíritus bienaventurados, todos los santos, y sobre todo nuestros padres, nuestros abuelos, los miembros de nuestra familia que están en el cielo...; Cuán inefable alegría les produce nuestra vuelta!... Misericordia de mi Dios; ¡ con qué transportes os alaban, exaltan y bendicen por haberos apiadado del pobre pecador, como se apiadó de su hijo el padre del pródigo!... *Quomodo miseretur pater* (2), etc.

Segunda parte. — Rehabilitación del Hijo pródigo. Apenas el Hijo pródigo se hubo arrojado á los pies de su padre para decirle: « *Padre mio, he pecado contra el cielo y contra ti; no soy digno ya de ser llamado hijo tuyo* », cuando su padre, olvidando todos sus pasados yerros, dijo á sus servidores: « *Traed inmediatamente su primer vestido y ponédselo; colocad un anillo en su dedo y zapatos en sus piés; traed el becerro gordo y matadlo... Comamos y regocijémonos; porque mi hijo que estaba muerto ha resucitado...* »; Qué paternal acojida, amados hermanos míos!...; Cuán claramente demuestra que todo está olvidado!... Mirad al padre del Hijo pródigo ordenando á sus criados que se pongan á disposición de su hijo: « *Vuelve á ser vuestro amo, obedecedle: remplazad los harapos que le cubren por su primer vestido; colocad en su dedo el anillo que había dejado... Hijo mio, no te bajes tanto; tus piés están desnudos... pues bien, mis mismos criados te pondrán los zapatos: se va á matar el becerro gordo y se aderezará para tí; sobrado tiempo has ayunado, hijo querido, comerás de él á la medida de tu apetito... Regocijémonos pues, tú más que todos; goza plenamente de la dicha que tu vuelta ha producido...* »

(1) Luc., xv, 7.

(2) Salm. cii, 13.

Amados hermanos, si no nos impresiona, si no comprendemos cuanto tiene de tierna y amorosa esta acojida que el padre del pródigo hace á su hijo arrepentido, hay que desesperar de nuestro corazón; muy de temer es que no comprendamos jamás las inefables ternezas de la misericordia divina...

Consideremos ahora la manera como el Hijo pródigo es restablecido en su dignidad anterior: es la imágen de lo que la bondad de Dios hace con todos nosotros, pobres pecadores, cuando nuestra conversión es sincera. — Criados, poned á mi hijo el vestido que llevaba antes: *Proferte stolam primam.* — Angeles que le custodiáis, dice Dios á los Angeles de los pecadores, puesto que se arrepiente, revestid á su alma con el vestido de inocencia que antes la cubría. — Y obedeciendo la orden de Dios, los Angeles del cielo, y especialmente los confesores, que nos dan la absolución, devuelven á nuestra alma aquella blanca túnica con que se nos había revestido el día de nuestro bautismo... — Volved á colocar en su dedo el anillo que llevaba en otro tiempo, dice el padre del pródigo: *Date annulum.* — Este anillo, es la señal de un perdón completo, de una alianza nueva; es, hermanos míos, el símbolo que muestra que nuestros pecados están perdonados, que volvemos á entrar al servicio de Jesucristo, que contraemos con él nuevos compromisos á los cuales nos proponemos ser más fieles de lo que hasta entonces lo hemos sido... — Y estos zapatos que se traen al Hijo pródigo, *date calceamenta*, ¿ qué significan? — Significan aquella fuerza que se da á los pecadores para caminar por la senda del bien...

¡ Ah! no me veo en gran aprieto para explicaros el significado del becerro gordo, *vitulum saginatum*, que se inmola á la vuelta del pródigo, aquella alegría de toda la familia, aquel festín que en obsequio suyo se va á celebrar... Seguro estoy, carísimos hermanos, de que vuestra fé me ha adelantado en la interpretación de esta conmovedora circunstancia... Sí, pobre alma pecadora, Jesucristo, tu Salvador, tu Redentor y tu Dios; Jesucristo, la víctima de propiciación, abandonará su tabernáculo para entregarse á tí en la sagrada Eucaristía.. Entonces tú estarás segura de tu reconciliación... Amado Hijo pródigo,

¿ puedes desear un perdón más entero, una rehabilitación más completa?..

Comprendamos pues, cristianos, comprendamos de una vez cuánto nos ama Dios, con qué admirable generosidad nos perdona... No solamente nos devuelve su amor, sino que se convierte en nuestro abogado, en nuestro defensor... ¡ Bondad infinita de mi Dios, llegais hasta el extremo de excusarnos!.. Que venga el hermano del pródigo á quejarse de su hermano, á censurar la indulgencia de su padre y á recordar las faltas de aquel desventurado; su padre le contestará: « Tu hermano había muerto y ha resucitado; ésta es la causa de mi alegría; más inteligente y más caritativo, tú deberías comprender esta alegría y participar de ella... » ; Así es como la religión bien entendida nos manda sostener y defender á los pobres pecadores que se convierten, ante ciertos Cristianos, cuyo orgullo farisaico quisiera, como el hermano del pródigo, vituperar la compasión con que Dios les acoje y les recibe!..

PERORACIÓN. — Hermanos míos muy amados, el profeta David, admirando la bondad del Señor para con él, la indulgencia con que le había perdonado, exclamaba en los transportes del más vivo entusiasmo : « *Misericordias Domini in æternum cantabo!*; Cantaré eternamente las misericordias del Señor (1)! » Razón tienes, oh Profeta, en celebrar las misericordias de Dios!..; Cuan bueno fué para tí!.. Te perdonó un adulterio seguido de un asesinato; envió un profeta para sacarte del amodorramiento en que dormías, como envía hoy á tantos predicadores encargados de sacudir el letargo en que tantos pecadores yacen... Si, tú mismo, infeliz pródigo, pudiste rogarle « que tuviese piedad de tí, que destruyese tu iniquidad y te perdonase según su gran misericordia (2). » Y ahora dices : « ; Cantaré eternamente las misericordias del Señor! » Tú estás pues completamente seguro, no solamente de ser perdonado, si que también de perseverar en estos sentimientos que la divina gracia te ha inspirado... ; Ah! hermanos míos, no vayais á creer que aquellos transportes del santo rey David tuviesen su origen en el orgullo... Nó; desde su conversión velaba sobre sí mismo; pero con-

(1) Salm. LXXXVIII, 1

(2) Salm. L. *passim*.

taba con la divina gracia; y seguro de no ser confundido (1), extreme-
ciase de esperanza su corazón...

Así nosotros, pobres hijos pródigos, si después de haber penetrado en la casa paterna, después de haber recobrado la amistad de nuestro Padre celestial, estamos bien resueltos á hacer todos nuestros esfuerzos para permanecerle fieles, para no volver á abandonarle, podemos contar con el auxilio de Dios y estar seguros de que, apesar de nuestra flaqueza, tendrá piedad de nosotros como la tiene un padre de sus hijos (2)...; Oh Dios de nuestras almas, éste es nuestro consuelo, nuestra más dulce alegría, nuestra más viva esperanza! Dignaos perdonarnos, bendecirnos y asistirnos, y cantaremos, con vuestro Profeta, vuestras misericordias por toda una eternidad. ¡ *Misericordias Domini in æternum cantabo!*.. ; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

INSTRUCCION CUARTA

CUARTO MIÉRCOLES DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Necesidad de la contrición ; dos clases de contrición, una perfecta y otra imperfecta.

TEXTO. *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ...*
En vuestra presencia, Dios mío, repasaré toda mi vida en la amargura de mi alma...

(ISAIAS, XXXVIII)

EXORDIO. — Hermanos míos, al explicaros la doctrina cristiana, me gusta citaros historias, comparaciones y parábolas... Veo con satis-

(1) Sam. XXX, 2.

(2) Salm. CII, 13.

¿ puedes desear un perdón más entero, una rehabilitación más completa?..

Comprendamos pues, cristianos, comprendamos de una vez cuánto nos ama Dios, con qué admirable generosidad nos perdona... No solamente nos devuelve su amor, sino que se convierte en nuestro abogado, en nuestro defensor... ¡ Bondad infinita de mi Dios, llegais hasta el extremo de excusarnos!.. Que venga el hermano del pródigo á quejarse de su hermano, á censurar la indulgencia de su padre y á recordar las faltas de aquel desventurado; su padre le contestará: « Tu hermano había muerto y ha resucitado; ésta es la causa de mi alegría; más inteligente y más caritativo, tú deberías comprender esta alegría y participar de ella... » ; Así es como la religión bien entendida nos manda sostener y defender á los pobres pecadores que se convierten, ante ciertos Cristianos, cuyo orgullo farisaico quisiera, como el hermano del pródigo, vituperar la compasión con que Dios les acoge y les recibe!..

PERORACIÓN. — Hermanos míos muy amados, el profeta David, admirando la bondad del Señor para con él, la indulgencia con que le había perdonado, exclamaba en los transportes del más vivo entusiasmo : « *Misericordias Domini in æternum cantabo!*; Cantaré eternamente las misericordias del Señor (1)! » Razón tienes, oh Profeta, en celebrar las misericordias de Dios!..; Cuan bueno fué para tí!.. Te perdonó un adulterio seguido de un asesinato; envió un profeta para sacarte del amodorramiento en que dormías, como envía hoy á tantos predicadores encargados de sacudir el letargo en que tantos pecadores yacen... Si, tú mismo, infeliz pródigo, pudiste rogarle « que tuviese piedad de tí, que destruyese tu iniquidad y te perdonase según su gran misericordia (2). » Y ahora dices : « ; Cantaré eternamente las misericordias del Señor! » Tú estás pues completamente seguro, no solamente de ser perdonado, si que también de perseverar en estos sentimientos que la divina gracia te ha inspirado... ; Ah! hermanos míos, no vayais á creer que aquellos transportes del santo rey David tuviesen su origen en el orgullo... Nó; desde su conversión velaba sobre sí mismo; pero con-

(1) Salm. LXXXVIII, 1

(2) Salm. L. *passim.*

taba con la divina gracia; y seguro de no ser confundido (1), extreme-
ciase de esperanza su corazón...

Así nosotros, pobres hijos pródigos, si después de haber penetrado en la casa paterna, después de haber recobrado la amistad de nuestro Padre celestial, estamos bien resueltos á hacer todos nuestros esfuerzos para permanecerle fieles, para no volver á abandonarle, podemos contar con el auxilio de Dios y estar seguros de que, apesar de nuestra flaqueza, tendrá piedad de nosotros como la tiene un padre de sus hijos (2)...; Oh Dios de nuestras almas, éste es nuestro consuelo, nuestra más dulce alegría, nuestra más viva esperanza! Dignaos perdonarnos, bendecirnos y asistirnos, y cantaremos, con vuestro Profeta, vuestras misericordias por toda una eternidad. ¡ *Misericordias Domini in æternum cantabo!*.. ; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

INSTRUCCION CUARTA

CUARTO MIÉRCOLES DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Necesidad de la contrición ; dos clases de contrición, una perfecta y otra imperfecta.

TEXTO. *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ...*
En vuestra presencia, Dios mío, repasaré toda mi vida en la amargura de mi alma...

(ISAIAS, XXXVIII)

EXORDIO. — Hermanos míos, al explicaros la doctrina cristiana, me gusta citaros historias, comparaciones y parábolas... Veo con satis-

(1) Sam. XXX, 2.

(2) Salm. CII, 13.

facción que hasta los niños del catecismo las escuchan, las retienen en la memoria y hacen inteligente aplicación de ellas...

Empecemos pues esta noche nuestra corta instrucción con una parábola... Dicen que cierto día un hombre recibió de Paris una carta... En aquella carta se le encargaba que se trasladase lo más pronto posible á dicha ciudad para hacerle entrega de una herencia inmensa, que debía hacerle feliz para todo el resto de su vida... El viaje era largo; no obstante nuestro hombre se pone en marcha despues de haberse enterado bien del camino que hay que seguir... Nada se le escapa á su paso; todo lo ha visto, todo lo ha examinado... Ya le tenemos llegado al término de su viaje...; Cosa rara y que á vosotros se os hará difícil de creer!.. Llegado á Paris, olvidasele el objeto que le hizo emprender tan largo viaje; no se cuida de recoger la fortuna que había ido á buscar desde tan léjos, y vuelve de su viaje, tan pobre y aún más pobre que antes!...

Hagamos ahora la explicación de esta parábola... El miércoles pasado os hablaba del exámen de conciencia, de su necesidad para hacer una buena confesión... Pero el exámen no es el objeto, no es el fin : ese viaje que se nos invitaba á hacer á través de los rinconcillos de nuestra conciencia debe para nosotros tener por objeto la posesión, la adquisición de un tesoro : este tesoro es la contrición... En vano nos examinaremos cuidadosamente tanto sobre los mandamientos de la ley de Dios como sobre los de la Iglesia; en vano anotaremos cuidadosamente todas las faltas que hemos cometido; si no nos ocupamos de obtener la contrición, nuestro trabajo será trabajo perdido; saldremos del confesionario más pobres, más miserables de lo que habíamos entrado en él...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Vamos pues á ocuparnos de la contrición... Vamos á ver : *en primer lugar*, su necesidad; *en segundo lugar*, lo que se llama contrición perfecta y contrición imperfecta.

Primera parte. — Necesidad de la contrición. Y ante todo, hermanos míos, ¿qué es contrición?... Todos vosotros lo sabeis... Es un aborrecimiento, es un pesar del pecado, concebido por un motivo sobrenatural, por una razón sacada de algunas verdades que la fe nos enseña... ¿Es necesaria para que obtengamos el perdón de nuestras faltas?... Contesto que sí : es de tal modo indispensable, que Dios mismo, con

ser todo poderoso, no puede perdonarnos un pecado del que no hayamos tenido pesar (1)... ¿Porqué?... Porque Dios es infinitamente santo, infinitamente justo... Y su justicia y santidad se oponen á que nos perdone nuestras iniquidades cuando no tenemos pesar por haberlas cometido, y cuando nuestro corazón permanece aún adherido á ellas... Por esto decía san Pedro á los Judíos que habían crucificado al Salvador : « Empezad por arrepentiros, despues convertíos; así es como alcanzaréis el perdón de vuestros pecados (2)... »

Sí, hermanos míos, en vano nos hemos confesado; si no hemos tenido la contrición, el pesar de nuestras culpas, Dios no nos ha perdonado... Decidme; si se bautizase á un niño con vino, ¿sería válido el bautismo?... Nó; para que el bautismo sea válido se necesita agua natural; es la materia necesaria para que este sacramento produzca su efecto... — Pero, si un sacerdote da la absolución á un penitente que no se arrepiente de sus faltas, ¿esta absolución es válida? — Yo contesto sin vacilar : nó, porque la contrición es una disposición necesaria é indispensable para que el sacramento de la Penitencia perdone los pecados... « La confesión sin la contrición, como decía un santo, es un cuerpo sin alma; no es una confesión real, es una confesión aparente que queda estéril (3). »

De tal modo es necesaria la contrición, tan cierto es que sin ella no se puede obtener el perdón de los pecados, que ella puede sustituir al sacramento de la Penitencia, mientras que este sacramento no la sustituye jamás... Figuráos á un gran culpable... Es un criminal insigne, un asesino, un parricida; muere en el patíbulo sin haberse confesado... Me preguntaréis si está condenado, y no me atrevo á contestaros... La misericordia de Dios es tan grande, que puede haberle concedido (lo que sin embargo es muy raro) un sentimiento de contrición perfecta; y si, en el último instante de su vida, ha experimentado este sentimiento, os diré : nó, no está condenado, la contrición le ha salvado... Pero si se trata de

(1) V. S. Tomás. *Suma teol.*, part. III, cuest. LXXXVI, art. 2, con la nota del trad., T. XIV, pág. 64, edición Vivés.

(2) Act. de los Apóst., III, 19.

(3) S. Leonardo de Port-Maurice, *De la contrition*.

un hombre muy honrado, de lo que en el mundo se llama una mujer respetable, ¿se han salvado? No lo sé, hermanos míos, y únicamente os haré esta pregunta: ¿han tenido contrición?... ; Pero si han recibido la Extrema-Unción!... ¿Han tenido contrición?... ; Pero si se han confesado y han recibido el santo Viático!.. Está bien, hermanos míos: pero yo os pregunto si han tenido contrición, una contrición sincera de sus faltas... Si la han tenido, loado sea Dios; se han salvado: pero si no la han tenido, no hay más, debo deciros que no se han salvado... ! La contrición es indispensable y necesaria!...

Acaso yo, hermanos míos, exageraría?... ¿Querría yo mostrarme demasiado severo, y verter en vuestras almas escrúpulos que las pudieran turbar?... ; Dios me libre!... Pero tampoco debo haceros concebir una ilusión, ni haceros vivir descuidados ! porque caería sobre mí la maldición del Profeta (1)! Debo deciros la verdad, y vedla tal como siempre la ha enseñado la Iglesia católica: En todo tiempo, dice, han sido necesarios los sentimientos de contrición para obtener la remisión de los pecados (2)... Juzguémoslo, hermanos míos muy amados, por nosotros mismos, y veremos cuán justa es esta condición impuesta á nuestro perdón... Un hijo vuestro, supongamos, se ha rebelado contra su padre, le ha maltratado, le ha pegado, le ha pisoteado; pero su padre, uno de vosotros que es su padre, le quiere; y léjos de ir á perseguirle ante los tribunales, desea volverle á ver y perdonarle sus faltas... Ahora bien, si en el mismo instante en que viene á pedirnos perdón, leyeseis en su corazón que no se arrepiente de nada, que á la primera ocasión que se le ofrezca está dispuesto á atropellaros de nuevo, á escupiros en la cara... ; Vamos! ; no tendríais ni el sentimiento de la justicia, ni el respeto de la autoridad ultrajada, si olvidaseis las faltas de un miserable dispuesto de tal manera en contra vuestra!... Pues bien; nosotros, con nuestros pecados, hemos azotado á nuestro Salvador, hemos dado nuestro martillazo en los clavos que se hundían en sus piés y en sus manos, ¿y esperaríamos que se nos perdonase sin tener en el corazón

(1) Ezequías, XIII. 18.

(2) Concil. Trident., ses. XIV, cap. IV.

ni el menor pesar?... Nó, mil veces nó; lo repito, es menester arrepentirnos de nuestras faltas, si queremos que Dios nos las perdone...

Segunda parte. — Veamos ahora la contrición que Dios pide de nosotros para perdonarnos nuestras faltas... Ya sabéis que hay dos clases de contrición : una perfecta y otra imperfecta, que se llama *atración*. Quisiera haceros comprender bien la diferencia que hay entre las dos (1)... Probémoslo... En cierta casa había un hijo y un criado; pónense los dos de acuerdo y roban una importante cantidad al amo de dicha casa... Gastan este dinero en el juego, y después penetra en sus corazones el arrepentimiento del robo que habían cometido... « ; Ay dice el hijo, mi padre es tan bueno, me quiere tanto!... Soy un miserable de haber abusado así de su confianza, de haber quebrantado sus preceptos... ; Cuán ingrato soy! qué pesar experimentará cuando conozca mi falta!.. » ; Lo comprendéis bien, hermanos míos? Este hijo siente el robo que ha cometido, porque ama á su padre, porque le pesa haberle desobedecido, haberle causado un disgusto... Es la imágen de la contrición perfecta, por la cual nos pesan nuestras faltas á causa de la infinita bondad de Dios, del amor que él nos demuestra y de la aversión que el pecado le inspira.

Hablemos del dolor experimentado por el criado... También éste está paseroso por el robo que ha cometido... « Cuando mi amo lo sabrá, dice, me castigará, me echará de su casa; tal vez me entregará á los tribunales, y entonces ¿qué será de mí? Verdaderamente, he faltado; y sin embargo estaba bien en esta casa... » El hijo deplora su falta porque ama á su padre y á causa de la pena que éste experimentará... El criado, igualmente culpable, sólo la siente por los castigos á que por ella se expone... No deja de haber, si se quiere, algo de adhesión hácia su amo, pues nos dice que en aquella casa se encontraba bien... ; Veis, hermanos míos, la diferencia?... Pues bien, el dolor del criado es esa contrición imperfecta que se llama atrición.

(1) V. S. Leonardo de Port-Maurice, ó mejor remontáos á las fuentes [donde bebió este santo misionero, tales como Lange, Vicente de Bauvais, Lohner, etc..

¿La habeis comprendido bien esta diferencia?... La contrición perfecta nos hace detestar el pecado por la pena que causa á Dios... Repetid conmigo el acto de contrición que aprendisteis; es un acto de contrición perfecta: « Dios mio, tengo un extremo pesar de haberos ofendido, porque sois infinitamente bueno, infinitamente amable... » Por el contrario, con la contrición imperfecta sentimos el pecado principalmente por los perjuicios sobrenaturales que nos causa... Ved ahí un acto de contrición imperfecta.. « Dios mio, siento haberos ofendido, porque mis pecados me privan del paraíso y me conducen al infierno, porque me veo obligado á confesarlos para alcanzar su perdón... » Ya comprendéis, hermanos míos, que estos últimos motivos no son los motivos sobre que debe apoyarse una contrición perfecta y verdadera.

Examinemos ahora, Cristianos, cuales son los efectos de la contrición perfecta y los de la contrición imperfecta.... Otra comparación os presentará más clara mi idea y os la hará comprender bien... Imagináos un lobo, una fiera que recorriese nuestros campos, y llevase á cabo las más crueles depredaciones... ¡ Cazadores, salid en busca de ese mónstruo, y librad nuestro país de un tan cruel azote!.. Se reúnen, corren á su encuentro... Uno de ellos, el más ardoroso, se aproxima al animal, le encara el fusil, le apunta al corazón, parte el tiro y la fiera cae muerta instantáneamente.... Esta es la imágen de la contrición perfecta; ella suele matar el pecado; éste no puede vivir ni un instante en el alma donde reina este dolor tan precioso y tan eficaz... Pero supongamos que no es así; que la fiera, en lugar de tener el corazón atravesado por la bala, únicamente ha recibido una herida en la espalda; puede correr menos, pero no muere. Es menester que venga otro cazador y le hienda la cabeza de un hachazo.... Esta es la imágen de la contrición imperfecta ó atrición: no mata el pecado en nuestra alma, no hace más que herirle, y para acabar con el mónstruo es necesario que la absolución, recibida con buenas disposiciones en el tribunal de la penitencia, venga á destrozarle la cabeza como con un hachazo.

A propósito de esta contrición imperfecta, yo quisiera todavía haceros una observación importante.. Es preciso que se sienta, no solamente la pena ó castigo á que nos expone el pecado, sinó que se de-

teste al pecado por sí mismo. — Nosotros sentimos nuestras faltas, porque tememos el infierno, porque nos da vergüenza, nos causa humillación el tener que confesarlas... Esto no basta; es menester que detestemos al pecado mismo, porque desagrada á Dios, porque nos expone á aquellos castigos eternos, á aquella vergüenza que experimentamos al explicárseos al confesor... Pero sobre todo, no olvidemos jamás que el motivo de nuestro dolor ha de ser sobrenatural, es decir ha de tener su origen en una verdad que la fé nos enseña... Ha habido ladrones, que se han arrojado á los piés de aquellos á quienes habían robado, para suplicarles que no les entregasen á la policía; el solo temor de ir á la cárcel les hacía derramar lágrimas... Se han visto muchachas llorar su debilidad por la deshonra que ella les había producido... Lo que las hacía verter esas lágrimas, no era el pesar de su falta, sinó el menosprecio que de ellas hacía el seductor á quien se habían entregado... Todo esto, hermanos míos, es un dolor que no tiene nada de sobrenatural y que no puede servir en la confesión... Acordémosnos pues bien, lo repito, de que la contrición, aún siendo imperfecta, para ser eficaz, debe estar basada en motivos sobrenaturales...

PERORACIÓN. — Hermanos míos muy amados, al terminar quiero deciros que, si queremos hacer una buena confesión, todos nosotros debemos ejercitarnos en la contrición perfecta y pedirla con insistencia á Dios... Es una flor que no crece naturalmente en nuestras almas; para que exista en ellas, es necesario que nuestro buen Salvador la plante por su propia mano, y la dé su expansión, su belleza; pero; cuán bella, cuán preciosa es!..; A cuántos pecadores les ha valido el cielo!.. No hablemos ni de David, ni de san Agustín... Ahí teneis á un bandolero, á un jefe de bandidos; por todos los sitios por donde pasa, roba todo lo que encuentra, sus manos estan rojas de sangre; cuántos asesinatos cometió!..¿ Aquel hombre podía llegar á ser un santo?... Sí, hermanos míos; aquel hombre se arrepintió; tuvo la contrición perfecta, y hoy está en el cielo y le llamamos san Moisés el Eetíope; la Iglesia honra cada año su memoria, el día veinte y ocho de agosto (1)....

(1) V. *Vida de los Padres del desierto*. Cuando digo que la Iglesia honra su memoria, me refiero al *Martirologio romano*, XXVIII agosto.

¡ Oh preciosa contrición!.. Imagináos, hermanos míos, una balanza en las manos de Dios... Poned en un platillo todos los bienes de que se goza en el cielo; aquella compañía de los Angeles, aquella vista inefable de la Virgen Maria, aquella posesión de Dios, aquellos torrentes de delicias de que el Todo Poderoso llena á sus elejidos; y en el otro platillo, para pagar todos esos bienes, colocad, pobres pecadores, una lágrima de arrepentimiento, un acto de verdadera contrición... Ya está; todos aquellos bienes son vuestros; los habeis pagado... Dios os los da...; Dulce Salvador Jesús, hacednos comprender bien á todos esta verdad! Concedednos la gracia de que, al hacer nuestra confesión pascual, aportemos los sentimientos de una inequívoca y sincera contrición; este es el sacrificio que vos pedís de nosotros: ¿ os lo podremos ofrecer todos?...; Dios misericordioso, nó, vos no despreciaréis los corazones contritos y humillados, (1) vos hareis que todos podamos tener la dicha de traer os esta ofrenda!.. ¡ Así sea!

DOMINGO DE PASION.

(En la Misá).

Reflexiones con motivo del decreto del cuarto Concilio general de Letran, que prescribe la confesión anual y la comunión pascual.

EXORDIO : (Lectura del canon XXI del cuarto Concilio general de Letran, tal como está indicada, en el Ritual de cada diócesis, para el sermón del Domingo de Pasión).

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta mañana, carísimos hermanos, me propongo, en primer lugar, haceros algunas reflexiones respecto á esta ordenanza de la Iglesia, cuya lectura acabais de oír, y en segundo lugar, mostraros cuán sábia y maternal es.

(1) Salm. L.

Primera parte. — Amadísimos hermanos, al leéros este decreto del sagrado Concilio de Letran, sancionado con penas tan severas, no podía apartar de mí una idea triste, profundamente triste... ¡ Pobres sacerdotes! me decía: en muchas de nuestras parroquias ¿qué hacemos?... Bien es verdad que nuestra presencia y nuestra palabra protestan contra el mal; pero ¿cuál es el efecto producido?... ¿Dónde estan los cristianos convertidos, dónde las almas salvadas?... ¡Ay, cuán reducido es su número! Las más de las veces predicamos en desierto ó delante de oyentes que, si tienen oídos, no quieren oírnos... Indudablemente, me complaceo en reconocerlo, entre vosotros hay muchos que saben apreciar la importancia de las verdades que anunciamos, y cuya fidelidad nos consuela. ¡ Dios les bendiga!.. ¡ Concédales la perseverancia, y quiera que estos sean nuestra corona en el cielo!.. Mas no pasa otro tanto con muchísimos otros, demasiados, que escuchan nuestras lecciones con aire distraído y sin intención alguna de aprovecharse de ellas... *El señor Cura*, dicen ellos, *hace su oficio...*

¿ Con qué, á ese deber de abnegación, que tenemos que llenar entre vosotros, lo llamais un oficio?... ¡Entonces, todos los santos misioneros que, abandonando su patria y sometiéndose á toda clase de privaciones, van entre los salvajes á ver si logran convertir algunas almas, hacen sencillamente un oficio!.. Santos Apóstoles, que tan activamente trabajasteis en esparcir el Evangelio, que derramasteis vuestra sangre para la conversión del mundo, ¡ hacíais vuestro oficio!... Vos mismo, adorable Salvador Jesús, cuando anunciabais vuestra doctrina, cuando la confirmabais con innumerables beneficios y milagros, ¡ hacíais también un oficio!.. ¡ Quién sabe, hermanos míos, si cuando nuestro divino Redentor, coronado de espinas, se adelantaba penosamente cargado con su cruz por el camino del Calvario, que regaba con su sangre; si cuando moría en aquel infame patíbulo para redimir nuestras almas, hacía tal vez también su oficio!..

Hermanos míos muy amados, ¡cuánta ignorancia, cuánta ingratitud en esta nécia reflexión que sale de la boca de tantos cristianos!... ¡ Ah! os diremos con san Pablo: « Si no fuese por el deseo de haceros un poco de bien, de proporcionar la gloria de Dios salvando algunas almas; si no esperásemos allá arriba aquella corona de justicia con que

Dios recompensa nuestros esfuerzos, nosotros seríamos los últimos y los más desgraciados de los hombres (1). »

Los poetas paganos, queriendo representar los suplicios que en el infierno padecían ciertos malvados, culpables de grandes crímenes, los representaban condenados por toda una eternidad á volver á empezar incesantemente un trabajo inútil... Unas mujeres, decían ellos, que habían asesinado á sus esposos, estaban sujetas á llenar eternamente un tonel que quedaba siempre vacío... Otro criminal subía perpétuamente á la cima de una montaña un peñasco, que volvía á caer siempre... Finalmente, un tercero, y éste había cometido terribles maldades, estaba condenado á una ardiente sed... La límpida corriente de un inmenso río se deslizaba á sus pies: bajábase para satisfacer su sed, y las aguas huían siempre, cuando él se quería aproximar á ellas...

¡Dios de misericordia! ¿acaso nos habríais condenado á nosotros, sacerdotes vuestros, á esos suplicios, juzgados como los más terribles por la imaginación de los poetas?... ¿Deberán ser ellos nuestro patrimonio?... Yo no lo sé, hermanos míos; pero tal vez se encontraría más de un parecido entre nuestra condición actual y la de aquellos eternos condenados...

Vosotros sabéis que nosotros probamos siempre de verter en vuestras almas algunas verdades santas, de hacer que en ellas residan algunos sentimientos cristianos, de encerrar sobre todo en ellas un recuerdo vivo de los compromisos que contrajisteis en el bautismo, de los castigos que os amenazan y de las recompensas que os esperan, según que hayais sido fieles á Dios ó hayais sido rebeldes á su autoridad suprema... Decidme, ¿qué hay en el alma de muchos hombres?... ¿Qué ha quedado en ellas de nuestras enseñanzas?... ¿No es como aquel tonel en el cual se echa siempre y que queda siempre vacío?..

Nosotros nos esforzamos en arrancar á las almas de ese apego excesivo á los bienes de la tierra, de esos gozos culpables, de esos placeres criminales, que las dominan en demasía... El celo que nos inspira quisiera hacerlas salir de aquellas profundidades, recordarlas sus des-

(1). I Cor., XV. 19. ; II Tim., IV, 7.

tinios inmortales, y elevarlas hácia aquel hermoso cielo donde las aguarda Dios... ¡Ah! es el peñasco que tratamos de hacer rodar hácia la cima de la montaña, pero que, á pesar de nuestros esfuerzos, vuelve incesantemente á caer!..

¿Qué deseamos nosotros? ¿qué queremos? ¿Qué quiere la Iglesia santa, vuestra madre, una de cuyas importantes leyes os acabamos de leer?... ¿Qué quiere Jesús, ese dulce amante de las almas, cuya Pasión y cuyos inenarrables padecimientos nos recordará tan vivamente dentro de algunos días?... Lo que quiere la Iglesia santa, lo que queremos nosotros, nosotros, los ministros de este augusto Redentor, es una sola cosa: salvar las almas!.. Sí, nos devora la sed de vuestra salvación... El mundo pasa como un torrente por delante de nosotros; él arrastra á esas almas, y nosotros no podemos apagar nuestra sed... Jesús mismo estaría de nuevo en la cruz, y podría ver también pasar por delante de él á una multitud de cristianos ingratos é indiferentes... En vano su amor les repetiría aquella conmovedora palabra: *Sitio*, tengo sed de vuestra salvación...; Tal vez ni una de esas almas extraviadas se apartaría del torrente que la arrastra, para ir á apagar la sed de este adorable Salvador!..

Segunda parte. — Carísimos hermanos, como os decía, estas reflexiones me inspiraba el decreto de la Iglesia, que os leía al principio, y que encierra estos dos mandamientos: « Confesarás tus pecados por lo menos una vez al año: Recibirás humildemente á tu Criador á lo menos por la Pascua... » Examinemos pues esta mañana lo que estos dos mandamientos significan, y veremos la sabiduría y bondad verdaderamente maternas de la santa Iglesia católica.

« Confesarás todos tus pecados por lo menos una vez al año... » Madres, á vosotras es á quienes me dirijo; vosotras me vais á comprender... Vuestro hijo tiene una salud quebrantada; mil males le trabajan; herpes, erupciones de toda especie... Más aún, tiene una enfermedad peligrosa, que inevitablemente le ha de llevar al sepulcro... Y habeis llamado al médico. « — Doctor, este niño está muy enfermo; ¿qué hay que hacer para curarle? — No cabe duda de que su hijo de V. está atacado de una enfermedad peligrosa; pero que tome el remedio que le voy á indicar, y respondo de su curación. — Pero, dígame; este reme-

dio; es amargo? — ; Ah! contesta el médico; no diré que sea dulce; muchos estómagos, según en qué disposición se encuentran, le hallan cierto sabor amargo... — Dispense V. doctor; si es amargo mi hijo no lo podrá tomar. — Peor para él, señora; entonces su hijo morirá; el remedio que le indico es el único que puede devolverle la salud y librarle de la muerte... ¿Qué haríais vosotras en semejante caso?... Para curar á vuestro hijo, ¿vacilaríais en obligarle vosotras mismas á tomar, apesar de su repugnancia, un medicamento que le debe salvar la vida?...

Pues bien, hermanos míos, esto es lo que hace la Iglesia... Ella es nuestra madre, ella desea vivamente nuestra salvación. Las pasiones son enfermedades peligrosas. ¿Quién de nosotros podrá decir que no está atacado de ninguna de estas enfermedades?... Muchos hay que se atreverían á asegurar que su enfermedad no ha llegado hasta el pecado mortal; es decir hasta la muerte del alma... Sí, Iglesia santa, vuestros hijos estan muy enfermos; pero Jesucristo, el divino médico de las almas, asegura que se pueden curar... Ha dicho todavía más, ha dicho que, aun cuando esten muertas para la gracia, pueden resucitar... Mas para esto es necesario é indispensable un remedio... Verdad es que este remedio es un poco amargo y que, según la disposición en que se encuentren las conciencias, puede causar cierta repugnancia; pero ya he dicho que este remedio es el único y es absolutamente necesario... Es la confesión...

Y vosotras, madres que me escuchais, como que amais á vuestros hijos, no vacilaríais en recurrir por cualquier modo á la violencia, para obligarles, como decía hace poco, á tomar un remedio que debería salvarles la vida... Así, hermanos míos, obra la Iglesia santa, nuestra madre... Ella amenaza con echar de nuestras santas asambleas, con privar de los honores de la sepultura cristiana, á aquellos de sus hijos que no quieren acudir á este divino remedio de la confesión... Pero... ; otro parecido con las madres!... — porque el corazón de una madre difícilmente ejecuta sus amenazas... — ella recurre á los ruegos, á las súplicas, á las más tiernas insinuaciones para inducir á sus hijos á que sigan sus consejos, á que no descuiden un medio tan fácil y seguro para recobrar la salud del alma... Sin embargo, Cristianos, tengámoslo

entendido, aun cuando la Iglesia no ejecuta, con todo el rigor de la palabra, las amenazas contenidas en el decreto del santo Concilio de Letran, no por eso deja de demostrar la importancia que debemos dar á la exacta observancia de estos dos mandamientos: Confesarás todos tus pecados por lo menos una vez al año: Recibirás humildemente á tu Criador á lo menos por Pascua.

Tenía que hablaros aún, hermanos míos, de la obligación de comulgar á lo menos por Pascua, pero temo ser demasiado largo; nos ocuparemos de este asunto el domingo que viene.

PERORACIÓN. — Otra reflexión, hermanos míos muy amados, y concluyo. Sí, somos unos ilusos; os repetimos mil y mil veces lo mismo; es que el asunto de que se trata es importante: la eternidad está ahí, delante de vosotros, os espera... Feliz ó desgraciada, no la podeis evitar; y, apesar de esta verdad que debería hacernos temblar, no pensamos en ella, nos mantenemos respecto á esto en la más estúpida indiferencia. Dicen (1) que cierta noche, un hombre muy rico se había retirado á una de sus casas de campo espléndidamente amueblada. Mientras se estaba entregando á los placeres de un festin, un criado péfido echó en la copa de su señor una abundante dosis de ópío... Esta sustancia produjo su efecto; pronto aquel hombre se durmió con un profundo sueño. Unos ladrones saquearon su casa y se lo llevaron á él en medio de una inmensa llanura, sin que despertase... Allí, el frío de la noche y la lluvia que caía á torrentes no tardaron en disipar su sueño... Sorprendido de encontrarse solo, despojado de todo y en medio de una vasta soledad, procuró reunir sus recuerdos: mas no tuvo tiempo para ello; la tempestad rugía sobre su cabeza y un rayo, cayendo sobre él, le mató instantáneamente...

; No permita Dios, carísimos hermanos míos, que esta historia llegue á ser la nuestra!... Muchos de entre nosotros han llegado á la noche de la vida, y hasta los más jóvenes ¿ pueden responder de que, para ellos, no terminará dentro de poco?... Las pasiones y el amor del mundo nos propinan, como funesto veneno, la indiferencia y el olvido de nuestros deberes... Nosotros nos dormimos, sin pensar que la muerte puede ve-

(1) Cf. Lohner, Vº *Judicium*.

nir á sorprendernos ; después, durante nuestro sueño, viene como un ladrón, nos despoja de todo y arroja nuestra alma, todavía adormecida, á los vastos abismos de la eternidad... ; Ah, pobre alma !... En vano te despiertas entonces, en vano comprendes tu miseria ; la sentencia del Juez Supremo cae sobre tí como un rayo. ; *Vé, pues, maldita, al fuego eterno !...*

Carísimos hermanos, para preservarnos de semejante desgracia es por lo que nuestra santa madre la Iglesia nos invita á confesar nuestras faltas... Ella quiere que nuestras almas resuciten á la gracia ; ella desea vernos recobrar la paz de la conciencia y la amistad de Dios... ; Cómo ! ; nosotros, Cristianos, marcados con el sello de Jesucristo, hemos de convertirnos en tizones del infierno?... ; *Nó, la santa Iglesia quiere que seamos bienaventurados, que seamos predestinados, que alabemos y bendigamos á Dios eternamente !... Seamos fieles en la observancia de sus mandamientos y se realizará este deseo !... ; Así sea !*

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION QUINTA

DOMINGO DE PASIÓN (en la oración de la noche.)

Buen propósito ; ha de ser firme y eficaz.

Texto — Vade, et jam amplius noli peccare... Anda, y no quieras volver á pecar...

(JUAN, VIII, 11)

EXORDIO. — Esta mañana, hermanos míos, después de haberos leído el decreto de la Iglesia, que prescribe á todos los fieles la confesión anual y la comunión pascual, no he podido menos que lanzar un grito del alma... Os he expresado el dolor que experimentábamos nosotros, vues-

tros pastores, al ver violadas y desconocidas estas tan sábias leyes de la Iglesia... Sí, sin la gracia de Dios, se apoderaría á veces de nuestros corazones el desaliento, cuando consideramos el poco fruto que producen nuestros esfuerzos y exhortaciones...

Parece que os oigo contestarme : « Pero ¿ porqué estais triste ?... No tenéis por qué quejaros ; se os ama, se os respeta... » Es verdad, mis queridos hermanos, me complazco en reconocerlo, vuestras relaciones conmigo han estado siempre llenas de consideraciones y benevolencia ; os lo agradezco... Pero ¿ cuál es el objeto principal de mi presencia entre vosotros ? ¿Cuál es la misión especial de que estoy encargado?... ¿Es la de hacerme amar ?... *Nó, Cristianos ; mi misión es la de hacer os amar y servir á Dios, es la de salvar vuestras almas... Leemos en la historia que, entre los Griegos, no hallándose de acuerdo dos generales sobre el sitio donde debía librarse una batalla, uno de ellos, exaltándose, levantó su bastón para pegar á su adversario... Este le dijo sin inmutarse: Pega ; pero escucha. Siguióse su opinión y se ganó la batalla (1). Gustoso os diría, cuando habláis de vuestro cariño y respeto: Olvidad, si quereis, mi persona ; pero escuchad mis enseñanzas y aprovecháos de ellas... Nosotros, hermanos míos, no somos nada ; solo Dios lo es todo... A él, os lo repito, es á quien debeis amar y servir, á él es á quien debeis obedecer, si quereis salvar vuestras almas...*

PROPOSICIÓN. — Vamos á reanudar esta noche la continuación de las explicaciones que os hemos dado cada miércoles sobre el sacramento de la Penitencia... Reasumo en pocas palabras las explicaciones precedentes, á fin de que aquellos de entre vosotros que no las hubiesen oído puedan formarse una idea de ellas y escuchar con más interés lo que nos falta decir... Hemos mostrado la divina eficacia del sacramento de la Penitencia para borrar nuestros pecados ; hemos dicho que si este poderoso remedio no alcanzaba siempre efectos, era, ó porque no se había acudido á él con suficiente frecuencia, ó porque se empleaba mal. Hemos hablado del exámen de conciencia y de la contrición, circunstancias ambas necesarias para que el sacramento de la Penitencia produjese su efecto... Esta noche, vamos á estudiar otra condición igualmente indis-

(1) Rollin, *Historia antigua*, l. V, cap. II, § 8.

nir á sorprendernos ; después, durante nuestro sueño, viene como un ladrón, nos despoja de todo y arroja nuestra alma, todavía adormecida, á los vastos abismos de la eternidad... ; Ah, pobre alma !... En vano te despiertas entonces, en vano comprendes tu miseria ; la sentencia del Juez Supremo cae sobre tí como un rayo. ; Vé, pues, maldita, al fuego eterno !...

Carísimos hermanos, para preservarnos de semejante desgracia es por lo que nuestra santa madre la Iglesia nos invita á confesar nuestras faltas... Ella quiere que nuestras almas resuciten á la gracia ; ella desea vernos recobrar la paz de la conciencia y la amistad de Dios... ; Cómo ! ; nosotros, Cristianos, marcados con el sello de Jesucristo, hemos de convertirnos en tizones del infierno?... ; Nó, la santa Iglesia quiere que seamos bienaventurados, que seamos predestinados, que alabemos y bendigamos á Dios eternamente !... Seamos fieles en la observancia de sus mandamientos y se realizará este deseo !... ; Así sea !

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION QUINTA

DOMINGO DE PASIÓN (en la oración de la noche.)

Buen propósito ; ha de ser firme y eficaz.

Texto — Vade, et jam amplius noli peccare... Anda, y no quieras volver á pecar...

(JUAN, VIII, 11)

EXORDIO. — Esta mañana, hermanos míos, después de haberos leído el decreto de la Iglesia, que prescribe á todos los fieles la confesión anual y la comunión pascual, no he podido menos que lanzar un grito del alma... Os he expresado el dolor que experimentábamos nosotros, vues-

tros pastores, al ver violadas y desconocidas estas tan sábias leyes de la Iglesia... Sí, sin la gracia de Dios, se apoderaría á veces de nuestros corazones el desaliento, cuando consideramos el poco fruto que producen nuestros esfuerzos y exhortaciones...

Parece que os oigo contestarme : « Pero ¿ porqué estais triste ?... No tenéis por qué quejaros ; se os ama, se os respeta... » Es verdad, mis queridos hermanos, me complace en reconocerlo, vuestras relaciones conmigo han estado siempre llenas de consideraciones y benevolencia ; os lo agradezco... Pero ¿ cuál es el objeto principal de mi presencia entre vosotros ? ¿Cuál es la misión especial de que estoy encargado?... ¿Es la de hacerme amar ?... Nó, Cristianos ; mi misión es la de hacer os amar y servir á Dios, es la de salvar vuestras almas... Leemos en la historia que, entre los Griegos, no hallándose de acuerdo dos generales sobre el sitio donde debía librarse una batalla, uno de ellos, exaltándose, levantó su bastón para pegar á su adversario... Este le dijo sin inmutarse: *Pega ; pero escucha*. Siguióse su opinión y se ganó la batalla (1). Gustoso os diría, cuando habláis de vuestro cariño y respeto: Olvidad, si quereis, mi persona ; pero escuchad mis enseñanzas y aprovecháos de ellas... Nosotros, hermanos míos, no somos nada ; solo Dios lo es todo... A él, os lo repito, es á quien debéis amar y servir, á él es á quien debéis obedecer, si quereis salvar vuestras almas...

PROPOSICIÓN. — Vamos á reanudar esta noche la continuación de las explicaciones que os hemos dado cada miércoles sobre el sacramento de la Penitencia... Reasumo en pocas palabras las explicaciones precedentes, á fin de que aquellos de entre vosotros que no las hubiesen oído puedan formarse una idea de ellas y escuchar con más interés lo que nos falta decir... Hemos mostrado la divina eficacia del sacramento de la Penitencia para borrar nuestros pecados ; hemos dicho que si este poderoso remedio no alcanzaba siempre efectos, era, ó porque no se había acudido á él con suficiente frecuencia, ó porque se empleaba mal. Hemos hablado del exámen de conciencia y de la contrición, circunstancias ambas necesarias para que el sacramento de la Penitencia produjese su efecto... Esta noche, vamos á estudiar otra condición igualmente indis-

(1) Rollin, *Historia antigua*, l. V, cap. II, § 8.

pensable para la curación de nuestras almas y para alcanzar la remisión de nuestras culpas: el buen propósito.

División. — El buen propósito, para ser digno de este nombre, y tal como se requiere para recibir dignamente el sacramento de la Penitencia, ha de ser: *en primer lugar*, firme; *en segundo lugar*, eficaz.

Primera parte. — El buen propósito ha de ser firme. Digamos ante todo lo que se ha de entender por *buen propósito*... Es la resolución sincera de evitar el pecado, de combatir nuestros malos hábitos, de huir las ocasiones que nos arrastran al mal... Sin esta resolución, hermanos míos, no podemos alcanzar nuestro perdón; en efecto, sin ella no hay verdadera contrición... En vano, sin ella, derramaríais abundantes lágrimas; os pareceríais á aquellos tizones de leña verde, que sueltan mucha agua cuando se les pone en la lumbre, pero que no dan ni llama ni calor: porque es evidente que vuestro corazón no estaría cambiado, que vosotros preferiríais una mentira al decir á Dios: *Pésame, Dios mio, en extremo de haberos ofendido*; puesto que, no teniendo la resolución de hacer todos vuestros esfuerzos para no volverle á ofender, vuestro dolor no sería ni verdadero, ni sobrenatural.

Ahora pues, fijáos bien en que el buen propósito ha de ser firme; no ha de ser solamente una veleidad, ó cierto vago deseo de mudar de vida... Nó, es menester que sea una voluntad real, fuerte, enérgica... Supongamos que una persona ha hecho su comunión pascual el Jueves Santo... ¿Qué diríais, que pensaríais de ella si el domingo de Pascua faltase á Misa, si aquel día mismo se fuese al campo á cavar sus viñas ó á labrar sus huertas?... Estaríais escandalizados... Si os dijese que tres días antes formó la resolución de santificar el domingo, os reiríais á sus barbas. «Vuestra resolución, le diríais, era una resolución de nada, nada tenía de sólido; no se olvida tan pronto una resolución, cuando es verdadera...» Y decidme vosotros que esperaréis algo más, tal vez quince días, ó tres semanas, antes de volver á profanar el santo día festivo; vosotras, jóvenes, que volveréis á frecuentar al cabo de algunos días aquellas reuniones, origen y ocasión para vosotras de tantas faltas, ¿creéis haber tenido en el corazón una resolución bien verdadera, bien sincera?... Lo que es yo, lo dudo mucho.

Ahí teneis á una jóven viuda que acaba de perder á su marido...

¿Cuántas quejas, y gritos, y gemidos y dolor!.. ¿Cuánta ternura en su despedida!... ¿Está verdaderamente inconsolable!... ¿no os lo parece?... Mas, nó; todo aquello era comedia. Un mes después me la encuentro engalanada como una novia paseándose del brazo de un nuevo marido... Si á lo ménos hubiese dejado pasar uno ó dos años antes de pasar á segundas nupcias, habríamos podido pensar que su dolor era sincero... Pero volverse á casar al cabo de un mes!... Convengamos en que su dolor era fingido... Aplicad esta comparación... Cuando volvemos á caer tan pronta y fácilmente en las faltas que hemos aparentado sentir al confesarnos, ¿no es evidente que no ha sido firme en nosotros el buen propósito?... Si á lo menos no volviésemos á caer hasta después de mucho tiempo, se podría creer que había algo de firme y verdadero en nuestras resoluciones; pero al cabo de una semana, tal vez el día mismo de nuestra comunión!... ¿Confesemos que nuestro dolor era parecido al de aquella viuda!...

Este asunto, hermanos míos, es muy importante; merece toda nuestra atención... Hay muchos pecadores que estan en el cielo; muchos de ellos hicieron una penitencia tal, que la Iglesia los venera como Santos... Tengamos, empero, bien entendido, que ninguno de ellos se pudo salvar sin el buen propósito; únicamente á la firmeza de sus resoluciones, á la fidelidad con que las ejecutaron fué á lo que debieron la salvación de sus almas...

Esta pobre jóven que por largo tiempo llevó una vida desordenada, es santa María Egipciaca. Convertida por una especie de milagro, confiesa con vivo pesar todas las faltas de su vida. «Antes morir, exclama abandonando el tribunal de la penitencia, ¡antes morir, Jesús mio, que volver á ofenderos!» Y cumple su palabra, porque su buen propósito es firme, porque su resolución es sincera, enérgica... En vez de volver á su país, donde encontraría aquellas mismas ocasiones que la habían perdido, se interna en un desierto de Palestina, y allí se entrega á los ejercicios de la penitencia más austera. ¡Cuán agradable os fué, oh misericordioso Salvador, esta firmeza en ejecutar la resolución que había tomado!... Y realmente, algunos años después, esta animosa penitente, fortalecida con el santo Viático, fallecía en olor de santidad...

Segunda parte — He añadido que el buen propósito tenía que ser eficaz, es decir no ser estéril, sino producir resultados en nosotros... ¡Ay, hermanos míos, lo que hace que tan pronto y con tanta facilidad volvamos á caer en las faltas de que nos hemos confesado, es que no nos tomamos la molestia de hacer bien el exámen, de buscar el origen de nuestros malos hábitos, para atacarlos en su nacimiento: tampoco estudiamos bastante las ocasiones en que nos encontramos, ocasiones á que no sabemos resistir, y que son causa de frecuentes caídas para nosotros... Sin embargo, éste es el obstáculo principal para nuestra salvación, para la bondad de nuestras confesiones; sobre estos hábitos y sobre estas ocasiones, es sobre donde deben dirigirse nuestras resoluciones, si queremos que nuestro buen propósito sea eficaz y que dé frutos...

Si atravesando un pantano diez, veinte veces, os hubieseis hundido en el limo de tal modo que no hubieseis podido salir de él por vosotros mismos; si cada vez hubieseis debido la salvación de vuestra vida á caritativas personas, que os hubiesen venido á sacar del peligro... ¿os atreveríais á volver á atravesarlo?... ¿No seríais cien veces imprudentes, si os expusierais de nuevo á un peligro que vuestra propia experiencia os debió enseñar á conocer?... Pues bien, hermanos míos, ésta es la historia de todo hábito malo; es, sobre todo, la historia de esas ocasiones próximas, que nos arrastran casi infaliblemente al pecado.... No puedo entrar aquí en todos los detalles... ¡Es imposible!... Una palabra no más; si verdaderamente quereis salvar vuestra alma, respetad el día del Señor, conserváos castos, asistid con regularidad á los divinos oficios, evitad las calumnias... Fácil es, hermanos míos muy amados, sacar la conclusión; esto quiere decir: evitad las ocasiones, huíd de las casas donde os estén vedados los deberes esenciales del cristiano y en las cuales no podais salvar vuestra alma... Esos amos avaros ó impíos, tan rígidos para su provecho, ¡que vayan á buscar entre los Turcos criados y dependientes á quienes hacer profanar el día festivo! ¡Que vayan á escojer en los lugares de perdición á las víctimas de sus brutales pasiones!... En cuanto á vosotros, si quereis salvar vuestras almas, á cualquier precio que sea, ¡huíd estas ocasiones!...

Recuerdo, hermanos míos, haber leído un ejemplo interesante de lo que puede la voluntad cuando ha tomado una resolución verdaderamen-

te enérgica y eficaz. Un general, célebre por haber salvado, en Waterlloo, los restos de la guardia veterana del primer Napoleón, el general Cambronne, siendo simple soldado, estaba dominado por la embriaguez. Cierta día en que el vino le había hecho perder la razón, tuvo una disputa con uno de sus jefes y se olvidó hasta el punto de pegarle... La ordenanza militar es inexorable... Cambronne fué condenado á muerte. Encerrado en un calabozo, aguardaba la ejecución de la sentencia... Su comandante, que se interesaba por él, le llama á su presencia, le ofrece el indulto si quiere prometerle que no se volverá á embriagar jamás... Cambronne vacila un instante. — « Mi general, dice, lo que me pedís es grave. — Pero, desgraciado, te van á fusilar dentro de unos instantes. — Vos sabéis, mi general, que yo preferiría morir antes que faltar á mi palabra, si os la hubiese dado. » Y después de un nuevo momento de vacilación, añadió: « Os doy mi palabra de honor de que no me volveré á emborrachar jamás... » Cumplió su palabra, y treinta años más tarde, habiendo llegado también á oficial superior, le decía á su general, que le había invitado á una comida: « ¡Desde el día que os empené mi palabra de honor, no he acercado jamás á mis labios ni una sola gota de vino! »

Ved ahí, hermanos míos, el modelo de un firme propósito eficaz: aquel soldado no toma una resolución á medias; sabía muy bien, que si se volvía á exponer á la tentación, sucumbiría; por consiguiente, corta el mal de raíz... Así, cristianos, es como debemos obrar con respecto á las ocasiones próximamente peligrosas, y en las cuales hemos hecho tan frecuentemente el experimento de nuestra debilidad... Todas las razones que podemos alegar para excusarnos, nada son, comparadas con nuestra alma, á la cual tratamos de salvar... Pero, decimos nosotros, si no trabajo el domingo, si me propongo asistir á misa, no me ocuparán más en esta casa, disminuirán mi salario... Es posible; y yo os contestaré, con Nuestro Señor Jesucristo, que vuestra alma vale más que todos los salarios de este mundo... Este mismo razonamiento podría aplicar, hermanos míos, á las relaciones peligrosas, aun cuando éstas tuviesen por objeto el matrimonio, á la frecuentación de ciertas compañías, á la permanencia prolongada en tal ó cual casa... Pero nó;

dejo á cada uno de vosotros el cuidado de hacerse á sí mismo, y no á los demás, la aplicación de estas saludables reflexiones...

PERORACIÓN. — Hermanos míos muy amados, este año, no os he dirigido, ni os dirigiré instrucciones especiales sobre la confesión ni sobre las condiciones que ésta debe tener. Estas condiciones ya las conocéis; sabéis no solamente que es indispensable, sino que ha de hacerse con la más entera sinceridad, con la más absoluta buena fé... He insistido especialmente en las disposiciones que han de precederla, porque no se fija bastante la atención en ella y porque, por falta de exámen, contrición ó buen propósito, se paralizan los efectos del sacramento de la Penitencia, se los inutiliza; y hasta á veces este defecto es tal vez bastante grave para hacer que nuestra confesión sea sacrilega... ¡Hemos de reflexionarlo muy seriamente!.. Ciertas personas se verían tentadas de mirar la confesión pascual como un impuesto anual... La costumbre, un resto de fé tal vez, les lleva á pagarlo... Importa poco la moneda con que lo pagan; tanto si es de oro como si es de cobre, con tal que con la absolución se les dé una especie de recibo, ¿no se encuentran ya en paz con Dios y desembarazados del tributo anual?... ¿No han cumplido con el precepto de la Iglesia que les dice: Confesarás todos tus pecados á lo menos una vez al año?... ¡Nó, hermanos míos: sería una ilusión peligrosa creer que es así!... No basta confesar nuestros pecados para obtener su perdón; es menester, lo repito, después de haber hecho bien el exámen, excitarse á la contrición y formar la resolución sincera y eficaz de obrar mejor en adelante... Con estas disposiciones, venid con confianza al tribunal de la Penitencia; si confesáis sinceramente vuestros pecados, en nombre del cielo, en nombre de Jesucristo, el Salvador de las almas, el divino Institutor del sacramento de la Penitencia, os aseguro que vuestros pecados os serán perdonados, que Dios os devolverá su gracia, que Jesucristo descenderá gustoso á vuestro corazón; en una palabra, que estaréis en aquel camino que debe conducirnos á aquel hermoso paraíso para cuya posesión nos ha criado Dios... ¡Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEXTA.

QUINTO MIÉRCOLES DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Importancia de la satisfacción: condiciones que ha de tener.

TEXTO. — *Facite fructus dignos pœnitentiæ...* Haced dignos frutos de penitencia...

(Luc., vii, 8).

EXORDIO. — Hermanos míos, para que el sacramento de la Penitencia remita verdaderamente nuestros pecados, hemos dicho que se requieren varias cosas, que son necesarias é indispensables varias disposiciones: el exámen de conciencia, la contrición ó pesar de nuestras faltas, el buen propósito ó firme resolución de evitarlas en lo sucesivo... Esto no es aún todo... Es menester, por nuestra parte, una confesión humilde y sincera;... después hemos de tener también una intención formal y verdadera de reparar nuestras faltas, de satisfacer á Dios y al prójimo... Hay otra parte, que corresponde al confesor; es la absolución... Cada una de estas cosas es esencial (1). Con que falte una sola, nuestra penitencia queda sin fuerza ni valor; se cae por tierra como una armadura á la cual le faltase una pieza indispensable...

¿Veis ese buque que, gozoso, va á dejar el puerto para surcar el Océano? El pabellón nacional se balancea graciosamente delante del palo mayor; su popa es magnífica; su proa irreprochable; sus dos costados están sólidamente forrados de metal. Una máquina de vapor de prodigiosa fuerza hará girar rápidamente el hélice que ha de pasearlo por las aguas... Puede surcarlas sin temor, ¿no es verdad?... Para él

(1) Sé que varios teólogos consideran la satisfacción como parte integrante, no esencial del sacramento de la Penitencia... Esta nota tiene por objeto indicar el sentido en que deben tomarse las palabras necesario, necesidad, aplicadas á la satisfacción.

la travesía no ofrece ningún peligro... Pero... en la parte inferior de buque hay una pequeña hendidura: esta hendidura se ensancha, el agua penetra á borbotones por ella, y aquel buque zozobra y se va á fondo sin haber abandonado tan siquiera el puerto... Así pasa, hermanos míos, con la Penitencia, inmenso buque encargado de recoger nuestras almas y de conducir las al cielo á través de este mundo, con tanta exactitud comparado con un mar tempestuoso... Nosotros hemos orado, nos hemos examinado; creemos haber tenido el buen propósito y una contrición suficiente; nuestra confesión la hemos hecho con toda sinceridad...; Es el buque tan bien aparejado de que os hablaba ahora mismo!... Pero pongamos cuidado; vigilemos por si hubiera alguna hendidura tal vez por donde pudiera penetrar el agua, algun defecto que hiciese inútiles para nosotros todas estas disposiciones, é ineficaz para nuestras almas el sacramento de la Penitencia... Me refiero á la falta de satisfacción...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Sobre esta importante parte del sacramento de la Penitencia es sobre la que llamaré, esta noche, vuestra atención... Os diré, *en primer lugar*, que la satisfacción es necesaria; *en segundo lugar*, que ha de ser pronta y proporcionada á la magnitud de nuestras faltas...

Primera parte. — Necesidad de la satisfacción. Todos vosotros sabéis, hermanos míos, que la satisfacción es una reparación que el pecador da á Dios por la ofensa que le ha hecho con el pecado... Pero esta definición tal vez no sea bastante completa; en efecto, no habla claramente de nuestras faltas para con el prójimo, y de la obligación que tenemos de repararlas.

Digamos, ante todo, algo de la satisfacción que debemos al prójimo; después hablaremos de la que debemos á Dios...; Hemos atacado injustamente, hermanos míos, en cosa grave, la reputación de nuestro prójimo?... Hay en nosotros una estricta obligación de reparar el daño que le hemos causado, y hasta los perjuicios que á consecuencia de nuestras calumnias haya sufrido... Un ejemplo os dará á comprender mi pensamiento... Un hombre ó una mujer estaban empleados en una casa, donde se les dispensaba entera confianza; inspirados por la envidia, ó simplemente impelidos por esa ligereza habitual que hace que

no pongais bastante cuidado en como soltais vuestras palabras, habeis atacado el honor ó la probidad de esos obreros...; Y ved ahí que se les echa, ó no se les quiere ocupar!...; Creéis que basta haber confesado vuestra falta para que os sea perdonada?... Nó, hermanos, teneis una reparación que dar á aquellos que han sido víctimas de vuestras calumnias... Otro ha cometido robos; éste ha ganado un pleito que sabía era injusto; aquel ha defraudado en la calidad ó en la cantidad de las mercancías; finalmente, el de más allá contrae á sabiendas deudas que no pagará jamás... Pues bien, hermanos míos, toda esta clase de personas entra en la categoría de los ladrones, y para ellas no hay perdón posible, si no tienen una intención real y verdadera de hacer todo lo que esté á su alcance para restituir al prójimo lo que injustamente le han quitado, sea de una manera, sea de otra...

Veamos ahora la satisfacción que debemos á Dios, y cuán indispensable es esta satisfacción...; Tengo necesidad, hermanos míos, de recordaros que el pecado, y sobre todo el pecado mortal, es un acto de rebeldía contra Dios, una violación plenamente consentida de sus divinos mandamientos?... Justo es por lo tanto, no solamente que antes de obtener el perdón de ellas ofrezcamos á Dios garantías, sinó que es igualmente justo que nos esforcemos en reparar nuestras faltas en cuanto esté de nuestra parte... Un servidor infiel ha causado un inmenso perjuicio á su señor... Este perjuicio no lo puede reparar; vedlo ahí condenado á cárcel perpétua!... Mas el señor, lleno de indulgencia, le dice: « Te hago libre de la cárcel, y hasta de una gran parte de tu deuda, pero á lo menos haz algunos esfuerzos para darme algunas cantidades á cuenta... »; Qué diríais del servidor, si éste se quejase de su señor?...; No sería un ingrato?... El señor; no ha sido á la vez misericordioso, justo y bueno, exigiendo esta reparación de su servidor?..

Estas tres perfecciones, hermanos míos, la misericordia, la justicia y la bondad, brillan igualmente en Dios, cuando exige de nosotros una satisfacción por nuestros pecados... Su misericordia, pues que, no contento con perdonarnos las penas eternas del infierno, quiere además, por medio de esta satisfacción que reclama, evitarnos las penas del purgatorio y hacernos adquirir nuevos méritos para el cielo... Su justicia,

porque Dios dejaría de ser justo; sería débil, si no reclamase del pecador las reparaciones que éste puede darle tan fácilmente... Si no exigiese de nosotros satisfacción alguna, nosotros tomaríamos á juego el sacramento de la Penitencia; y su bondad nos ha impuesto, aún después de la confesión, la obligación de reparar nuestras faltas, á fin de que comprendamos mejor su magnitud, y para determinarnos á hacer esfuerzos eficaces para no volver á caer en ellas en lo sucesivo... Ved pues, hermanos míos, cuán conveniente y necesario es que ofrezcamos á Dios una especie de restitución por los daños que le hemos ocasionado, violando sus mandamientos, rebelándonos contra él...

Segunda parte. — Condiciones que debe tener la satisfacción... Es menester, hermanos míos, que la satisfacción sea pronta, y que sea proporcionada á la magnitud de nuestras faltas.

Todos vosotros sabéis que la satisfacción encierra dos especies de buenas obras : las que nos son impuestas por el confesor y que se llama penitencia sacramental, como el rezo del rosario, el *via crucis*, ciertas limosnas á los pobres, etc., en una palabra todas las buenas obras que el confesor nos prescribe... En segundo lugar, consiste también la satisfacción en varias obras que nosotros nos imponemos á nosotros mismos, para demostrar á Dios nuestra buena voluntad, y para aumentar la penitencia, siempre demasiado ligera, que el confesor nos impone...

Aquí, hermanos míos, permitidme una observación antes de continuar... Escuchad con atención, á fin de que la comprendais bien... Para ser bien claro, he de volver de nuevo á la comparación del médico... Figuráos á un enfermo atacado de una terrible calentura, que le ha de llevar á la tumba... Existe un remedio que puede devolver inmediatamente la salud á aquel enfermo... El doctor lo conoce, pero sabe que el estómago del pobre enfermo no lo podrá soportar, que no lo tomará ó que lo rechazará infaliblemente... ¿Qué hará el médico si es prudente, si quiere salvar la vida de aquel enfermo?... Conoce otro remedio menos eficaz, que, sin curar instantáneamente al enfermo, podrá empero con el tiempo hacerle recobrar la salud... Siendo imposible el primer medicamento, aconsejará el segundo... Esto es, hermanos míos, lo que hacen los confesores, y si no imponen penitencias

más severas, es porque, siendo poco viva nuestra fe, las aceptaríamos tal vez con dificultad, ó sin tener intención de cumplirlas... Su caridad prefiere, imponiéndonos una penitencia ligera, exponer nuestras almas á sufrir las penas del purgatorio, más bien que exponerlas á que, rehusando una pena más severa, suframos un día los suplicios del infierno... Pero no demos la culpa más que á nosotros mismos si ellos son excesivamente indulgentes... Por lo demás, nosotros somos siempre libres de imponernos á nosotros mismos algunos sacrificios, que puedan compensar esta indulgencia...

Vuelvo á las condiciones de la satisfacción. Esta ha de ser pronta y por ningún concepto diferida... Leed en el Evangelio la conversión del publicano Zaccheo... No dijo : « Dentro de ocho, dentro de quince días haré limosnas á los pobres, repararé mis injusticias restituyendo lo que al prójimo le he quitado... » ; Nó, es inmediatamente, en aquel mismo instante, lo más pronto posible !... « Señor, dice, doy la mitad de mis bienes al pobre; si á alguno le he causado perjuicios, quiero devolverle inmediatamente cuatro veces más. » Y nuestro buen Salvador, conmovido por aquellas admirables disposiciones, añadió : *Hoy mismo ha entrado la salvación en esta casa...* ¿Qué pensamos de esto nosotros que, no solamente no hacemos obra alguna satisfactoria por nosotros mismos, sino que hasta diferimos el cumplimiento de la penitencia que nos ha sido impuesta, que tal vez olvidamos por completo?... ¡ Ah ! hermanos míos muy amados, mucho me temo que la justicia de Dios, apesar de todas nuestras confesiones, no nos imponga á su vez una penitencia terrible, que tendrá que cumplirse en el infierno... y esto durante la eternidad !... Pensad en ello, os lo ruego...

He añadido que la satisfacción había de ser proporcionada á la magnitud de nuestras faltas... No hay necesidad, hermanos míos, de volver á hacer aquí la explicación que os daba más arriba, para explicar la indulgencia de nuestros confesores y las ligeras penitencias que con frecuencia nos imponen para faltas graves... ¡ Ah, sí !... ¡ Si tuviésemos la contrición perfecta, aquellas penitencias serían suficientes !... Cierta dia, un hombre culpable de grandes pecados fué á confesarse á san Vicente Ferrer y recibió por penitencia un ejercicio

de piedad que tenía que cumplir durante siete años... « ¡ Padre, exclamó, es demasiado poco !... » El santo, admirando su extraordinaria contrición, fué disminuyendo la penitencia; y hasta, viendo el dolor sobrenatural de que aquel pobre pecador estaba penetrado, acabó por reducir aquella penitencia á un *Padre nuestro* y un *Ave Maria*... El resultado mostró que el Santo no se había equivocado; pues aquel pecador expiró de dolor á sus piés, y Vicente vió su alma, purificada por la contrición, volar al cielo en compañía de los santos *ángeles* (1)...

¡ Sí, si tal fuese nuestra contrición, no tendríamos necesidad de averiguar si nuestra satisfacción es proporcionada á la magnitud de nuestras ofensas!.. Pero, hermanos míos muy amados, ¿ nos hallamos en este caso?... ¿ Tenemos este vivo dolor de nuestras faltas?...

PERORACIÓN. — Termino con una historia, sacada de la vida de los santos, y que vendrá á confirmar lo que os he dicho en esta instrucción... Guillermo, duque de Aquitania, se había hecho culpable de grandes crímenes... Había abrazado el cisma, perseguido á los obispos y cometido muchas otras maldades... Convertido por san Bernardo, se concentró en sí mismo... Deseando hacer penitencia de todas sus faltas, se dirige á un santo hermitaño, quien le impone la penitencia que voy á deciros, y le habla en estos términos... « Ya sabéis los crímenes que habeis cometido, la sangre que habeis derramado y las abominaciones en que os habeis sumerjido... ¿ Cuántos robos y asesinatos se han hecho en vuestro nombre?... Dios es misericordioso, sin duda alguna, tiende los brazos á los que vuelven á él; pero la penitencia debe ser proporcionada á la magnitud y á la multitud de las ofensas... ¿ No es mucho ya por parte de Dios, que quiera acoger bien al pecador y que le quiera dar su gracia?... No os admireis pues, si os impongo una penitencia severa... » En efecto, tan rigurosa era aquella penitencia, que un alma menos enérgica jamás la habría aceptado... El duque admitió esta penitencia, se sometió fielmente á ella, mereció ser perdonado y llegó á ser un gran santo: es san Guillermo, duque de Aquitania(2).

(1) *Vida de san Vicente Ferrer.*

(2) *Su vida, Rivadeinera, 10 febrero.*

Carísimos hermanos, entremos en estos sentimientos y propongámonos hacer una penitencia formal de todas nuestras faltas... Mi intención, al daros todas estas explicaciones sobre el sacramento de la Penitencia, ha sido la de instruiros, no la de desanimaros... He querido deciros que, si bien era grande la misericordia de Dios, pedía sin embargo de nosotros ciertas disposiciones para olvidar nuestras faltas y devolvernos la gracia que hemos perdido... Oremos con fervor, para que Dios nos conceda estas disposiciones necesarias; pidámoselas por la intercesión de la Santísima Virgen, de nuestro Angel custodio, de nuestros santos patronos... Y vos, Salvador Jesús, nó, no sereis sordo á nuestras súplicas... Dignaos suplir vos mismo, durante estos santos días, á nuestra miseria, y concedernos todas las gracias de que tenemos necesidad...; Haced, oh divino Redentor de nuestras almas, que á lo menos este año nuestra conversión sea sincera, firme y perseverante, y que seamos causa de que haya una gran alegría en el cielo!... ¡ Así sea!

DOMINGO DE RAMOS.

(EN LA ORACIÓN DE LA NOCHE)

SOBRE LA COMUNION PASCUAL.

Excusas que se alegan para dispensarse de la comunión pascual: razones que nos obligan á cumplir este deber.

TEXTO. — *Et cœperunt omnes simul excusare...* Y todos, como á porfía, empezaron á buscar excusas...

(LUCAS, XIV, 18)

EXORDIO. — El domingo pasado, hermanos míos, os leíamos un decreto de la Iglesia que encierra estos dos mandamientos: *Confesarás todos tus pecados á lo menos una vez al año: Recibirás humildemen-*

de piedad que tenía que cumplir durante siete años... « ¡ Padre, exclamó, es demasiado poco !... » El santo, admirando su extraordinaria contrición, fué disminuyendo la penitencia; y hasta, viendo el dolor sobrenatural de que aquel pobre pecador estaba penetrado, acabó por reducir aquella penitencia á un *Padre nuestro* y un *Ave Maria*... El resultado mostró que el Santo no se había equivocado; pues aquel pecador expiró de dolor á sus piés, y Vicente vió su alma, purificada por la contrición, volar al cielo en compañía de los santos *ángeles* (1)...

¡ Sí, si tal fuese nuestra contrición, no tendríamos necesidad de averiguar si nuestra satisfacción es proporcionada á la magnitud de nuestras ofensas!.. Pero, hermanos míos muy amados, ¿ nos hallamos en este caso?... ¿ Tenemos este vivo dolor de nuestras faltas?...

PERORACIÓN. — Termino con una historia, sacada de la vida de los santos, y que vendrá á confirmar lo que os he dicho en esta instrucción... Guillermo, duque de Aquitania, se había hecho culpable de grandes crímenes... Había abrazado el cisma, perseguido á los obispos y cometido muchas otras maldades... Convertido por san Bernardo, se concentró en sí mismo... Deseando hacer penitencia de todas sus faltas, se dirige á un santo hermitaño, quien le impone la penitencia que voy á deciros, y le habla en estos términos... « Ya sabeis los crímenes que habeis cometido, la sangre que habeis derramado y las abominaciones en que os habeis sumerjido... ¿ Cuántos robos y asesinatos se han hecho en vuestro nombre?... Dios es misericordioso, sin duda alguna, tiende los brazos á los que vuelven á él; pero la penitencia debe ser proporcionada á la magnitud y á la multitud de las ofensas... ¿ No es mucho ya por parte de Dios, que quiera acojer bien al pecador y que le quiera dar su gracia?... No os admireis pues, si os impongo una penitencia severa... » En efecto, tan rigurosa era aquella penitencia, que un alma menos enérgica jamás la habría aceptado... El duque admitió esta penitencia, se sometió fielmente á ella, mereció ser perdonado y llegó á ser un gran santo: es san Guillermo, duque de Aquitania(2).

(1) *Vida de san Vicente Ferrer.*

(2) *Su vida, Rivadeinera, 10 febrero.*

Carísimos hermanos, entremos en estos sentimientos y propongámonos hacer una penitencia formal de todas nuestras faltas... Mi intención, al daros todas estas explicaciones sobre el sacramento de la Penitencia, ha sido la de instruiros, no la de desanimaros... He querido deciros que, si bien era grande la misericordia de Dios, pedía sin embargo de nosotros ciertas disposiciones para olvidar nuestras faltas y devolvernos la gracia que hemos perdido... Oremos con fervor, para que Dios nos conceda estas disposiciones necesarias; pidámoselas por la intercesión de la Santísima Virgen, de nuestro Angel custodio, de nuestros santos patronos... Y vos, Salvador Jesús, nó, no sereis sordo á nuestras súplicas... Dignaos suplir vos mismo, durante estos santos días, á nuestra miseria, y concedernos todas las gracias de que tenemos necesidad...; Haced, oh divino Redentor de nuestras almas, que á lo menos este año nuestra conversión sea sincera, firme y perseverante, y que seamos causa de que haya una gran alegría en el cielo!... ¡ Así sea!

DOMINGO DE RAMOS.

(EN LA ORACIÓN DE LA NOCHE)

SOBRE LA COMUNION PASCUAL.

Excusas que se alegan para dispensarse de la comunión pascual: razones que nos obligan á cumplir este deber.

TEXTO. — *Et cœperunt omnes simul excusare...* Y todos, como á porfía, empezaron á buscar excusas...

(LUCAS, XIV, 18)

EXORDIO. — El domingo pasado, hermanos míos, os leíamos un decreto de la Iglesia que encierra estos dos mandamientos: *Confesarás todos tus pecados á lo menos una vez al año: Recibirás humildemen-*

te á tu Criador cuando menos por Pascua... Hemos dicho algunas palabras sobre el primero de estos dos preceptos... Hoy vamos á hablar del segundo... Pero, fijáos bien en que los mandamientos de la Iglesia son simplemente una explicación de lo que el mismo Jesucristo ordena en su Evangelio... Para no hablar más que de la sagrada comunión, ved ahí sus palabras : « En verdad, en verdad os digo; que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros (1). » Meditad bien estas palabras... Ellas significan que, si descuidáis recibir á Nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Eucaristía, vuestras almas no pueden hallarse en estado de gracia y estan muertas en su presencia... ¡Más de una vez, carísimos hermanos, corazones generosos nacidos para el bien se hacen esclavos de viles pasiones!... ¿Sabéis porqué? ¡Porque se han alejado de la santa mesa!... Todos vosotros que me escucháis, examinad bien vuestra conciencia. Veamos ¿no observáis ciertos desfallecimientos vergonzosos? Que éstos tengan su origen en la avaricia, en el orgullo, en el odio ó en cualquier otra pasión, no estais obligados á decirlo públicamente... Pero hay una cosa en que todos hemos de convenir ante nuestra conciencia y es que, si nuestras almas son débiles cuando se trata del bien, si nuestro corazón está seco, si está embotada nuestra fé, hay una razón, y esta razón es la siguiente : Hemos descuidado la sagrada comunión, este pan celestial tan necesario á nuestra alma (2), y ya no hay la vida en nosotros...

Proposición y división. — Todos vosotros sabéis, hermanos míos, que para recibir la sagrada Eucaristía, es menester estar en gracia de Dios; inútil es insistir sobre este punto; quiero únicamente, en esta instrucción, dirigirme más especialmente á aquellos de vosotros que no comulgan. Examinemos, *en primer lugar*, las excusas que invocan para dispensarse de la comunión pascual; *en segundo lugar*, examinaremos las razones que les obligan á cumplir este deber.

Primera parte. — Cierta dia Nuestro Señor Jesucristo refería esta parábola : « Un hombre, decía, había preparado un espléndido festin, al

(1) Juan, VI, 54.

(2) *Percussus sum ut fanum, et aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum* (Salm. CI. 5.)

cual muchos estaban invitados. Cuando estuvo dispuesta la comida, envió su criado á que dijera á los invitados que se les aguardaba, que estaba dispuesto todo... Trataron todos á porfía (1) de excusarse. Dijo el uno : He comprado una casa de campo, y conviene que vaya á visitarla; hacedme el favor de excusarme... Contestó el segundo : Tengo yuntas nuevas de bueyes, y quisiera ver como trabajan : servíos dispensarme... Respondió un tercero : Acabo de casarme; ¿cómo quereis que deje á mi esposa!...

Hermanos míos muy amados, Nuestro Señor Jesucristo ha querido señalar, en esta parábola, las vanas y frívolas excusas que se invocan para dispensarse de tomar parte en este festin real, que preparó para nuestras almas en la sagrada Eucaristía... La indiferencia, la avaricia, el apego á una pasión cualquiera, tal es el resumen de todos los pretextos que se alegan para no cumplir estos deberes de cristiano...

Detengo á este hombre honrado, á aquella mujer irreprehensible según el mundo, y les digo : Queridos amigos, ¿porqué no cumplís con el precepto pascual? Vosotros asistís con regularidad á los divinos oficios, vosotros educáis honradamente á vuestros hijos, vosotros gozáis de una buena reputación; hasta tal vez, en vuestro interior, habeis conservado la buena y santa costumbre de rezar por la mañana y por la noche. Una sola cosa os falta para ser buenos cristianos y es, que no quereis asistir á este festin eucarístico á que Jesucristo os invita... Yo, que soy su servidor, vengo á deciros que os aguarda, que todo está dispuesto para recibirlos; venid pues, está puesto el cubierto... ¡Ay! se me contesta, yo bien quisiera, pero ya sabe V. que no es costumbre; si todo el mundo cumpliera con sus deberes religiosos, yo haría como los demás... Yo no soy contrario á la religión; los hay que la practican y que no valen lo que yo, etc., etc., etc.

Carísimos hermanos, este hombre, aquella mujer han comprado una casa de campo. Quiero decir que se han formado una religión á su medida y según sus caprichos... ¡No, oh Dios de la Eucaristía, á esos no les vereis en vuestro divino banquete!... Esa honradez humana, de la cual se enorgullecen y en la cual se complacen, les hace desdeñar

(1) Cornelio a Lapide. V. la nota, en la edic. Vivès t. XVI, p. 198.

vuestra invitación... ¡Pues bien! pasad, honradas gentes que no tenéis el valor de ser buenos cristianos; muchos que se os parecieron pueblan el infierno!...

Pero mirad, hermanos míos, á ese otro convidado que rehusa asistir al festín porque tiene que probar unos bueyes que ha comprado... ¡Cuán triste excusa! Pues, aunque os parezca increíble, es la de muchos cristianos... No se está bastante tranquilo, se tiene demasiado trabajo; en ciertas estaciones del año, hay que faltar á la santa Misa, hay que trabajar el domingo... ¡Pobre servidor! en vano les invitas al banquete de tu dueño; nó, no pueden tomar parte en él: tienen unos bueyes que probar, es preciso que vayan á través de los campos, de las viñas ó de los bosques á ganar algunos céntimos... y á perder sus almas!... ¡Oh Jesús! verdad es que sois misericordioso; pero ¿podeis serlo bastante para contentaros con una excusa semejante?

He añadido finalmente que había un tercer pretexto, una pasión cualquiera á la cual tenía apego nuestro corazón. *Uxorem duxi*: me he casado... Vosotros que, algunos años atrás, cumplíais vuestros deberes religiosos, decidnos, ¿porqué habeis dejado de cumplirlos?... Es hoy Dios menos bueno que antes?... ¿No reside ya Jesucristo en el adorable sacramento?... ¿Ha cesado esa obligación rigurosa, que todos los cristianos tienen, de tomar parte, á lo menos una vez al año, en este sagrado banquete? — Nosotras entonces éramos solteras, me responden algunas mujeres; pero ahora estamos casadas... — ¡Ah! estais casadas; ¿será sin duda que con los esposos á quienes os habeis unido contrajisteis el compromiso de condenar vuestra alma? ¡Verdaderamente esto sería muy triste!... Pero nó, hermanos míos, con esta palabra entendemos una pasión cualquiera... Habeis causado un mal á vuestro prójimo y no quereis restituir... Conservais ódio contra ciertas personas, y no quereis dejar de odiarlas... Tal vez os habeis enredado en peligrosos lazos, y os cuesta demasiado el romperlos... Ved ahí porque, cuando Jesucristo os invita á venir, como entonces, á tomar parte en el festín eucarístico, decís: No puedo, estoy comprometido en otra parte. *Uxorem duxi*.

¡Cuán frívolas razones, amados hermanos míos!... También vuestro divino Salvador terminaba esta parábola con estas palabras: « En verdad os digo que ninguno de los que alegan estas vanas excusas parti-

cipará de mi festín. » Y esta vez habla del paraíso, hace alusión á la felicidad del cielo...

Segunda parte. — Examinemos ahora, hermanos míos, los motivos, las razones que nos obligan á cumplir con el deber pascual, á comulgar durante estos santos días. No os hablaré del precepto de la Iglesia. La Iglesia no obstante es nuestra madre, tiene derecho á nuestra obediencia, y pecamos gravemente cuando no queremos someternos á sus leyes... No insistiré tampoco en las tiernas invitaciones de nuestro adorable Salvador. No olvidemos, empero, hermanos míos, esta advertencia: « En verdad os digo que si no comeis mi carne ni bebeis mi sangre, no tendreis en vosotros la vida... » Graves son estos motivos y deberían bastarnos por sí solos, si tuviésemos una fé viva y ardiente.

Vosotros quereis salvar vuestras almas, ¿no es verdad?... De seguro que ninguno de vosotros se atrevería á decir: Quiero ser un réprobo; quiero que sea el infierno mi morada por toda una eternidad.... — Pues, para salvarse se necesitan dos cosas: evitar el mal y hacer el bien.... Sin la comunión es imposible, hermanos míos, preservarse del mal y practicar el bien tal como nos lo ordena Dios...

Sin la comunión no somos bastante fuertes para resistir las tentaciones, para huir de tantas ocasiones peligrosas, para mantenernos fieles á Dios á despecho de todos los obstáculos. Los santos mismos confiesan que sin este divino alimento, que formaba el sustento de sus almas, habrían sido débiles. ¿Creéis que los mártires habrían mostrado en medio de los suplicios aquella invencible fuerza que admiramos, si no les hubiese sostenido la sagrada Eucaristía? Nó, os responderá san Cipriano (1), nó; no podría sufrir el martirio aquel que no ha recibido el cuerpo y la sangre del Salvador, como una arma invencible para el combate; el alma que la santa Eucaristía sostiene é inflama, cae desfallecida, cuando se ve privada de este divino socorro. Escuchad una historia... Ese jóven que avanza por el centro de Roma, es san Tarsilio; lleva el pan de los fuertes, el Dios de la Eucaristía á los prisioneros cristianos que mañana van á expirar entre las garras de las fieras: el Soberrano Pontífice le envía á los futuros mártires para que sostenga su áni-

(1) Carta al papa san Cornelio.

mo. Su aire modesto y recojido le da á conocer á los infieles. Atácanle éstos con furor; pero Tarsilio sucumbe á sus golpes, antes que entregar en manos profanas el sagado depósito que le está confiado... ¡Prisioneros de Jesucristo! ¿os vereis pues privados de aquel divino auxilio que esperabais para sosteneros en la lucha suprema?... Nó, hermanos míos, otro tendrá la abnegación de llevarles la sagrada Eucaristía; y si éste no puede llegar hasta su calabozo, aquel de entre ellos que es sacerdote, se tenderá sobre las losas de la cárcel, consagrará las sagradas formas sobre su pecho como sobre un altar!.. Después distribuirá á sus compañeros aquel pan de los fuertes... Al día siguiente, el populacho infiel, al ver con qué valor los cristianos afrontarán á las fieras que serán lanzadas contra ellos, exclamará: «¿Qué hombres son los cristianos!» Sí, aquellos mártires serán fuertes, porque el Dios de la Eucaristía los habrá sostenido....

Y á nosotros el menor obstáculo con que tropezamos, la más pequeña ocasión nos hace caer... No necesita ser fuerte la tentación para hacernos sucumbir. ¿Porqué? Porque no comulgamos.

Por la misma razón también, hermanos míos muy amados, tenemos dificultad en obrar bien, y nos pesa el más pequeño deber. Un santo decía: «Si hay alguno de vosotros que haya triunfado de la ira, de la envidia, de la impureza ó de cualquier otra pasión, demuestre su reconocimiento, agradezca al Dios de la Eucaristía; porque lo debe á este augusto sacramento (1). De este banquete sagrado, añadía, se sale animado con un ardor invencible para el bien.»

Vosotros habeis visto, y á veces en una estación rigurosa, á humildes jóvenes llamadas *Hermanitas de los Pobres*, mendigar á vuestras puertas para los enfermos ancianos á quienes cuidan y alimentan... Vosotros no habeis podido explicaros su abnegación y desinterés, ni porqué se exponen á los desaires, á las ofensas tal vez de aquellos que no comprenden la caridad cristiana... ¡Pues bien! ¿no teneis aún una idea exacta de esta abnegación?... Id á visitar sus casas. ¿Qué vereis?... La una le quita la miseria que cubre á ese pobre á quien acaban de traer; la otra prepara con filial cuidado la cama que ha de recibirlo. Mirad esas

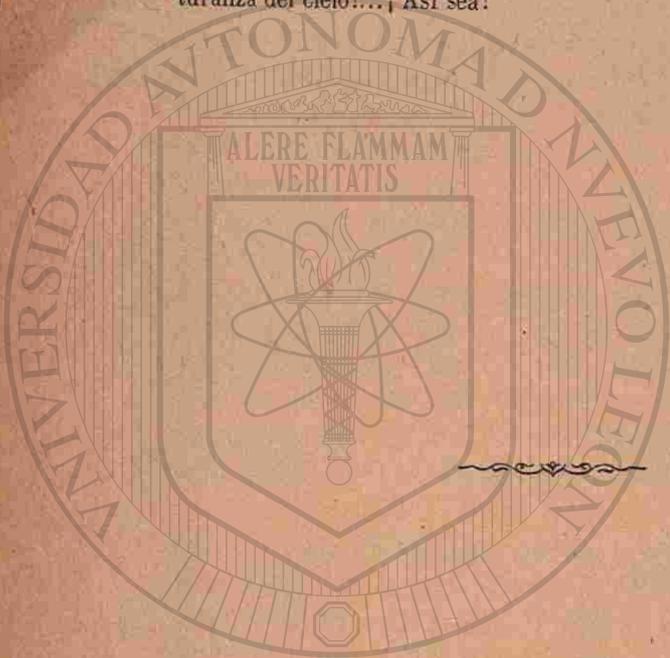
(1) San J. Crisóstomo, hom. XLI. in Joann.

repugnantes úlceras, esas desagradables llagas, que con harta frecuencia acompañan á la vejez; ¡decidme si la jóven más llena de abnegación podría dispensar sin repugnancia semejantes cuidados á sus propios padres!... Con bastante frecuencia, en vez de demostraciones de gratitud, lo que estas buenas hermanas reciben son reproches é injurias. ¿Qué es pues lo que las sostiene en esta ingrata tarea?... ¿Cuál es el principio, la base de esta abnegación que nos sorprende?... ¡Ah! en el pobre asilo que les sirve de morada se encuentra una capillita, en esta humilde capilla hay un tabernáculo... ¡Dulce Jesús! vos estais allí; ellas van amenudo á recibirlos, y solo vos, oh Dios de la Eucaristía, les inspirais esta abnegación...

Carísimos hermanos, ¿quereis que el bien se os haga fácil, que sean menos penosos vuestros deberes? Cumplid este precepto de la Iglesia: *Recibirás humildemente á tu Criador por Pascua á lo menos.* Acercáos con más frecuencia al Dios de la Eucaristía, y tened la seguridad de que las tentaciones os atacarán con menor intensidad; de que encontraréis las pruebas de la vida menos amargas, y la práctica del bien menos difícil.

PERORACIÓN. — Nuestro Señor Jesús, en el decurso de su vida mortal, decía á los que eran débiles, que estaban afligidos, que sucumbían en algún modo al peso de las pruebas: «Venid á mí todos, yo os consolaré; yo os fortaleceré.» Desde el fondo de este augusto tabernáculo, nos dirige á todos esta misma invitación: «Pobres pecadores, nos dice, vosotros teneis necesidad de perdón: venid y os perdonaré todas vuestras culpas: almas débiles, acosadas por las pasiones ó quebrantadas por las pruebas, venid, yo seré vuestra fuerza, vuestro consuelo... Vosotros todos, cristianos, que quereis libraros del infierno y alcanzar el cielo, yo soy el camino, la verdad y la vida; venid, yo os conduciré, yo seré vuestro apoyo. ¡Oh! amigos míos, por quienes derramé mi sangre, venid, venid todos: mi corazón os llama, mi amor os aguarda...» ¡Ah! hermanos míos muy amados, os lo suplico! que Dios no nos aguarde en vano; los misterios que nos van á ser recordados durante esta semana, con tanta razón llamada *Semana Santa*, nos hablarán con bastante elocuencia de su misericordia y de su amor... ¡Dulce Salvador de nuestras almas! todos nosotros queremos responder á vuestro

llamamiento; todos nosotros queremos unirnos á vos por medio de la comunión. ¡ Ojalá que esta santa unión sea constante, haga nuestra felicidad en este suelo y sea nuestra recompensa en la eterna bienaventuranza del cielo!... ¡ Así sea!



INSTRUCCIONES POPULARES

PARA

UNA SEGUNDA CUARESMA. (1)

INSTRUCCION PRIMERA.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (En el ejercicio de la noche.)

¿ Qué es el hombre ?

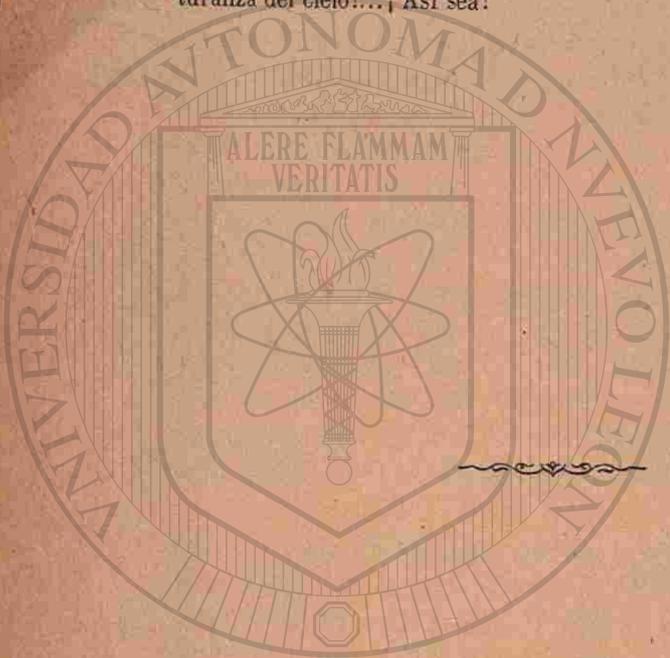
TEXTO. — *Et creavit Deus hominem ad imaginem suam...* Y Dios creó el hombre á su imagen...

(GÉN., 1, 27)

EXORDIO. — Hermanos míos, entramos en el santo tiempo de Cuaresma, tiempo de duelo y penitencia, durante el cual la Iglesia nos invita á sentir nuestras faltas, á llorar nuestros pecados, á pedir perdón de ellos á Dios; pero tiempo también de gracia, días de salud, durante los cuales Jesucristo saldrá más amenudo de su santo tabernáculo para bendecirnos, y durante los cuales correrán también con más abundancia las aguas de su dulce misericordia, para limpiar y purificar nues-

(1) Para formar un Curso seguido, las *Instrucciones siguientes* tienen que unirse á las Homilias que hemos publicado sobre los Evangelios de Cuaresma, en el tomo que contiene las *Homilias populares*. Esto se comprenderá fácilmente si se considera que la homilia sobre el Evangelio del IV domingo de Cuaresma trata de la Confesión; que la del Domingo de Pasión demuestra la obligación de convertirse lo más pronto posible, y que por último la homilia sobre el Evangelio del Domingo de Ramos habla de la Comunión pascual. Estas tres homilias son por consiguiente indispensables para que el plan indicado en estas pequeñas *Instrucciones* sea tratado de una manera completa.

llamamiento; todos nosotros queremos unirnos á vos por medio de la comunión. ¡ Ojalá que esta santa unión sea constante, haga nuestra felicidad en este suelo y sea nuestra recompensa en la eterna bienaventuranza del cielo!...; Así sea!



INSTRUCCIONES POPULARES

PARA

UNA SEGUNDA CUARESMA. (1)

INSTRUCCION PRIMERA.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (En el ejercicio de la noche.)

¿ Qué es el hombre ?

TEXTO. — *Et creavit Deus hominem ad imaginem suam...* Y Dios creó el hombre á su imagen...

(GÉN., 1, 27)

EXORDIO. — Hermanos míos, entramos en el santo tiempo de Cuaresma, tiempo de duelo y penitencia, durante el cual la Iglesia nos invita á sentir nuestras faltas, á llorar nuestros pecados, á pedir perdón de ellos á Dios; pero tiempo también de gracia, días de salud, durante los cuales Jesucristo saldrá más amenudo de su santo tabernáculo para bendecirnos, y durante los cuales correrán también con más abundancia las aguas de su dulce misericordia, para limpiar y purificar nues-

(1) Para formar un Curso seguido, las *Instrucciones siguientes* tienen que unirse á las Homilias que hemos publicado sobre los Evangelios de Cuaresma, en el tomo que contiene las *Homilias populares*. Esto se comprenderá fácilmente si se considera que la homilia sobre el Evangelio del IV domingo de Cuaresma trata de la Confesión; que la del Domingo de Pasión demuestra la obligación de convertirse lo más pronto posible, y que por último la homilia sobre el Evangelio del Domingo de Ramos habla de la Comunión pascual. Estas tres homilias son por consiguiente indispensables para que el plan indicado en estas pequeñas *Instrucciones* sea tratado de una manera completa.

tras almas. También nosotros, hermanos muy amados, nos reuniremos más amenudo durante este tiempo en este sagrado recinto; también vosotros oiréis más amenudo la palabra de Dios. ¡Oh! en nombre de vuestra salvación eterna os conjuro á ello; venid á escuchar con asiduidad esta divina palabra, venid á recibir tan amenudo como podáis la bendición de Jesús!... Yo haré todo lo posible para que vuestras instrucciones sean breves é interesantes; yo meditaré las verdades que debo anunciaros; yo trabajaré, y, sobre todo en el santo sacrificio de la misa, regaré por todos vosotros... Pero vosotros, hermanos míos muy amados, por vuestra parte, sereis más fieles en el rezo de vuestras oraciones, más asiduos en la asistencia á los divinos oficios y á las instrucciones. Vosotros pedireis á Dios, á la muy augusta Virgen María, á vuestro Angel custodio, la gracia de aprovecharos de ellas, y fuerza para romper los lazos que os retienen alejados de Dios. Y así, con vuestra docilidad, hareis más fácil la tarea de vuestro pastor; hareis que sea menos terrible la cuenta que él mismo tendrá que dar de vuestras almas en el tribunal del Soberano Juez; le hareis más suave el peso del ministerio pastoral, tan pesado algunas veces, que, sin la gracia de Dios, uno se desanimaría y no se vería con ánimo de llevarlo. ¡Cuán dichoso sería, si, por la Pascua, viese que el número de los que acudirán á comulgar se ha aumentado con algunos hombres animosos, con algunas almas cristianas!... ¡Cuán ámpliamente recompensado de mis penas me encontraría!...

Proposición. — Me propongo, durante esta Cuaresma, hablaros del hombre, de su destino inmortal, de los obstáculos que se encuentran en el camino que debe conducirnos al cielo, de los medios que nuestra santa religión y el inefable amor de nuestro bondadoso Salvador ponen á nuestra disposición para vencerlos.... Esta noche vamos á contestar á esta sencilla pregunta: ¿Qué es el hombre?...

División. — Lo consideraremos, *en primer lugar*, en su cuerpo, y *en segundo lugar*, en su alma.

Primera parte. — ¿Qué es el hombre en su cuerpo?.. Si detenemos nuestras miradas únicamente en el cuerpo del hombre, éste nos parece semejante, en cierto modo, á los animales que vemos pasciendo la yerba de los campos. Tiene necesidad, como ellos, de tomar alimento

para sostener su vida, para conservar su existencia; como ellos nace, vive algunos días más ó menos, despues extinguese la vida en sus venas, como se extingue el agua en un manantial que se agota; muere, y su cuerpo se vuelve á convertir en polvo... ¿Qué digo?.. Por su cuerpo, el hombre hasta es inferior á los animales irracionales, pues tiene necesidades que no tienen ellos, y está sujeto á enfermedades que ellos ignoran. Demasiado débil para soportar el rigor de las estaciones, se ve precisado á proporcionarse la lana de las ovejas, el lino y el algodón de las plantas, que necesita para preservarse del frio... Mientras que los animales vagan en libertad por el llano, él necesita un abrigo, un hogar donde chisporrotee el fuego para suplir el calor que le falta.

¡Cuán débil y miserable nace!.. La infancia de los demás animales es corta; por algunos días, á lo más por algunos meses tienen necesidad de su madre; despues ágiles ya se bastan á sí mismos. Mas el hombre; ah! cuántos cuidados cuesta á la que le ha llevado en su seno!.. ¡Cuán frágiles y débiles somos al entrar en la vida!.. ¡Cuánta solicitud, cuántas noches de insomnio hemos costado á nuestras madres!.. Ocho días despues de haber nacido, el pájaro deja su nido y emprende su vuelo por los aires al lado de su madre; y vosotros, mis muy amados hermanos, necesitais doce ó quince años para que vuestros hijos trabajen á vuestro lado y puedan bastarse á sí mismos. Por último, hasta cuando el hombre ha adquirido toda su fuerza, ¿no es todavía inferior á muchos irracionales?.. El león es más fuerte, el caballo más vigoroso, el pájaro más ligero; todos estan exentos de esas fiebres, de esas enfermedades que, bajo mil diversos nombres, torturan á la pobre humanidad.

¡Ve! ahí pues, hermanos míos muy amados, ved ahí, no considerando más que su cuerpo, lo que sería el hombre, lo que seríamos nosotros todos; unos animales más miserables, más necesitados que los otros, inferiores al buey que paca en la pradera, inferiores al pájaro que hiende los aires y coje cantando el grano que cayó de vuestras espigas... Oh! carísimos hermanos, ¡cuán ignorantes, cuán ciegos y estúpidos ¡son aquellos que nos dicen que el hombre no tiene alma, que cuando el cuerpo muere, todo muere! Ya veis en cuán triste categoría nos

colocan y cuán miserable sitio nos señalan en el orden de la creación... No es este el momento de discutir con ellos. Por lo demás, los que, aquí ó en otro sitio, expusieran semejantes simplezas, son bastante conocidos, y el desprecio con que se les mira venga suficientemente la fé de que blasfeman y la razón á la cual ultrajan...

Segunda parte. — Veamos ahora qué es el hombre si consideramos su alma. «*Hagamos el hombre á imagen nuestra*, dijo el Criador antes de formar á Adán (1). » Y ya sabeis, hermanos míos, que esta imagen de Dios no es en el cuerpo donde se tiene que buscar, pues Dios es un espíritu puro y no tiene cuerpo. En nuestra alma, pues, es donde la encontramos, y esta semejanza con Dios es la que constituye nuestra nobleza, la que nos coloca más altos que los irracionales, es la que establece entre nosotros y ellos una distancia incalculable... Sér inteligente, el hombre comprende, juzga y ratiocina; la palabra, la memoria, la inteligencia, la voluntad, la libertad, ved ahí lo que nos acerca á Dios. ¿Qué importan esas cualidades puramente materiales que distinguen á los animales?.. ¿De qué le sirve á la oveja el llevar un caliente vellón?.. Necesita del hombre para estar al amparo de los dientes del lobo. ¿De qué le sirve al caballo el ser más fuerte, más vigoroso, más ágil?.. De esta fuerza, de esta agilidad se aprovecha el hombre; ha sabido doblegar á este fiero animal bajo el yugo, sujetarlo al arnés, engancharlo á su carreta... El hombre, por su inteligencia es su amo, su rey; y no solamente es el amo de los irracionales, sinó que además reina como soberano sobre la naturaleza entera; él quita á las selvas sus seculares encinas; la piel de los animales le proporciona calientes vestidos y su carne le alimenta; él arranca á las montañas el hierro y los demás metales que ocultan sus entrañas; él inventa los más ingeniosos mecanismos; él domina y aprisiona el vapor, y, dócil éste á su voluntad, descansa sucesivamente sus brazos en las fábricas, y le sirve para franquear las distancias con la rapidez del viento.

¡Oh hombre, con cuánta nobleza te ha tratado Dios al darte un alma inteligente!.. ¡Cuán magnífico es, hermanos míos, nuestro lugar en la creación!.. Mientras que los irracionales gozan de los beneficios

(1) Gén., I, 26.

de Dios sin comprenderlos, mientras que, sujetos á sus groseros instintos, no conociendo otras leyes, inclinan sus frentes hácia el suelo, las nuestras se levantan hácia el cielo... Hermanos de los ángeles que viven allá arriba en una gloria inaccesible, nosotros como ellos podemos, debemos como ellos bendecir al Criador, amarle, servirle, honrarle en su poder y, sometiéndonos á sus mandatos, glorificar sus divinas perfecciones, ofreciéndole fielmente los homenajes y la adoración de un corazón humilde y sumiso...

Cada sér, en este suelo, alaba á Dios á su manera. El sol, las estrellas, siguiendo la ruta que él les señaló, refieren su gloria. Los vientos, las tempestades, el rayo, que á veces envía él para aterrar á los culpables, le bendicen y dan testimonio de su poder. Las aves del cielo, los peces que pueblan los ríos, los animales que se arrastran ó corren por la tierra, le bendicen á su modo, siguiendo las leyes que él les trazó. Mas al hombre es á quien principalmente corresponde, amados hermanos míos, hacer subir hácia el trono de Dios cánticos de reconocimiento y de amor, homenajes llenos de amor y de respeto... Único sér inteligente, único racional, no solamente es el rey de la creación, sinó que es su sacerdote. ¿Qué es un sacerdote?.. ¿Qué somos nosotros en medio de vosotros, cuál es nuestro ministerio, cuáles son nuestros deberes y funciones?.. Un sacerdote es un hombre á quien Dios ha escogido para sí, á quien, por medio de un sacramento augusto, el sacramento del Orden, ha consagrado á su servicio de un modo especial. El sacerdote ha de orar por vosotros, ha de dar gracias á Dios por vosotros, ha de pedirle perdón de vuestras culpas... Ofreciendo cada día el sacrificio eucarístico, es en el sagrado altar el mediador entre Dios y vosotros, el intérprete de vuestros sentimientos y de vuestras necesidades.

Así vosotros, hermanos muy amados, sois, con respecto á otras criaturas, sacerdotes, criaturas privilegiadas entre todas; consagrados á Dios por vuestra razón y por vuestra inteligencia, marcados con su divino sello, formados á su semejanza, debeis ofrecer á Dios los homenajes, las adoraciones que le debe la naturaleza entera. Vosotros debeis, en nombre de todos, agradecer su inagotable bondad, que prepara á cada sér el alimento que le conviene. Cada mañana y cada noche, ar-

rodillados en vuestra morada, en medio de vuestros hijos, debeis dirigir á Dios esta preciosa plegaria, que resume todas las adoraciones y todas las necesidades : « Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad. »

PERORACIÓN. — Ved ahí pues, hermanos míos, lo que es el hombre. Por su cuerpo, semejante á los irracionales, y hasta inferior á muchos de ellos ; pero por su alma inteligente, hermano de los Angeles, hijo querido de Dios, rey y sacerdote de toda la creación. Y mientras que para los demás animales todo acaba con la muerte, este soplo de la divinidad, esta viva imagen del Todo Poderoso, que llevamos dentro de nosotros, no muere. Ella va, como un servidor al fin de su jornada, á dar cuenta á Dios del tiempo que la ha confiado, del uso que ha hecho de sus gracias y de los méritos del Salvador Jesús... Si ha sido fiel, obtendrá una recompensa, una dicha inmensa en compañía de Dios y de sus ángeles. Si por el contrario ha tenido la desgracia de ser infiel y de no haber reparado sus infidelidades por medio de una verdadera penitencia, ¡oh! entonces los abismos del infierno se abren para recibirle... Sepultada para siempre con los demonios en aquellas tenebrosas prisiones, sufre allí tormentos cuya sola idea hace espeluznar de horror... Durante este s^{nto} tiempo de Cuaresma os explicaremos, carísimos hermanos, estas verdades; ya sabeis que nuestro deseo más ardiente es el de veros acudir á la misericordia de Dios y salvar vuestras almas. Nuestro deseo más ardiente es el de que este viaje de la vida de que os hablaremos, tenga para vosotros un término feliz; de que al fin de vuestra peregrinación por este mundo se abra para vosotros esa eterna bienaventuranza para la cual os ha criado Dios y que Jesucristo, nuestro dulce Salvador, os compró á costa de toda su sangre... ¡Así sea!

INSTRUCCION SEGUNDA.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA (en la oración de la noche).

¿ De dónde venimos?... ¿ A dónde vamos ?

TEXTO. *Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus*: No tenemos aquí una morada permanente, sino que caminamos hácia aquella donde debemos habitar.

(SAN PABLO; EPISTOLA A LOS HEBREOS, XIII, 14)

EXORDIO. — Hermanos míos, el domingo por la noche examinámos juntos la contestación que debía darse á esta pregunta : ¿ qué es el hombre?... Vimos que Dios nos había tratado con magnificencia; que, apesar de las flaquezas y miserias de nuestro cuerpo, consecuencias del pecado original, por nuestras almas éramos infinitamente superiores á los demás seres. « Sí, exclamaba un sábio (1), por muy brillante que sea el sol, por muy bello que sea el lugar que ocupa en el universo, el más pequeño de los hombres es incomparablemente superior á él. Este astro podría, si Dios lo permitiera, abrasarnos, pero no sabría que lo hace; nosotros, merced á nuestra razón, sabríamos que nos abrasamos... Una piedra, un pedazo de roca se desprende de una montaña, aplasta en su impetuosa carrera á un hombre que encuentra á su paso; ¿ quién osaría decir que aquel trozo de granito es superior al hombre, porque, en su ciega carrera, haya destrozado los miembros de aquel hombre?... Nó, hermanos míos, nó : la inteligencia y la razón, ved ahí la diadema que nos corona; un alma racional, formada á imagen de Dios, ved ahí nuestra gloria, nuestra incomparable nobleza... Pero insistió demasiado sobre este punto...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Hemos dicho que la vida del hombre sobre la tierra era un viaje : desarrollando este pensamiento, considerare-

(1) Conf. Pascal, *Pensamientos*.

mos el principio de este viaje y el término á donde ha de llegar... ¿De dónde venimos?... ¿A dónde vamos? Dos consideraciones sobre las cuales vamos esta noche á fijar nuestra atención...

Primera parte. — ¿De dónde venimos?... ¿No es verdad, hermanos míos muy amados, que sin la fé, sin las verdades que Jesucristo nos ha enseñado, sin esos magníficos resplandores que su santa religión derrama sobre nuestros destinos, la vida sería muy triste?... Misterio incomprendible, sería, hasta á los ojos de los sábios, más negra que la noche más sombría... Yo os miro á todos en este momento; preséntase á mi mente una reflexión, y os la quiero comunicar... ¿Dónde estábamos hace cien años?... ¿Quién habitaba vuestras casas?... ¿Quién poblaba esta aldea?... ¿Quién rodeaba entonces este púlpito?... ¿Qué sacerdote anunciaba desde él la palabra de Dios, las verdades de la salvación?... Evidentemente, ni vosotros ni yo existíamos aún!.. Y llevando más lejos mis reflexiones, os pregunto: «De aquí á cien años ¿quién se sentará en vuestros hogares, quién cultivará vuestros campos, quién vendrá á orar en este recinto, quién llenará en esta iglesia el ministerio del sacerdote?... Indudable es también, oh cristianos, que no seremos nosotros, que á vosotros y á mí se nos habrá olvidado ya desde mucho tiempo... Dícese que el emperador de Rusia extremó su barbarie con la Polonia hasta el punto de arrojar de sus aldeas á poblaciones enteras, para transportarlas á las regiones glaciales de Siberia. ¡Triste y lamentable espectáculo!... Veíanse ancianos y tiernos niños abandonar llorando los lugares donde habían vivido, la choza donde habían habitado; un extranjero insolente é indiferente iba á apoderarse de sus bienes, á sentarse junto á los hogares de sus antepasados... Hermanos míos carísimos, la muerte desapiadada ejecutará, dentro de algunos años, los mismos estragos entre nosotros; todos nosotros habremos abandonado nuestros bienes, todos nosotros seremos arrastrados á otra región: unos extranjeros (porque ¡ay! nuestros hijos, nuestros herederos no pensarán más en nosotros, y serán para nosotros verdaderos extranjeros...) unos extranjeros, digo, ocuparán vuestro lugar, y hasta ni vuestro nombre se pronunciará en la casa que vosotros habeis construído... Es triste, profundamente triste...; y sin embargo es verdad!

Pero, escuchad algo más consolador... Dirigid los ojos hácia vuestro origen: ¿de dónde venís?... Venís de Dios; él es quien os ha dado la existencia. Desde que quiso crear el mundo, exististeis en su mente; él supo de una manera infalible en qué instante del tiempo os daría la existencia, y en qué circunstancia la recibiríais. Vuestro cuerpo es obra de sus manos, como lo fué el cuerpo de Adán. Vuestra alma, como la de Adán, fué creada por un soplo divino, formada á imágen y semejanza del Dios tres veces santo... En cuanto llegó el momento fijado por su Providencia, él dijo á nuestra alma: «Vé á habitar en este cuerpo.» Y nuestra alma obedeció, y nosotros recibimos la existencia, y quedámos hechos hombres.

Una madre heroica, la madre de los Macabeos, había comprendido perfectamente esta verdad. Ved ahí sus palabras. Estando presente al suplicio de sus siete hijos, exhortaba á cada uno de ellos con ardientes palabras, y uniendo un valor viril á la ternura de una madre, les decía: — «Yo no sé cómo fuisteis formados en mi seno; porque no fui yo quien os dió el alma, el espíritu y la vida, ni quien unió todos vuestros miembros para hacer de ellos un cuerpo: No, el Criador del mundo fué quien os formó, como formó al hombre en su nacimiento y dió origen á todas las cosas... Él es también, anadía, quien os dará el espíritu y la vida nuevamente por su misericordia, en recompensa de que vosotros despreciáis ahora por él esta vida perecedera (1).» Ved pues, hermanos míos, de donde viene el hombre: sale de las manos de Dios, y, cual se ve á un padre cojer á su hijo de la mano, é indicarle el camino que ha de seguir para efectuar un viaje que le está encomendado, así Dios nos ha cojido con sus divinas manos y nos ha colocado él mismo en esta tierra, para que hagamos este viaje más ó menos largo que se llama la vida...

Segunda parte. — Salimos pues, hermanos míos muy amados, de las manos de Dios: éste es nuestro origen, de ahí es de donde partimos. Y ahora ¿á dónde vamos?... Recientemente aparecía en los periódicos un singular anuncio, que varios de vosotros han podido leer... Habíase encontrado en medio de la calle á un hombre que

(1) II Macab., VII, 21 y siguientes.

hablaba y gesticulaba de modo que hacía creer que no estaba en completa posesión de su juicio... Se le detuvo, se le preguntó de donde venía, y no lo supo decir. Se le preguntó á donde iba, y tampoco lo supo.... y al día siguiente leíamos este anuncio: « Se ha encontrado en tal calle á un pobre loco vestido de tal manera: ¡ se suplica á su familia que lo reclame!... » ¿No es verdad, carísimos hermanos, que la historia de este pobre loco se parece á la de muchos hombres?... ¡ Oh! yo no quisiera ofender á nadie!.. Pero ¿ no se encuentran personas que se figuran ser muy instruidas (porque no hablo de ciertos brutos, que se encuentran á veces en nuestras aldeas); no existen pretendidos sábios que, si se hubiesen detenido en el camino de la vida, donde con frecuencia su impiedad les hace hablar y gesticular de una manera grotesca, darían las mismas contestaciones que aquel idiota?... — ¿ De dónde venís? — No lo sé, dirían. — ¿ A dónde vais? — Lo ignoro... — ¡ Pero insensatos! les dice el buen sentido cristiano, abrid el Evangelio, recordad las enseñanzas de la religión, y podéis contestar!.. Hermanos míos muy amados, nosotros, venidos de Dios, salidos de sus manos, sabemos que el hombre ha de volver á Dios, no para confundirse con él, para perderse en su esencia, sino para amarle, alabarle, bendecirle y poseerle eternamente. Ved ahí á donde vamos, y para saberlo, interroguemos á la misma muerte; y después le pediremos también algunas aclaraciones al Evangelio.

¡ Oh muerte tan temida, espectro inevitable, sin corazón y sin entrañas, tú que siegas la vida del hombre como corta el tejedor la trama de su tela, dime, ¿ qué viene á ser del hombre? qué haces de él?... Sígueme, contesta ella, vas á verlo. — Sigámosla, hermanos míos... La veis entrar en esta habitación oscura y silenciosa; dirigid la mirada hácia esta cama que se os presenta delante, ¿ qué veis en ella?... Tanto si el lecho es blando, rodeado de suntuosos cortinajes, envuelto en damasco y seda, como si es la dura cama de un pobre obrero, el mismo espectáculo se ofrece sobre el edredón más blando, que sobre la más dura paja; joven ó viejo, hay allí un sér humano, presa de los sufrimientos, de las torturas de la agonía.. La muerte se inclina sobre él, y todo se acabó. — Sígueme aún, dice ésta, mira lo que voy á hacer de este cuerpo; le ves ya pálido, lívido, horrible y

desfigurado; pues iré más lejos, lo entreg ré como pasto a los gusanos y á la podredumbre; dentro de algunos meses no quedarán más que restos informes, que exhalarán un olor insuportable; dentro de algunos años, hasta los huesos se habrán convertido en polvo. — Pero dínos, oh muerte, ¿ qué haces del alma?... — El alma...; oh! yo nada puedo sobre ella, el alma escapa á mis golpes... Venida de Dios, vuelve á él para recibir recompensas ó castigos. Así el servidor, que sale por la mañana de casa de su amo y vuelve á ella por la noche, para recibir, según su trabajo, felicitaciones ó reproches...

Ved ahí, hermanos míos, la enseñanza de la muerte. Oigamos ahora á nuestro divino Salvador. ¿ A dónde vamos, oh buen Jesús, cuál es nuestro fin, nuestro destino, el objeto que nos debemos proponer?... « Hijitos míos, nos dice, mi vida toda entera está ahí, no solamente para trazaros la vuestra, si que también para mostraros el objeto de vuestra peregrinación. ¡ Valor! seguid mis huellas, sed fieles en observar mis mandamientos; despreciad como yo las burlas, el respeto humano, las persecuciones, la muerte misma, para manteneros fieles á vuestro Padre que está en los cielos! echad de vuestros corazones el pecado; venid á arrojaros en los brazos de mi misericordia, yo os solazaré, yo os acogeré, yo os perdonaré...; Sí, valor! seguidme, nada os desanime, regocijáos, estremecéos de alegría, porque en el cielo os aguarda una amplia y magnífica recompensa. *Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis* (1) ! ».. Ved ahí pues, hermanos míos, el objeto á que vamos; hácia Dios es hácia quien nos dirigimos; sus divinas manos nos colocaron en una cuna; la muerte debe á su vez hacer volver nuestra alma á los brazos de este mismo Dios...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, demos gracias á nuestro Salvador que, en su bondad, se ha dignado iluminarnos, decirnos lo que somos, enseñarnos de donde venimos, mostrarnos el objeto á que debemos dirigirnos. Gracias á él, sabemos que venimos de Dios y que volvemos á Dios... Ahora bien, el soldado que vuelve á sus hogares se apresura á llegar á la casa paterna; nada le detiene, tanto es lo que desea estrechar entre sus brazos á un buen padre, á una madre tier-

(1) Mateo, V, 12.

namente amada... El desterrado que vuelve á su pátria, apresura sus pasos día y noche... Así nosotros, hermanos míos, fijemos en el cielo nuestros ojos y marchemos con ardor por la senda que á él nos ha de conducir... ¡ Oh mansión afortunada de la ciudad celestial, día brillante de la eternidad, que jamás es oscurecido por la noche, antes bien con sus rayos lo ilumina la soberana Verdad; eterno día de paz y de sosiego! ¿cuándo nos será dado contemplarte? ¿cuándo nos veremos libres de las miserias de este mundo? ¿cuándo, desembarazados de nuestros vicios y de nuestras imperfecciones, podremos estar unidos solamente á Dios (1)?... ¡ Oh buen Jesús!... Hacednos la gracia de que vivamos tan santamente aquí abajo, que podamos un día poseeros, contemplar la gloria de vuestro reino, de ese reino que habeis *preparado desde toda una eternidad para las almas que os sean fieles...* ¡ Así sea!

INSTRUCCION TERCERA.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA (*en la oración de la noche.*)

De como el hombre está colocado en el camino que ha de conducirle al cielo.

TEXTO. *Beati immaculati in via... Beati qui ambulant in viis ejus.* Bienaventurados los que se conservan sin mancha en el camino de Dios... Bienaventurados los que siguen el camino que él les ha trazado.

(SALM. CXVIII, 1; SALM. CXXVII, 1)

EXORDIO. — Sí, muy amados hermanos míos, como decíamos el miércoles por la noche, el hombre viene de Dios, está formado por él, es obra de sus manos, y hácia Dios vuelve, después de haber pasado aquí

(1) V. Imitación, lib. III, cap. XLVIII.

abajo mayor ó menor número de años. A la felicidad del cielo es á la que está destinado. Esta gloria de que esta mañana (1) Jesucristo nos hacía ver un reflejo en su Transfiguración, ha de ser nuestro patrimonio... Allí está el término de nuestra carrera, el descanso que nos espera después de las fatigas del viaje, la recompensa después de los trabajos y pruebas de la vida. Si la felicidad del cielo es el término de este viaje que efectuamos en la tierra, ya comprendéis, hermanos míos muy amados, que es para nosotros de la mayor importancia tomar el buen camino... ¡ Desgraciados, tres veces desgraciados de nosotros, si extraviándonos por estos tortuosos senderos, llegamos á perder de vista aquella pátria á donde Dios nos llama!.. Hay sin embargo tantos senderos distintos, tantos caminos tortuosos... el camino de la impureza, donde la juventud y las malas pasiones nos arrastran; el camino de la avaricia, á donde nos atrae el amor á los bienes de este mundo, y que lleva al olvido de Dios; el camino de la indiferencia, de la apatía, en el que nos dormimos, al descuidar las más sagradas obligaciones, los deberes más sagrados...

PROPOSICIÓN. — ¿Cómo reconocer, en medio de tan diversos caminos que se cortan y cruzan en todas direcciones, cómo reconocer, digo, el bueno, el que debe conducirnos al cielo, cuando todos los demás nos alejan de él, todos van á parar al infierno? Uno solo, tenedlo bien entendido, uno solo lleva al paraíso; y aún nuestro divino Salvador nos hace saber que *éste es muy estrecho* (2). Yo me propongo demostraros como Dios, en su adorable misericordia, ha querido que, desde que entramos en la vida, seamos colocados en este camino que debe conducirnos á la gloria eterna.

DIVISIÓN. — Os diré pues, *en primer lugar*, que por el Bautismo hemos sido puestos en el camino del cielo; *en segundo lugar*, os recordaré en pocas palabras con qué condición nos ha puesto en él, y qué promesas le hicimos.

Primera parte. — Sí, hermanos míos muy amados, Dios ha querido

(1) El Evangelio del segundo domingo de Cuaresma refiere la Transfiguración del Señor.

(2) Mateo, VII, 14.

namente amada... El desterrado que vuelve á su pátria, apresura sus pasos día y noche... Así nosotros, hermanos míos, fijemos en el cielo nuestros ojos y marchemos con ardor por la senda que á él nos ha de conducir... ¡ Oh mansión afortunada de la ciudad celestial, día brillante de la eternidad, que jamás es oscurecido por la noche, antes bien con sus rayos lo ilumina la soberana Verdad; eterno día de paz y de sosiego! ¿cuándo nos será dado contemplarte? ¿cuándo nos veremos libres de las miserias de este mundo? ¿cuándo, desembarazados de nuestros vicios y de nuestras imperfecciones, podremos estar unidos solamente á Dios (1)?... ¡ Oh buen Jesús!... Hacednos la gracia de que vivamos tan santamente aquí abajo, que podamos un día poseeros, contemplar la gloria de vuestro reino, de ese reino que habeis *preparado desde toda una eternidad para las almas que os sean fieles...* ¡ Así sea!

INSTRUCCION TERCERA.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA (*en la oración de la noche.*)

De como el hombre está colocado en el camino que ha de conducirle al cielo.

TEXTO. *Beati immaculati in via... Beati qui ambulant in viis ejus.* Bienaventurados los que se conservan sin mancha en el camino de Dios... Bienaventurados los que siguen el camino que él les ha trazado.

(SALM. CXVIII, 1; SALM. CXXVII, 1)

EXORDIO. — Sí, muy amados hermanos míos, como decíamos el miércoles por la noche, el hombre viene de Dios, está formado por él, es obra de sus manos, y hácia Dios vuelve, después de haber pasado aquí

(1) V. Imitación, lib. III, cap. XLVIII.

abajo mayor ó menor número de años. A la felicidad del cielo es á la que está destinado. Esta gloria de que esta mañana (1) Jesucristo nos hacía ver un reflejo en su Transfiguración, ha de ser nuestro patrimonio... Allí está el término de nuestra carrera, el descanso que nos espera después de las fatigas del viaje, la recompensa después de los trabajos y pruebas de la vida. Si la felicidad del cielo es el término de este viaje que efectuamos en la tierra, ya comprendéis, hermanos míos muy amados, que es para nosotros de la mayor importancia tomar el buen camino... ¡ Desgraciados, tres veces desgraciados de nosotros, si extraviándonos por estos tortuosos senderos, llegamos á perder de vista aquella pátria á donde Dios nos llama!.. Hay sin embargo tantos senderos distintos, tantos caminos tortuosos... el camino de la impureza, donde la juventud y las malas pasiones nos arrastran; el camino de la avaricia, á donde nos atrae el amor á los bienes de este mundo, y que lleva al olvido de Dios; el camino de la indiferencia, de la apatía, en el que nos dormimos, al descuidar las más sagradas obligaciones, los deberes más sagrados...

PROPOSICIÓN. — ¿Cómo reconocer, en medio de tan diversos caminos que se cortan y cruzan en todas direcciones, cómo reconocer, digo, el bueno, el que debe conducirnos al cielo, cuando todos los demás nos alejan de él, todos van á parar al infierno? Uno solo, tenedlo bien entendido, uno solo lleva al paraíso; y aún nuestro divino Salvador nos hace saber que *éste es muy estrecho* (2). Yo me propongo demostraros como Dios, en su adorable misericordia, ha querido que, desde que entramos en la vida, seamos colocados en este camino que debe conducirnos á la gloria eterna.

DIVISIÓN. — Os diré pues, *en primer lugar*, que por el Bautismo hemos sido puestos en el camino del cielo; *en segundo lugar*, os recordaré en pocas palabras con qué condición nos ha puesto en él, y qué promesas le hicimos.

Primera parte. — Sí, hermanos míos muy amados, Dios ha querido

(1) El Evangelio del segundo domingo de Cuaresma refiere la Transfiguración del Señor.

(2) Mateo, VII, 14.

que, recibiendo el Bautismo, los primeros pasos que diésemos sobre este suelo, aún antes de tener el uso de razón, los diésemos ya por este camino de vida. Por esto instituyó el Bautismo, sacramento divino que nos coloca en la senda del paraíso... Hace mil cuatrocientos años que los Francos eran todavía bárbaros y paganos: Clodoveo, su rey, convertido por las apremiantes exhortaciones de santa Clotilde, su mujer, y resuelto á hacerse cristiano, por una victoria que reconocía deber á la protección del Señor, se hacía instruir en las verdades de nuestra religión por san Remigio, obispo de Reims. Cuando el pontífice le hubo explicado suficientemente todos los misterios de la fe, y hubo probado su constancia durante muchos meses, escojó el día de Navidad para conferirle el bautismo. ¡Oh, aquel día fué una fiesta solemne para la ciudad de Reims! Las calles estaban cubiertas de colgaduras, y el rey, al salir de su palacio, se vió rodeado de una numerosa muchedumbre, que hacía resonar el aire con cánticos de alegría... Llegó al colmo su admiración cuando, una vez en la vasta catedral, vió millares de cirios centelleando en arañas de oro; perfumes de mil especies ardian en cazoletas de plata esparciendo los más suaves olores. Una multitud ébria de alegría se precipitaba alrededor del príncipe bárbaro que iba á hacerse cristiano; un numeroso clero, revestido con espléndidos ornamentos, le rodeaba... A la vista de tanta magnificencia, Clodoveo se detiene sorprendido... « Padre, dice volviéndose hácia el obispo de Reims, ¿es éste el reino de Jesucristo, ese Cielo de que me habeis hablado? — Nó, hijo mio, contestó san Remigio, esto no es más que el camino. » Avanzan juntos hasta las fuentes bautismales; allí, el feroz bárbaro encorva la cabeza, y el obispo vierte sobre él el agua que purifica... Y bien, esto que san Remigio le decía al rey de los Francos, os lo repito yo hoy: el Bautismo es el camino del Cielo, es el sacramento que nos coloca en el camino de esa patria bienaventurada, para la cual Dios nos ha criado á todos.

Considerad, carísimos hermanos míos, una cosa que todos los días pasa á vuestra vista, y en la cual tal vez jamás habeis reflexionado. Sí, consideradla atentamente, y bendecid á Dios... Apenas el niño acaba de nacer; apenas ¡pobrecito sér! se abren sus ojos á la luz; está allí, llorando en su cuna, y ved ahí que se le trae á la iglesia para ofrecerlo á

Dios, para consagrarlo á Jesucristo por medio del bautismo; y, apesar de su impiedad, sus padres hasta incrédulos, no estan tranquilos hasta que su hijo está bautizado. Se le lleva á la iglesia, recítanse sobre él santas plegarias, cae sobre su frente el agua del bautismo... Inmediatamente, por la gracia de Dios, por los méritos del dulce Salvador Jesucristo, aquel niño, que, al nacer, llevaba la mancha original, aquel niño heredero de la maldición pronunciada contra nuestros culpables primeros padres, se convierte en hijo estimado de Dios; la Iglesia cuenta con un miembro más; los Angeles miran con complacencia á aquel nuevo hermano... ¡Angel custodio de este pequeño sér, tú eres quien más te regocijas de su dicha; cuánto te complace tener que acompañar sobre este suelo á este niño hecho cristiano, y marcado ya en la frente con la señal de los elegidos! Se le vuelve á llevar á su madre, quien lo abraza con más cariño todavía... Que duerma apaciblemente ahora en su cuna; sea cual sea su posición, descanse sobre paja ó sobre mullido plumón, está en gracia de Dios; es rico, está en el camino que conduce al reino del Cielo.

Pero viene la muerte, apesar del amor de sus padres, apesar de las lágrimas de su madre (porque ¡ay! la muerte no tiene piedad), viene la muerte á herirle en la cuna; sucumbe desde sus tiernos años, como la flor que se abre un instante para agostarse enseguida; viajero de unos cuantos días sobre este suelo, muere después de una existencia de algunos meses ó de algunos años! Enjuga, ¡oh! enjuga tus lágrimas, madre cristiana, tu hijo está en el Cielo, y mientras tú lloras junto á su pequeña tumba, los Angeles se regocijan y le introducen en la patria, cantando: *Beati immaculati in via*; ¡Dichosos aquellos que se han conservado sin mancha en el camino del Señor!... Sí, mis muy amados hermanos, es de tal manera cierto que el Bautismo nos pone en el buen camino, que todo niño bautizado, que llega á morir antes de la edad de la razón, va directamente al Paraíso.

Segunda parte. — Os he prometido algunas reflexiones sobre las promesas del Bautismo; seran breves, porque, apesar del interés con que me escuchais, ya sabeis, hermanos míos, que no quiero, ni abusar de vuestra atención ni fatigarla. Al recibir el Bautismo, se hacen promesas, se contraen compromisos. Es una especie de contrato formado

entre el niño y la Iglesia que lo recibe en su seno. ¿Qué pedis á la Iglesia? Es una de las primeras preguntas que el sacerdote dirige á ese niño. Contestación: « La fé ó el bautismo que la da. » Pero ¿prometeis creer todas las verdades de la religión, someteros á los mandamientos de Dios y de su Iglesia santa? Lo cual no es más que una consecuencia rigurosa de la fé que el niño acaba de pedir. Y contesta el niño por boca de su padrino y de su madrina: « Lo prometo. » — ¿Prometes renunciar á Satanás, á sus obras, á sus pompas, y adherirte inviolablemente á Jesucristo! — Lo prometo, vuelve á contestar el niño. — Que sea pues cristiano, ya que promete serlo, y nosotros le bautizamos *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Y después de estas palabras, ya está listo; su alma lleva el sello indestructible del Cristiano, está en las filas de los predestinados; ¡ah! ¡ojalá pueda permanecer siempre en ellas!... Ved ahí, hermanos míos muy amados, bajo qué condiciones se es cristiano; ved ahí bajo qué condiciones lo habeis venido á ser vosotros mismos... Vosotros prometisteis; todos cuantos estamos aquí, todos prometimos por boca de nuestros padrinos renunciar á Satanás y vivir solamente para Jesucristo. Y la mancha original fué borrada en nosotros, y el ropaje de la inocencia revistió nuestra alma: la Iglesia santa nos adoptó como á hijos suyos y nos puso, como decía hace poco, en el camino que ha de conducirnos al Cielo. Si nosotros hemos perdido este camino; si nos hemos apartado de la buena senda, á nosotros solos, hermanos míos, es á quienes se debe dar la culpa. Más dichosos que los paganos, hemos conocido, conocemos todavía la verdad. Ella, en más de una circunstancia, ha brillado á nuestros ojos con el resplandor más vivo; nosotros la hemos visto radiante de luz en el día de nuestra primera comunión. En ese día la hemos amado y, bajo las miradas de Dios, en presencia de numerosos asistentes, con la mano puesta en las sagradas fuentes, hemos prometido seguirla, hemos prometido ser fieles á Jesucristo. Pero después... ¡Ay, Dios mío, cuánta infidelidad, cuánta ingratitud para con vos!; Cuántas veces nos hemos desviado de la buena senda!...

PERORACIÓN. — ¡Ah! carísimos hermanos míos, volvamos, sí, volvamos lo más pronto posible á este camino que nos ha de conducir al Cielo. Si viniese la muerte á sorprendernos en estas sendas que llevan

al infierno, ¿no nos encontraríamos inexcusables ante el tribunal de Dios?... En aquel solemne momento en que nuestra alma estará allí, sola, temblorosa ante su juez, ¿qué podremos contestar nosotros, infelices criminales?... « Yo, nos dirá él, te había señalado desde tu nacimiento con el sello de los predestinados; el agua del bautismo había caído sobre tu frente, tú te habías hecho hijomío. Vuelto á mi amistad, colocado por mis manos en el camino que debía conducirte al Cielo, no lo has seguido, lo has dejado voluntariamente para tomar el camino opuesto. Violador atrevido de las promesas de tu bautismo, habías dicho: Renuncio á Satanás, á sus obras y á sus pompas. Cometiendo el mal, encerrando y conservando en tu alma una porción de faltas, te has entregado al demonio; tu voluntad, arrastrada sucesivamente por la impureza, el orgullo y la avaricia, ha trabajado para Satanás, ha practicado sus obras; tu corazón ha buscado sus pompas; tú habías prometido adherirte á Jesucristo!... ¡Juramento irrisorio y mil veces violado!... ¿Dónde estan las oraciones, dónde los homenajes, las adoraciones, el amor que me habías prometido?... Tu alma, consumida por la indiferencia, aguijoneada por un cobarde respeto humano, ó encadenada por hábitos funestos, ha desconocido mi amor y menospreciado mis sacramentos... Y ahora, hijo rebelde y perjuro, dos preguntas solamente: Tú habías prometido vivir según mi doctrina; ¿has cumplido tu promesa?... Tú habías jurado odio al demonio, amor y fidelidad á tu Salvador; habla, ¿has cumplido tu juramento?

¡Oh Jesús, oh Salvador lleno de misericordia, evitadnos este terrible momento del juicio! ¡Sí, nosotros somos culpables, muy culpables, para con vos!... ¡Oh Redentor nuestro tan lleno de amor; nosotros hemos abandonado la senda de la salvación; concedednos la gracia de que volvamos á entrar muy pronto en ella para no volverla á dejar jamás; que confesemos sinceramente nuestras faltas, que las deploramos en la amargura de nuestro corazón, y que nuestra alma, reconciliada con vos, os sea fiel hasta nuestro último suspiro!... ¡Así sea!

INSTRUCCION CUARTA.

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA (*En la oración de la noche.*)

De como se abandona el camino que ha de conducir al Cielo.

TEXTO. *Arcta via est quæ ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam*: Estrecho es el camino que conduce al cielo, y son pocos los que lo siguen.

(MAT., VII, 14)

EXORDIO. — Mis muy amados hermanos, Nuestro Señor Jesucristo, considerando lo que en el mundo pasaba, viendo á los hombres correr, unos en pos de las riquezas, otros en pos de los honores; éstos fatigarse en busca de los placeres; abandonarse aquellos á hábitos criminales, decía á sus Apóstoles: ¡Oh! ¡cuán estrecho es el camino que conduce á la vida, y cuán reducido es el número de los que lo siguen! Apesar de las abundantes gracias que nos proporciona la religión, á despecho de las luces é instrucciones que nos han traído sus divinas enseñanzas, ¿no vemos renovarse ante nuestros ojos este triste espectáculo, esta misma indiferencia para las cosas de la salvación que hacía suspirar á nuestro divino Salvador?... Dirijamos los ojos á nuestro alrededor; ¿qué es lo que pasa todavía hoy entre los hombres?... Los unos, esclavos de la codicia, quieren á toda costa acrecentar su fortuna; los otros buscan en la intemperancia ó en los placeres, estériles y culpables goces. Los hay que se enorgullecen de su impiedad; los hay que hacen ostentación de una falsa virtud y se escudriñan á sí mismos en las cosas más santas... Pero, ¿cuán pocos hay que, prefiriendo su virtud á todo lo demás, marchen con paso firme y constante por el camino del bien!... ¡Y cuánta ocasión tenemos de repetir hoy ese lamento del Salvador: *Estrecho es el camino del cielo, y cuán pocos son los que lo siguen!*

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Veamos juntos esta noche de dónde procede este desórden. Digamos, *en primer lugar*, lo que somos hasta el día

de nuestra primera comunión; y luego examinaremos, *en segundo lugar*, cómo dejamos el camino que debía conducirnos al Cielo.

Primera parte. — Hermanos míos muy amados, como decíamos el domingo por la noche, Dios, en su solicitud completamente paternal para la salvación de nuestras almas, quiso que, por el Bautismo, fuésemos introducidos en esta senda del Cielo, en este camino que lleva á la vida. Vosotros os habréis encontrado más de una vez con extranjeros que os pedían por el camino que conduce á tal ó cual país inmediato ó vecino á este pueblo; y vosotros, mostrándoles el camino, les habeis dicho: « Seguid esta via, sin decantaros ni á derecha ni á izquierda, y ella os conducirá á donde quereis ir. » Nuestro Padre, que está en los cielos, se ha conducido de igual manera con respecto á nosotros. « Hijos que habeis recibido el Bautimo, os encontrais en el camino bueno, nos ha dicho, haced todo lo que habeis prometido y llegaréis al Cielo. » Sí; pero, oh carísimos hermanos, ¿cuán raro es que el niño siga durante mucho tiempo este camino!... Veamos lo que es de él, lo que ha sido de nosotros.

Mientras el niño no ha manchado con pecado alguno mortal su inocencia bautismal, es el amigo predilecto de Dios, la gracia habita en su corazón; de pequeñito, aprende sus oraciones sentado encima de las rodillas de su madre; las primeras verdades de la religión, los primeros elementos del Catecismo penetran fácilmente en su inteligencia y se graban rápidamente en su memoria. A veces esta facilidad es tan grande, sus contestaciones y sus preguntas muestran una inteligencia tan precoz, que parece que sea su Angel bueno quien le repite las lecciones de sus padres y le inspira aquellas reflexiones que sorprenden y regocijan el corazón de su madre. Esta disposición á retener lo bueno, este candor de fé, esta piedad tan ingénua, ¿no conoceis de dónde proceden? Es la gracia de Dios, es uno de los frutos del Bautismo que se desarrolla en su inocente corazón...

Pero el niño crece, acaba de cumplir los siete, los ocho años... ¡Ah! si entonces sus padres no han puesto cuidado en apartar de él las malas compañías, si no han cuidado de velar sobre él, de corregirle, de reprenderle, ¡ah! funesto conocimiento del mal, cuán de prisa pene-

tras en su tierno corazón!... Vedle revoltoso, perezoso, desobediente, mentiroso; las blasfemias, los juramentos y las palabras deshonestas se graban en su memoria y llevan gérmenes de muerte á su alma... Cuanto más inocente ha sido, cuanto más buenas disposiciones ha mostrado para el bien, mayores son también los estragos que el mal produce en él... Podrá ser, hermanos míos, que la necesidad de frecuentar el Catecismo y la obligación de prepararse para la primera comunión, acompañadas de algunas suaves amonestaciones de los padres, consigan reprimir por algún tiempo esta funesta influencia del mal. Pero, tenedlo entendido, no es destruída; duerme, para despertar en breve más fuerte y casi invencible... ; Y se verán niños que, hasta preparándose para su primera comunión, ya discurren las veces que cumplirán el precepto pascual, y cuantas semanas asistirán á oír Misa!.. Muchachas habrá que sabrán de antemano en qué mes haran su aparición en aquellas sociedades, que vosotros conoceis bien, y que no hay necesidad de que yo designe más claramente.

Segunda parte. — Esta historia que acabo de bosquejar ; no es, hermanos míos, la de muchos de nosotros?... Veamos ahora cómo dejamos el camino que debía conducirnos al Cielo. Ese momento, que habíamos fijado desde nuestra primera comunión, ha llegado... Hace año y medio ó dos años que la hicimos... Trátase de un jóven; desde entonces le veis abandonar la iglesia; ya no asistirá á los divinos oficios, ó si pertenece á una familia cristiana vendrá tal vez aún á Misa; pero ya no será para rezar. Llevar un libro para seguir el oficio del día, ; vaya hombre!, es demasiado grande; prefiere volver la cabeza de uno á otro lado, hablar, distraerse... Pero donde hay que verlo es en casa, en el seno de la familia: es desobediente, rebelde, insumiso... Vosotros, padres demasiado débiles, lo habeis echado á perder; quebrantando las leyes de la Providencia, habríais tenido verdadera pena si hubieseis tenido una prole numerosa: os habeis dicho: « No tendré más que un hijo »... Y habeis hecho de él un ídolo. Pero Dios es más fuerte que vosotros. ; Y habeis sido castigados precisamente por donde habeis pecado!.. Doble-gaós desde luego á los antojos de vuestro hijo; satisfaced todas sus exigencias; ; es vuestro amo!... Por más que hagais para disimular sus defectos, éstos son conocidos, se sabe como os hace danzar y el desecho

con que os contesta... ; Hijo ingrato, cuántas veces hará llorar á su madre!... Fuera de casa, es mal hablado, grosero, descarado. ; Oh! ; cuántas palabras obscenas ó impías oís salir á veces de la boca de esos niños de quince años, que se figuran que eso les hace grandes y les hace parecer hombres!...

Trátase de una muchacha ; dos años después de su primera comunión no abandonará, tal vez, completamente la iglesia; esto no se acostumbra, á lo menos en algunos países... Pero mirad su postura en el sagrado lugar; también vuelve la cabeza de uno á otro lado, habla, distrae á las demás, se aburre... En vano otras compañeras más piadosas obsequiarán á la Virgen María rezándola algunas decenas del rosario; ella será la primera en salir, ó si no, se irá á sentar en un banco separado, haciendo por estorbar el recogimiento de las otras... ; Pobre niña! Por tí está ya dejado ese camino de la virtud, está perdida ya aquella cándida piedad de la primera comunión!... Pero sigámosla un instante... Vosotros no ignorais, hermanos míos muy amados, de qué manera acaba para muchas de esas jóvenes este día que se llama el día del Señor... No digo más, me basta con que se me comprenda, y tendría que hablar demasiado si tan solamente quisiese enunciar lo que vosotros mismos pensais....

Por último, jóvenes ó muchachas, hombres ó mujeres, ved ahí como abandonamos todos nosotros este camino de la salvación, en el cual fuimos colocados por nuestro bautismo y en el día de nuestra primera comunión... Estos se apartan de él de un modo, aquellos de otro... Mas ; cuán reducido es el número de los que lo siguen fielmente, y sobre todo cuán pocos lo vuelven á cojer después de haberlo abandonado!... Una vez enredados por aquellos funestos senderos del mal, quédanse en ellos por costumbre, por cobardía, se pasan en ellos los más hermosos días de la vida, reservándose dar á Dios los escasos días de la vejez. ; Sí, Señor, esos restos de una vida inútil hasta entonces, los guardan para vos como se guarda para un pobre un traje viejo y hecho girones!...

Pasa la efervescencia de la juventud, se calman las pasiones; pero la fé, la piedad, la religión no renacen por eso en el corazón... En la edad madura otras pasiones, otras costumbres, tan malas como aquellas, reemplazan con harta frecuencia á las pasiones y costumbres de la juventud

La avaricia ocupa el lugar de la impureza; la codicia lleva á trabajar en día festivo, y aleja de la iglesia á aquellos á quienes en otra época habían alejado las burlas ó los sarcasmos de algunos seres de mala índole. Se ha perdido el buen camino y no se hacen más que débiles esfuerzos, que á nada conducen, para volverlo á encontrar...

Para volver á Dios, para entrar de nuevo en la senda que lleva al Cielo, sería menester armarse de valor, hacer un violento esfuerzo, repasar en medio del dolor y de la amargura del alma las faltas y las iniquidades cometidas durante los veinte, treinta ó más años que se ha vivido olvidado de Dios. ¡Una tarea tan grande asusta nuestra cobardía!... Sería menester además, después de haber reconocido sus faltas, venir á confesarlas con sinceridad, con humildad, á los piés del ministro de Jesucristo. Pobres hijos pródigos, no estamos aún bastante despegados del mal, para tratar de volver á este precio la paz á nuestro corazón y la inocencia á nuestra alma... Sería menester, después de nuestra confesión, dejar aquel trabajo del día festivo, renunciar á unas costumbres que, al envejecer, han venido á ser para nosotros una segunda naturaleza... Sería menester asistir con regularidad á los divinos oficios, evitar tal compañía, huir ciertas ocasiones que nos llevan al mal... Verdaderamente, es exigir demasiado de nosotros, ¡y nosotros creemos que Dios, que Nuestro Señor Jesucristo, después de haber muerto por nosotros, no merece que nosotros hagamos algunos esfuerzos por él!...

PERORACIÓN. — Y bien, Cristianos, pues que somos tan cobardes, tan indignos del amor de Dios... permanezcamos en este funesto camino en el cual nos hemos engolfado desde tan jóvenes; sigámoslo con la frente alta; marchemos resueltamente hácia el infierno á donde nos tiene que llevar!... Mas nó, ¿qué digo, hermanos carísimos? Volvamos; ah! volvamos más bien á Dios á quien hemos dejado; ¡él es bueno, clemente, misericordioso!... Un esfuerzo de nuestra parte, y nos perdonará, y todo quedará olvidado, y volveremos á ser colocados por él mismo en este camino de la vida que jamás hubiéramos debido abandonar...

¡Jesús, oh buen Jesús, dulce Redentor, Salvador lleno de misericordia, dignáos concedernos esta gracia! Acordáos de vuestro amor, de vuestra cruz, de aquellos crueles sufrimientos del Calvario padecidos por noso-

tros... Acordáos de que os pertenecemos, de que somos el precio de vuestra sangre... ¡Oh! no permitais que unas almas que os fueron consagradas por el bautismo, que os pertenecían todavía en el día de su primera comunión, estén separadas para siempre de vos... ¡Buen Pastor, tomad sobre vuestros hombros y volved á conducir al redil á unas pobres ovejas extraviadas, y permitid que ellas os permanezcan fieles para siempre jamás... ¡Así sea!

INSTRUCCION QUINTA.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

De como Jesucristo nos busca cuando hemos abandonado el buen camino.

TEXTO. — *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Venid á mí todos los que estais fatigados y sobrecargados, yo os aliviaré.

(MAT., VI, 28)

EXORDIO. — Más de una vez, hermanos míos, durante las largas veladas de invierno, cuando era profunda la oscuridad, cuando la lluvia impedida por el viento azotaba vuestras ventanas y cuando oiais silvar en torno vuestro la tempestad; más de una vez, digo, habeis pensado en los pobres viajeros errantes en la llanura, y les compadecíais de todo corazón. Si en aquel mismo instante uno de esos viajeros extraviados en medio de las tinieblas, perdido su camino y no sabiendo cómo volverlo á encontrar, lanzase lastimeros gritos y pidiese socorro, aquel grito resonaría dolorosamente en vuestra alma; dejaríais sin vacilar vuestras moradas para acudir en su busca; contestaríais á sus gritos con otros gritos; encenderíais fuegos, agitaríais teas para indicarle la dirección que debería tomar y para hacerle recobrar su valor... Gracias á

La avaricia ocupa el lugar de la impureza; la codicia lleva á trabajar en día festivo, y aleja de la iglesia á aquellos á quienes en otra época habían alejado las burlas ó los sarcasmos de algunos seres de mala índole. Se ha perdido el buen camino y no se hacen más que débiles esfuerzos, que á nada conducen, para volverlo á encontrar...

Para volver á Dios, para entrar de nuevo en la senda que lleva al Cielo, sería menester armarse de valor, hacer un violento esfuerzo, repasar en medio del dolor y de la amargura del alma las faltas y las iniquidades cometidas durante los veinte, treinta ó más años que se ha vivido olvidado de Dios. ¡Una tarea tan grande asusta nuestra cobardía! Sería menester además, después de haber reconocido sus faltas, venir á confesarlas con sinceridad, con humildad, á los piés del ministro de Jesucristo. Pobres hijos pródigos, no estamos aún bastante despegados del mal, para tratar de volver á este precio la paz á nuestro corazón y la inocencia á nuestra alma... Sería menester, después de nuestra confesión, dejar aquel trabajo del día festivo, renunciar á unas costumbres que, al envejecer, han venido á ser para nosotros una segunda naturaleza... Sería menester asistir con regularidad á los divinos oficios, evitar tal compañía, huir ciertas ocasiones que nos llevan al mal... Verdaderamente, es exigir demasiado de nosotros, ¡y nosotros creemos que Dios, que Nuestro Señor Jesucristo, después de haber muerto por nosotros, no merece que nosotros hagamos algunos esfuerzos por él!...

PERORACIÓN. — Y bien, Cristianos, pues que somos tan cobardes, tan indignos del amor de Dios... permanezcamos en este funesto camino en el cual nos hemos engolfado desde tan jóvenes; sigámoslo con la frente alta; marchemos resueltamente hácia el infierno á donde nos tiene que llevar!... Mas nó, ¿qué digo, hermanos carísimos? Volvamos; ah! volvamos más bien á Dios á quien hemos dejado; ¡él es bueno, clemente, misericordioso!... Un esfuerzo de nuestra parte, y nos perdonará, y todo quedará olvidado, y volveremos á ser colocados por él mismo en este camino de la vida que jamás hubiéramos debido abandonar...

¡Jesús, oh buen Jesús, dulce Redentor, Salvador lleno de misericordia, dignáos concedernos esta gracia! Acordáos de vuestro amor, de vuestra cruz, de aquellos crueles sufrimientos del Calvario padecidos por noso-

tros... Acordáos de que os pertenecemos, de que somos el precio de vuestra sangre... ¡Oh! no permitais que unas almas que os fueron consagradas por el bautismo, que os pertenecían todavía en el día de su primera comunión, estén separadas para siempre de vos... ¡Buen Pastor, tomad sobre vuestros hombros y volved á conducir al redil á unas pobres ovejas extraviadas, y permitid que ellas os permanezcan fieles para siempre jamás... ¡Así sea!

INSTRUCCION QUINTA.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

De como Jesucristo nos busca cuando hemos abandonado el buen camino.

TEXTO. — *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Venid á mí todos los que estais fatigados y sobrecargados, yo os aliviaré.

(MAT., VI, 28)

EXORDIO. — Más de una vez, hermanos míos, durante las largas veladas de invierno, cuando era profunda la oscuridad, cuando la lluvia impedida por el viento azotaba vuestras ventanas y cuando oiais silvar en torno vuestro la tempestad; más de una vez, digo, habeis pensado en los pobres viajeros errantes en la llanura, y les compadecíais de todo corazón. Si en aquel mismo instante uno de esos viajeros extraviados en medio de las tinieblas, perdido su camino y no sabiendo cómo volverlo á encontrar, lanzase lastimeros gritos y pidiese socorro, aquel grito resonaría dolorosamente en vuestra alma; dejaríais sin vacilar vuestras moradas para acudir en su busca; contestaríais á sus gritos con otros gritos; encenderíais fuegos, agitaríais teas para indicarle la dirección que debería tomar y para hacerle recobrar su valor... Gracias á

aquella luz, gracias á vuestra caridad, aquel viajero, expuesto á perecer en la llanura, repuesto por vosotros en su camino, podría al fin llegar á este pueblo, que inútilmente hubiese buscado...

Pues bien, hermanos míos, hay alguno que corre con un ardor y un caridad incomparablemente mayores todavía en busca de los pobres viajeros que han perdido el buen camino: Jesucristo... Sí, os lo digo en verdad, cuando un cristiano, errante en medio de las tinieblas de la ignorancia, azotado por las pasiones como por un viento huracanado, entorpecido por la indiferencia como por una lluvia glacial; cuando se encuentra en aquellos falsos senderos del mal, desorientado y casi atontado, sin saber ya ni de dónde viene ni á dónde va; si, comprendiendo los peligros que le rodean y conociendo su triste estado, lanza hácia Dios un grito lastimero; si reclama ayuda y socorro, Jesucristo viene á su encuentro con la caridad más tierna, con el más infatigable ardor... Hasta con frecuencia, ¡oh misericordioso Salvador! no aguardais á que el pobre extraviado os llame, sino que vos vais á veces á su encuentro á pesar suyo, le llamais vos mismo con la solicitud de un padre que busca á su hijo, con la inquieta ternura de una madre que á su hijo llama...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta noche, hermanos míos, vamos á considerar, *en primer lugar*, cómo busca Jesucristo al pecador extraviado y culpable, y luego, *en segundo lugar*, dando una vuelta alrededor de nosotros mismos, examinaremos de qué modo nos ha buscado y de qué modo nos busca todavía hoy... ¡Ojalá que estas consideraciones puedan enseñarnos á bendecir su amor, y decidirnos á contestar á sus apremiantes invitaciones!...

Primera parte. — Como nuestro divino Salvador busca á los pecadores extraviados y culpables que han abandonado el camino del Cielo. Mientras que nos encontramos en este suelo, hermanos míos muy amados, estamos á tiempo para poder contar con la misericordia é indulgencia de Dios. Por su bondad es como principalmente se revela á los hombres... Es indudable que hay ciertos fenómenos y hasta ciertos accidentes que vienen á veces á introducir el terror en nuestras almas, á manifestarnos su poder y su justicia... En el estío, después de un día caloroso, cuando á la calma y á un cielo sereno sustituye de

repente la tempestad; cuando, pálidos y consternados, vemos desgarradas las negruzcas nubes por frecuentes rayos y deslumbrarnos con su sinistra claridad; cuando oímos los prolongados mugidos del trueno resonar por los cuatro puntos del horizonte...; ante aquella terrible voz del rayo que nos hace temblar de miedo, reconocemos muy bien que Dios es poderoso, que nosotros somos pequeños en su presencia!... Por otro lado, todas esas muertes repentinas é imprevistas; esos hombres triturados en las vías férreas, esos otros aplastados bajo las ruedas de sus carros; éste que fallece á consecuencia de una pesada caída, aquel otro herido por una apoplejía; sí, todos estos accidentes nos dejan claramente entrever algo de su severidad, de su justicia...

Sin embargo, es siempre cierto que como Dios se muestra principalmente en la tierra es por su amor, por su bondad, por su inefable misericordia. ¡Sí, realmente nos ama este Dios que nos ha creado, que por medio del bautismo nos puso en el camino de la vida eterna, que cada día nos conserva la existencia; es bueno este Dios que con tanta paciencia aguarda á los pobres pecadores!... Pero sobre todo, ¡cuán misericordioso es este Dios, que, aún en medio de nuestros mayores extravíos, nos busca con tanta ternura, con tanta dulzura, con tanta solicitud!...

Escuchad, amados hermanos, escuchad al mismo Jesucristo Señor Nuestro, enseñándonos en su Evangelio la manera como se conduce con aquellos mismos que le son infieles... Los publicanos y los pecadores se acercan al Salvador para oírle; los fariseos y los doctores de la ley lo llevan á mal; ¡Cómo! dicen. Este hombre, que dice ser el Hijo de Dios, que hace milagros, acoge así á los pecadores! ¡Cómo vive así en medio de ellos y come con ellos! (1). Jesús, conociendo sus pensamientos, les contesta; «¿Quién hay de entre vosotros que, poseyendo cien ovejas, y habiendo perdido una, no deja á las otras noventa y nueve paciendo, para irse en busca de la que se ha perdido, hasta que la ha vuelto á encontrar? Y cuando ha vuelto á encontrarla, la coloca gozoso sobre sus hombros, y una vez de vuelta en su casa, llama á sus amigos y vecinos, y les

(1) Lucas, XV, 4 y sigu.. Mateo, XII, 11; XVIII, 12 y sigu.

dice: Regocijáos conmigo, porque he vuelto á encontrar mi oveja que se había perdido. Asimismo os digo, continuó, que hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierte y hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de hacerla... »
 ¿Comprendeis, carísimos hermanos míos, comprendéis bien estas palabras?... ¡Qué! para este amable Salvador, el pecador, aun cuando le ultraje, le ofenda, pisotée su sangre para savarle; el pecador no es un sér maldito destinado de antemano al infierno!... Nó, para Jesús, es una pobre oveja extraviada; ella dejó el buen camino, abandonando á las que se mantuvieron fieles; pero el divino Pastor no la ha olvidado; la busca, la persigue, y si es bastante afortunado para volverla á encontrar, no la castiga, ni la maldice; contento con haberla recobrado, la carga sobre sus hombros y vuelve á traerla dulcemente al redil... ¡Oh misericordia adorable de este dulce Salvador!...

Segunda parte. — Y ahora veamos, hermanos míos, de qué modo nos busca á nosotros mismos Jesucristo. ¡Ah! infelices pecadores, algunas veces nos encuentra bastante lejos en el camino del mal; nosotros hemos abandonado desde hace mucho tiempo los sacramentos; ¡tal vez los hemos profanado!... Hemos abandonado los divinos oficios, hemos trabajado en los días de fiesta, hemos olvidado el rezar... ¡Cuántas faltas graves y mortales hemos cometido contra la caridad, contra la pureza! ¿Tendremos tal vez la osadía de mirar cara á cara nuestra conciencia?... ¡Ah! cuando nos paramos á reflexionar un instante sobre el estado en que nos encontramos: « ¡Dios mio! decimos, si yo llegase á morir ahora, ¿á dónde iría?... » Entonces nos causan envidia aquellos que, más animosos que nosotros, cumplían fielmente sus deberes de Cristiano. Después este buen impulso desaparece; nuestro corazón quiere y no quiere, y volvemos á caer en nuestra miseria y en nuestra indiferencia, continuando siempre el mismo sistema de vida... ¡Oh buen Pastor, venid, venid á buscarnos, acudid á nuestro encuentro, perseguidnos, os lo rogamus, perseguid sin descanso, perseguid á unas pobres almas que quisieran perteneceros, y que no tienen valor bastante para volver á vos!... ¡Cargáos sobre vuestros hombros á esas pobres ovejas extraviadas; suavizad, para nosotros, las dificultades de la vuelta á vos;

allanad los obstáculos, ayudadnos!... ¡Oh buen Salvador, salvad, salvad nuestras almas!...

¡Ay! hermanos míos muy amados, si no hemos vuelto todavía á Dios, si no nos hemos convertido aún, si no hemos vuelto á entrar en este camino del Cielo, no es á nuestro divino Redentor á quien debemos dar la culpa; es á nosotros mismos, es á nuestra cobardía, es á nuestra indolencia... Yo quisiera, hermanos míos, poder dirigirme á cada uno de vosotros en particular, recordaros las principales circunstancias de vuestra vida, y mostraros que, en muchas ocasiones, Dios os ha buscado.. Pero ¿qué habeis hecho vosotros?... ¡Habeis huído!... ¿Qué es, decidme, este sentimiento de tristeza que habeis experimentado cuando, en un día de gran fiesta, en la Misa de media noche por ejemplo, habeis visto á gran número de fieles, vecinos vuestros, antiguos amigos vuestros, á aquellos ó aquellas que hicieron su primera comunión con vosotros, acercarse á la Santa Mesa?... Aquel deseo vago, aquellas lágrimas que saltaban casi de vuestros ojos, era la voz de Jesucristo que os buscaba; era la gracia de Dios que os decía: « Pobre alma, tú deberías ser de este número... » Vosotros no habeis escuchado aquella voz, os habeis resistido; ¡qué desgracia para vosotros!... ¿Qué es la muerte que, ante vuestros mismos ojos, mina lentamente la vida de vuestro padre, de vuestra madre ó de algún otro sér que os es igualmente caro?... Habeis visto extinguirse su vida poco á poco, como se extingue la llama de una lámpara que no está alimentada ya por el aceite.... Era también la voz de Dios que os decía bien claramente que de poco servía el trabajar, el ser rico, el amontonar dinero ó tierras: que, rico ó pobre, había que dejarlo un día todo; que lo que importaba era la salvación... Arrodillados al pié del ataúd de los padres á quienes honorabais, habeis sentido nacer tal vez en vosotros algunas reflexiones formales; era todavía la gracia de Dios quien os las inspiraba... ¿Porqué no habeis vuelto á Dios? ¿Porqué no sois buenos y fieles Cristianos? ¿Jesucristo no os ha buscado, infelices ovejas extraviadas?... ¿Es culpa suya, ó más bien no lo es vuestra, si no os encontrais hoy en su redil?...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, tengo una confianza inmensa en la misericordia de Dios; tengo la íntima convicción de que quiere

salvarnos á todos... y en particular á vosotros que, desde tan largo tiempo luchais contra su amor... Cierta idea que desarrollaré, cierta reflexión en que insistiré, me seran tal vez inspiradas para vosotros en especial... ¡ Ah! hacedme el favor de recojerlas y aprovecharos de ellas!... Durante esta Cuaresma, en el momento en que Jesús dejará su tabernáculo para bendeciros; el viernes, durante el *Via Crucis*, os vendrá, os ha venido ya tal vez algún deseo, algún capricho de volver á Dios. Seguid animosamente, os lo suplico, estas buenas inspiraciones, no dilateis por más tiempo, no desoigais la voz de Jesucristo que os llama. Almas queridas, ¿ no hace ya bastante tiempo que nos persigue y busca?... No fatiguemos, pues, su misericordia; porque entonces, ¡ desgraciados de nosotros! sí, desgraciados de nosotros si somos bastante ciegos para resistir á las apremiantes invitaciones de nuestro buen Salvador!... Su bondad rechazada cederá el lugar á su justicia; no habiendo querido servir en la tierra á un Dios lleno de bondad y de misericordia, encontraríamos, al morir, un juez severo é implacable... ¡ Dígnese nuestro Salvador Jesús alejar de nosotros semejante desventura!... ¡ Así sea!

INTRUCCION SEXTA

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

Del momento de la gracia (1).

TEXTO. — *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Si oís hoy la voz de Dios; oh! no endurezcáis vuestros corazones

(SALMO XCIV, 8)

EXORDIO. — Hermanos míos, el domingo por la noche os decíamos con qué ternura, con qué amor nos busca Jesucristo, cuando habemos tenido la desgracia de abandonar el camino que ha de llevarnos al Cielo... Procurámos examinar bien el modo como á nosotros mismos nos había buscado; pero, como no quise ser demasiado extenso, no traté este asunto de una manera completa: esta noche quiero volver á estudiarlo con vosotros; quiero repetiros como y en qué instantes nos llama Jesús, á fin de daros á conocer todavía mejor su amor, y de induciros á contestar con fidelidad á sus apremiantes invitaciones. « Un día, dice el Evangelio, en las cercanías de Samaria, rendido de fatiga, se detuvo apoyado en el brocal de un pozo. » — ¡ Oh, Jesús! ¿ qué hacíais allí? ¿ A qué se debía aquella fatiga y lasitud misteriosas? — Aguardo á un alma que quiero salvar; para ella es el momento de la gracia, va á venir. — En efecto, adelántase una mujer que lleva una gran cántara de barro; era de lo que en aquella época se hacía uso para sacar agua de los pozos... Jesucristo habla con ella; la pide agua,

(1) Esta Instrucción no es del número de las que habíamos anunciado; pero hemos pensado que sería mejor reservar para las dos Instrucciones del domingo lo que debemos decir sobre la confesión... Estas pequeñas Instrucciones estan completadas, como llevamos dicho, por las *Homilias*...

y la revela su vida toda... Era una pobre pecadora, era la Samaritana, cuya historia sin duda conocéis todos vosotros. « *Si conocieses el don de Dios*, la dice nuestro dulce Salvador, si supieses las gracias que en este momento están adheridas á tí... » Aquella pobre mujer las conoció, se convirtió y contribuyó asimismo á la conversión de sus conciudadanos (1)...

Proposición. — Este era, hermanos míos, para aquella mujer, el llamamiento de Dios, el instante en que él buscaba su alma, el momento que tenía que decidir de su eternidad. Ella supo aprovecharlo, y aquella mujer pecadora es sin duda hoy una predestinada... Así, hermanos míos muy amados, deberíamos corresponder nosotros á las buenas inspiraciones de la gracia, y, como dice el Apóstol, escuchar la voz del Señor cuando nos llama, y no incomodarnos contra ella ni endurecer nuestros corazones. *Hodie si vocem ejus etc.* (2)...

División. — Examinaremos pues esta noche: *en primer lugar*, lo que se llama el momento de la gracia; *en segundo lugar*, lo importante que para nosotros es el corresponder á esta inspiración decisiva, de la cual muy probablemente depende nuestra eternidad...

Primera parte. — Lo que se llama el momento de la gracia. Tal vez me sea bastante difícil, carísimos hermanos míos, haceros comprender lo que debe entenderse por el momento de la gracia. Sin embargo, cuento con vuestra inteligencia y con vuestro buen sentido cristiano; y con el auxilio de comparaciones, quizás os hagais bien cargo de mi pensamiento... Llamo momento de la gracia al tiempo en que el buen Dios nos apremia con más fuerza para que volvamos á él y durante el cual, si seguimos fielmente sus inspiraciones, se hace mucho más fácil esta vuelta á Dios... A veces este momento es, en cierto modo, rápido como el rayo, abate, aterra... Es san Pablo detenido en el camino de Damasco; parte con el objeto de perseguir á los Cristianos; de repente cae en medio del camino, como herido del rayo, y una voz le dice: « Detente, no me ofendas más; vé á encontrar al sacerdote Ananías, él te dirá lo que debes hacer. » Y dócil á esta gracia, san Pablo se convierte, y llega á ser

(1) V. S. Juan, IV.

(2) Salm. CXIV; Epíst. á los Hebr., III, 8.

el admirable Apóstol que vosotros conocéis (1)... Un joven militar va á agregarse al ejército, inseguro todavía sobre la vocación que debe seguir; preséntase un pobre á su paso, la gracia de Dios toca su corazón, corta su capa y da la mitad al pobre para preservarle del frío; esta fidelidad en seguir una buena inspiración decide de toda su vida, y llega á ser el ilustre san Martín, la perla de los obispos de todas las Galias (2). Otras veces este momento de la gracia sigue diversas fases... Ahí tenéis al pobre Hijo pródigo reflexionando sobre su estado, comprendiendo su miseria, concentrándose en sí mismo y volviendo á su padre (3). Tal pasará, si quereis, con san Agustín, alma recta, justa, amiga de la verdad, en la cual, apesar de las pasiones y de hábitos funestos, la gracia bien acogida acabará por quedar victoriosa...

Por lo demás, hermanos míos, entremos en nosotros mismos, echemos una ojeada sobre nuestra vida pasada, y comprenderemos tal vez mejor aún lo que es el momento de la gracia.... ¿No ha habido, en el decurso de vuestra existencia, algunos instantes en que la fé, despertándose en vosotros, os mostraba, en cierto modo, de una manera más evidente la necesidad de servir á Dios, de evitar el rigor de sus juicios?... ¡Ah! entonces os estremeciais al pensar en la eternidad, en los terribles suplicios del infierno... Cuando la muerte ha llamado cerca de vosotros, cuando habeis recojido los últimos suspiros de un padre ó de una madre, cuando un esposo ó una esposa joven todavía han sido arrebatados á vuestro amor, cuando, apesar de todos vuestros cuidados, habeis visto á la parca segar sin piedad ó un hijo ó una hija queridos en la flor de su edad, vuestro pensamiento ¿no ha ido más allá de la tumba?... Acaso al llorar sobre aquellos que os eran caros; no habeis pensado en vosotros mismos, y en la suerte que os estaba reservada?... ¡Pues bien, estas saludables reflexiones, eran tal vez para vosotros el momento de la gracia!...

Y cuando, ya con motivo de la ceremonia de una primera comunión, ya á consecuencia de algunas instrucciones que os habían conmo-

(1) Act., IX.

(2) *In vita ejus.*

(3) Lucas, XV.

vido, habeis oído como una voz secreta, que os impulsaba á volver á Dios, que parecía deciros: «Sal del estado de pecado, deja este hábito, huye esta ocasión, haz una sincera confesión de todas tus faltas; porque si llegases á morir en el estado de conciencia en que te encuentras, el infierno sería tu destino...», ¿qué era esta voz, sinó la voz de Jesucristo que os impulsaba interiormente á volver á él?... Este llamamiento era el de la gracia. ¡Ah! ¿porqué no hemos contestado á él?...

Segunda parte. — Ahora quisiera, hermanos míos, haceros comprender bien cuán importante es para nosotros el contestar fielmente á este llamamiento de la gracia, el seguir estas buenas inspiraciones decisivas, de las cuales con frecuencia depende nuestra eternidad... Dios no quiere violentar nuestra libertad, y por fuerte que sea la voz que nos llama, podemos no querer oírla; por tiernas, por apremiantes que sean las invitaciones, de nuestro buen Salvador Jesús, tenemos la triste facultad de resistir á ellas. Mas, sepámoslo bien, estas buenas inspiraciones, este momento, que yo llamo el momento de la gracia, casi jamás vuelve; ¡desgraciado del que no lo aprovecha!... Dios pregunta á Caín: «¿Qué has hecho de tu hermano (1)?» Es la voz del Señor destinada á hacer entrar el arrepentimiento en el corazón del fratricida. Este, en lugar de escucharle, huye. ¡Pues bien, se acabó, no habrá más gracia para él, será maldecido!... «Amigo mio, ¿porqué has venido aquí?» dice Jesús presentando sus mejillas al beso de Judas (2)... ¡Qué frase en un momento como aquel!... ¡Indudablemente era, para el traidor, el llamamiento supremo de la gracia!... ¡Oh! ¿qué debió pasar entonces en el alma de aquel pérfido?... Judas, tú resistes, no te rindes: pues bien, se acabó para tí, no más gracia, no más misericordia; en lo sucesivo serán estériles tus lamentos, inútil será tu arrepentimiento y tu muerte será desesperada...

Sí, hermanos míos, hay una gracia después de la cual Dios no nos vuelve á dar ninguna más; y así como, en su sabiduría, lo dispone todo con número y medida, de igual manera digo que ha contado el número de nuestros días, y que de este número no se pasará; así como

(1) Gén.. IV, 9.

(2) Mat., XXVI, 50.

también ha contado el número de las buenas inspiraciones que nos concedería, y hay un instante, ese instante que yo llamo el momento de la gracia, después del cual cesarán, para nosotros, las luces y las buenas inspiraciones eficaces... ¡Cuántas pruebas os podría citar!... Quiero citaros un ejemplo que siempre me ha afectado; la verdad es que todo sacerdote que haya ejercido durante algunos años el santo ministerio, podría referiros historias parecidas; porque desgraciadamente no son raras... A consecuencia de un accidente ocurrido en su familia, una mujer joven aún había tomado la resolución de volver á Dios, y cumplir nuevamente sus deberes religiosos, que había descuidado desde algunos años. Fija un día, señala una hora de ese día al sacerdote que la había de confesar. Este último se encuentra en la iglesia á la hora indicada; la penitente se olvida ó no se cuida de acudir. ¡Tres días después fallecía de repente, sin haber podido recibir ninguno de los auxilios de nuestra santa religión!... Había dejado pasar el momento de la gracia; no había tenido valor para seguir hasta el fin su buena resolución: pues bien, ¡se había acabado para ella!...

Después de todo, hermanos míos, ¿no os parece que esta conducta de Dios está muy arreglada á la justicia? ¡Cómo! Toca á un alma, la apremia, la conmueve, la hace ver claramente su estado y la necesidad que tiene de salir de él; llama vivamente á la puerta de aquel corazón y se le desprecia, se desdeñan sus inspiraciones, se toman á broma sus gracias, no se le quiere abrir!... ¿No es justo que él cese de exponerse á semejantes desaires?... Hay más, esta conducta hasta está conforme con la misericordia del Señor. Cuantas más gracias recibamos, más cuentas tendremos que dar, y seremos también más culpables si las despreciamos (1). ¡Pues bien! Dios, viendo que abusamos siempre de sus gracias, nos las retira, por temor de que nos hagamos todavía más culpables, tal como un padre se niega por bondad á dar dinero á su hijo libertino é incorregible...

PERORACIÓN. — Hermanos míos muy amados, ¡cuánta confusión deben causarnos estas reflexiones sobre el momento de la gracia y sobre su

(1) Conf. S. Leonardo de Port-Maurice, *Del número de los pecados y de las gracias.*

importancia!... ¡Oh! lo que os digo á vosotros, á mí mismo me lo digo... Es que debemos operar nuestra salvación con temor y estremecimiento; es que la misericordia de Dios, con ser inmensa, está limitada por su justicia; es que, y os ruego que reflexionéis bien sobre este pensamiento, es que, sin duda alguna, para muchos de nosotros, esta Cuaresma, esta instrucción será tal vez el momento de la gracia; ¡el instante que decidirá de nuestra eternidad!... ¡Cuán grave es esto! pero también, hermanos míos, cuán cierto es!... ¡Ah! cual os decía al principiar, recordándoos las palabras del Apóstol, si hoy, durante esta santa cuarentena, oís la voz de Señor, no endurezcáis vuestros corazones... Si con motivo de tal ó cual verdad que se os desarrollará, si por virtud de las oraciones que la Iglesia multiplica en este tiempo para la conversión de los pecadores; si, digo, sentís despertarse vuestra fé, estremecerse vuestra alma, conmoverse vuestro corazón; si vuestra conciencia mejor iluminada se despierta, si los remordimientos hablan más alto; si el temor del infierno y el deseo del cielo se hacen sentir mejor en vuestras almas; ¡oh, almas queridas, carísimos hermanos, nó, os conjuro en nombre de Jesús, que os llama y que os quiere salvar, en nombre de vuestra eterna salvación, á que no resistáis á estas buenas inspiraciones; tal vez ésta es para vosotros la última gracia que Dios os concede... Tal vez está cansado de aguardaros; tal vez está colmada la medida de vuestros pecados... Pensémoslo, hermanos míos carísimos, ahora que Jesús va á bendecirnos; pensémoslo también, esta noche, antes de entregarnos al sueño, y tomemos la resolución sincera, firme y eficaz de volver á Dios y de serle fieles para siempre... ¡Así sea!

INSTRUCCION SÉPTIMA

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Orgullo, respeto humano, principales obstáculos para la confesión.

TEXTO. — *Quorum remisertis peccata remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt.* Aquellos á quienes perdonareis los pecados, les seran perdonados, á aquellos á quienes los retuviereis, seran retenidos.

(JUAN, XX, 23)

EXORDIO. — Hermanos míos, tal vez nadie hay entre nosotros que no haya oído salir del alguna boca ignorante ó impía esta afirmación tan simple como estúpida: « La confesión de nada sirve; fué inventada por los curas. » Por poco, sobre todo, que se haya tropezado con protestantes, éstos no han dejado de repetir esta ridícula necedad. Dura es quizás la palabra; pero no encuentro otra, y me parece la única verdadera... Una comparación espero que va á hacer comprender, hasta á los niños, cuán ignorantes son los que emplean semejante lenguaje.

Figuráos que, esta noche, al subir á este púlpito, hubiese principiado mi instrucción así: « De orden de Jesucristo vengo, hermanos míos, á anunciaros que, para salvaros, es preciso que depositéis todos vuestros bienes en mis manos, á fin de que yo haga uso de ellos como mejor me acomode; es una verdad de fé; este es el precio de vuestra salvación... » ¿No diríais todos: « ¿Cuál es este dogma nuevo, este mandamiento desconocido hasta ahora?... Nuestros padres no oyeron hablar nunca de él; es la primera vez que se nos anuncia. Si fuese cierto, no se habría aguardado hasta hoy á predicárnoslo... » Os reiríais á mis barbas; y, á la verdad, en este caso tendríais razón...

importancia!... ¡Oh! lo que os digo á vosotros, á mí mismo me lo digo... Es que debemos operar nuestra salvación con temor y estremecimiento; es que la misericordia de Dios, con ser inmensa, está limitada por su justicia; es que, y os ruego que reflexionéis bien sobre este pensamiento, es que, sin duda alguna, para muchos de nosotros, esta Cuaresma, esta instrucción será tal vez el momento de la gracia; ¡el instante que decidirá de nuestra eternidad!... ¡Cuán grave es esto! pero también, hermanos míos, cuán cierto es!... ¡Ah! cual os decía al principiar, recordándoos las palabras del Apóstol, si hoy, durante esta santa cuarentena, oís la voz de Señor, no endurezcáis vuestros corazones... Si con motivo de tal ó cual verdad que se os desarrollará, si por virtud de las oraciones que la Iglesia multiplica en este tiempo para la conversión de los pecadores; si, digo, sentís despertarse vuestra fé, estremecerse vuestra alma, conmoverse vuestro corazón; si vuestra conciencia mejor iluminada se despierta, si los remordimientos hablan más alto; si el temor del infierno y el deseo del cielo se hacen sentir mejor en vuestras almas; ¡oh, almas queridas, carísimos hermanos, nó, os conjuro en nombre de Jesús, que os llama y que os quiere salvar, en nombre de vuestra eterna salvación, á que no resistáis á estas buenas inspiraciones; tal vez ésta es para vosotros la última gracia que Dios os concede... Tal vez está cansado de aguardaros; tal vez está colmada la medida de vuestros pecados... Pensémoslo, hermanos míos carísimos, ahora que Jesús va á bendecirnos; pensémoslo también, esta noche, antes de entregarnos al sueño, y tomemos la resolución sincera, firme y eficaz de volver á Dios y de serle fieles para siempre... ¡Así sea!

INSTRUCCION SÉPTIMA

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Orgullo, respeto humano, principales obstáculos para la confesión.

TEXTO. — *Quorum remisieritis peccata remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt.* Aquellos á quienes perdonareis los pecados, les seran perdonados, á aquellos á quienes los retuviereis, seran retenidos.

(JUAN, XX, 23)

EXORDIO. — Hermanos míos, tal vez nadie hay entre nosotros que no haya oído salir del alguna boca ignorante ó impía esta afirmación tan simple como estúpida: « La confesión de nada sirve; fué inventada por los curas. » Por poco, sobre todo, que se haya tropezado con protestantes, éstos no han dejado de repetir esta ridícula necedad. Dura es quizás la palabra; pero no encuentro otra, y me parece la única verdadera... Una comparación espero que va á hacer comprender, hasta á los niños, cuán ignorantes son los que emplean semejante lenguaje.

Figuráos que, esta noche, al subir á este púlpito, hubiese principiado mi instrucción así: « De orden de Jesucristo vengo, hermanos míos, á anunciaros que, para salvaros, es preciso que depositéis todos vuestros bienes en mis manos, á fin de que yo haga uso de ellos como mejor me acomode; es una verdad de fé; este es el precio de vuestra salvación... » ¿No diríais todos: « ¿Cuál es este dogma nuevo, este mandamiento desconocido hasta ahora?... Nuestros padres no oyeron hablar nunca de él; es la primera vez que se nos anuncia. Si fuese cierto, no se habría aguardado hasta hoy á predicárnoslo... » Os reiríais á mis barbas; y, á la verdad, en este caso tendríais razón...

Por ahí podeis juzgar, hermanos míos muy amados, del éxito que habría tenido quien hubiese sido el primero en decir : « Para alcanzar el perdón de vuestros pecados, es preciso confesarlos al sacerdote, todos, hasta los más secretos. » Se habrían burlado de él; porque la confesión es realmente una cosa que repugna tanto á la naturaleza como el sacrificio de los bienes, de que os hablaba en mi suposición. Ya veis pues que yo tenía razón al decir que esta objeción de los protestantes y de los malos cristianos contra las confesiones es una necedad y un absurdo.

Voy ahora á nombraros al inventor de la confesión ; es aquel que bajó del cielo para salvarnos; es aquel que, Dios y hombre á la vez, es el único que tiene el derecho de fijar las condiciones bajo las cuales nos quiere perdonar : es Jesucristo... Al decir él á los Apóstoles y á todos sus sucesores : *Serán perdonados los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonáreis, y serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los reluviereis*, ¿ por este mismo hecho no estableció la Confesión?.. Para saber si se debe perdonar ó retener, es necesario conocer, y por consiguiente, es necesaria la confesión, el reconocimiento de los pecados...

PROPOSICIÓN. — Mas dejemos á un lado á los incrédulos y á los impíos : aquí, entre nosotros, no hay ninguno. Esta mañana pues, al hablaros de la confesión (1), os hemos manifestado que era una de las invenciones más amorosas y saludables del corazón de Jesús. Veamos, esta noche, cómo y porqué tantos cristianos que han conservado la fe desdenan esta invención y descuidan este medio tan fácil de alcanzar el perdón de sus pecados...

DIVISIÓN. — Seamos francos, hermanos míos, y convengamos en que las razones que nos impiden confesarnos pueden reasumirse casi todas en estas dos cosas : *primera*, nuestro orgullo ; *segunda*, el respeto humano. Unas cuantas palabras no más sobre cada una de estas dos razones.

Primera parte. — ¡Nuestro orgullo!.. Sí, nuestro orgullo nos impide

(1) Alusión á la *Homilía popular* sobre el Evangelio del cuarto domingo de Cuaresma.

confesarnos. Detengo á este buen hombre, á esa respetable mujer : « Y pues, amigos míos, ¿porqué no os confesais? Vuestro ejemplo produciría un buen efecto tanto en la parroquia como en vuestros hijos ; y luego, á vosotros mismos no os falta más que esto para ser unos buenos cristianos. — ¡Confesarnos!.. pero si nosotros no hacemos nada malo; los hay que van á confesarse que no valen tanto como nosotros... » Y entonces, si yo quisiese escucharles, empezarian á extenderse contra los defectos de los que cumplen con sus deberes religiosos... ¡Ah! hermanos míos, nosotros que tenemos la dicha de practicar todos los deberes que la religión impone, acordémosnos de que se tienen puestos los ojos sobre nosotros y que la menor cosa de nuestra parte escandaliza... Pero, vosotros que pretendéis no tener necesidad de confesaros, porque no haceis nada malo, vamos á ver, entre vosotros y yo, si decís verdad... Quiero ser generoso; os concedo todas las cualidades que os figurais tener... No examinaré si sois constantes en rogar á Dios y cómo le rogais ; si no os acontece, en vuestros enfados y en vuestros arrebatos, proferir blasfemias y juramentos que hacen temblar ; no averiguaré si habeis respetado siempre la reputación del prójimo, si no habeis dicho jamás palabra alguna que haya podido perjudicar su honor, ni si habeis cometido alguna acción que haya podido dañar sus intereses... Hasta quiero creer que vuestra mirada ha sido siempre casta, que vuestro corazón no ha palpitado jamás sinó bajo la influencia de pensamientos legítimos ; que habeis rendido siempre á Dios los homenajes y adoraciones á que tiene derecho... — ¿Hay bastante?.. ¿Estais contentos?.. ¿Soy generoso?.. — Sí, habeis hecho todo esto; teneis la pretensión de ser unos justos... ¡Oh! Dios se tendrá por muy dichoso de recibirlos en su Paraíso!.. ¿Quién sabe si habrá un sitio bastante bello para vosotros!.. ¡Pues bien! nó, hermanos míos, estais en un error; aun cuando tuvieseis todas las cualidades que acabo de enumerar, y otras muchas, negándoos á confesaros, á humillaros en presencia de Dios, para él no seriais más que unos miserables y unos orgullosos... Escuchad una historia referida por el mismo Señor Nuestro Jesucristo, y aprovecháos de ella...

Un día, dice, subieron juntos dos hombres al templo para orar (1). El

(1) Luc., XVIII, 10 y sigu.

uno era un fariseo, el otro un publicano. El fariseo, habiéndose adelantado hasta junto al altar, y manteniéndose altivamente de pié, y con la cabeza alta, decía á Dios: « Señor, te doy gracias porque no soy, como los demás hombres, blasfemador, avaro ni mentiroso; doy el diezmo de mis bienes, observo los ayunos que están mandados y cumplo tu ley. Nó, yo no soy un miserable como ese publicano que distingo allá abajo arrodillado; ¡ bendito seas: te lo agradezco !... » Por su parte el publicano había entrado también en el templo; pero considerando cuán justo es Dios, y cuánta necesidad tiene de su misericordia el hombre débil y pecador, se había postrado humildemente junto á la puerta y, golpeándose el pecho, decía: « ¡ Señor, apiádate de mí, que soy un pobre pecador! » — « En verdad, dice Jesucristo, el uno se volvió justificado y el otro nó. » ¿ A cuál de los dos os pareéis, vosotros que pretendéis no tener necesidad de confesaros?... Pensadlo; ¡ pero pensadlo seriamente !....

Segunda parte. — He añadido, como segunda razón que priva de confesarse á muchos cristianos, el respeto humano... Este asunto exigiría toda una instrucción; y aquí no puedo hacerlos más que algunas cortas reflexiones. De modo, hermanos míos, que cuando se trata de intereses temporales, os tiene sin cuidado lo que puedan pensar los demás... Para hacer un negocio, para comprar una pieza de tierra, para reparar una casa, no se hace caso del *qué diran*, se le desprecia. Pero en cuanto se trata de los intereses del alma, se tiene vergüenza, se tiene miedo de una insulsa broma soltada por algunos atolondrados; se temen las pullas de taberna... Veamos, cristianos, quién son esos hombres ó esas mujeres cuyas chanzas os dan miedo... Son ebrios ó pilluelos, algunas mujeres perdidas... ¿ Y esto es lo que os asusta?... Un hatajo de simples á quienes, realmente no quisierais pareceros, y para quienes experimentais el más profundo desprecio... « Si me confieso, pensais, ¿ qué se dirá?... » ¿ Qué se dirá?... Algunos tontos se burlarán; pero los hombres honrados y sensatos os apreciarán más... ¿ Lo que se dirá?... Después de todo, ¿ qué os importa lo que se dirá, con tal que vosotros esteis en paz con Dios y con vuestra conciencia?...

Hermanos míos muy amados, ¡ cuán lastimosa escusa será delante de Dios la de ese miserable respeto humano!... Representémosnos al alma que habrá sacrificado en aras de este vano fantasma su conciencia

y sus más sagrados deberes, representémosnos esta alma en el tribunal del Juez Supremo. — « Señor, dirá ella, yo bien hubiera querido observar vuestra ley, mi conciencia me decía que era justa, pero... no me atreví; tal vecino me habría ridiculizado, tal pariente se me habría burlado; tuve miedo de sus chanzas... Sin embargo, podeis creerlo, en el fondo de mi corazón yo os amaba... — Mientes, dirá el soberano Juez, tú no me has amado jamás; tú no sabes cómo se ama. ¿ He tenido miedo yo, para salvarte, de aguantar las mofas, insultos y vejaciones de todo género?... ¿ No me ví revestido por Herodes con el traje de los locos? ¿ no he sido disfrazado como un rey de teatro? y, con una caña en la mano y una corona de espinas en la cabeza, ¿ no he sido abandonado, durante toda una noche, como un juguete, á las insolentes befas de una soldadesca brutal!... ¡ Tú temías las burlas!... ¡ Cobarde! ¿ Temí yo, para redimir tu alma, los alaridos, los sarcasmos de los Judíos?... ¿ Retrocedí yo ante la flagelación, ante la humillante compañía de dos ladrones y ante la ignominiosa muerte en cruz?... Mal servidor, te avergonzaste de mí delante de los hombres; yo me avergüenzo de tí delante de mi Padre y de mis Angeles... ¡ Eres un cobarde, un ingrato, un traidor!... ¡ Retírate de aquí, no te conozco!... » Cobardía, ingratitud, traición, de todo esto hay, hermanos míos, en el respeto humano. Se es cobarde, puesto que no se tiene el valor de seguir las luces de su conciencia; somos ingratos porque no nos atrevemos á corresponder al amor que Jesucristo nos manifestó; y no teniendo la energía de estar con él, mostrándonos discípulos suyos fieles, estamos contra él y, por consiguiente, le hacemos traición...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, antes de concluir quiero indicaros todavía en pocas palabras otro obstáculo que nos impide el confesaros.. Este obstáculo es la vergüenza y cierto miserable temor. « Hace diez años, quince años que no me he confesado, se dice; ni sabré como lo tengo que hacer. » — ¡ Oh! nada temais, se os enseñará, el confesor os ayudará. Traed únicamente buena voluntad y con esta sola disposición hareis una excelente confesión... Ved ahí una inconsecuencia, hermanos míos: os proponeis confesaros á lo menos en la hora de la muerte. ¿ De manera que, entonces, cuando el mal habrá debilitado vuestras facultades, cuando el dolor absorberá vuestra atención, podreis hacerlo

mejor que ahora?... ¿No vale más empezar desde este año? « Es que no me atrevo; tengo miedo, tengo tan penosas confesiones que hacer... ¿Qué pensaría de mí mi confesor? » No, carísimos hermanos míos, no digáis esto. ¿Qué gran vergüenza puede haber en abrir vuestro corazón al ministro del Señor, obligado al más riguroso secreto (esta mañana lo decíamos) y sujeto él mismo á la ley común?... Y ¿qué ireis á decirle que él no sepa ya? que vuestra alma, azotada por las pasiones, no siempre las ha sabido resistir? Ireis á comunicarle la noticia más agradable para su corazón de sacerdote, á saber, que una oveja desde largo tiempo extraviada, vuelve al redil, y que, ayudándola á romper sus cadenas va á dar una gran alegría al cielo, á devolver la paz á un hermano y á ganar él mismo una preciosa corona (1). ¿Qué pensará?... Pensará, que Dios os ama y que os quiere salvar. No bien hayais acabado de confesar vuestras faltas, las habrá él olvidado ya, para no acordarse más que de las bondades y misericordias del Señor. Curará vuestras llagas, os animará, os volverá á poner dulcemente en el camino del cielo, y unirá sus oraciones á las vuestras, á fin de que Dios os conceda la gracia de la perseverancia... ¡Así sea!

(1) Conf. Martinet, *Science de la vie*.

INSTRUCCION OCTAVA

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Necesidad que tienen todos de convertirse.

TEXTO. — *Convertimini... filii hominum; quoniam... tamquam dies hesternae quae praeteriit... anni eorum erunt*; Convertíos, hijos de los hombres; porque vuestros años serán como el día de ayer que pasó ya.

(SALM. LXXXIX, 3, 4 y 5).

EXORDIO. — Se nos habla con frecuencia, hermanos míos muy amados, de conversión, de la necesidad de convertirnos. Convertíos á mí, dice el Señor por boca de su profeta, *é yo me convertiré á vosotros* (1). *Si vosotros no os convertís á mí*, decía nuestro Señor Jesucristo, á los que le rodeaban, *no tendreis parte en la vida eterna* (2). ¿Qué es pues esta conversión que tanto se nos recomienda y sobre la cual se insiste de un modo muy especial en este tiempo de Cuaresma?... Escuchad... Convertirse es pasar de una vida mala ó cuando menos de una vida que no es bastante cristiana, á otra vida más conforme con la voluntad de Dios... ¿Convertirse?... Es también, si se quiere, pasar de una vida buena ya á otra vida mejor y más ferviente: en una palabra, convertirse es volver hacia Dios, dirigirse más ardientemente hacia él... Una comparación os hará comprender bien mi pensamiento. Suponed que todos nosotros tenemos que marchar en una misma dirección, hacia un mismo fin; pero los unos se van por el lado opuesto, y los otros dan largos rodeos, en lugar de encaminarse directamente al término fijado. ¿No es verdad que, para alcanzar este fin, para llegar

(1) Zac., I, 3.

(2) Mat., XVIII, 3.

mejor que ahora?... ¿No vale más empezar desde este año? « Es que no me atrevo; tengo miedo, tengo tan penosas confesiones que hacer... ¿Qué pensaría de mí mi confesor? » No, carísimos hermanos míos, no digáis esto. ¿Qué gran vergüenza puede haber en abrir vuestro corazón al ministro del Señor, obligado al más riguroso secreto (esta mañana lo decíamos) y sujeto él mismo á la ley común?... Y ¿qué ireis á decirle que él no sepa ya? que vuestra alma, azotada por las pasiones, no siempre las ha sabido resistir? Ireis á comunicarle la noticia más agradable para su corazón de sacerdote, á saber, que una oveja desde largo tiempo extraviada, vuelve al redil, y que, ayudándola á romper sus cadenas va á dar una gran alegría al cielo, á devolver la paz á un hermano y á ganar él mismo una preciosa corona (1). ¿Qué pensará?... Pensará, que Dios os ama y que os quiere salvar. No bien hayais acabado de confesar vuestras faltas, las habrá él olvidado ya, para no acordarse más que de las bondades y misericordias del Señor. Curará vuestras llagas, os animará, os volverá á poner dulcemente en el camino del cielo, y unirá sus oraciones á las vuestras, á fin de que Dios os conceda la gracia de la perseverancia... ¡Así sea!

(1) Conf. Martinet, *Science de la vie*.

INSTRUCCION OCTAVA

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Necesidad que tienen todos de convertirse.

TEXTO. — *Convertimini... filii hominum; quoniam... tamquam dies hesternae quae praeteriit... anni eorum erunt*; Convertíos, hijos de los hombres; porque vuestros años serán como el día de ayer que pasó ya.

(SALM. LXXXIX, 3, 4 y 5).

EXORDIO. — Se nos habla con frecuencia, hermanos míos muy amados, de conversión, de la necesidad de convertirnos. Convertíos á mí, dice el Señor por boca de su profeta, *é yo me convertiré á vosotros* (1). *Si vosotros no os convertís á mí*, decía nuestro Señor Jesucristo, á los que le rodeaban, *no tendreis parte en la vida eterna* (2). ¿Qué es pues esta conversión que tanto se nos recomienda y sobre la cual se insiste de un modo muy especial en este tiempo de Cuaresma?... Escuchad... Convertirse es pasar de una vida mala ó cuando menos de una vida que no es bastante cristiana, á otra vida más conforme con la voluntad de Dios... ¿Convertirse?... Es también, si se quiere, pasar de una vida buena ya á otra vida mejor y más ferviente: en una palabra, convertirse es volver hacia Dios, dirigirse más ardientemente hacia él... Una comparación os hará comprender bien mi pensamiento. Suponed que todos nosotros tenemos que marchar en una misma dirección, hacia un mismo fin; pero los unos se van por el lado opuesto, y los otros dan largos rodeos, en lugar de encaminarse directamente al término fijado. ¿No es verdad que, para alcanzar este fin, para llegar

(1) Zac., I, 3.

(2) Mat., XVIII, 3.

á este término, tendran necesidad todos de cambiar de dirección, de volverse hácia dicho fin, de marchar en aquel sentido? Pues bien, hermanos míos, convertirse es una cosa por el estilo. Dios, la felicidad del cielo son, como hemos dicho, el fin, el término á que deben dirigirse nuestros pensamientos, nuestros votos, todos nuestros esfuerzos. Ahí es donde debe terminar para nosotros ese viaje que se llama la vida... Y decidme, ¿no hay muchos que, en vez de ir hácia el fin, le vuelven la espalda?... ¿No marchan en línea recta hácia un paraje que no es el cielo?... Para estos, convertirse es dar media vuelta y seguir un camino opuesto al que tomaron. Hay otros que prueban de dar algunos pasos hácia aquel fin, pero que se dejan desviar con frecuencia; marchan decantándose, sus pasos no se dirigen bastante francamente, con bastante rapidez hácia él... Para estos, convertirse es orientarse mejor en la vida, es redoblar su ardor y energía en la senda del bien.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Es tan raro amar á Dios de todo corazón y hacer todo lo que se puede para salvarse, que se puede decir con verdad, que todos nosotros tenemos necesidad de convertirnos. *En primer lugar*, los pecadores han de salir del estado del pecado; *en segundo lugar*, aquellos mismos que creen ser justos han de esforzarse en llegar á ser mejores.

Primera parte. — Hablemos ante todo de los pecadores, de esos que no se confiesan, ó que se hallan en estado de pecado mortal... Es evidente que éstos tienen necesidad de convertirse. Ellos mismos lo confiesan en el fondo de su corazón; porque, en suma, por apático que uno sea, por indiferente que uno parezca, por poco afanoso que uno se muestre de su salvación eterna, siempre hay que, cuando uno ha sido educado por una madre cristiana, cuando se ha hecho una buena primera comunión, como la mayor parte de los que me oyen, hay ciertos momentos en que la fé recobra su dominio... Ya puede uno tratar de aturdirse y apoyarse en el ejemplo de la mayoría; la conciencia, sí, la conciencia no se calla; grita, y á veces muy récio... Vamos á ver; tú, hermano mío muy amado, que asistes con bastante regularidad á los divinos oficios, que rezas tus oraciones, que has conservado un resto de tus costumbres cristianas; bajemos juntos á tu corazón y estudiemos tus pensamientos... Eres un hombre de bien, tus manos jamás se han man-

chado con los bienes ajenos; no has promovido pleito alguno injusto á tu prójimo; jamás has atacado ni su honor ni su reputación; no reniegas de la religión, ni eres un impío; tú rezas, tú veneras el día del Señor, tú no gustas de pronunciar palabras impuras; contento con la compañera con quien Dios te ha unido, jamás has dirigido codiciosas miradas á la hija de tu amigo, ni tendido lazos á la virtud de su mujer; es decir, en otros términos, que no eres un ladrón, ni un calumniador, ni un impío, ni un adúltero (1)...

¡Qué lástima que el Señor pida otra cosa de tí!... ¡Qué lástima que haya diez mandamientos de la ley de Dios, seguidos de los cinco mandamientos de la Iglesia y de los siete pecados capitales por evitar!... Sin esto, ¿cómo se abrían de par en par las puertas del cielo para recibirte!... Pero, mi querido hermano, eres cristiano; estás bastante enterado de las verdades de nuestra santa religión y sabes bien que todas estas cualidades, por lo demás muy estimables, no bastan para salvarte... Tu conciencia te lo dice bien alto. Estás tan poco seguro de hallarte en estado de gracia, tan poco tranquilo, tan poco satisfecho con todas estas buenas cualidades, que no quisieras morir en el estado en que te encuentras... Y cuando, hablando en nombre de Dios, te digo que tienes todavía algo que hacer para ser buen cristiano, que, fuera de esos enormes vicios, queda una prolongada lista de pecados graves, de que tal vez no estás exento, que tendrías necesidad de una buena confesión, ¿no hay en tí algo que contesta muy por lo bajo: « Es verdad, el predicador tiene razón; nó, yo no quisiera morir en el estado en que me encuentro, y sin haberme confesado? » — De modo que tú, carísimo hermano, reconoces que tienes necesidad de convertirte... ¡Ah! esta voz que habla en vuestro interior, es la voz de Dios; es la gracia de Nuestro Señor Jesucristo que os invita. ¡Nó, yo os lo suplico, no endurezcáis vuestro corazón?...

Segunda parte. — Mas parece, mis muy queridos hermanos, parece á

(1) ¡Cuán difícil es desarrollar estas ideas ante un auditorio de aldeas sin repetirse!... Leo detenidamente al P. Lejeune, á san Leonardo... y á otros más modernos... ¡Ninguno ha podido evitar este inconveniente!...

primer golpe de vista que nosotros, los que cumplimos el precepto pascual, los que sobre todo tenemos la dicha de comulgar varias veces al año, no tenemos necesidad alguna de conversión... Es un error; todos nosotros la necesitamos. Por de pronto; no hay entre nosotros quienes se forman una idea falsa, incompleta de los sacramentos; quienes se confiesan como por costumbre, sin exámen, sin pesar, sin contrición, sin tomar buenas ni firmes resoluciones?... ¿No hay quienes comulgan casi sin preparación, sin gusto, sin fervor?... ¿Sabemos cómo juzga Dios semejante negligencia?... ¿Sabemos hasta qué punto nos alcanzan el perdón de nuestras faltas semejantes confesiones?... ¿No tenemos razón en dudar de su bondad?... ¿No hemos empleado también á veces el disimulo?... ¿No guardaríamos allí, en lo más hondo de nuestra conciencia, y esto tal vez desde larga fecha, alguna llaga asquerosa y oculta?... ¿Cuántas razones, carísimos hermanos, que deben, no digo entristecernos y desanimarnos, sino inducirnos á volver á Dios, á convertirnos, á acercarnos á los sacramentos, á lo menos este año, con todo el fervor de que somos capaces!...

Pero sea; admitamos por un momento que somos justos y santos; que Dios, que encuentra manchas en el sol, no vea nada en nuestra alma que le pueda desagradar... ¡Ah! todavía tendríamos necesidad de convertirnos; porque al fin, nuestra pobre voluntad es tan débil, tan vacilante... ¿Estamos acaso seguros de nuestra perseverancia?... ¿Os ha prometido Dios que no caeréis jamás?... Hubo un príncipe, un rey sábio entre todos, que se llamaba Salomón. Hijo del santo rey David; formado por sus lecciones, había heredado la virtud de su padre; Dios mismo se había dignado derramar sobre él su espíritu de luz y de sabiduría... Durante veinte años fué un modelo de justicia, de equidad y de todas las virtudes; había hecho construir el templo de Jerusalén; el Señor se le había aparecido más de una vez. ¡Pues bien!... este príncipe tan sábio, tan poderoso, colmado de tantas gracias, que, en su juventud, había sido fiel á Dios, se hizo hereje é impúdico en su vejez!... Yo no soy francmasón... ¡Contad, después de semejante ejemplo, contad con vuestra perseverancia!... ¡Ah! carísimos hermanos, contemos únicamente con la gracia de Dios, y esforcémosnos en merecerla convirtiéndonos, redoblando nuestro fervor y nuestro celo!...

Por último, vosotros los que os creéis justos y que pensáis no tener necesidad de convertirnos, ¿no habéis experimentado jamás ese desfallecimiento, esa displicencia, ese aburrimiento, esas tibiezas que se experimentan algunas veces en el camino de la salvación?... ¿No habéis tenido más de una vez caídas de esas imprevistas, repentinas?... ¡Ay! hermanos míos muy amados, es tan rápida esa pendiente que nos conduce al mal; experimentamos en nosotros tantas repugnancias para el bien, que tenemos necesidad de una vigilancia continua, de un fervor siempre creciente, para no retroceder en la senda del bien... Como un caballo indolente y sin ardor que necesita continuamente el látigo para avanzar, y que se detiene en cuanto se deja de aguijonearle; así también nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestras facultades necesitan ser continuamente activadas y excitadas, para que no pierdan de vista el fin hácia el cual marchamos, y para no detenernos en medio del camino que á él lleva. Y por lo tanto, por justos que seamos, tenemos necesidad de convertirnos también, de hacer esfuerzos para conservar, para acrecentar las buenas disposiciones que la gracia de Dios ha puesto en nuestra alma...

PERORACIÓN. — Todos pues, hermanos míos muy amados, justos ó pecadores, debemos en este santo tiempo trabajar para nuestra conversión, ocuparnos del gran negocio de nuestra salvación... Pecadores, volvamos á Dios, salgamos del estado de culpa; dejemos, dejemos la funesta senda del mal... Justos, hacéos más justos todavía, purificad vuestras intenciones, haced penitencia por vuestras faltas pasadas, trabajad para adquirir las virtudes que os faltan... Todos, justos y pecadores, volvamos á Dios de todo corazón. « Convertíos á mí, dice, y yo me convertiré á vosotros. Esforzáos en servirme, y yo por mi parte ayudaré y bendeciré estos esfuerzos. »

¡Oh Dios mio!... Ved ahí unos días de gracia y salvación que nos concedis vos todavía; queremos aprovecharlos, á vuestros piés formamos esta firme resolución... Mas para esto necesitamos vuestra ayuda; en vano es que el hombre se fatigue, si no bendecís vos su trabajo; en vano es que lllore y gima el pobre pecador, si vos no admitís sus lágrimas.... Sin vuestro auxilio, las buenas resoluciones y los deseos saludables desaparecen como esos resplandores inciertos, que brillan un momento en medio de las

tinieblas de la noche... En vano es que el predicador instruya é ilumine; sin vuestro auxilio la verdad se desliza por encima de los corazones endurecidos, encima de las almas distraídas.... En vano es que siembre y riegue; solo vos, Señor, haceis germinar los buenos pensamientos, y les haceis producir frutos... ¡Dios mio, Dios mio, en nombre de vuestro amadísimo Hijo, que murió por nosotros en la cruz, dignaos concedernos á todos las gracias que necesitamos para prepararnos santamente para la comunión pascual. Inspirad al que predica palabras fuertes, de esas que van á avivar la fé en los corazones, á alarmar las conciencias adormidas y á despertar saludables remordimientos... Dad á los que escuchan un corazón recto, un alma sencilla, una viva inteligencia de las cosas de la fé... Haced que experimenten un vivo deseo de ir al Cielo, que tiemblen al ver el infierno abierto bajo sus piés; que teman vuestros juicios, que esperen en vuestra misericordia infinita... Dios mio, Dios de clemencia y de bondad, vos no quereis la muerte del pecador, antes bien quereis que se convierta y viva... Ahí nos teneis, infelices pecadores, que os pedimos la gracia de la conversión, á fin de que vivamos para amaros, serviros y celebrar para siempre vuestra misericordia... ¡Así sea!

INSTRUCCION NOVENA.

DOMINGO DE PASIÓN (en la oración de la noche.)

No se piensa bastante en la muerte; este pensamiento sería saludable.

TEXTO. — *O Mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis.* ¡Oh Muerte, cuán amarga es tu memoria para aquellos que viven en el seno de la abundancia!

(EGLÉS., XLII, 4)

EXORDIO. — Reasumamos esta noche en pocas palabras, hermanos míos, las verdades de que os he hablado durante esta Cuaresma.. ¿Qué es el hombre?... Un sér compuesto de cuerpo y alma, parecido por su cuerpo á los animales, pero por su alma inmortal, hermano de los ángeles y llevando en sí un glorioso parecido con Dios. Sale de las manos de su Criador para efectuar ese viaje que se llama la vida; hácia él es hácia quien debe volver, si ha hecho buen uso del tiempo que se le ha dado... Colocados por el sacramento del bautismo en el camino que debe conducirnos al Cielo, si desgraciadamente, como con mucha frecuencia sucede, lo llegamos á dejar, os he dicho el amoroso afán con que Jesucristo nos busca, y la inefable misericordia con que nos proporciona los medios de volver á entrar en la verdadera senda... Os he mostrado en la Confesión un medio fácil de recobrar el buen camino... Hermanos míos, no hemos hecho más que delinear las condiciones que ha de tener la confesión para ser buena. No ignorais que ha de ser precedida por el exámen y de un verdadero pesar de nuestras faltas. Sabeis que es menester que sea sincera, hecha con la más completa buena fé; que ha de ir acompañada de buenas resoluciones, del deseo formal de huir de las ocasiones, y de una reparación eficaz, es decir generosa y real, de los daños que hayamos causado al prójimo, tanto en su honor, como en sus bienes... Hemos visto que todos nosotros

tinieblas de la noche... En vano es que el predicador instruya é ilumine; sin vuestro auxilio la verdad se desliza por encima de los corazones endurecidos, encima de las almas distraídas.... En vano es que siembre y riegue; solo vos, Señor, haceis germinar los buenos pensamientos, y les haceis producir frutos... ¡Dios mio, Dios mio, en nombre de vuestro amadísimo Hijo, que murió por nosotros en la cruz, dignaos concedernos á todos las gracias que necesitamos para prepararnos santamente para la comunión pascual. Inspirad al que predica palabras fuertes, de esas que van á avivar la fé en los corazones, á alarmar las conciencias adormidas y á despertar saludables remordimientos... Dad á los que escuchan un corazón recto, un alma sencilla, una viva inteligencia de las cosas de la fé... Haced que experimenten un vivo deseo de ir al Cielo, que tiemblen al ver el infierno abierto bajo sus piés; que teman vuestros juicios, que esperen en vuestra misericordia infinita... Dios mio, Dios de clemencia y de bondad, vos no quereis la muerte del pecador, antes bien quereis que se convierta y viva... Ahí nos teneis, infelices pecadores, que os pedimos la gracia de la conversión, á fin de que vivamos para amaros, serviros y celebrar para siempre vuestra misericordia... ¡Así sea!

INSTRUCCION NOVENA.

DOMINGO DE PASIÓN (en la oración de la noche.)

No se piensa bastante en la muerte; este pensamiento sería saludable.

TEXTO. — *O Mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis.* ¡Oh Muerte, cuán amarga es tu memoria para aquellos que viven en el seno de la abundancia!

(EGLÉS., XLII, 4)

EXORDIO. — Reasumamos esta noche en pocas palabras, hermanos míos, las verdades de que os he hablado durante esta Cuaresma.. ¿Qué es el hombre?... Un sér compuesto de cuerpo y alma, parecido por su cuerpo á los animales, pero por su alma inmortal, hermano de los ángeles y llevando en sí un glorioso parecido con Dios. Sale de las manos de su Criador para efectuar ese viaje que se llama la vida; hácia él es hácia quien debe volver, si ha hecho buen uso del tiempo que se le ha dado... Colocados por el sacramento del bautismo en el camino que debe conducirnos al Cielo, si desgraciadamente, como con mucha frecuencia sucede, lo llegamos á dejar, os he dicho el amoroso afán con que Jesucristo nos busca, y la inefable misericordia con que nos proporciona los medios de volver á entrar en la verdadera senda... Os he mostrado en la Confesión un medio fácil de recobrar el buen camino... Hermanos míos, no hemos hecho más que delinear las condiciones que ha de tener la confesión para ser buena. No ignorais que ha de ser precedida por el exámen y de un verdadero pesar de nuestras faltas. Sabeis que es menester que sea sincera, hecha con la más completa buena fé; que ha de ir acompañada de buenas resoluciones, del deseo formal de huir de las ocasiones, y de una reparación eficaz, es decir generosa y real, de los daños que hayamos causado al prójimo, tanto en su honor, como en sus bienes... Hemos visto que todos nosotros

teníamos necesidad de convertirnos, y os hemos dicho, esta mañana, que era preciso que todos cuantos somos no aplazásemos nuestra conversión (1). Y en realidad, hermanos míos, el tiempo no nos pertenece; Dios se ha reservado su propiedad; no nos ha concedido más que su goce. Y como sobre este particular no nos ha hecho promesa alguna; como, por el contrario, nos ha invitado á estar siempre alerta y, para servirme aquí de una locución vulgar, como no ha firmado con nosotros un contrato de tres, seis ni diez años, puede de un momento á otro retirarnos su tiempo y hacernos rendir cuentas... De donde se sigue, como decía esta mañana, que nosotros debemos estar siempre dispuestos, que no debemos aplazar de continuo y diferir siempre para más tarde nuestra conversión, porque él mismo nos ha advertido que vendrá como un ladrón. Y ¿cual es pues, hermanos míos, el momento de su venida? Es aquel día, ¿qué digo! aquella hora, aquel minuto, aquel segundo muchas veces imprevisto que se llama el momento de la muerte....

Proposición.— ¿La muerte?... Este es, bien lo sabeis, el término fatal, inevitable de ese viaje que se llama la vida. Rodeaos de todas las ilusiones; prolongad todos vuestros ensueños... Reináis sobre el mundo entero; todo os sale bien; os rodea una familia numerosa; estais exentos de toda clase de males, una constitución robusta os pone al abrigo de toda enfermedad; contais vivir hasta la edad de ciento veinte años... Vamos más léjos: ¿quiero concederos ciento cincuenta!.. ¿Vuestros pensamientos, vuestras esperanzas no van más que hasta allí?... No; ¿y después?... ¿Después?... Después vendrá la muerte, esta muerte sobre la cual quiero, esta noche, llamar vuestra atención...

División.— Yo quisiera, hermanos míos muy amados, deciros *en primer lugar*, que no se piensa bastante en la muerte; y *en segundo lugar*, que sería para nosotros muy saludable pensar en ella...

Primera parte.— ¿No se piensa bastante en la muerte!... Y á decir verdad, hermanos míos, ¿acaso la mayor parte de nosotros no vive en este suelo como si no debieran morir jamás?... Al ver nuestras preocupaciones

(1) Véase en el 1.^o volumen *Homilía sobre el Evangelio del Domingo de Pasión* (página 184.)

y nuestros proyectos, ¿no se diría realmente que contamos permanecer siempre en este mundo, que nuestra vida no ha de tener un término, y que el viaje que hacemos ha de durar una eternidad?... Indudablemente cuando, sentados junto á un lecho de muerte, comprimido por la angustia el corazón, inclinados sobre un amigo moribundo, secamos su helado sudor, y sostenemos su cabeza que cae, no sé lo que en nosotros se despierta... Cuando vemos su vida que se va á extinguir, manifestarse ya no más que por una respiración corta é interrumpida; contamos con terror los minutos que le quedan; y cuando en el tañido de cada una de las horas, creemos oír el grito de la muerte, entonces cesa el encanto, el dolor eleva una densa nube; perdemos de vista aquella risueña ilusión que nos seducía; hiélanse nuestras pasiones; lloramos sobre nuestro amigo, temblamos por nosotros... « ¡Ay! decimos, ¡cuán poca cosa es la vida!.. Un día yo mismo daré este triste espectáculo que tengo ante mis ojos!.. » Por fin, la mano del moribundo da á nuestra mano un último apretón y, al encontrar sus apagados ojos que buscan los nuestros, con su postrera mirada recojemos su postrer suspiro... Sí, entonces, apelo á vosotros todos, en nuestros corazones, penetrados de dolor, ablandados por la aflicción, queda grabada como en un pan de cera la impresión de la muerte; nuestros ojos se vuelven sin querer hácia nuestro momento supremo... Pero si dejamos que el pensamiento siga por un instante nuestro fétetro, ¿cuán poco dispuestos estamos á hacer que tal pensamiento vuelva á nuestra memoria!.. Esos rasgos grabados por el dolor se borran con tanta rapidez como los caracteres trazados por los niños en el polvo de un camino. No se ha enfriado todavía el cadáver de nuestro amigo ó pariente, húmedas estan aún vuestras mejillas, y ya han vuelto la sonrisa á nuestros lábios y el olvido á nuestros corazones...

¿Os parece, hermanos míos muy amados, si este cuadro es imaginario? ¿No es verdadero?... No es cierto que á todos nos pasa lo mismo?... Dícese que la perdiz, cuando se ve perseguida por un buitre ó por cualquier otra ave de rapiña, loca en cierto modo de terror, se echa en un matorral, oculta su cabeza entre la yerba ó en el musgo, imaginándose que, como ella no ve ya al enemigo que la persigue, se ha de librar así de sus crueles garras. Pero no es así; el enemigo cae

sobre ella, la coje y la devora... Hermanos carísimos, ¿no es ésta nuestra historia?... La muerte nos espanta; para librarnos de este espanto, volvemos a otro lado los ojos, tratamos de aturdir nuestro pensamiento; creemos que la salud, la fortuna, los buenos cuidados, las medicinas, los remedios. ¿qué se yo? pueden garantírnos de sus golpes, y, á la manera de las perdices locas de miedo, olvidamos que ese terrible gavilán, que se llama la Muerte, se cierne sobre nosotros, y que no hay modo de escapar á sus inexorables abrazos... ¿No es cierto, hermanos míos?... ¡Si, es demasiado cierto, no hay necesidad de insistir más sobre este punto!...

Segunda parte. — Y sin embargo, nada hay más saludable para nosotros que el pensar en este término inevitable de nuestra vida... La muerte seriamente examinada nos induce á reparar el pasado, á santificar el presente y á prevenir el tiempo futuro. Cada uno de estos pensamientos exigiría una instrucción... Pero, hermanos míos, vuestra fé, y vuestra inteligencia los comprenden... y me bastarán cortas explicaciones...

El pensamiento de la muerte nos hace reparar el pasado; porque, vosotros lo sabeis, después de la muerte todos tendremos que sufrir un juicio riguroso y severo. Es menester pues que antes de aquel fatal momento hayamos expiado por medio de la penitencia nuestras faltas pasadas, que las hayamos confesado con las mejores disposiciones posibles y que hayamos alcanzado su perdón... Pero esta muerte está amenazando siempre; ¿cuántos duermen ahora bajo tierra, que el año pasado vivían sobre su superficie!... Y la muerte no está aún satisfecha de víctimas; no ha roto todavía su guadaña; de un momento á otro nos puede venir á sorprender. De ahí, la necesidad que tenemos de hacer penitencia por nuestras culpas pasadas, mientras Dios nos da tiempo para hacerla...

El pensamiento de la muerte nos lleva igualmente á santificar el presente. ¡Oh, hermanos míos, cuán eficaz es esta consideración para vencer las tentaciones y triunfar de todos los obstáculos! « He de morir, ignoro el momento en que la muerte me vendrá á cojer; pero vendrá, estoy seguro, y tal vez muy pronto... ¡Puede venirme á sorprender en el instante en que esté cometiendo tal pecado!... ¡Y cuántos ejemplos

podríamos traernos á la memoria, oh cristianos, si quisiéramos reflexionar! Aquí un carretero aplastado mientras trabajaba en día festivo; allí y allá hombres y mujeres asesinados ó atacados de accidentes repentinos, en el momento mismo en que se entregaban al desorden... Interminable sería si quisiera decirlo todo; pero probad vosotros mismos cuán saludable es este pensamiento. Esta noche, al tenderos en vuestra cama, reflexionad seriamente sobre la muerte: cruzad los brazos sobre vuestro pecho, como os los cruzarán los que estarán encargados de daros sepultura; pensad que os encontráis dentro del ataúd.... Y si vuestra alma no hace serias reflexiones, si no experimentais el deseo de santificar bien los días que Dios os concede.... la verdad, sois dignos de compasión, y ya no tenéis fé ó por lo menos os queda muy poca....

He añadido que el pensamiento de la muerte era saludable para prever lo venidero. Y en efecto, cristianos, ¿queréis tomar buenas resoluciones? pensad en la muerte... San Leonardo, para decidir á sus oyentes á que se convirtieran y á que perseverasen en sus buenos propósitos, les enseñaba la descarnada cabeza de una célebre cortesana, fallecida algunos años antes en el hospital... ¡Dios mio! si un muerto pudiese venir á hablaros en mi lugar, ¿qué no os diría?... Buscad en un cementerio; escojed el que queráis... ¿No habeis conocido algun avaro, algun calavera, alguna de esas mujeres ó de esas jóvenes ligeras?... Interrogadlas esta noche... ¡Ah! de todas sus bocas sale una respuesta unánime: « ¡Si estamos condenados, es por no haber pensado en la muerte, es por no haber previsto lo venidero!... » No continúo, hermanos míos; apremiado por el tiempo, no he podido hacerlos más que algunas reflexiones: ¡muy serias son!... ¡Oh! os conjuro á que no las olvideis. ¡Cómo!... tan cerca de la muerte, viendo como da cada día junto á nosotros los más imprevisos golpes, la sentimos pegada á nuestros huesos ¡y no pensamos en ella!... ¡Qué desgracia!...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, ¿veís estos cirios que arden? su luz es viva, pero al fin se apagarán: vosotros lo sabeis perfectamente, la cera que los alimenta se agolará. Es la imagen de nuestra vida; también ella tendrá un término. La sola diferencia que hay es que nosotros no podemos prever el momento en que todo se habrá acabado...

¡Oh! Antes de concluir, supliquemos á Nuestro Señor Jesucristo que nos conceda la gracia de que pensemos amenudo en nuestro instante supremo: encomendémosle nuestra muerte y lo que á ella ha de seguir. «; Señor Jesús, Dios de bondad, cuando nuestros piés inmóviles nos advertirán de que está por terminar nuestro viaje sobre la tierra, apiadáos de nosotros!... Cuando nuestros ojos, oscurecidos y turbados por la proximidad de la muerte, dirijan hácia vos sus tristes y moribundas miradas; cuando nuestros frios y temblorosos lábios puedan apenas pronunciar vuestro adorable nombre; cuando nuestras pálidas y lívidas mejillas inspiren compasión y terror á los circunstantes; cuando nuestros oídos, próximos á cerrarse al ruido del mundo, se abran para oír la sentencia irrevocable, ¡misericordioso Jesús, apiadáos de nosotros!... Cuando corra por nuestra frente un sudor helado; cuando nuestros parientes y amigos reunidos á nuestro alrededor se enternezcan ante nuestro estado; cuando hayamos perdido el uso de nuestros sentidos; cuando, impelidos por la agonía, nos encontremos en los trances de la muerte, ¡oh, misericordioso Jesús, apiadáos de nosotros!... Cuando los últimos latidos de nuestro corazón obliguen á nuestra alma á abandonar el cuerpo; cuando, asomando á nuestros lábios, salga para siempre de este mundo, dejando pálido é inanimado nuestro cuerpo; cuando, finalmente, comparezca ante vos, no la rechazéis de vuestra presencia; admitidla en vuestro seno; ¡entonces sobre todo, Jesús, oh misericordioso Jesús, apiadáos de nosotros!... ¡Así sea!

INSTRUCCION DECIMA.

MIÉRCOLES DE LA SEMANA DE PASIÓN (en la oración de la noche.)

El juicio particular.

TEXTO. *Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem iudicium.* Decretado está que todos los hombres han de morir, y que en seguida seran juzgados.

(HEB., IX, 27)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, nada hay más cierto que la muerte, y nada más incierto para nosotros que el momento de nuestra muerte, y la manera como moriremos. ¿Viviremos largos años?... ¿Seremos, por el contrario, arrebatados ya en la primavera, ya en el vigor de la edad?... Lo ignoramos. ¿Pecaremos víctimas de un accidente repentino, ó á consecuencia de una larga y dolorosa enfermedad? Nadie de nosotros lo puede decir. ¿Conservaremos hasta el fin nuestra inteligencia, ó seremos presa del delirio? También esto nos es imposible afirmarlo... Pero lo que es cierto, lo que es infalible, es que todos moriremos; y lo que no es menos cierto es que ignoramos la hora y el modo de nuestra muerte... Sin embargo, hermanos míos muy amados, esta consideración de la muerte que ha de desprendernos de nuestros bienes, de nuestros placeres, del cariño de nuestros hijos y de nuestra familia, sería menos aterradora por sí sola, si nouviésemos un alma racional é inmortal; si, careciendo de inteligencia y de previsión, fuésemos como el caballo que espira en la cuadra, como el buey que es conducido al matadero... Mas nó; séres privilegiados entre todos, llamados por la bondad y misericordia del Criador á destinos inmortales, tenemos un alma que desafía los golpes de la muerte y que, cuando está separada del cuerpo, va inmediatamente á dar cuenta á Nuestro Señor Jesucristo de todas sus acciones, del bien ó del mal que hemos hecho mientras vivíamos en esta tierra... ¡Allí está, hermanos, la parte seria de la muerte; éste es su lado formidable!... Y sin

embargo, no podemos librarnos de este juicio, como no podemos librarnos de la muerte... Decretado está, dice el Apóstol, que todo hombre ha de morir, y que después de su muerte ha de ser juzgado. *Statutum est, etc.*

PROPOSICIÓN. — Sí, hermanos míos, quiérase ó no se quiera, créase ó no se crea, el juicio (y hablo del juicio particular, de ese que tiene lugar inmediatamente después de nuestra muerte), este juicio, digo, es tan inevitable como la muerte; hasta entre los impíos, tenedlo por seguro, es una de las cosas más temidas. En vano repiten: « *Cuando uno ha muerto, todo ha muerto.* » Cuando es cuestión de morir, cambian sus ideas... Si han fatigado demasiado la misericordia de Dios, mueren en la desesperación; si, por el contrario, algunas almas buenas han rogado por ellos, y sobre todo si han conservado algunos restos de prácticas cristianas, Dios les concede á veces la gracia de reconciliarse en su última hora. Teneis á Voltaire, expirando en toda la rabia de la desesperación; teneis á Toussaint, otro impío famoso, muriendo en medio de los consuelos del arrepentimiento (1). De este juicio particular, que ha de seguir á la muerte, es de lo que voy á hablaros esta noche...

DIVISIÓN. — Vamos á examinar, *en primer lugar*, cuán consolador es este juicio para el justo; y *en segundo lugar*, cuán temible es para el pecador.

Primeraparte. — El juicio particular es consolador para el alma justa; ella se presenta con confianza; ella es juzgada con bondad; ella es recompensada con magnificencia.

Se presenta con confianza. ¿Naturalmente! ¿qué podría atormentar, hermanos míos, en aquel momento á un alma verdaderamente cristiana?... ¿El recuerdo de sus culpas pasadas?... Si las confesó sinceramente, si hizo de ellas verdadera penitencia, tiene completo motivo de esperar que Dios, en su misericordia, se las ha perdonado. ¿Les habeis visto vosotros, á ese cristiano, á esa cristiana, antes de lanzar el último suspiro, les habeis visto pegar sus labios al crucifijo, y besar amorosamente la imagen del Salvador?... Nó, el pasado, que esta alma supo reparar, no puede causarle inquietud; los sacramentos que recibió antes de espi-

(1) Véase Rohrbacher, *Histoire ecclésiastique*.

rar, son otras tantas prendas que justifican su confianza... « Parte pues de este mundo, alma cristiana, se le decía en el momento de la agonía; parte en nombre de Dios Padre todo poderoso, que te ha creado, en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que te ha redimido, en nombre del Espíritu Santo, cuya gracia ha sido derramada sobre tí. ¡Vé, sea hoy tu morada la mansión de la paz y habita en la santa Sión! (1)

Es juzgada con bondad. ¿Y cómo podría ser de otra manera, hermanos míos?... Hace algunos días, tal vez apenas algunas horas, que Jesucristo descendió sobre esta alma, como un viático divino, para fortalecerla contra los trances de la muerte, para purificarla de las manchas que le pudieran quedar, y para hacerla probar anticipadamente la misericordia que le esperaba; ¿y, después de haberse dado á ella en la Eucaristía con tanto amor, sería para ella un Juez sin piedad?... ¡Nó nó! avanza sin temor, alma fiel, hácia el tribunal de tu Juez... Lee en el amor con que te acoge, la sentencia de misericordia que va á pronunciar sobre tí... Jesús la sonríe con ternura. ¡Dichosas lágrimas de la Penitencia, que borrasteis sus pecados!... ¡saludables humillaciones de la Confesión que la habeis preparado una tan dulce acogida cerca del soberano Juez!... ¡Ah, cuánto os bendice esta alma!... Mirad, sus faltas estan olvidadas... Mas, por otro lado, Jesús le tiene en cuenta el bien que ella ha practicado... Ahí se vuelven á encontrar sus limosnas, sus mortificaciones, sus oraciones; confesiones, comuniones, ejercicios de piedad; nada se ha olvidado!... Fuerte y valerosa, sirvió á Dios á despecho de todos los obstáculos, apesar de todas las burlas, de los sarcasmos de los indiferentes ó de los impíos... « Regocijate pues, le dice el soberano Juez mostrándola sus obras, bueno y fiel servidor no te avergonzaste de mí delante de los hombres... ¡pues bien; yo te acogo, yo te admito, yo te adopto como á pertenencia mia, á la faz del cielo y delante de mi Padre; entra en el goce de tu señor, ven á participar de su felicidad!... »

¡Cielos! ¡qué espléndida recompensa le espera á esta alma fiel!.. Los Angeles la rodean con amor, la saludan como á una hermana; su An-

(1) Oraciones para los agonizantes.

gel custodio sobre todo la contempla con admiración... ¡Cielos, abríos : espíritus celestiales, cantad : « ¡Gloria á Dios en lo más alto de los cielos!... » Ved ahí un alma que acaba de reunirse á vuestras filas para alabarle y bendecirle por toda la eternidad... Sube esta alma, se eleva rápida, vuela á la pátria de la bienaventuranza... ¿ Oís esos armoniosos conciertos, esos cantos de triunfo que acojen su venida?... ¿ La veis hundirse y desaparecer en ese vasto océano de luz, de alegría, de reposo y de delicias inmortales?... El esplendor y la gloria que la rodea la roban á nuestros ojos!... ¡ Oh Dios mio! ; cuán bello es el patrimonio de los justos!... ¡ Ojalá que pueda un dia ser mi suerte semejante á la suya!...

Segunda parte. — Pero ; cuán triste es, hermanos míos, el cuadro que me falta presentaros!... ¡ Cuán temible es para el alma pecadora este instante del juicio particular!... Preséntase con terror ; es juzgada con severidad ; es castigada con rigor...

Se presenta con terror... Mientras estamos en la tierra, podemos, en rigor, hacernos ilusiones ; podemos relegar al fondo de nuestra conciencia las luces de la fé ; decimos que la religión es demasiado severa, que no estamos obligados á practicar todos los deberes que ella impone ; que no hay tan gran mal en hacer tal ó cual cosa ; que, en suma, no hacemos más que seguir el camino por donde va la mayoría... Estos pensamientos y aún otros, pueden muy bien formar en nuestra alma una especie de niebla, que desnaturaliza los objetos, ó hasta un velo que nos los oculta. Pero ahí está la muerte : la muerte desvanece esta niebla, y desgarrá este velo ; ya no hay medio de hacerse ilusiones... — ¡ Comparecer ante mi Juez ! exclama la pobre alma. ¡ Comparecer ante El, en el estado en que me encuentro, cargada de tantas faltas, manchada con tantas iniquidades!... ¡ Ay! ahora las veo, ahora comprendo su fealdad!... ¡ Concédaseme tan sólo un instante de próroga!... — ¡ Prórroga?... ¡ Ay, pecador infortunado, no la hay para tí!... Y los demonios arrastran á aquella aterrada alma á los piés del Juez supremo...

Esta alma lee de antemano en los ojos de su Juez la suerte que le espera... En efecto, ¿ qué excusa, qué defensa podrá alegar? ¿ Negará que haya cometido las faltas de que se la acusa?... *Yo mismo*, dice el Señor,

seré testigo contra los pecadores en el dia de la venganza (1)... Y, ¿ qué contestar, cuando Jesús, echándonos en cara nuestra ingratitud y nuestro endurecimiento, nos dirá : « ¿ Te acuerdas de tantas gracias, de tantas buenas inspiraciones como despreciaste?... ¿ Te acuerdas de tantas instrucciones como se te prodigaron?... ¿ Te acuerdas de que tal dia, en tal instrucción de la oración de la noche, yo había inspirado al predicador para que hablase en tu presencia del juicio particular, para que vieras la suerte que te estaba reservada si no procurabas convertirte?... Despreciaste aquella instrucción, como habías despreciado las demás... ; Pues bien! ahora héte ahí en mi presencia. ¿ Es verdad que hay un juicio particular?... ; Ah! hoy lo reconoces por tu desgracia... Mal servidor ; tú te avergonzaste de mí delante de los hombres, tú desdenaste mis gracias, desconociste mi amor, despreciaste mis sacramentos ; ¡ retírate de mi presencia, no te conozco!... »

¿ Y á dónde va aquella desventurada alma, rechazada así por Dios y arrojada de su presencia?... ; Ah! ya lo sabeis, hermanos míos ; Jesucristo nos enseña que va al fuego eterno. *Ite in ignem æternum...* ; Tú triunfas, Satanás!... Sí, aquella alma, por tanto tiempo esclava tuya mientras vivió en la tierra, te pertenece, te es adjudicada por la sentencia del Juez Supremo ; ha venido á ser tu presa... El demonio la coje con una alegría cruel, la empuja delante de él como á un vil carnero : ábrese el infierno, entra en él el alma, y luego vuelven á cerrarse las puertas del terrible abismo... ¿ Oís sus rugidos, sus gritos de rabia y de desesperación?... ¿ Veis esos braseros en medio de los cuales se retuerce, esas lágrimas inútiles con que lamenta la pérdida del Cielo?... ; Horror, confusión, sufrimientos, torturas, blasfemias y maldiciones!... ; Alma perversa, tú lo quisiste, éste será tu patrimonio por toda la eternidad!...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, á nosotros nos toca ver cuál de esos dos juicios queremos sufrir... Dios que, durante estos santos dias, nos invita á hacer penitencia, nos deja aún tiempo para escoger. ; Qué desgracia para nosotros si desdenamos contestar á su llamamiento!... Y ¿ qué tememos convirtiéndonos, mientras lo tenemos que temer todo

(1) Malaquias. III, 5. ; Jerem., XIX, 23.

si no cuidamos de hacerlo?... Cierta día, una mujer piadosa, ferviente cristiana, que había empleado toda su vida en hacer obras buenas, se encontraba en una reunión con un impío famoso, que se llamaba Voltaire. Chanceándose y en son de burla, decíale este último á aquella piadosa mujer : — « ¡ Oh! señora, os vereis bien engañada, si no hay paraíso!. — Caballero, le contestó la cristiana, más engañado os vereis vos si hay un infierno. Aun cuando no hubiese paraíso, yo habría gozado en la tierra de la dulce satisfacción que uno encuentra en cumplir sus deberes y en obrar bien, y cuando habré muerto, no será peor mi suerte que la vuestra... Pero vos, que blasfemais de Dios y perseguís la religión con vuestras burlas y sarcasmos, ¿ qué vendreis á ser si hay un infierno?... Acordáos de que es horrible cosa caer en manos del Dios vivo... Y Jesucristo lo ha dicho y no puede mentir : hay un paraíso para recompensar á los buenos y un infierno para castigar á los malos. » — Y ahora, hermanos míos, uno y otra saben ya á qué atenerse... Aquella mujer, después de una muerte piadosa, disfruta allá arriba de las recompensas prometidas á la virtud : el otro, muerto con la rabia y la desesperación de un verdadero réprobo, sintió de antemano algo parecido á los suplicios que son hoy su patrimonio... Escojamos pues, amadísimos hermanos míos, mientras estamos á tiempo, á cuál de los dos queremos parecernos, cuál de los dos juicios queremos sufrir... ¡ Oh culce Jesús, hacednos la gracia de que seamos del número de aquellos que, presentándose con confianza ante vuestro tribunal, serán juzgados con bondad y recompensados con magnificencia!... ¡ Así sea!

INSTRUCCIONES POPULARES

PARA

CADA DÍA DEL MES DE MARIA.

MES DE MARIA.

INSTRUCCION PRIMERA

DOMINGO, TERCER DIA DE MAYO (1) *(en la Misa)*

María es la criatura más amada de Dios ; la más poderosa sobre su corazón.

TEXTO. *Fecit mihi magna qui Potens est...* El Todopoderoso obró en mí grandes cosas...

Exordio. Hermanos míos, vamos á interrumpir, durante algunos domingos, el curso de nuestras instrucciones habituales... El mes en que entramos está consagrado á la Santísima Virgen. Muchos de los que asisten el domingo á la santa Misa no podrán, por razón de sus ocupaciones, tomar parte en nuestros piadosos ejercicios de la noche. Espero

(1) En nuestras aldeas, los *Ejercicios del mes de María* suelen empezarse en un Domingo, y terminan igualmente en Domingo. Hemos seguido esta costumbre... En las *Homilias*, y especialmente en la *Instrucción XXII* sobre el Símbolo, se encontrarán otras consideraciones sobre la Santísima Virgen.

si no cuidamos de hacerlo?... Cierta día, una mujer piadosa, ferviente cristiana, que había empleado toda su vida en hacer obras buenas, se encontraba en una reunión con un impío famoso, que se llamaba Voltaire. Chanceándose y en son de burla, decíale este último á aquella piadosa mujer : — « ¡ Oh! señora, os vereis bien engañada, si no hay paraíso!. — Caballero, le contestó la cristiana, más engañado os vereis vos si hay un infierno. Aun cuando no hubiese paraíso, yo habría gozado en la tierra de la dulce satisfacción que uno encuentra en cumplir sus deberes y en obrar bien, y cuando habré muerto, no será peor mi suerte que la vuestra... Pero vos, que blasfemais de Dios y perseguís la religión con vuestras burlas y sarcasmos, ¿ qué vendreis á ser si hay un infierno?... Acordáos de que es horrible cosa caer en manos del Dios vivo... Y Jesucristo lo ha dicho y no puede mentir : hay un paraíso para recompensar á los buenos y un infierno para castigar á los malos. » — Y ahora, hermanos míos, uno y otra saben ya á qué atenerse... Aquella mujer, después de una muerte piadosa, disfruta allá arriba de las recompensas prometidas á la virtud : el otro, muerto con la rabia y la desesperación de un verdadero réprobo, sintió de antemano algo parecido á los suplicios que son hoy su patrimonio... Escojamos pues, amadísimos hermanos míos, mientras estamos á tiempo, á cuál de los dos queremos parecernos, cuál de los dos juicios queremos sufrir... ¡ Oh culce Jesús, hacednos la gracia de que seamos del número de aquellos que, presentándose con confianza ante vuestro tribunal, serán juzgados con bondad y recompensados con magnificencia!... ¡ Así sea!

INSTRUCCIONES POPULARES

PARA

CADA DÍA DEL MES DE MARIA.

MES DE MARIA.

INSTRUCCION PRIMERA

DOMINGO, TERCER DIA DE MAYO (1) *(en la Misa)*

María es la criatura más amada de Dios; la más poderosa sobre su corazón.

TEXTO. *Fecit mihi magna qui Potens est...* El Todopoderoso obró en mí grandes cosas...

Exordio. Hermanos míos, vamos á interrumpir, durante algunos domingos, el curso de nuestras instrucciones habituales... El mes en que entramos está consagrado á la Santísima Virgen. Muchos de los que asisten el domingo á la santa Misa no podrán, por razón de sus ocupaciones, tomar parte en nuestros piadosos ejercicios de la noche. Espero

(1) En nuestras aldeas, los *Ejercicios del mes de María* suelen empezarse en un Domingo, y terminan igualmente en Domingo. Hemos seguido esta costumbre... En las *Homilias*, y especialmente en la *Instrucción XXII* sobre el Símbolo, se encontrarán otras consideraciones sobre la Santísima Virgen.

que para éstos será un consuelo, una satisfacción el oírlos, una vez á la semana, hablar en el púlpito de esta buena Madre que tenemos en el Cielo... Vivamente les invitamos á que se unan con el corazón y con el espíritu á los fieles que, más afortunados, se reunirán cada día á los piés de la bendita Virgen, para cantar sus alabanzas y demostrarla su amor... Algunas *Ave Marias* ú otras oraciones que podrán rezar en honor de la Reina del Cielo, les asociarán á nuestros homenajes...

Sí, dulce Virgen María, todos nosotros estaremos con el corazón junto á vuestra imágen; porque todos, tanto los que vendrán á este templo, como los que por sus quehaceres se verán privados de esta dicha, tenemos una confianza ilimitada en vuestra bondad maternal... Sí, todos nosotros sentimos por vos el más profundo amor, la más tierna devoción... ¿No sois vos aquella Virgen Madre, que Jesús, nuestro adorable Salvador, nos dió?... ¿No sois vos el conducto por el cual se nos comunican todas las gracias?...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Esta mañana, hermanos míos muy amados, quisiera mostraros; *en primer lugar*, que la Virgen Santísima es la criatura más amada de Dios; *en segundo lugar*, que es la más poderosa y la más digna de nuestra confianza (1)...

Primera parte. María es la criatura más amada de Dios... ¿Qué idea os formais en vuestro espíritu, amados hermanos míos, cuando invocais á la Santísima Virgen?... ¿Qué es lo que os representais en vuestra imaginación?... ¡Fijaos bien!... Cada vez que acude á vuestros labios el delicioso nombre de María, debéis figuraros á una gran señora, que es parienta en primer grado del mismo Dios; debéis representaros á una madre que tiene el derecho de decir, al hablar con el Altísimo, lo que dicen las madres de la tierra al hablar con sus hijos: «Hijo mío; tú eres mi hijo!...» Debeis imaginaros una obra maestra tan perfecta, tan sublime, que el brazo mismo del Omnipotente no puede producirla más bella como á criaturas puras... Él puede crear una infinidad de soles más brillantes unos que otros, una infinidad de ángeles más santos unos que otros; ¡pero una criatura más noble, más arroba-

(1) V. Miekow, Conferencia sobre el título de *Madre de Dios*, y san Leonardo de Port-Maurice, sobre la Santísima Virgen.

dora, más graciosa que su madre!... Nó, no puede hacerla; porque, al formar á María su madre, dió á luz, por decirlo así, todo lo que de más bello, bueno y sagrado había en los tesoros de su omnipotencia (1)...

Desde el principio del mundo, y á medida que fué sacando de la nada á tantas admirables criaturas, Dios puso, en cierto modo, aparte lo que ellas ofrecían de más perfecto para enriquecer con ello á su madre... Así, al crear el sol, tomó de él un resplandor sin mancha, que reservó para María: al crear la luna con sus fases, tomó de ella su suave brillo, para adornar con él á su madre: al producir el cielo, las estrellas, las plantas y todas las criaturas más magníficas, quiso que ellas fuesen como un bosquejo de su obra maestra por excelencia, de María su madre!... La miró siempre como á su hija predilecta, nacida antes que toda criatura... Sí, María fué, sinó en la ejecución, á lo menos en la intención, creada por el Altísimo antes que cualquier otra criatura... (2) Ella fué el fin de las más bellas obras que Dios ha producido exteriormente.

¡Esto tal vez os admira!... ¡Ah! es que no comprendéis toda la excelencia de María... Escuchad esto: un día Jesús apareció á santa Teresa... «Teresa, la dijo, si yo no hubiese hecho el mundo, lo haría para tí sola, tan grande es el amor que te tengo (3)...» Ahora bien, si Dios habría creado el mundo por el amor de una de sus siervas, ¿cómo dudar que lo habría creado por su madre, una madre tan digna, una madre á quien ama tan tiernamente?... Creed á san Bernardo, que os dice claramente que para ella fué para quien fué creado el mundo entero... ¡Oh! Virgen admirable, augusta Reina, poderosa Soberana, sí, todo lo que este universo encierra de bello y de bueno, todo es para vos, ó más bien todo es vuestro, como vuestro es Jesucristo, á quien llevasteis en vuestro casto seno!... ¡Oh María, después de Dios, nada se puede encontrar más hermoso ni más grande que vos entre las puras criaturas!...

Pero no es esto todo; María está también más elevada en el orden de

(1) V. Santo Tomás, Suma Teológica, 1ª parte, cuest. XXV, art. 6.

(2) S. Léonardo de Port-Maurice y J. Miekow, *ut supra*.

(3) Véase su *Vida*, escrita por ella misma. Apéndice 1.

la gracia... Y para convenceros más claramente de esto, colocadla sola en un lado; y en el otro alinead á todos los escogidos, á los Apóstoles, Patriarcas, Profetas y á todos esos millones de Mártires que tan cruel muerte padecieron por el amor de Dios; añadid á ellos los ángeles, los arcángeles y todos los justos que hay en la tierra y todos los bienaventurados que hay en el Cielo (1)... Pues bien; sabed, hermanos míos, que Dios ama más á la bienaventurada Vírgen, sola, que á todos los santos del paraíso... Los demás santos fueron enemigos de Dios antes de ser sus hijos; María es la única que no apareció jamás manchada con falta alguna; desde el primer instante de su concepción inmaculada apareció noble, bella, gloriosa, llevando ya la corona en su cabeza; vírgen predestinada para ser la madre del Rey del cielo, aún antes de que empezase á existir... Elejida como una Reina entre el pueblo de los escogidos, ni un solo instante estuvo bajo el dominio del infernal dragón, siempre estuvo entre los brazos de su Dios...

Tal es esta obra maestra más magnífica por sí sola, más preciosa, más gloriosa para Dios que todas las criaturas reunidas... ¿Quereis, hermanos míos, formaros una idea del inmenso amor de Dios hácia su madre?... Suponed, por un imposible, que Dios tuviese que sacrificar, ó á la Santísima Vírgen sola, ó á todos los demás santos, ángeles y bienaventurados del paraíso. ¿Qué haría?... ¿Lo que haría?... Vedlo ahí: abrazaría á su Madre, y una vez ésta salvada, dejaría perecer el paraíso... Y no creais que exagero. Nó; es una verdad incontestable, basada en la enseñanza de los santos. (2)... ¿No considera Dios á María como á madre suya, como á corazón de su corazón? y con este título ¡qué amor tan inmenso!... ¡Oh Vírgen, oh Madre, oh María!... ¡Vos sois la bendecida, vos sois la que habeis conquistado el corazón del mismo Dios!

Segunda parte. Pero María no es solamente la amada de Dios, sinó que es además la dispensadora de sus favores... Dios ha depositado en sus manos todos los tesoros de la gracia; todo lo que Dios puede,

(1) Angeles, arcángeles, Apóstoles, mártires, confesores, bienaventurados innumerables que reináis en el Cielo... ¡Cuán bella y santa asamblea! ¡Y María está sola!

(2) Véanse sus testimonios en la obra del P. Miekow.

lo puede ella... El mismo poder, dice un sábio doctor, es común al Hijo y á la Madre, habiendo sido ésta elevada á la omnipotencia por su Hijo, que es omnipotente. La medida de los privilegios de María es la omnipotencia del mismo Dios... Dícese: feliz aquel que tiene en el paraíso á un santo que aboga por él... Yo os digo que seríamos cien veces, mil veces más dichosos, si la Vírgen Santísima pronunciase una palabra en favor nuestro, porque ella obtendría más con una simple palabra, que todos los ángeles y todos los santos con sus súplicas reunidas...

Para formaros una idea de ello, volvamos á cojer nuestra comparación... Figuráos que se haga comparecer aquí, en esta iglesia, al más gran pecador que exista en el mundo, al más criminal, al más desesperado... Mirad, á un costado, sentada en un trono, á la bienaventurada Vírgen María; á otro costado, á la multitud de ángeles y santos que pueblan la córte celestial. Supongamos que éstos, animados de un santo celo, conjuran al Señor á que saque del mundo á aquel miserable endurecido, y que María, como Madre de misericordia, le ruega que tenga piedad de aquel mismo pecador que, en un impulso de arrepentimiento, ha recurrido á ella... Supongamos, digo, que los santos piden el castigo y María el perdón... ¿Qué hará el Señor?... ¿Perdonará?... María es sola, y los santos son innumerables; María no dice más que una palabra en favor del culpable, los santos reclaman con vehemencia en el tribunal de Dios... Éstos quieren absolutamente el castigo; María con una simple seña pide y quiere el perdón... ¿Cuál será la decisión?... ¡Ah! ¿lo dudáis?... Una simple palabra de María tiene más peso que todas las instancias de los santos... ¡Qué dicha, pobres pecadores, si tenemos para nosotros á esta poderosa Vírgen!...

Pero, me direis, ¿de dónde viene tanto poder en María cerca de Dios?... Esta noche lo diremos con más detalles; ahora baste una sola palabra: es que María llama al mismo Dios con el dulce nombre de hijo... No os figureis que cuando ella quiere una gracia, solicite y suplique como una pobre sierva... ¡Oh, nó, nó! ella dispone, manda como soberana. Si quiere alcanzar un favor para uno de sus hijos, se dirige á Dios con esta modestia virginal, con esta humildad sobrehumana, y le dice: «Hijo mio, concede tal gracia á fulano, concede tal gracia á fulana...» Y el Todo Poderoso concede inmediatamente todo lo que ella pide...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, un día san Ligorio, hablando de la bondad y poder de la Virgen Santísima, transportado fuera de sí y como arrebatado en éxtasis, exclamaba : « ¡Nó, vosotros no conocéis las grandezas de la Madre de Dios; los inefables tesoros de su poder y de su amor! ¡Oh! quiero rogar á ella por vosotros (1)... » Y las facciones del santo se iluminaban con una luz celestial, y en presencia de su auditorio, caía en inefables arrebatos contemplando los esplendores de María... ¡Cuánto quisiera yo tener la elocuencia, la santidad, las luces de aquel gran santo, para excitaros á amar á esta dulce Madre, á reposar como hijos de amor sobre su tan tierno corazón!...

¡Cuán desgraciados son, oh buena María, los que no os conocen!... ¡Cuán dignos son de compasión los que no os aman, los que no os invocan!... ¡Sois tan buena; es tan dulce amaros é invocaros!... ¡Desventurados! ignoran la dulce alegría, la dichosa calma que dais á los corazones; no saben los tesoros de favores y de gracias que derramais sobre los que os sirven... Cerca de vos, se callan las pasiones, se calman las tempestades, el corazón descansa satisfecho; respira tan dulcemente el alma bajo vuestra tutela!... ¡Virgen bendita, haced que sintamos, que comprendamos aún mejor cuán dulce es amaros, rogaros, alabaros é invocaros!... ¡Oh refugio nuestro en todos nuestros males! nosotros vendremos con frecuencia, durante este venerado mes, al pié de vuestro altar, á cantar vuestras alabanzas, á celebrar vuestras virtudes, á exponeros nuestras necesidades... Os diremos todas nuestras miserias, os explicaremos todos nuestros deseos... Los que estarán enfermos os pedirán la salud, y nosotros nos uniremos á ellos para pedirla; aquellos cuya alma está combatida por las pasiones, os suplicarán que les libreis de ellas, y nosotros nos uniremos á ellos para suplicaros; los que son débiles os conjurarán á que les deis valor y fuerza, y nosotros nos juntaremos á ellos para conjuraros... Sí, hermanos míos muy amados, todos vendremos durante este mes, tanto como nos sea posible, á rogar á María... á invocarla, á rodear su altar, á cantar sus alabanzas, á oír sus virtudes... ¡Ojalá nuestros cantos y oraciones puedan subir hácia su trono como suave incienso, regocijar dulcemente su corazón, y lograr que desciendan sobre nosotros las más

(1) Véase su *Vida*.

abundantes bendiciones!... ¡Ojalá que María atienda nuestras súplicas, oiga nuestros suspiros, vele sobre nosotros, como una tierna madre, mientras permanezcamos en este suelo, y nos admita un día en el cielo!... ¡Así sea!

INSTRUCCION SEGUNDA.

DOMINGO, TERCER DIA DE MAYO (*en la oración de la noche.*)

Maternidad divina, título el más glorioso para María; fuente de todas sus demás prerrogativas.

TEXTO. *Sancta Dei genitrix, ora pro nobis.* Santa Madre de Dios, rogad por nosotros...

EXORDIO. ¡Ya nos hallamos de nuevo, hermanos míos, en este bendito mes consagrado á la Virgen María!... Sí, durante algunas semanas, nos vamos á reunir á los piés de la imagen de esta adorada Madre... Cantaremos sus alabanzas, celebraremos sus virtudes, procuraremos atraer sobre nosotros, y sobre todos los que nos son queridos, su valiosa protección... ¡Ah! como dice el piadoso cántico con que hemos abierto el curso de estos santos ejercicios : « ¡Salve, querido mes, que llevas el nombre de mi Madre; saludo tu embalsamado soplo, saludo tu viva luz! » Dichoso mes; tú harás crecer las mieses en nuestras pobres aldeas; tú harás abrirse las humildes flores con que adornaremos su altar!... ¡Cuánto más brillantes y embalsamadas las quisiéramos!... A lo menos, haz germinar, crecer y florecer en nuestros corazones los sentimientos del amor más vivo, de la más tierna devoción hácia esta augusta Reina del cielo... Estas serán, oh dulce Virgen María, las flores que á vuestros piés llevaremos cada día, y su dulce perfume esperamos que regocijará vuestro corazón...

¡ Qué alegría para nosotros, Cristianos, al pensar que en esta misma hora, en este momento en que venimos á ofrecer nuestros homenajes á María, en todo el universo, lo mismo en el seno de la más humilde aldea, que en el centro de las ciudades más populosas, las almas más piadosas, los más devotos fieles estan postrados á los piés de nuestra buena Madre!... ¿ Y qué hacen á sus piés?... Lo mismo que nosotros, hermanos míos; la bendicen, la alaban y la invocan... ; Regocijáos pues, oh Virgen santa, ante este concierto de homenajes y bendiciones que sube hacia vuestro trono de todas las partes del mundo!... ; Ojalá que las más frescas voces y los más dulces instrumentos puedan estar consagrados á cantar vuestras grandezas! ; Ojalá que las más brillantes y suaves flores puedan adornar vuestros altares!... ; Pero sobre todo, amable Madre nuestra, que los más tiernos corazones, que las más santas almas, que las y los jóvenes más puros no tengan más que un solo deseo : amaros, serviros y agradaros!...

Proposición. Carísimos hermanos, cada día, durante este mes, os hablaremos de la Virgen María : hablaros de otra cosa sería engañar vuestros piadosos deseos. Para ordenar este inagotable asunto de las alabanzas de María, me propongo, este año, explicaros los títulos que la dan esas hermosas letanías que la Iglesia la ha consagrado... Nuestras instrucciones de entre semana serán muy cortas : hijos de María, todos los que amais á esta buena Madre, sed constantes en asistir á ellas...

División. Esta noche vamos á exponer en pocas palabras esta invocación : *Sancta Dei Genitrix* : Santa Madre de Dios. Madre de Dios es, *en primer lugar*, el título más glorioso para la Virgen María: es, *en segundo lugar*, la fuente de todas las venerandas calificaciones que nuestro amor la da...

Primera parte. ; Madre de Dios!... ; Oh, hermanos míos muy amados, qué honor, qué gloria!... La criatura que lo posee, ¡ cuán incomparablemente elevada está sobre los más sublimes Angeles, Arcángeles y Serafines!... ; La veis á esta augusta Reina, anegada y como abismada en los inefables resplandores de la divinidad?... ; Nó, adorable Trinidad, jamás habeis creado nada semejante; ésta es indudablemente la obra maestra de vuestras manos!... Un santo que había contemplado á la Virgen Santísima mientras ésta vivía en el suelo, san Dionisio el Areó-

pagita, decía que le había parecido de tal manera santa, noble y majestuosa, que si las luces de la fé no le hubiesen enseñado que no hay más que un solo Dios, se habría arrojado á sus piés y la habría adorado como á una divinidad (1)... Verdaderamente lo creo, porque María es la más santa y la más perfecta de todas las criaturas...

Para exponeros mi pensamiento, me veo precisado á emplear términos que distan mucho de expresarlo por completo... ; Ah! pobre lenguaje humano, tú no puedes decir lo que experimentamos y lo que sentimos cuando hablamos de Dios, tú eres asimismo impotente para manifestar nuestros sentimientos cuando se trata de la Virgen María!... ; Veis allá arriba, en las profundidades del cielo, aquella luz, inefable mansión de la augusta Trinidad?... ; Angeles, cubrios con vuestras alas, porque esta luz, ni vosotros mismos la podeis contemplar, por más que ella forme vuestra felicidad!... Pues bien; en el seno de aquel santuario, impenetrable hasta para los escojidos, hay una criatura bendita á quien el Padre omnipotente dice : «Tú eres mi Hija.»—El Espíritu Santo la llama su Esposa. «Hijo mío», dice ella á Jesús, y Jesús la contesta : «Madre mía,» y se lo dice con verdad, como se lo decís vosotros á la madre que os puso en el mundo, que os alimentó con su leche y que os meió en sus brazos... ; Oh incomprensible misterio de grandeza!... ; Santa Madre de Dios, rogad por nosotros! *Sancta Dei Genitrix, ora pro nobis!*...

Segunda parte. Vosotros debeis comprender, hermanos míos, que este título tan glorioso es para la Virgen Santísima la fuente de todos los demás... Una comparación todavía... Cierta día, Nuestro Señor Jesucristo pedía á los discípulos que le rodeaban, qué era lo que se pensaba de él... Algunos de ellos, creyendo honrarle, contestaron: — Unos dicen que eres Elías, otros afirman que eres Juan Bautista ó alguno de los profetas. — ¿Y vosotros, insistió, qué pensais de mí? San Pedro, tomando la palabra, contestó con energía: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios»

(1) *Testor Deum, qui aderat in Virgine, nisi me divina docuissent eloquia, hanc verum Deum credidissem.* Funda su sorpresa en que le parecía que solamente la vista de Dios podia producir un contento y una felicidad semejantes á la que él experimentaba al contemplar á María. *Quoniam nulla potest videri major gloria beatorum quam felicitas illa quam ego tunc gustavi.* (Epist. ad divum Paulum.)

vivo... » Y era la verdad, y, con esta sola frase, Pedro había hecho un elogio completo de su Maestro. — Pues bien, hermanos míos, supongamos que la Santísima Virgen viene también á haceros esta pregunta á vosotros que en este momento os hallais reunidos junto á su altar : « Vosotros que me rezais con fidelidad y me invocais con confianza, ¿qué pensáis de mí?... » El uno diría: « Yo he oído decir que erais misericordiosa para con aquellos que os invocaban; para mí, sois la *Madre de la divina gracia*. » Otro contestaría: « Yo deseo salvarme, sé que aquellos á quienes tomáis bajo vuestra poderosa protección no pueden perecer: yo os invoco como á *Puerta del Cielo*. » Dirían otros: « Nosotros estábamos sumidos en las penas y en la desolación, María ha venido en auxilio nuestro: para nosotros es *Consuelo de los afligidos*. » Y nosotros, pobres pecadores, nosotros que debemos á la protección de la Virgen Santísima el haber recobrado la gracia, el no haber sido arrojados al infierno, ¿bajo qué título la vamos á invocar?... ; Ah! este título brota inmediatamente de nuestros labios, y nos complacemos en decirla: *Refugio de pecadores*, rogad por nosotros!...

Peró no es esto, hermanos míos... ; No hemos dado á María su título más respetable, el que encierra todos los demás!... Mejor inspirados, la diríamos á esta bendita Virgen: « Para nosotros no sois solamente la Distribuidora de las gracias, la Puerta del Cielo, el Consuelo de los afligidos, el Refugio de los pecadores: por respetables que sean todos estos títulos, ellos no expresan suficientemente vuestra excelencia y vuestra sublimidad: ; vos sois la Madre de Dios, la Madre de Jesucristo, del Hijo de Dios vivo !... » Y con esta sola frase, *Madre de Dios*, habríamos expresado todo lo que constituye la gloria y la elevada dignidad de María...

PERORACIÓN. Hace más de mil cuatrocientos años que un hereje llamado Nestorio (era el Lutero de aquel tiempo) se atrevió á disputar á María el glorioso título de *Madre de Dios*... La Iglesia se levantó indignada para protestar y arrojar de su seno al impostor, y para proclamar el más bello privilegio de la Virgen... Era en Éfeso; más de doscientos obispos, congregados de todos los puntos del mundo, después de haber confundido al miserable que osaba disputar á María el título de Madre de Dios, confirmaron la fé de la Iglesia y la augusta dignidad

de la Virgen Madre... « ; Oh Madre de Dios, oh María, exclamaba uno de aquellos santos pontífices, nosotros os saludamos!... Tesoro augusto del universo, lámpara siempre brillante, sello de la verdadera fé, Madre y Virgen... Nosotros os saludamos, oh vos que en vuestro seno virginal llevasteis á Aquel que es inmenso é incomprendible... Sí, vos sois verdaderamente la Madre de Dios (1)... » El pueblo cristiano, dichoso al ver proclamada la dignidad de María, despidió triunfalmente á los obispos del Concilio... Y el hereje, el blasfemador de la Virgen, degradado de todas sus dignidades, desterrado de su pátria, espiraba, pocos años después, con el cuerpo roído por repugnantes úlceras y devorada la lengua por los gusanos (2)...

; Oh María! también nosotros nos complacemos en saludaros como Madre de Dios: esta admirable prerrogativa, este título tan noble, fuente para vos de tantas gracias, lo admiramos, lo bendecimos... Él nos revela vuestro poder y nos excita á arrojarnos confiados en vuestros maternales brazos. ; Rogad pues por nosotros, Santa Madre de Dios! *Sancta Dei Genitrix, ora pro nobis*... ; Así sea!

INSTRUCCION TERCERA.

LÚNES, CUARTO DIA DE MAYO.

Reflexiones sobre Jesucristo, y reconocimiento que debemos á María por habérselo dado.

TEXTO. *Mater Christi, ora pro nobis*. Madre de Jesucristo, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, ; cuán buena es la Iglesia santa, nuestra madre!... ; Con qué condescendencia sabe proporcionar los medios de santificación hasta á los más humildes!.. Limitémosnos únicamente á lo que atañe al culto de la Virgen... Honrar á esta divina Madre de

vivo... » Y era la verdad, y, con esta sola frase, Pedro había hecho un elogio completo de su Maestro. — Pues bien, hermanos míos, supongamos que la Santísima Virgen viene también á haceros esta pregunta á vosotros que en este momento os hallais reunidos junto á su altar : « Vosotros que me rezais con fidelidad y me invocais con confianza, ¿qué pensáis de mí?... » El uno diría: « Yo he oído decir que erais misericordiosa para con aquellos que os invocaban; para mí, sois la *Madre de la divina gracia*. » Otro contestaría: « Yo deseo salvarme, sé que aquellos á quienes tomáis bajo vuestra poderosa protección no pueden perecer: yo os invoco como á *Puerta del Cielo*. » Dirían otros: « Nosotros estábamos sumidos en las penas y en la desolación, María ha venido en auxilio nuestro: para nosotros es *Consuelo de los afligidos*. » Y nosotros, pobres pecadores, nosotros que debemos á la protección de la Virgen Santísima el haber recobrado la gracia, el no haber sido arrojados al infierno, ¿bajo qué título la vamos á invocar?... ; Ah! este título brota inmediatamente de nuestros labios, y nos complacemos en decirla: *Refugio de pecadores*, rogad por nosotros!...

Peró no es esto, hermanos míos... ; No hemos dado á María su título más respetable, el que encierra todos los demás!... Mejor inspirados, la diríamos á esta bendita Virgen: « Para nosotros no sois solamente la Distribuidora de las gracias, la Puerta del Cielo, el Consuelo de los afligidos, el Refugio de los pecadores: por respetables que sean todos estos títulos, ellos no expresan suficientemente vuestra excelencia y vuestra sublimidad: ; vos sois la Madre de Dios, la Madre de Jesucristo, del Hijo de Dios vivo !... » Y con esta sola frase, *Madre de Dios*, habríamos expresado todo lo que constituye la gloria y la elevada dignidad de María...

PERORACIÓN. Hace más de mil cuatrocientos años que un hereje llamado Nestorio (era el Lutero de aquel tiempo) se atrevió á disputar á María el glorioso título de *Madre de Dios*... La Iglesia se levantó indignada para protestar y arrojar de su seno al impostor, y para proclamar el más bello privilegio de la Virgen... Era en Éfeso; más de doscientos obispos, congregados de todos los puntos del mundo, después de haber confundido al miserable que osaba disputar á María el título de Madre de Dios, confirmaron la fé de la Iglesia y la augusta dignidad

de la Virgen Madre... « ; Oh Madre de Dios, oh María, exclamaba uno de aquellos santos pontífices, nosotros os saludamos!... Tesoro augusto del universo, lámpara siempre brillante, sello de la verdadera fé, Madre y Virgen... Nosotros os saludamos, oh vos que en vuestro seno virginal llevasteis á Aquel que es inmenso é incomprendible... Sí, vos sois verdaderamente la Madre de Dios (1)... » El pueblo cristiano, dichoso al ver proclamada la dignidad de María, despidió triunfalmente á los obispos del Concilio... Y el hereje, el blasfemador de la Virgen, degradado de todas sus dignidades, desterrado de su pátria, espiraba, pocos años después, con el cuerpo roído por repugnantes úlceras y devorada la lengua por los gusanos (2)...

; Oh María! también nosotros nos complacemos en saludaros como Madre de Dios: esta admirable prerrogativa, este título tan noble, fuente para vos de tantas gracias, lo admiramos, lo bendecimos... Él nos revela vuestro poder y nos excita á arrojarnos confiados en vuestros maternales brazos. ; Rogad pues por nosotros, Santa Madre de Dios! *Sancta Dei Genitrix, ora pro nobis*... ; Así sea!

INSTRUCCION TERCERA.

LÚNES, CUARTO DIA DE MAYO.

Reflexiones sobre Jesucristo, y reconocimiento que debemos á María por habérselo dado.

TEXTO. *Mater Christi, ora pro nobis*. Madre de Jesucristo, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, ; cuán buena es la Iglesia santa, nuestra madre!... ; Con qué condescendencia sabe proporcionar los medios de santificación hasta á los más humildes!.. Limitémosnos únicamente á lo que atañe al culto de la Virgen... Honrar á esta divina Madre de

Dios, rezarla con fidelidad, invocarla con confianza, es una señal casi infalible de predestinación, es decir, en otros términos, una prenda casi segura de que un día se alcanzará el cielo... Ved como la santa Iglesia católica nos facilita la devoción á la Virgen Santísima... Humildes mujeres, cuya primera educación ha sido descuidada; pobres niños, que desde muy jóvenes quedasteis huérfanos y ni leer sabeis... ¡no le hace! Vosotros podeis amar á la bondadosa Virgen y demostrarla vuestro cariño de una manera tierna y meritoria rezándola el rosario... ¡Y qué oración más fácil no es esta corona de *Ave Marias*, que depositamos á los pies de nuestra Madre!... Pobres ignorantes ¿deseais vosotros dar á vuestra Madre celestial los más honrosos títulos, los más dulces llamamientos? Aprended estas admirables letanías que la Iglesia la consagró: ellas encierran el elogio más completo de la Virgen María: una autoridad infalible, la de los Soberanos Pontífices, ha aplicado gran número de indulgencias al rezo de esta hermosa oración (1)...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Esta noche llamaré vuestra atención sobre este título: *Mater Christi*, Madre de Jesucristo... Vamos, en primer lugar, á decir algunas palabras sobre este adorable Salvador, y en segundo lugar, lo reconocidos que debemos estar á la Virgen que nos lo dió...

Primera parte. Carísimos hermanos, se nos habla con frecuencia de Jesucristo y nosotros apenas lo conocemos; se nos hablará aún de él más de una vez, y nunca le conoceremos bastante... Y ¿cómo podríamos, oh dulce Salvador, tener una idea exacta de vuestra bondad, de vuestro amor y de vuestras adorables perfecciones, si ni los mismos Angeles y Serafines no las pueden comprender?... ¿Qué ojo, hermanos míos, tendría fuerza bastante para fijarse en el sol en el resplandor del mediodía, y, sobre todo, qué hombre podría estrechar entre sus débiles brazos aquel centelleante globo?... Del mismo modo, ninguna inteligencia creada puede comprender de una manera perfecta las grandezas de Jesucristo, los inefables misterios de su naturaleza.

Como á Dios, Jesucristo es el Hijo predilecto del eterno Padre, la re-

(1) Véase *Le chrétien éclairé sur la nature et l'usage des indulgences*, por el P. Maurel, p. 152.

producción eternamente perfecta de sí mismo. *Tú eres mi Hijo muy amado*, le dice; *en ti he puesto todas mis complacencias*... Después, del inefable amor que les une procede desde toda la eternidad el Espíritu Santo, la tercera Persona divina... Jesucristo, si se me permite expresarme así, es el trazo de unión de la adorable Trinidad, solo y único Dios, en tres personas igualmente perfectas...

Como á Hombre Dios; cuántas otras maravillas igualmente incomprendibles ofrece á nuestra admiración su augusta Persona!... Por un prodigio de su omnipotencia, une á su naturaleza divina la naturaleza humana... *Madre de Jesucristo*, en vuestro casto seno fué donde se verificó este amoroso misterio... A veces, hermanos míos, para dar una idea de la bondad que Jesucristo nos demuestra en la Encarnación, he oído emplear la comparación de un rey rico, poderoso, glorioso, abandonando su trono para ir á tomar por esposa á una pobre mendiga, fea y marchitada... Esta comparación es muy imperfecta... Imposible es encontrar una que nos dé una idea exacta de la inefable maravilla realizada en el Hombre Dios... ¿Me hablais de un príncipe de la tierra que dejó su trono? ¿Este trono es eterno? ¿No puede alejarle de él la muerte; no puede derribárselo una revolución?... Pero el Hijo de Dios, mirad de donde viene... Haced penetrar vuestras miradas léjos, muy léjos en el cielo de los cielos; allí es donde reina en el seno de una gloria eterna... Ni la muerte ni la revolución pueden hacer vacilar su imperio: ¡Y éste es el trono que él deja!... Entre el príncipe y la mendiga á quien se une, es indudablemente desigual la fortuna; pero la naturaleza es la misma, y mañana la muerte puede igualmente tenderles bajo su implacable nivel... Y ¿qué es pues nuestra pobre naturaleza humana al lado de la esencia divina? Sin embargo, pobre mendiga, á tí, á todas tus miserias, exceptuando el pecado, es á quien se quiso unir el Hijo de Dios...

Segunda parte. *Madre de Jesucristo*, vos fuisteis el santuario donde tuvo lugar esta inefable unión. ¡Oh Virgen dulcísima, cuántos títulos teneis á nuestra admiración y cuánto merecis nuestro reconocimiento!... Sí, hermanos míos, María fué quien nos dió á Jesucristo... Nosotros no pensamos bastante en este beneficio, y sin embargo todo nos lo debería recordar... ¿Veis, al entrar en esta iglesia,

mo altar, la estatua de la Virgen Madre?... ¿Nada dice ella á nuestros corazones?... ¿No despierta en nosotros pensamientos piadosos?... Esta Madre, mostrándonos al Niño que tiene en sus brazos, parece decirnos: « Ved ahí á vuestro Salvador y al mío; ved ahí al Rey del cielo que, poseído de amor por vuestras pobres almas, se dignó escojer por Madre á su humilde sierva. ¡Cuán pequeño se hizo por causa vuestra!.. En nombre de vuestra salvación, os conjuro á que le adoreis, le ameis y le seais muy fieles. » ¡Madre de Jesucristo, bendita seais por estos saludables consejos, y alcanzadnos la gracia de seguirlos!...

Y ese Niño divino, ¿qué nos dice?... Mostrándonos á su Madre: « Ved ahí, nos dice, aquella cuya pureza y angélicas virtudes me hicieron descender del Cielo; á ella es á quien me debéis... Ella me alimentó con su leche, y me meció en sus brazos; demostradla vuestro reconocimiento por sus beneficios; poned en ella vuestra confianza. Es mi Madre: quiero que lo sea también vuestra... »

PERORACIÓN. Sí, hermanos míos muy amados, manifestemos nuestro reconocimiento á la Virgen María, amémosla como una Madre; ¡es tan dulce, tan ventajoso ponerse bajo su protección!... Un día de la Anunciación, una piadosa mujer conducía á la iglesia de Nuestra Señora de la Encina (*della Quercia*, en Italia, cerca de Viterbo) á su hijo de cinco años de edad... Arodillada ante la milagrosa imagen que allí se venera, consagra su hijo á María; y después, enseñándole la Virgen, le dice: « Mira, amado hijo, ésta es tu madre; yo te entrego á ella en este momento; ámala siempre de todo corazón, hónrala como á tu soberana... » Al descender la colina, en lo alto de la cual está edificada la capilla, la piadosa madre continuaba diciéndole á su hijo: « Acude á tu buena protectora en los peligros; dile: ¡Virgen María, venid en mi auxilio! y vendrá... » *Madre de Jesucristo*, dos veces librasteis de la muerte á aquel niño, y, gracias á vuestra poderosa protección, llegó á ser un santo: es el bienaventurado Crispín de Viterbo (1)... Pues bien, hermanos míos, al terminar voy á repetiros las palabras que aquella madre decía á su hijo: « En los peligros que podeis correr, sea tocante al cuerpo, sea respecto al alma, invocad á la Madre de Jesucristo; decidla

(1) Rivadeneyra, *Vida de los Santos*, edición Vivés, tom. V.

desde el fondo de vuestro corazón: » ¡Santa Virgen María, venid en mi auxilio!... » *Madre de Jesucristo*, seguro estoy de que atenderéis esta oración... ¡Así sea!

INSTRUCCION CUARTA

MARTES, QUINTO DIA DE MAYO

María, Madre de la divina gracia.

TEXTO. *Mater divinæ gratiæ, ora pro nobis.* Madre de la divina gracia, rogad por nosotros.

EXORDIO. Todos vosotros sabeis, hermanos míos, que la gracia divina es un don sobrenatural y puramente gratuito, que Dios nos concede para nuestra santificación... ¿Tengo necesidad de añadir que hay dos especies de gracia: una *habitual* ó santificante que, siendo la salud de nuestra alma, la hace justa, agradable y viva delante de Dios; la otra, que se llama *actual*, que no es otra cosa que una luz, un auxilio que Dios nos da para evitar el mal y hacer el bien... La gracia es tan indispensable para nuestras almas, como la sávia para las plantas... Figuráos un árbol: durante el invierno está deshojado; sin embargo está vivo: la sávia permanece en él, impide que sus ramas se sequen: es la gracia santificante que conserva la vida en el alma. Vienen la primavera y el verano, el árbol se cubrirá entonces de hojas, de flores y de frutas: es la imagen de la gracia actual, que da al alma, cuando conviene, fuerza para resistir á las tentaciones y para practicar las buenas obras. Un árbol sin la sávia está muerto: nuestras almas sin la gracia son impotentes... Pues bien, saludemos á María como á la Madre que da á nuestras almas esta sávia bendita, que se llama la gracia divina. *Mater divinæ gratiæ.* Madre de la divina gracia.

PROPOSICIÓN. No os diré que sea ella la Madre de la gracia divina, en

el sentido de que nos dió á Jesucristo, fuente y autor de toda gracia... Nó; yo os la quisiera presentar distribuyéndonos este beneficio divino, en todas las circunstancias en que lo necesitamos.

División. Para que un pecador llegue á ser justo, se necesita, *en primer lugar*, que Dios le llame; *en segundo lugar*, que lo santifique con la virtud de los sacramentos, y *en tercer lugar*, que le sostenga y le dé la perseverancia. Veamos en pocas palabras, hermanos míos muy amados, el papel que le está reservado á la Virgen Santísima en estas tres circunstancias.

Primera parte. Pecadores, ella es quien principalmente nos alcanza estos buenos pensamientos, estas firmes inspiraciones que nos impulsan á salir del pecado... Sí, ella era quien, la primera vez que dejamos el servicio de Dios, para abandonarnos á locas pasiones, nos inspiraba tan vivos remordimientos; ella era quien, despertando nuestra fé, nos hacía pasar unas horas tan agitadas, unas noches sin sueño... ¡Cuán dichosos, si hubiésemos sido fieles á aquellas inspiraciones! Nos habríamos levantado después de la primera caída, no habríamos visto abrirse bajo nuestros piés aquel abismo de faltas, en el cual estamos encenagados, y del cual tal vez jamás saldremos... Sin embargo, no hay que desesperar aún: podemos salir de tal estado... María ha recibido una gracia especial para sacarnos de él.. Su presencia y sus palabras santificaron á san Juan Bautista en el seno de su madre... Admiramos este milagro... San Juan, sepultado en la oscuridad de las maternales entrañas, es la imagen del pecador sepultado en las tinieblas y en las sombras del pecado... San Juan no podía ni ver ni oír... ¿Qué sordera hay comparable á la de un alma en estado de culpa, puesto que el Señor truena sobre ella con sus más terribles amenazas?... ¿Qué ceguedad hay semejante á la suya, cuando nada comprende de las enseñanzas tan claras y luminosas de nuestra santa religión?... María habla: á su voz, San Juan se estremece en el seno materno... ¡Virgen santa, decid también una palabra, para que nuestra alma, adormecida en el pecado, se estremezca de amor y despierte de su sueño!... ¡Alcanzados estas poderosas gracias que, transformando nuestros corazones, nos sacarán del abismo y nos conducirán de nuevo á los piés de vuestro Hijo, converti-

dos y arrepentidos!... ¡Madre de la divina gracia, rogad por nosotros!

Segunda parte. Después de haber despertado de su letargo al pecador, ella es también quien le santifica... A la manera de aquellos guías fieles y atentos que, no contentos con despertar á un viajero, que se había imprudentemente dormido en un sendero peligroso, le acompañan y conducen hasta el paraje que ha de ofrecerles un asilo seguro; así, oh dulce Madre de la gracia, acompañais y ayudais al pecador, hasta que los sacramentos le han hecho recobrar la inocencia y la amistad de Dios que había perdido... La estoy viendo como coje, por decirlo así, de la mano al alma que á ella se ha confiado, acompañándola á los piés de los altares, orando y llorando con ella... Ella la guía hasta el santo tribunal, la inspira esas vivas sensaciones de arrepentimiento, la dicta esas buenas y santas resoluciones que regocijan el corazón de los Angeles... ¡Ahora estás en seguridad, pobrecita alma; la Madre de la divina gracia te ha hecho recobrar la amistad de tu Dios!.. ¡Ah! procura ser fiel en adelante!..

Tercera parte. María es, además, hermanos míos muy amados, quien sostendrá á esta alma, y le conseguirá la tan preciosa gracia de la perseverancia... Ella no es solamente el Refugio de los pecadores; es también la Madre, el sostén de los justos que perseveran... Subamos un instante al Calvario, vamos á ver una conmovedora prueba de esta verdad... Mirad á ese hombre que, desolado y recojido, está de pié junto á la cruz donde va á morir Jesús; es san Juan Evangelista, imagen y modelo del cristiano que permanece fiel hasta el fin... Los demás discípulos han abandonado á Jesús!... ¡El mismo Pedro ha renegado de él!... ¡Únicamente este Apóstol, el Apóstol amado, ha seguido á su Maestro; se ha pegado, por decirlo así, á la Cruz; ha venido aquí como para morir con él... Decidme, ¿no es ésta realmente el alma fuerte, el alma perseverante?... Y Jesús moribundo le entrega á su Madre: « ¡Hé aquí tu hijo! » Vos pues, oh dulce Virgen María, sois proclamada madre de las almas fuertes y fieles, á la par que de los pecadores, de los afligidos, de los enfermos y de los débiles...

PERORACIÓN. Quiero, al terminar, mostraros á la *Madre de la divina gracia*, llenando este augusto ministerio cerca de un pecador, del cual

hizo ella un gran santo... Es san Andrés Corsino.... Éste había pasado su juventud en el libertinaje y en la perversión; pero la Santísima Virgen no quiso que un alma, que le había sido consagrada, permaneciese por más largo tiempo esclava de Satanás; atendiendo á las súplicas de la piadosa madre de Andrés, transformó el corazón de aquel jóven, y éste de lobo se convirtió en cordero.... Vos, gloriosa Madre de Jesús, no solamente le llamasteis, sino que le ayudasteis, sostuvisteis y animasteis en su penitencia... Cuando, anegado en llanto, después de haber orado al pié de vuestra imagen, iba á hacer la humilde confesión de sus faltas, vos erais su guía... Cuando tomaba la enérgica resolución dehuir el mundo, de consagrarse por completo al servicio de vuestro Hijo, vos erais su consejera y su apoyo... *Madre de la divina gracia*, vos le concedisteis igualmente la perseverancia, y hasta pocos días antes de su muerte os dignabais aparecérosle: « Hijo mío, le decíais, un poco más de valor, y antes de dos semanas me verás en el cielo... » Y en el día fijado espiraba, lleno de confianza, invocándoos y bendiciéndoos (1)....

Madre de la divina gracia, dignaos también tomarnos bajo vuestra protección... Concedednos que sintamos sinceramente nuestras faltas; que abracemos la práctica de las virtudes cristianas; ; pero sobre todo obtenednos el don de la perseverancia final!.. ; *Madre de la divina gracia*, rogad por nosotros!... ; Así sea!

(1) V. Rohrbacher, *Hist. ecles.*, lib. LXXIX y *Vida de los Santos*, 4 febrero.

INSTRUCCION QUINTA.

MIÉRCOLES SEXTO DIA DE MAYO.

Amor que María profesaba á la pureza: imitar este amor.

TEXTO. *Mater purissima*, etc., *ora pro nobis*. Madre purísima, etc., rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, hay flores tan delicadas, tan brillantes, que uno no se atreve á tocarlas; temería uno marchitarlas, quitarlas algo de su belleza... Así sucede con la santa virtud de la pureza; uno teme hasta casi hablar de ella, por temor de marchitar su maravillosa frescura, su delicadeza exquisita... ; Qué más bello y más suave que esta angelical virtud?... « ; Oh castidad, exclamaba un santo (1), tú haces la alegría del alma que te posee, tú le das alas para volar al cielo... Tú calmas las pasiones, tú apaciguas las tempestades del corazón. Luz de los justos, tú eres también el terror de los demonios... Carro brillante, tú conduces hasta junto al trono de Dios á aquellos que á tí se confían... Tú floreces en nuestras almas y en nuestros cuerpos como aromática rosa, y embalsamas todo entero nuestro sér con tus suaves perfumes.... » Esta santa virtud, vos la habeis practicado en toda su perfección, *Madre purissima*, Madre castísima, Madre inviolable y sin mancha...

PROPOSICIÓN. Reparad, Cristianos, de qué manera insiste la Iglesia sobre la pureza de María.. Ella quiere enseñarnos, no solamente que María fué madre sin dejar de ser virgen, sino que además profesó el más constante cariño á esta santa virtud...

DIVISIÓN. *En primer lugar*, amor que profesó María á la pureza; *en segundo lugar*, lo que debemos hacer nosotros para imitar esta virtud de la Santísima Virgen.

(1) S. Efreml., *Sermo de castitate*.

Primera parte. Amor que María profesó á la pureza... Si quisiéramos demostrar cuánto amó María la santa virtud de la pureza, tendríamos que referir toda su vida. Detengámonos solamente en dos circunstancias. Acababa de morir san Joaquín; poco tiempo después santa Ana le había seguido á la tumba: la Virgen había dejado por un instante su retiro del templo, para dispensar á sus ancianos padres los cuidados que necesitaban y para cerrar sus ojos (1). Vedla ya huérfana á los doce años de edad: ¿qué va á hacer?.. Va á unirse más íntimamente con su Dios por medio de un voto de perpétua virginidad... Hoy, hermanos míos, que tantas almas generosas, á imitación de María, se entregan enteramente á Dios, esto nos parece poco sorprendente. Pero trasladémosnos á la época en que vivía María. Nadie había tenido jamás la idea de un compromiso semejante... Más aún; la esterilidad era considerada como un oprobio... « ¿Quién pues, oh Virgen prudente, exclama san Bernardo (2), quién pues os enseñó que la virginidad era agradable á Dios?.. » Únicamente el amor es el que reveló á aquella jovencita que el Amado se complace en medio de los lirios, y desde entonces sintióse poseída de un amor cada vez más ardiente por la pureza; ella juró ante Dios y ante sus Angeles que crecería en su presencia como un lirio puro y para siempre inmaculado...

Pocos años después, volvemos á encontrar á María en Nazareth, en la humilde casa de san José, su virginal esposo... José trabaja... La Virgen está sola, recojida delante de Dios (3)... De pronto un enviado celestial viene, de parte del Altísimo, á anunciarla que será la madre de Jesús... Túrbase ella al oír esta nueva... ¿Cómo, Virgen santa, esta tan deseada dicha de ser la madre del Mesías no os podía conmovér agradablemente?.. En vez de aceptarla con transportes de alegría, preferís á ella el amor de la pureza santa... « ¿Cómo puede realizarse esto que me anuncias, dice ella al Arcángel, cuando yo he prometido á Dios mantenerme virgen?... *Quomodo fiet istud* (4)?.. ¡Yo, madre del Mesías!.. Nó, bástame ser su humilde sierva: más quiero conce-

(1) *Vie de la sainte Vierge*, por el abate Bégel, vol. 1^o.

(2) Tercera homilia sobre *Missus est*.

(3) *Vie de la sainte Vierge*, c. XII.

(4) Luc., I, 34.

birlo en mi corazón, que concebirlo en mi seno... Si, para ser madre de Jesucristo, hay que faltar á las promesas que tengo hechas al Altísimo en su santuario, cedo este honor y esta bendición á otra cualquier hija de Judá... » Nó, Madre purísima, no prosigais en vuestra casta zozobra; este prodigio se realizará en vos, sin que vuestra pureza sufra el menor menoscabo, y, lo mismo antes que después, sereis siempre la Virgen inmaculada... Pero, Cristianos, ¿veis cuán delicado amor hacía la santa virtud?..

Segunda parte. Para agradar á la *Madre purísima*, para merecer su protección, es preciso que, á ejemplo suyo, amemos la virtud de la pureza y la practiquemos de conformidad con la condición en que la Providencia nos ha colocado... Vosotros conocéis plantas que reclaman innumerables cuidados para abrirse con toda su belleza... El invierno, el frío las haría morir; los vivos ardores del sol las marchitarían durante el estío... Sus hojas se agostan si la sequedad es excesiva; se pudren sus raíces si es demasiada la humedad... Es la imagen de las precauciones que se requieren para conservar la santa virtud de la pureza: huir toda ocasión, toda compañía donde ella estuviera expuesta; evitar las conversaciones, las muelles complacencias que, socavándola paulatinamente, acaban por destruirla.

Si nosotros amamos de veras la pureza, buscaremos los medios de defender y conservar intacta en nosotros esta hermosa virtud... Yo no puedo hacer más que indicaros algunos de estos medios. No os hablaré de la frecuencia de los sacramentos; no obstante, sabemos, oh Dios de la Eucaristía, que vos sois la fuerza de las almas débiles, el auxilio infalible de los corazones probados por la tentación, el vino celestial que produce las vírgenes, *vinum germinans virgines* (1)... Un pagano decía (2): « La mayor parte de las acciones malas no se cometerían si se estuviera siempre delante de testigos... » Recordemos, hermanos míos muy amados, que estamos siempre bajo las miradas de Dios, de la Virgen María y de nuestro Angel custodio, y, tengámoslo por seguro, la presencia de estos tres testigos, que leen en el fondo de nuestros

(1) Zacar. IX, 17.

(2) Séneca, *Epist.*

corazones, será para nosotros un eficaz auxilio en el momento de la tentación...

Es menester también recurrir á la oración y resistir á la tentación en cuanto se presenta... Poco tiempo después de la muerte de san Francisco de Asís, algunos religiosos celebraban juntos una conferencia... ¿Cómo se tenía que hacer para resistir á las tentaciones y conservar la santa virtud de la pureza? Tal era la cuestión que se trataba de resolver. — Yo, dijo el primero, considero la fealdad, la ignominia del vicio opuesto, y me digo: Hasta los mismos libertinos se darían vergüenza de entregarse públicamente á sus desórdenes: un corazón honrado, un alma que se respeta, ¿cómo osaría olvidar una virtud que hace su gloria y su felicidad?... — El segundo contestó: Yo, en el momento de la tentación me postro á los pies de la Virgen María, y no ceso de implorarla llorando hasta que ha pasado el peligro... — Por último, un tercero añadió: Pues yo, en cuanto se presenta la tentación, la cierro la puerta de mi alma con buenos y saludables pensamientos. Le digo á Satanás: «Atrás, miserable, no hay sitio aquí para tí; mi corazón está ocupado, lo posee la pureza santa.» — El bienaventurado Gil, que asistía á dicha conferencia, la terminó con estas palabras: que el oponerse á la tentación era efectivamente el mejor medio de triunfar de ella (1).

PERORACIÓN. Madre purísima, sí, vos amais los corazones castos; os complacéis, como vuestro Hijo, en medio de los lirios... Una tierna devoción hacia vos, es también uno de los medios más seguros para conservar esta virtud. ¡Cuántas veces, en medio de una de las más terribles tentaciones, habeis preservado á las almas que á vos han acudido!... Cierta día, una piadosa jóven, de una belleza extraordinaria, fué introducida, á pesar suyo, cerca del rey de Francia Carlos VIII, que guerreaba entonces en Italia... Este príncipe, que contaba entonces veinte y cinco años de edad, lanzaba ya sobre aquella víctima ávidas miradas... Al verse perdida, la pobre niña cayó de rodillas á los pies de una imagen de María, que se encontraba en aquella habitación. «¡Príncipe, exclamó, en nombre de la Virgen Santísima, os conjuro á que no abuseis de mi desgracia!» El rey, sorprendido, se paseó un instante por la cámara, re-

(1) Surius, Vita beati Ægidii, 23 abril.

pitiendo estas palabras: ¡En nombre de la Virgen Santísima!... Jamás había leído estas palabras á la cabeza de los memoriales que se le presentaban... «Pues bien, dijo, hija mía, seréis respetada en nombre de la Virgen Santísima, pero dignaos rogarla por mí.» Y, mandando buscar entre los prisioneros al padre de aquella piadosa jóven, se la entregó sin que la hubiese hecho sufrir el menor ultraje (1)...

Vos sois, oh Virgen inmaculada, la que protejisteis á aquella niña: en aquel apremiante peligro, no en vano invocó ella vuestro bendito nombre... Dignaos alcanzarnos á todos un amor profundo y constante por esta santa y bella virtud de la pureza... Sed también nuestro refugio en medio de las ocasiones á que estamos expuestos; ayudadnos á triunfar de las tentaciones que trataren de empañar en nuestras almas la hermosura de esta admirable virtud. *Madre purísima, rogad por nosotros. Mater purissima, ora pro nobis.*

INSTRUCCION SEXTA

JUEVES, SEPTIMO DIA DE MAYO

Madre amable; cualidades que debe tener nuestro amor por María; debe ser tierno, constante y generoso.

TEXTO. *Mater amabilis, Mater admirabilis, ora pro nobis.* Madre amable, Madre admirable, rogad por nosotros.

EXORDIO. ¡Cuán bien la sientan, carísimos hermanos, estos títulos á la Virgen Santísima!... ¿No es digna de nuestra admiración esta bendita Criatura, obra maestra de la omnipotencia divina? ¡Inmaculada en su concepción, adornada de todas las virtudes, santuario bendito donde se

(1) *Histoire de France* por de Genoude, t. XI, pág. 1

corazones, será para nosotros un eficaz auxilio en el momento de la tentación...

Es menester también recurrir á la oración y resistir á la tentación en cuanto se presenta... Poco tiempo después de la muerte de san Francisco de Asís, algunos religiosos celebraban juntos una conferencia... ¿Cómo se tenía que hacer para resistir á las tentaciones y conservar la santa virtud de la pureza? Tal era la cuestión que se trataba de resolver. — Yo, dijo el primero, considero la fealdad, la ignominia del vicio opuesto, y me digo: Hasta los mismos libertinos se darían vergüenza de entregarse públicamente á sus desórdenes: un corazón honrado, un alma que se respeta, ¿cómo osaría olvidar una virtud que hace su gloria y su felicidad?... — El segundo contestó: Yo, en el momento de la tentación me postro á los pies de la Virgen María, y no ceso de implorarla llorando hasta que ha pasado el peligro... — Por último, un tercero añadió: Pues yo, en cuanto se presenta la tentación, la cierro la puerta de mi alma con buenos y saludables pensamientos. Le digo á Satanás: «Atrás, miserable, no hay sitio aquí para tí; mi corazón está ocupado, lo posee la pureza santa.» — El bienaventurado Gil, que asistía á dicha conferencia, la terminó con estas palabras: que el oponerse á la tentación era efectivamente el mejor medio de triunfar de ella (1).

PERORACIÓN. Madre purísima, sí, vos amais los corazones castos; os complacéis, como vuestro Hijo, en medio de los lirios... Una tierna devoción hacia vos, es también uno de los medios más seguros para conservar esta virtud. ¡Cuántas veces, en medio de una de las más terribles tentaciones, habeis preservado á las almas que á vos han acudido!... Cierta día, una piadosa jóven, de una belleza extraordinaria, fué introducida, á pesar suyo, cerca del rey de Francia Carlos VIII, que guerreaba entonces en Italia... Este príncipe, que contaba entonces veinte y cinco años de edad, lanzaba ya sobre aquella víctima ávidas miradas... Al verse perdida, la pobre niña cayó de rodillas á los pies de una imagen de María, que se encontraba en aquella habitación. «¡Príncipe, exclamó, en nombre de la Virgen Santísima, os conjuro á que no abuseis de mi desgracia!» El rey, sorprendido, se paseó un instante por la cámara, re-

(1) Surius, Vita beati Ægidii, 23 abril.

pitiendo estas palabras: ¡En nombre de la Virgen Santísima!... Jamás había leído estas palabras á la cabeza de los memoriales que se le presentaban... «Pues bien, dijo, hija mía, seréis respetada en nombre de la Virgen Santísima, pero dignaos rogarla por mí.» Y, mandando buscar entre los prisioneros al padre de aquella piadosa jóven, se la entregó sin que la hubiese hecho sufrir el menor ultraje (1)...

Vos sois, oh Virgen inmaculada, la que protejisteis á aquella niña: en aquel apremiante peligro, no en vano invocó ella vuestro bendito nombre... Dignaos alcanzarnos á todos un amor profundo y constante por esta santa y bella virtud de la pureza... Sed también nuestro refugio en medio de las ocasiones á que estamos expuestos; ayudadnos á triunfar de las tentaciones que trataren de empañar en nuestras almas la hermosura de esta admirable virtud. *Madre purísima, rogad por nosotros. Mater purissima, ora pro nobis.*

INSTRUCCION SEXTA

JUEVES, SEPTIMO DIA DE MAYO

Madre amable; cualidades que debe tener nuestro amor por María; debe ser tierno, constante y generoso.

TEXTO. *Mater amabilis, Mater admirabilis, ora pro nobis.* Madre amable, Madre admirable, rogad por nosotros.

EXORDIO. ¡Cuán bien la sientan, carísimos hermanos, estos títulos á la Virgen Santísima!... ¿No es digna de nuestra admiración esta bendita Criatura, obra maestra de la omnipotencia divina? ¡Inmaculada en su concepción, adornada de todas las virtudes, santuario bendito donde se

(1) *Histoire de France* por de Genoude, t. XI, pág. 1

realizó la misteriosa unión del Verbo de Dios con la naturaleza humana!...; Angeles del cielo, vosotros cuya inteligencia, superior á la nuestra, comprende mejor las inefables perfecciones de esta incomparable Reina, pagadla también el tributo de vuestra admiración, y repetid con nosotros: *Madre admirable!*... Carísimos hermanos, estos espíritus bienaventurados estan confirmados en gracia y no necesitan añadir como nosotros: *Rogad por nos...*

No obstante, oh dulce refugio nuestro, vuestro título de *Madre amable* me parece más accesible á nuestra débil naturaleza. Vos sois bella, santa Virgen Maria; vuestra incomparable belleza es siempre nueva... ¡y luego, sois tan buena!... ¡Cuántos beneficios habeis derramado sobre nosotros!... ¿Existe un pecador á quien alguna vez hayais rechazado?... Providencia de las pobres almas, lo juro sobre mi corazón y según el testimonio de todos los santos, ninguna de estas almas azotadas por las pasiones ha venido á refugiarse bajo vuestra tutelar protección, sin que haya encontrado en ella un abrigo saludable... Asi es como la débil paloma, hostigada por la tempestad, va á buscar seguro refugio en el seno de un viejo roble...

Proposición. ¡*Madre amable!*... Cuán bien la sienta, repito, hermanos míos, este título á María!... ¡Cómo lo comprendemos nosotros todos, hasta los más pequeños, pues todos la llamamos la *buena Virgen!*... yo quisiera deciros que, pues es amable, tenemos nosotros el deber de amarla...

División. Pero ¿cuáles son las cualidades que ha de tener nuestro amor hácia la Virgen Santísima?... Es menester, *en primer lugar*, que sea tierno; *en segundo lugar*, que sea constante; *en tercer lugar*, que sea generoso... Una palabra sobre cada una de estas cualidades.

Primera parte. Nuestro amor hácia María ha de ser tierno... El amor, hermanos míos muy amados, es una palabra de tal modo profanada, que conviene devolverle su sentido verdadero... ¿Creéis que esa afición sensual, que atrae á un jóven hácia tal ó cual persona, sea realmente amor?... Nó, no os dejéis engañar; esto es sensualidad y egoísmo... Si sentís cariño por una flor, ¿trataréis de descolorirla y de marchitarla?... El amor, para ser tierno, ha de tener delicadezas exquisitas... Mirad á una madre que ama tiernamente á su hija... En tí, querida

niña, es en quien piensa noche y dia; para tí es para quien reserva lo mejor que tiene; para tí es su corazón, para tí todo su cariño. Ella encuentra á su hija hermosa; ella quisiera que todo el mundo la viese con sus ojos... ¡Cuán dichosa es cuando la ve ricamente ataviada, y cuando oye que todas las bocas la elogian!... Es el modelo del amor tierno... Amar así á María, es admirarla, es contemplarla con fruición: es tener constantemente su imágen en el pensamiento y frecuentemente su bendito nombre en nuestros lábios; es desear que sea conocida, invocada y admirada por cuántos corazones fervientes, por cuántas almas generosas existen... Es, en fin, principalmente recurrir á esta buena Madre en todas las ocasiones, como recurre un hijo á la mejor de las madres...

Segunda parte. Nuestro amor hácia la Santísima Virgen ha de ser constante... La inconstancia, hermanos míos, es indicio de un espíritu ligero. Mirad á ese niño caprichoso: dadle un juguete; hoy lo adora, mañana lo romperá en mil pedazos; llora por la mañana cuando se marcha su madre; apenas transcurrida una hora ya no se acuerda de ella; es el retrato de un amor débil é inconstante... ¿Es así, *Madre amable*, como os debemos amar?... ¿Basta que pensemos en vos en el dia de vuestras festividades, durante este mes que os está consagrado, para que seamos realmente vuestros servidores?... ¿Os amarían acaso de veras las jóvenes que cantasen en el rosario vuestras alabanzas, y aquella misma noche fuesen á ciertos parajes á escuchar con placer ó á cantar ellas mismas indecorosas coplas?... Nó, hermanos míos, nó; la Virgen Santísima reclama de nosotros un amor constante.. Esto quiere decir que se la tiene de amar, no solamente los dias en que tenemos la dicha de comulgar, no solamente durante este mes, sinó mañana y siempre... ¡Ah! cuando María deje de ser la Madre amable, entonces os estará permitido dejar de amarla!... ¡Antes que llegue este momento, hermanos míos muy amados, pasará la eternidad!... Debemos pues amarla con un amor constante...

Tercera parte. He añadido que nuestro amor hácia María tenia que ser generoso... ¡Cuán amenudo falta esta condición á nuestro amor hácia la Virgen Santísima!... Decidme, cristianos, ¿qué sacrificios hace-

mos para complacerla?... Nosotros sabemos lo que ella quiere. Su más ardiente deseo es que evitemos el pecado, que seamos fieles servidores de su Hijo... ¿Tenemos realmente empeño en satisfacer este deseo?... Vosotros que con tanta facilidad cedéis á la menor tentación, vosotros que con tanta imprudencia os dejais caer en peligrosas ocasiones, vosotros que durante tan largo tiempo permanecéis en estado de culpa, no digais que amais á María: ¡esto sería mentir!... ¡Nó, *Madre amable*, no os profesan un verdadero amor esas almas que ofenden á vuestro divino Hijo, y que no hacen esfuerzo alguno para recobrar su gracia!... Y luego, ¿qué muestra de devoción dais cada día á la Santísima Virgen? En el día de vuestra primera comunión, en otras circunstancias tal vez, habíais prometido no olvidarla; os habíais propuesto rezar cada día alguna oración en honor suyo... ¿Habeis sido fieles?... ¡Se necesita un obstáculo muy poderoso para haceros olvidar vuestras resoluciones y quebrantar vuestras promesas!... ¡Ah! con cuánta verdad se puede decir que nuestro amor hácia la Santísima Virgen carece con frecuencia de valor y de generosidad!...

PERORACIÓN. *Madre amable*, ¡cuánto quisiéramos amaros como os aman los santos!... ¿Veis, hermanos míos, á esa niña de cinco años, que más tarde se llamará santa Catalina de Sena, subiendo de rodillas una larga escalera de piedra?... En cada uno de aquellos escalones reza un *Ave María*; pero al propio tiempo, en cada uno de los escalones sus desgarradas piernas dejan huellas rojas y sangrientas... Oyó hablar de los dolores de María, y quiere, en cuanto en ella cabe, asociarse á aquellos dolores... ¡Niña querida, María bendecirá la ternura y generosidad con que la amas!... Ella hablará contigo, como habla una amiga con su amiga; tú serás su hija predilecta, ella te unirá á su Hijo en misterioso y sublime matrimonio (1)... ¡Oh María, cuán buena habeis sido con aquella alma predestinada!... Dignaos también, *Madre amable*, tener piedad de nosotros, apesar de nuestras imperfecciones. ¡*Mater amabilis*!... ¡*Madre amable*, haced que os amemos con un amor tierno, constante y generoso!... Así sea.

(1) Véase la *Vida de santa Catalina de Sena*.

INSTRUCCION SEPTIMA.

VIERNES, OCTAVO DIA DE MAYO.

Madre del Criador, Madre del Salvador.

TEXTO. *Mater Creatoris, Mater Salvatoris, ora pro nobis*. Madre del Criador, Madre del Salvador, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, la Iglesia parece haber puesto especial empeño, en estas piadosas letanías, en afirmar la maternidad divina de la Santísima Virgen. Hemos hablado ya de esta invocación: *Sancta Dei Genitrix, Santa Madre de Dios*, y vedahí que hoy la saludamos como Madre del Criador; la hemos considerado ya como Madre de Jesucristo, y esta noche la llamamos Madre del Salvador. ¿Porqué estas repeticiones y esta insistencia?... Para afirmar mejor la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en el augusto Hijo de la Virgen Santísima, y atestiguar que es Dios y hombre á la vez.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Meditemos estos dos títulos: Madre del Criador, Madre del Salvador; tratemos de comprender bien qué poder han dado ellos á María, al objeto de excitarnos más y más á poner nuestra confianza en ella...

Primera parte. Madre del Criador. Sí, hermanos míos muy amados, Jesucristo, el Hijo de María, es igualmente el Criador del mundo; él es quien dió el sér y la vida á todo lo que existe; él dijo una palabra, y este universo salió del caos; la tierra se engalanó con toda esta variedad de plantas y de flores; y se pobló de esos tan diversos seres que viven en su superficie... A su poderosa voz la nada se estremece, vuélvese fecunda, y de su seno, hasta entonces estéril, brotan el sol, la luna y todos esos innumerables astros... Gozosos saltan por el espacio, á la manera de jóvenes corderillos en una vasta pradera... Virgen santa, ¡cuán poderoso es vuestro Hijo!... ¡Cuán grande es también, hermanos míos, el poder que á su Madre le ha dado un Hijo tal!

Todo poder le fué dado á Jesús en el cielo y en la tierra (1)... Con frecuencia ha dejado caer sobre sus fieles servidores como un rayo de este poder, y ellos han obrado los más sorprendentes milagros : han convertido á los pecadores, curado á los enfermos, resucitado á los muertos... ; Oh María, incomparablemente mayor es el poder que os ha dado Jesús sobre todas las criaturas!..... Más sorprendentes y numerosos son los prodigios que obráis vos cada día... Nosotros, amados hermanos míos, saludamos la cruz como nuestra única esperanza ; la honramos, porque Jesucristo estuvo pendiente de ella durante tres horas y media y la tiñó con su sangre... ; Qué honores, qué homenajes no debemos á María en cuyo seno pasó nueve meses ; á María, que lo formó con la más pura de su sangre, que lo alimentó con su leche, y que tan amenudo le meció en sus brazos!... ; Oh *Madre del Criador*, las orlas del vestido de vuestro Hijo, mientras vivía en este suelo, obraban maravillas ; bastaba tocarlas para que el que lo hacía quedase curado de sus males (2). ; Oh Reina mía, oh mi dulce Madre, cuánto más grande es vuestro poder, y cuán maravillosas gracias concedéis á los que os ruegan y os invocan!... *Madre del Criador*, sed para siempre venerada y bendecida por todas las criaturas, que están en el cielo y en la tierra....

Segunda parte. ; Madre del Salvador! Hermanos míos, el ángel que apareció á los pastores de Belen, para anunciarles la venida del Mesías, decía : Ved ahí que os anuncio una noticia que será para vosotros motivo de gran alegría, y es que os ha nacido un Salvador (3). Y en efecto, ; qué dicha para nosotros, pobres pecadores, qué fuente inagotable de alegría y esperanza, pensar que el Hijo de Dios se dignó descender á la tierra, hacerse niño, padecer y morir para salvarnos!.... ; Vos, Virgen María, sois la Madre de este adorable Salvador, vos estais unida de la manera más íntima á la obra de nuestra Redención!... ; Gracias mil veces, oh dulce abogada, por este Salvador que nos disteis!... ; Ah! que este beneficio no sea á lo menos para no-

1 MAT., XXVIII. 18.

2 MAT., IX, 20.

3. LUC., II, 10.

sotros perdido, que esta gracia no quede estéril ; con instancia os lo pedimos : *Madre del Salvador, rogad por nosotros!*

; Cuán bella fué, carísimos hermanos míos, cuán extensa, mas también cuán dolorosa la parte que la Santísima Virgen tomó en la obra de nuestra redención!... En el instante mismo en que pronunció aquellas palabras : « Yo soy la esclava del Señor, cúmplase en mí el milagro de que me hablas », el Espíritu Santo posándose sobre ella la iluminó con un rayo profético, y la hizo ver todas las consecuencias del consentimiento que ella había dado... « Hija mía, la dijo, ser madre del Salvador es aceptar numerosas humillaciones, penas y dolores. » — « No importa, consiento en ello. » — « Es ver tu virtud puesta en duda por el mismo casto José. » — « Consiento en ello, pues tal es la voluntad de Dios. » — « Es ser rechazada de Belen, parir en un pobre establo : es la pobreza, es el destierro á Egipto. » — « Consiento en ello, pues tal es la voluntad de Dios. » — « Hay más ; ser Madre del Salvador es subir con él al Calvario, verle clavado en una cruz, estar junto á él cuando exhalará el último suspiro, es recibir en tus brazos el cuerpo inanimado de aquel augusto Hijo y convertirte por excelencia en Madre de dolores. » — « ; *Fiat*, consiento, consiento todavía, contestaba la dulce María, me someto en un todo á los designios de la Providencia!... » Entonces el Salvador germinaba milagrosamente en su bendito seno... Santa y bondadosa Virgen, ; cuántas gracias nos valió vuestro consentimiento ; pero también cuán incomparable poder os ha proporcionado!... Asociada á la vida y á los dolores de nuestro divino Salvador, partipais de su poder. El infierno mismo no os puede resistir, Satanás tiembla, aplastada la cabeza bajo vuestra planta vencedora... ; Sí, dulce Madre, con Jesús y como Jesús salvais las almas ; él os hizo Reina y vos estais asociada á su imperio!...

PERORACIÓN. Al terminar, hermanos míos, quisiera citar un ejemplo que mostrase este poder de María para salvar las almas ; lo tomo de la vida de santo Domingo... En la época en que este gran santo ilustraba la Italia con sus predicaciones, una infeliz pecadora pública fué á presentarse á él ; despidióla reconciliada con Dios, la devolvió la tranquilidad de su conciencia y la paz de su corazón... « Para conservar estos bienes, la dijo, sé constante. hija mía, en acudir á la Virgen María ; á

ella es á quien te recomiendo ; á su poderosa protección es á la que te confío... » ; Pobre pecadora ! no duraron mucho tiempo sus resoluciones ; diez veces volvió á caer en sus criminales hábitos, y diez veces la indicó el santo predicador los mismos medios de vencer las tentaciones... ; Madre del Salvador ; vos tuvisteis piedad de aquella alma, que vuestro servidor os había recomendado !... En efecto, una visión misteriosa mostró á aquella infortunada el abismo donde iba á caer ; entonces, dirigiéndose con humildad y fervor á la Madre de misericordia, obtuvo de ella el don de fortaleza, que la faltaba, y la gracia de la perseverancia... Llegó á ser un modelo de virtud, y murió santamente (1)...

Virgen compasiva, mostráos también para nosotros Madre del Salvador ; os lo suplicamos, haced uso en favor nuestro del poder que os fué dado ; alcanzadnos la gracia de resistir á todas las tentaciones y de caminar fielmente por el camino de la virtud, por esta senda que debe conducirnos al cielo !...

¡ Madre del Salvador, rogad por nosotros ! ... Mater Salvatoris, ora pro nobis... Así sea.

INSTRUCCION OCTAVA.

SABADO, NOVENO DIA DE MAYO

Prudencia de la Santísima Virgen ; como debemos imitarla.

TEXTO. *Virgo prudentissima, ora pro nobis.* Virgen prudentísima, rogad por nosotros.

EXORDIO. Después de haber saludado á la Virgen Santísima con el nombre de Madre, vamos ahora, hermanos míos, á invocarla como Virgen... Debiendo María su dignidad y sus prerrogativas á su divina ma-

(1) *Triple corona* del P. Poiré, vol. II.

ternidad, era justo suplicarla como á Madre antes de invocarla como á Virgen...

Nuestro divino Salvador decía á sus apóstoles : « Sed sencillos como palomas y prudentes como serpientes (1) » La sencillez evangélica, bien lo sabéis, es una virtud que nos hace ir á Dios con todo nuestro corazón por el camino más recto y más corto.. Pero ¿ qué es esta virtud de la prudencia recomendada á sus discípulos por nuestro divino Salvador?... ¿ Sería esta prudencia humana, mezcla de desconfianza y de egoísmo, que con frecuencia va á convertirse en disimulo, en astucia?... Nó, hermanos míos, la prudencia cristiana es una virtud, que, poniéndonos sobre aviso, nos lleva á reflexionar sobre la voluntad de Dios, á fin de evitar el mal y de hacer el bien, de conformidad con lo que pide de nosotros esta divina voluntad.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Deseo, hermanos míos muy amados, mostraros en esta breve instrucción : *en primer lugar*, de qué manera practicó la Virgen Santísima la virtud de la prudencia ; *en segundo lugar*, cómo debemos imitarla en la práctica de esta virtud.

Primera parte. ¡ Virgen prudentísima, augusta Madre del Salvador, bien debido os está este título !... Sea cual fuere la época de vuestra vida en que fijemos nuestra atención, siempre os vemos adornada con la prudencia y practicando esta virtud de la manera más perfecta...

Niña, os retirais al templo ; allí, á la vista de Dios, léjos de toda mirada profana, se deslizarán los años de vuestra juventud... Más tarde, el Arcángel Gabriel os encontrará igualmente sola y recogida ; antes de dar vuestro consentimiento, querreis, oh *Virgen prudentísima*, que se os ilustre sobre la índole de su mensaje y que quede á salvo vuestra virginidad... Vedla, hermanos míos, en el establo de Belén. ¡ Qué tranquilidad, qué prudencia !... ¡ Cuán bien sabe evitar toda clase de excesos y ver únicamente en todo la voluntad de Dios !... Vosotros, habitantes de Belén, la habeis rechazado ; pues bien, ella no murmura de vosotros... Vosotros, reyes del Oriente, guiados por una estrella acudís á ofrecer vuestros homenajes y vuestros presentes al divino Niño ; mas no por esto se pondrá orgullosa ella...

(1) Mat., X, 16.

Y durante la Pasión del Salvador, ¡ cuánta prudencia!... ¡ Cómo se conforma su voluntad con la de Dios!... ¡ Qué gritos, qué gemidos habría lanzado una madre vulgar!... Asiéndose á su hijo, habría dicho á los verdugos: « ¡ Nó, no crucificaréis á mi hijo; antes de arrancarle la vida, tendréis la mía! » Después todo habría sido lamentos, súplicas, imprecaciones tal vez... Mirad, por el contrario, á la Madre de dolores: sabe lo que Dios quiere de ella; su prudencia no la dejará extralimitarse... Mujer de Pilatos, pide á tu esposo la gracia de Jesús... Piadosa Verónica, ven á secar los salivazos que cubren la augusta faz del Salvador... El Altísimo no quiere que María tenga este consuelo, y la *Virgen prudentísima* se somete humildemente á sus decretos... ¡ Sí, oh María! tanto en vuestras acciones, como en vuestras palabras aparece siempre esta admirable virtud...

Segunda parte. Veamos ahora, hermanos míos, cómo debemos imitar nosotros á la Virgen Santísima en la práctica de esta virtud... Hemos dicho que la prudencia consistía principalmente en dos cosas: en adoptar los medios más convenientes para evitar el mal, y en hacer el bien, según nuestra condición, y en la medida que reclama de nosotros la voluntad de Dios... Una palabra no más sobre este último pensamiento... Una madre de familia, que tiene muchas ocupaciones, carecería de prudencia si, descuidando sus deberes, pasase largas horas en la iglesia... Sería también falta de prudencia el debilitarse la salud con ayunos y austeridades, que nos incapacitasen para dedicarnos á nuestros trabajos de cada día... En una palabra, hacer el bien de distinto modo del que Dios nos lo pide, es no tener esta prudencia de que fué modelo tan perfecto la Virgen Santísima.

Pero no está ahí, cristianos, el mayor peligro... Cuando se trata de evitar el mal, es principalmente cuando nos hace falta la prudencia... La Sagrada Escritura nos refiere una historia que se reproduce con harta frecuencia en nuestros días. Una niña de quince años, Dina, hija del patriarca Jacob, aguijoneada por la curiosidad, deja la casa de su padre para ver como iban vestidas las muchachas de un país vecino, donde se celebraba entonces una fiesta (1). ¡ Imprudente, estaba sola!... El hijo

(1) Gén., XXXIV, 1 y sigu. Véase el *Comentario* de Cornelio a Lapide.

del rey de aquel país se apodera de ella y la ultraja... Su deshonra, una guerra, el asesinato de todos los habitantes de la ciudad, tales fueron las tristes consecuencias de su imprudencia.

Considerad también, oyentes míos, si la falta de prudencia no ha sido amenudo causa de vuestras caídas más pesadas... Como á Dina, la ligereza y la curiosidad os han llevado, jóvenes muchachas, á esas excursiones á tal ó cual pueblo vecino; ¿ habeis vuelto de ellas bien inocentes?... Y ¿ qué diré de esos bailes, de esos paseos nocturnos, de esas largas conversaciones á solas?... Vosotras sabeis mejor que yo cuáles son sus consecuencias; la prudencia debería apartaros de ellas... ¿ Hablaré también de esos folletines, de esas novelas, cuya lectura tantos estragos causa en ciertas almas?... ¡ Cuántas jóvenes, cuántas mujeres tal vez han encontrado allí el germen de las pasiones que las han perdido! Han carecido de prudencia... No se juega impunemente con una serpiente; tarde ó temprano os hace ella sentir su mordedura y os envenena con su ponzoña... No conviene tampoco jugar con las ocasiones peligrosas; ellas destruyen la piedad, oscurecen la fé, y conducen con harta frecuencia muy lejos por los senderos del mal... Si hay ocasiones de éstas que no podemos evitar, como por ejemplo una boda, una fiesta de familia, ¡ ah!... no dejemos de consultar á la Santísima Virgen, y de pedirla prudencia...

PERORACIÓN. ¿ Y porqué, oh *Virgen prudentísima*, no habríamos de acudir á vuestras luces no solamente para evitar el mal, sino también para aprender de vos la manera como debemos hacer el bien?... Tal era la práctica de los santos... Leemos en la vida de un piadoso sacerdote, que tal vez algun día será colocado en nuestros altares, M. Olier, que jamás emprendía cosa alguna sin haber consultado á la Santísima Virgen... No salía de su habitación sin haberla pedido, por decirlo así, permiso; á ella abandonaba todas sus empresas; en los asuntos más espinosos, á ella era á quien recurría... Por eso, gracias á los consejos de María, pudo llevar á buen fin las más difíciles empresas (1)...

También nosotros, carísimos hermanos, tenemos un importante asunto que tratar; es el asunto de nuestra salvación... ¡ Oh *Virgen prudente*

(1) Faillon. *Vie de M. Olier, passim.*

tísima, dignaos asistirnos con vuestras luces y con vuestra intercesión, alcanzadnos la gracia de que tengamos acierto en este importante asunto, y os bendiciremos por toda la eternidad! *Virgo prudentissima, ora pro nobis! Virgen prudentissima, rogad por nosotros!...* Así sea.

INSTRUCCION NOVENA

DOMINGO, DÉCIMO DÍA DE MAYO (en la Misa.)

Títulos de María á nuestra veneración: todos la deben honrar.

TEXTO. *Virgo veneranda, ora pro nobis.* Virgen digna de veneración, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, después de haber sido saludada por santa Isabel como á Madre del Señor, la humilde María exclamaba: *Mi alma glorifica al Señor; mi corazón se extremece de alegría en Dios, mi Salvador...* Luego, arrebatada en éxtasis, iluminada por el Espíritu que inspiraba á los Profetas, añadía: *Vió la humildad de su sierva, y por eso de hoy más todas las naciones me llamarán bienaventurada...* Virgen venerable, vuestra profecía se ha realizado. Desde aquella mujer del Evangelio que, admirando los milagros que vuestro hijo obraba, decía: ¡ Dichosas las entrañas que te llevaron, dichoso el seno que te alimentó!... hasta los millones de fieles que, durante este bendito mes, se reúnen á los piés de vuestra imagen, ¡ cuántos homenajes habeis recibido, cuántos respetos os han rodeado!...

Sí, carísimos hermanos, grande es la gloria de la augusta Virgen María; el siglo que termina la refiere al siglo que comienza; un día la repite al otro día, y una noche la cuenta á la otra noche (1)... Veo á todas las generaciones cristianas postrarse, unas en pos de otras, ante ella, y depositar á sus plantas el tributo de su amor y de su veneración... El príncipe y el pastor, el

(1) Salm. XVIII, 2.

rico como el pobre, lo mismo la esposa que la casta virgen, todas las condiciones han venido á encontrarse al pié de sus altares... Un mismo sentimiento les ha llevado allí: ofrecer á María sus homenajes y ponerse bajo su poderosa protección...

PROPOSICIÓN. Encuéntrense á veces cristianos, que se figuran que la devoción á la Santísima Virgen es una devoción sólo para las mujeres, para las jóvenes... Es un error peligroso, hermanos míos. La Virgen Santísima es Madre de todos nosotros, y todos, lo mismo los hombres que las mujeres, la debemos honrar... Esta mañana me propongo combatir este pernicioso error, después de haberos indicado algunos de los títulos de María á nuestro respeto y á nuestros homenajes.

DIVISIÓN. *En primer lugar*, títulos que hacen á la Virgen Santísima digna de veneración; *en segundo lugar*, probaré con ejemplos que hombres ilustres la han constantemente venerado. Espero así haceros comprender perfectamente, que la piedad hácia la divina Madre de Dios no es una devoción únicamente de mujeres, sinó que conviene tanto á todos los sexos, como á todas las condiciones...

Primera parte. Títulos que hacen acreedora á la Virgen Santísima á nuestra veneración. Imposible sería para mí, hermanos míos muy amados, deciros todo lo que hace á la Santísima Virgen María digna de nuestros homenajes... Hoy mismo, apesar de todos los trastornos que nuestra pobre sociedad ha pasado; apesar de las extrañas ideas que en sus corazones cultivan, como plantas venenosas, tantos infelices ignorantes, irritados ó viciosos; se dispensan todavía demostraciones de honor á aquellos que por su dignidad, poder ó cualidades son superiores á los demás... Decid, si podeis, ¿qué homenajes merece María, aún sin considerar las cosas más que bajo el punto de vista humano?... ¿Quereis poder y dignidad?... ¡Es Madre de Dios, Reina del Cielo, Soberana del mundo!... Hija del santo rey David, cuenta una larga ascendencia de reyes, profetas y patriarcas entre sus antepasados (1)... Príncipes, duques, condes que os gloriáis de vuestro nacimiento, podeis mostrarnos semejantes pergaminos, ¿podeis mostrarnos una nobleza de raza tan digna de veneración?...

(1) V. MIEKOW, conferencia 219.

tísima, dignaos asistirnos con vuestras luces y con vuestra intercesión, alcanzadnos la gracia de que tengamos acierto en este importante asunto, y os bendiciremos por toda la eternidad! *Virgo prudentissima, ora pro nobis! Virgen prudentissima, rogad por nosotros!...* Así sea.

INSTRUCCION NOVENA

DOMINGO, DÉCIMO DÍA DE MAYO (en la Misa.)

Títulos de María á nuestra veneración: todos la deben honrar.

TEXTO. *Virgo veneranda, ora pro nobis.* Virgen digna de veneración, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, después de haber sido saludada por santa Isabel como á Madre del Señor, la humilde María exclamaba: *Mi alma glorifica al Señor; mi corazón se extremece de alegría en Dios, mi Salvador...* Luego, arrebatada en éxtasis, iluminada por el Espíritu que inspiraba á los Profetas, añadía: *Vió la humildad de su sierva, y por eso de hoy más todas las naciones me llamarán bienaventurada...* Virgen venerable, vuestra profecía se ha realizado. Desde aquella mujer del Evangelio que, admirando los milagros que vuestro hijo obraba, decía: ¡Dichosas las entrañas que te llevaron, dichoso el seno que te alimentó!... hasta los millones de fieles que, durante este bendito mes, se reúnen á los piés de vuestra imagen, ¡cuántos homenajes habeis recibido, cuántos respetos os han rodeado!...

Sí, carísimos hermanos, grande es la gloria de la augusta Virgen María; el siglo que termina la refiere al siglo que comienza; un día la repite al otro día, y una noche la cuenta á la otra noche (1)... Veo á todas las generaciones cristianas postrarse, unas en pos de otras, ante ella, y depositar á sus plantas el tributo de su amor y de su veneración... El príncipe y el pastor, el

(1) Salm. XVIII, 2.

rico como el pobre, lo mismo la esposa que la casta virgen, todas las condiciones han venido á encontrarse al pié de sus altares... Un mismo sentimiento les ha llevado allí: ofrecer á María sus homenajes y ponerse bajo su poderosa protección...

PROPOSICIÓN. Encuéntranse á veces cristianos, que se figuran que la devoción á la Santísima Virgen es una devoción sólo para las mujeres, para las jóvenes... Es un error peligroso, hermanos míos. La Virgen Santísima es Madre de todos nosotros, y todos, lo mismo los hombres que las mujeres, la debemos honrar... Esta mañana me propongo combatir este pernicioso error, después de haberos indicado algunos de los títulos de María á nuestro respeto y á nuestros homenajes.

DIVISIÓN. *En primer lugar*, títulos que hacen á la Virgen Santísima digna de veneración; *en segundo lugar*, probaré con ejemplos que hombres ilustres la han constantemente venerado. Espero así haceros comprender perfectamente, que la piedad hácia la divina Madre de Dios no es una devoción únicamente de mujeres, sinó que conviene tanto á todos los sexos, como á todas las condiciones...

Primera parte. Títulos que hacen acreedora á la Virgen Santísima á nuestra veneración. Imposible sería para mí, hermanos míos muy amados, deciros todo lo que hace á la Santísima Virgen María digna de nuestros homenajes... Hoy mismo, apesar de todos los trastornos que nuestra pobre sociedad ha pasado; apesar de las extrañas ideas que en sus corazones cultivan, como plantas venenosas, tantos infelices ignorantes, irritados ó viciosos; se dispensan todavía demostraciones de honor á aquellos que por su dignidad, poder ó cualidades son superiores á los demás... Decid, si podeis, ¿qué homenajes merece María, aún sin considerar las cosas más que bajo el punto de vista humano?... ¿Quereis poder y dignidad?... ¡Es Madre de Dios, Reina del Cielo, Soberana del mundo!... Hija del santo rey David, cuenta una larga ascendencia de reyes, profetas y patriarcas entre sus antepasados (1)... Príncipes, duques, condes que os gloriáis de vuestro nacimiento, podeis mostrarnos semejantes pergaminos, ¿podeis mostrarnos una nobleza de raza tan digna de veneración?...

(1) V. MIEKOW, conferencia 219.

Pero consideremos en sí misma esta obra maestra de las manos del Criador, y veamos cuán digna es de nuestro culto y de nuestros respetos.... Gloriosa María, ilustres fueron vuestros antepasados, pero; cuánta gloria añadís vos a la suya!... Vuestra concepción inmaculada fué predicha por los profetas y santificada por el Espíritu Santo; vuestro nacimiento es motivo de alegría para el mundo entero... ¡Al fin apareceis, aurora por tanto tiempo deseada; la tierra se extremece porque pronto va á iluminarla con sus rayos Jesús, el Sol de justicia!... ¿Y su dulce nombre de María?... Este nombre significa « Soberana », quiere decir también « estrella del mar », y todas las generaciones lo bendecirán á porfía; este nombre, para siempre venerado, servirá también á todos de guía á través de las tempestades y escollos de la vida; los santos lo pronunciarán con fruición; los sábios lo escribirán con amor; será una dicha para las almas piadosas el haberlo recibido en su bautismo!...

Digna de veneración, *Virgo veneranda*, sí, hermanos míos, venerable es esta bendita Madre de Jesús, sea cual fuere la manera como la consideremos... ¡Digna de veneración en su infancia, en su juventud, en su vida toda, que fué un modelo de todas las virtudes!... ¡Digna de veneración en su cuerpo, embalsamado lirio, en cuya corola reposa Jesús, cual gota de puro rocío, que, léjos de empañar su brillo, tenía que dar aún más frescura y perfume á aquella flor celestial!... ¡Digna de veneración en su alma, que fué colmada de gracias, y se convirtió en abundante manantial de bendiciones que ella ha derramado y sigue derramando cada día sobre la Iglesia entera!...

¿Y quién, como no sea un ignorante ó un mal cristiano, podría negar sus homenajes á esta Virgen bendecida, á la digna Madre de Jesús?... Angeles del Señor, que con tanta frecuencia descendíais á la tierra para hablar con ella, ¿qué venís á hacer hoy?... La Virgen murió hace tres días, los Apóstoles han depositado su cuerpo inmaculado en el sepulcro de sus padres. — « Venimos de parte de Dios á resucitar este cuerpo virginal; ¡no conocerá la podredumbre de la tumba! » — La veo, en efecto, resucitada y triunfante elevarse sostenida por las manos de los Angeles en el día de su Asunción... ¡Abríos, puertas del paraíso; cielos, extremeceós de alegría; querubines y serafines, acudid al encuen-

tro de vuestra Reina!. Preparado está ya el trono; su Hijo la corona con sus divinas manos; siéntase ella á la diestra de la augusta Trinidad, resplandeciente de gloria, poder y majestad (1)... *Adstilit régina a dextris tuis in vestitu deaurato...*

Desde allí es donde María, princesa incomparable, reina desde entonces sobre el cielo y sobre la tierra... ¡desde allí derrama á manos llenas las gracias y las bendiciones sobre los corazones piadosos que la honran y la ruegan!... Lo repito, hermanos míos muy amados, sí, María es digna de veneración... ¡Atrás los herejes e impíos que blasfeman de su dignidad y desconocen su gloria!... ¡Ah! los que conocen, los que comprenden esta dignidad, gustosos verterían su sangre para defenderla!... Un día san Ignacio, poco tiempo después de su conversión, viajaba con un mahometano; recayó la conversación sobre la Madre de Jesús Nuestro Señor. Defendía Ignacio lo mejor que podía las prerrogativas de esta augusta Virgen. En cambio su interlocutor profería injuriosas blasfemias contra ella... Habiéndose alejado el musulman, Ignacio tuvo por un momento la idea de provocarle á desafío, y hacerle retractar de sus impías palabras con la espada en la mano (2)... Todo cristiano, hermanos míos muy amados, que ama verdaderamente á María, experimenta estos mismos sentimientos de indignación, cuando oye blasfemar contra esta admirable Virgen; ¡tan digna la juzga su corazón de los homenajes y consideración del universo entero!...

Segunda parte. Pero he prometido mostraros, por medio de ejemplos, que la piedad hácia la Virgen Santísima no era solamente una devoción de mujer, y que los hombres mismos tenían que atestiguar su veneración y amor á esta divina Madre de Jesucristo... Aquí, hermanos míos, necesitaría citaros la historia de cada santo, porque todos se han complacido en alabar, honrar y bendecir á la Santísima Virgen. Mencionaré únicamente algunos rasgos... San Epifanio es quien, desde los primeros siglos de la Iglesia, deja escapar este grito de admiración: « ¡Oh María, cuán bella sois!... Después de Dios sois la Soberana del universo; por vuestra naturaleza

(1) Salm. XLIV, 10.

(2) Bartoli, *Hist. de S. Ignacio*, lib. I, cap. II.

sobrepujais en hermosura á los querubines, á los serafines y á todo el ejército celestial!.. Ninguna lengua humana, ¿qué digo? el lenguaje mismo de los Angeles es impotente para celebrar vuestra gloria... ¡Paloma sin mancha, Esposa querida de la indivisible Trinidad, Dios mismo os venera y os colma de honores(1)!.. »

Viene luego san Bernardo, invitándonos á recurrir en todas ocasiones á la protección de la bendita Virgen. « ¿Está azotada, dice, vuestra alma por las pasiones?... ¿Amenazan sumergirla las tentaciones?... María es la Estrella del mar, fijad en ella vuestros ojos y ella vendrá en auxilio vuestro. *Respice Stellam, voca Mariam*, mirad la Estrella, invocad á María, porque ella es omnipotente (2)... » Y este mismo santo jamás emprendía cosa alguna sin haber consultado á esta divina Madre de Dios... ¿Hablaré de san Francisco de Sales, tan fiel en rezar cada día el rosario, y cuyos escritos contienen tantas y tan arrebatadoras páginas dedicadas á glorificar á María?... ¿Podré olvidaros á vos, Angel de Polonia, glorioso san Casimiro?... María, ¡ah! es la Reina de vuestro corazón, la dama de vuestros amores... Os estoy oyendo; de vuestro corazón se exhala este bello himno en alabanza de la Reina del cielo: « ¡Oh alma mía, repite cada día las alabanzas de María; celebra devotamente sus festividades; venera piadosamente sus acciones; contempla con admiración su grandeza; canta, sí, canta todavía la dicha y la gloria de esta afortunada Virgen!... » *Omni die, dic Mariæ mea, laudes, anima, etc.*

Me diréis tal vez: eran santos, nada tiene de extraordinario que ellos hayan profesado tierna devoción á María; pero nosotros que somos unos simples obreros, unos hombres del mundo, no estamos á su altura.... Desde luego os podría decir, hermanos míos, que esta excusa no tiene razón de ser... ¿Nos ha creado Dios para ir al cielo?... ¿Nos llama á participar un día de la dicha de los santos?... ¿Qué os parece?... Pues bien, hay que imitar á los santos. María es la puerta del cielo, y nadie puede entrar en él si se niega á honrarla y á recurrir á su intercesión...

(1) *Apud Miekow, conferencia 220.*

(2) Homilias, *supra*: *Missus est.*

Citemos, empero, otros ejemplos... No los tomaré de la vida de los santos, sino de la historia misma... En una época de calamidad, Luis XII consagra, por medio de un solemne voto, la Francia á la Santísima Virgen... Una solemne procesión, en la cual se llevará en triunfo la venerada imagen de la Virgen, será cada año el testimonio público de esta consagración... En cambio el piadoso rey vió cesar los azotes que sembraban la desolación en sus pueblos... El voto que hizo sobrevivió á todas las revoluciones, y todavía hoy, cada año, en el día de la Asunción, es llevada en triunfo la sagrada imagen de la Virgen...

Francisco I, otro rey de Francia, no era á la verdad un santo, y sin embargo, en una circunstancia pública, no vaciló en manifestar su devoción hácia la santa Madre de Dios... La impía saña de los protestantes había roto una estatua de la Santísima Virgen que estaba expuesta en una calle y que los católicos piadosamente saludaban al pasar... Grande fué la consternación cuando, cierta mañana, se vió cubierto el suelo de los restos de la mutilada imagen... ¡Aquella profanación de los herejes se convirtió, oh María, en mayor gloria vuestra!... Preparóse una estatua más rica y más hermosa, y Francisco I, rodeado de una inmensa muchedumbre, quiso colocarla él mismo en su sitio con sus reales manos, lo cual efectuó entre las aclamaciones de la multitud católica que le rodeaba (1)...

Ya tres siglos antes, Felipe Augusto, uno de los más grandes reyes de Francia, había dado una señalada prueba de su veneración á la Madre de Dios y de la confianza que tenía en su protección... Era en el año 1214: habíase formado contra Francia una terrible coalición. Alemania, Inglaterra y los Países Bajos se habían reunido contra ella; más de doscientos mil guerreros avanzaban bajo las órdenes del emperador Othon; distribuíanse ya la Francia... Habían consultado á unos hechiceros que les habían prometido el éxito (2).. Felipe no disponía, para oponer á los invasores, más que de sesenta mil hombres de tropas poco ejercitadas... Los dos ejércitos se encontraron en los campos de Bouvines... Antes de empeñar el combate, Felipe, después

(1). V. P. Poiré. *Triplé couronne, passim.*

(2) Genoude, *Hist. de France*, t. VI, y Marchangy, *Gaule poétique.*

de haber oído la santa Misa, hizo formar sus soldados á su alrededor, y, deponiendo su cetro y su corona, pronunció con voz fuerte estas palabras: » Guerreros franceses, si creéis que haya alguien más digno que yo de llevar este cetro y esta diadema, nombradlo; yo estoy dispuesto á transmitírselos... Pero si no me creéis indigno de ellos, defendedlos hoy que Francia está en peligro... » Después, colocando á su ejército y á sí mismo bajo la protección de María, hizo solemne voto de hacer construir en el mismo campo de batalla, si salía victorioso, un monasterio en honor de la Virgen Reina de los cielos... Empeñóse con furor el combate; durante seis horas no se oyó más que el choque de los aceros, el pisar de los caballos, el estertor de los moribundos... Por último decidióse la victoria por aquellos á quienes la Virgen protegía... Sesenta mil cadáveres enemigos cubrieron la llanura y Francia se salvó... Al año siguiente, habriais visto levantado sobre el lugar del combate un suntuoso edificio; la gratitud de Felipe hacía la Santísima Virgen cumplía su voto, y daba á aquel monasterio el nombre de *Nuestra Señora de la Victoria* (1).. ; Decid aún, después de todos estos ejemplos, que la devoción á la Santísima Virgen es una devoción de mujeres!...

PERORACIÓN. Lo repito, hermanos míos muy amados, la piedad para con María es una piedad que conviene á todas las almas cristianas.... Sí, dulce Madre de Jesús, sin vos nadie se puede salvar; vos sois la fuente bendita de la gracia; para que vuestro Hijo nos admita, es preciso que vos misma os digneis presentarnos... ; Oh Madre, oh Reina, oh gloria y alegría del paraíso, pueda toda criatura celebrar vuestras grandezas y reconocer vuestro poder!... ; Virgen santa, concedednos á todos el favor de amaros, de bendeciros, de alabaros eternamente! *Dignare me laudare te, Virgo sacrata*... Así sea.

(1) He seguido el relato de los Cronistas, sin ignorar que, según varios historiadores, cerca de Senlis, en el sitio mismo donde se encontraron los mensajeros de Felipe y de su hijo Luis, fué donde se construyó dicha abadía. Me inclinaria á pensar que, con motivo de la doble victoria, tanto del padre como del hijo, se hicieron construir dos...

INSTRUCCION DECIMA.

DOMINGO 10 DE MAYO (en el ejercicio de la noche.)

La Virgen Santísima es digna de alabanzas por su dignidad, por sus virtudes y por su bondad para con nosotros.

TEXTO. *Virgo prædicanda, ora pro nobis.* Virgen digna de alabanzas, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, el Apóstol san Pablo, hablando de Nuestro Señor Jesucristo, dice « que recibió un nombre superior á todo nombre (1) » Nosotros podemos afirmar lo mismo de la Santísima Virgen... Después del nombre de Jesús, ningún nombre ha sido tan celebrado como el suyo; jamás simple criatura recibió tantos homenajes como la divina Madre de Dios... ; Cuántas festividades celebra la Iglesia en honor suyo, cuántos templos le han sido consagrados !... Ni la iglesia más pobre, ni el más modesto santuario dejan de tener un altar dedicado á ella... *Virgen digna de alabanza*, los más sábios doctores, los predicadores más elocuentes se han complacido en hacer vuestro elogio, en celebrar vuestras grandezas... ; Cuán numerosas son las obras compuestas en honor vuestro!... Cuando pienso, oh dulce Madre mía, que, durante este bendito mes, lo mismo en las más vastas catedrales que en la capilla más modesta, sois exaltada, alabada y bendecida, mi alma se extremece de ventura... Ilustres predicadores, decid las grandezas de la Virgen en el seno de nuestras ciudades, haced su elogio, celebrad sus virtudes, exaltad sus admirables prerrogativas ante la numerosa concurrencia que os rodea... Celosos misioneros, Apóstoles de nuestro siglo, haced resonar su nombre hasta en medio de las más inaccesibles selvas; aprendan de vosotros los infieles y los salvajes cuán digna de alabanzas es María... Y nosotros, sim-

(1) Filip., II.

ples curas de aldea, queremos, oh divina Madre de Jesús, según la medida de nuestras fuerzas, celebrar vuestras virtudes, dar á conocer vuestras grandezas y dignidad á estos fieles que nos vienen á escuchar. ¡*Virgen digna de alabanza*, dignaos asistirnos en este santo ministerio! *Virgo prædicanda, ora pro nobis...*

Proposición y División. Deseo mostraros, hermanos míos, con cuánta razón llama la Iglesia santa á la Madre de Jesús *digna de alabanza, Virgo prædicanda*. Sí, María merece ser alabada y predicada en todo el universo, *en primer lugar*, por sus eminentes prerrogativas; *en segundo lugar*, por sus virtudes; *en tercer lugar*, porque se muestra buena para con nosotros...

Primera parte. No puedo tratar más que someramente, hermanos míos, este agradable asunto: María, *digna de alabanza*, por sus eminentes prerrogativas... ¿La veis predestinada desde su nacimiento?... Una ley fatal, consecuencia de la desobediencia de nuestros primeros padres, pesa sobre todo hijo de los hombres... Gloriosa santa Inés, y vosotras santa Agueda, santa Lucía y tantas otras vírgenes tan puras como podría nombrar, vosotras no os librasteis de esta ley... No, nadie entre los hijos de los hombres, estuvo exento de la mancha original. Unicamente vos, oh dulce María, estuvisteis preservada de ella; sed pues bendita y alabada por este incomparable privilegio...

Dirijámos después nuestras miradas hácia otra prerrogativa; la maternidad divina... María, como decíamos hace algunos dias, es la Madre de nuestro Criador, la Madre de nuestro Salvador. Todo lo debemos á María, puesto que ella nos dió á Jesús y con este divino Salvador nos dió todas las gracias de nuestra Redención. ¡Sí, toda lengua publique la gloria de esta divina Madre de Jesús!... Ella es también Reina del Cielo... ¡Reina para siempre bendecida, cuán noble y poderosa sois, cuánta gloria os rodea!... ¿Vuestras alabanzas?... ¡Sí, el cielo entero las proclama! Parece ver á los santos de todos los siglos, y de todas las condiciones inclinarse ante vuestro trono, repetiros con admiración las palabras que el Arcángel Gabriel os dirigió, y que tan amenudo nosotros repetimos: *Dios te salve, María, llena de gracias...* Angeles y arcángeles, venid á vuestra vez á postraros á los piés de vuestra Reina; admirad los dones de que fué colmada; mirad el esplendor que la ro-

dea; celebrad eternamente sus alabanzas, repetid con nosotros una inmortal *Ave Maria*... Yo os saludo, María, sí, yo os saludo, llena sois de gracias, vos sois la obra maestra de las manos de Dios, vos sois la Madre de Jesús, la soberana de todas las criaturas, la Virgen que merece ser alabada para siempre. *Virgo prædicanda.*

Segunda parte. Dejemos aparte por un momento, carísimos hermanos míos, estas admirables prerrogativas; veamos lo que fué la Virgen Santísima mientras vivió en este suelo... Fijaos bien; ved cuáles son las virtudes que amais y admiráis, y á las cuales tributáis elogios, y ved si la Santísima Virgen ha poseído estas virtudes en el más alto grado... Grangéase vuestras alabanzas la jóven modesta y piadosa que, huyendo las ocasiones peligrosas, se muestra dulce, obediente para con sus superiores, complaciente y caritativa para con el prójimo, y que, hermosa hasta atraerse los corazones todos, conserva empero intacta en su alma, y en toda su lozanía, la santa y delicada virtud de la pureza... Ni los mismo malos pueden negar su aprecio y sus elogios á esta admirable virtud... Todos, hasta las miserables criaturas que la han desconocido y profanado, experimentan cierto respeto por el pudor... ¡Pues bien, vos, Virgen María, Madre purísima, sois bajo este título dignísima de alabanza!... ¿Qué alma hubo más santa, qué corazón más immaculado? ¿Qué imaginación ha podido jamás representarse una virtud igual á la vuestra?... ¿Debemos hablar, hermanos míos, de las demás virtudes de la Santísima Virgen?... Ella las reúne todas: dulzura, humildad, caridad, paciencia, resignación; en ella encontraréis todo lo que vosotros amais, todo lo que os parece *digno de alabanza, Virgo prædicanda*... ¡Oh María, bien mereceis vos que de vos se hable, que se os predique!... ¡Dichosos serían los predicadores, si pudiesen haceros conocer bien y llevar por do quier las almas á que os amasen!...

Tercera parte. Mas para nosotros, pobres pecadores, lo que principalmente nos parece digno de alabanza, es la bondad... Refiérese un admirable rasgo de María Antonieta, esposa del infortunado Luís XVI, que murió también en el patíbulo... Un día, paseándose por el extremo del parque de Versalles, distingue á un niño pobremente vestido, que llevaba un miserable cesto. Le para y: — « ¿ A donde vas, amigo

mío? » le pregunta. — « Señora, contestó el niño, llevo el almuerzo á mi padre; trabaja allá abajo... » Y el niño señalaba con el dedo un claro, donde trabajaban unos leñadores... Moviéndose á curiosidad, abre la princesa el cesto y prueba la sopa que se traía á aquel pobre obrero... — « Pero, amigo mío, es una comida muy pobre la que le llevas á tu padre... ¿Cómo es que no hay más que esta sopa, bastante mala, que veo en tu cesto?... — Señora, replica el niño, somos nueve en casa á comer, y el jornal de mi padre apenas nos basta para pan. » Conmovida María Antonieta, deslizó una moneda de oro en la mano del niño, pidiéndole donde vivía su padre. Al día siguiente, habríais visto á la joven princesa, futura reina de Francia, penetrar en una cabaña, á poca distancia del palacio de Trianon, y derramar, con sus abundantes limosnas, la alegría en el seno de la numerosa familia del pobre leñador... ; Qué bondad! ; cuántos elogios, oh princesa infortunada, merecía vuestra conmiseración!... Esta bondad, hermanos míos muy amados, es nada si la comparamos con la de la Santísima Virgen... Ella desciende, se humilla hasta el más pequeño de nosotros... ; Y sin embargo es la Reina del cielo!... ; Hay millares, ; qué digo millares! millones de veces en que acude en auxilio de los cristianos con una ternura inefable!... Pecadores, cualesquiera que seais, recurrid á ella sinceramente y desde el fondo de vuestro corazón; os lo digo en verdad, ninguno de vosotros será rechazado... Decidla: ; Oh Madre de misericordia, dignaos alcanzarme de vuestro divino Hijo el perdón de mis faltas!... Y la Reina de cielo acogerá vuestra petición y oirá favorablemente vuestros deseos... Niños que os preparáis para la primera comunión, tan pequeños, tan jóvenes como sois, decidla á la Santísima Virgen: ; Dulce Madre, á vos me encomiendo para obtener las disposiciones y gracias de que necesito para aproximarme dignamente á vuestro divino Hijo!.. Y la Soberana del cielo, la omnipotente Madre de Jesús descenderá hasta vosotros, hijos míos; acogerá vuestras súplicas y derramará en vuestras almas una espléndida limosna de gracias, que os volverán dignos de recibir al adorable Jesús... ; Cuánto merece ser alabada, bendecida y celebrada para siempre la buena y misericordiosa Virgen María!...

PERORACIÓN. Reina de nuestras almas, Virgen tan cara á nuestros corazones, lo repito, ; qué dicha y alegría experimentamos al ver vuestro

santo nombre bendecido, honrado por el universo entero! ; Cuántas iglesias os están consagradas, cuántas estatuas se han elevado en honor vuestro, cuántas almas se estremecen de alegría viendo los honores que os rodean!... Dichosos peregrinos, apresuraos á acudir á sus santuarios... Cantad, cantad aún los bellos himnos que la Iglesia ha compuesto para su gloria... ; Salve, Estrella del mar, sublime Madre de Dios, puerta deliciosa que nos abres el cielo! *Ave maris Stella, Dei Mater alma*, etc... Predicadores elocuentes, haced el elogio de mi querida Madre... Misioneros, llevad su nombre hasta las más lejanas orillas, repítanlo los Indios en medio de sus selvas, aprendan á bendecirlo la más salvajes horridas... De eco en eco, resuene en el universo entero, como señal de amor y bendición... Y nosotros, hermanos míos, repitamos con la Iglesia: *Virgo prædicanda, ora pro nobis*. Virgen digna de alabanzas, rogad por nosotros... Así sea.

INSTRUCCION UNDECIMA.

LUNES, UNDÉCIMO DIA DE MAYO

Poder de la Virgen Santísima en el cielo, en la tierra y sobre los demonios.

TEXTO. *Virgo potens, ora pro nobis*. Virgen poderosa, rogad por nosotros.

EXORDIO. Os hemos dicho ya algunas palabras, hermanos míos, sobre el poder de la Santísima Virgen... Os la hemos presentado más poderosa por sí sola que los Angeles, los arcángeles y todos los santos reunidos... Hemos dicho que uno solo de sus suspiros tenía más poder sobre el corazón de Dios, que todas las súplicas de todos los bienaventurados... Un día Betsabé, madre de Salomón, iba á encontrar á su hijo...

mío? » le pregunta. — « Señora, contestó el niño, llevo el almuerzo á mi padre; trabaja allá abajo... » Y el niño señalaba con el dedo un claro, donde trabajaban unos leñadores... Moviéndose á curiosidad, abre la princesa el cesto y prueba la sopa que se traía á aquel pobre obrero... — « Pero, amigo mío, es una comida muy pobre la que le llevas á tu padre... ¿Cómo es que no hay más que esta sopa, bastante mala, que veo en tu cesto?... — Señora, replica el niño, somos nueve en casa á comer, y el jornal de mi padre apenas nos basta para pan. » Conmovida María Antonieta, deslizó una moneda de oro en la mano del niño, pidiéndole donde vivía su padre. Al día siguiente, habríais visto á la joven princesa, futura reina de Francia, penetrar en una cabaña, á poca distancia del palacio de Trianon, y derramar, con sus abundantes limosnas, la alegría en el seno de la numerosa familia del pobre leñador... ; Qué bondad! ; cuántos elogios, oh princesa infortunada, merecía vuestra conmiseración!... Esta bondad, hermanos míos muy amados, es nada si la comparamos con la de la Santísima Virgen... Ella desciende, se humilla hasta el más pequeño de nosotros... ; Y sin embargo es la Reina del cielo!... ; Hay millares, ; qué digo millares! millones de veces en que acude en auxilio de los cristianos con una ternura inefable!... Pecadores, cualesquiera que seáis, recurrid á ella sinceramente y desde el fondo de vuestro corazón; os lo digo en verdad, ninguno de vosotros será rechazado... Decidla: ; Oh Madre de misericordia, dignaos alcanzarme de vuestro divino Hijo el perdón de mis faltas!... Y la Reina de cielo acogerá vuestra petición y oirá favorablemente vuestros deseos... Niños que os preparáis para la primera comunión, tan pequeños, tan jóvenes como sois, decidla á la Santísima Virgen: ; Dulce Madre, á vos me encomiendo para obtener las disposiciones y gracias de que necesito para aproximarme dignamente á vuestro divino Hijo!.. Y la Soberana del cielo, la omnipotente Madre de Jesús descenderá hasta vosotros, hijos míos; acogerá vuestras súplicas y derramará en vuestras almas una espléndida limosna de gracias, que os volverán dignos de recibir al adorable Jesús... ; Cuánto merece ser alabada, bendecida y celebrada para siempre la buena y misericordiosa Virgen María!...

PERORACIÓN. Reina de nuestras almas, Virgen tan cara á nuestros corazones, lo repito, ; qué dicha y alegría experimentamos al ver vuestro

santo nombre bendecido, honrado por el universo entero! ; Cuántas iglesias os están consagradas, cuántas estatuas se han elevado en honor vuestro, cuántas almas se estremecen de alegría viendo los honores que os rodean!... Dichosos peregrinos, apresuraos á acudir á sus santuarios... Cantad, cantad aún los bellos himnos que la Iglesia ha compuesto para su gloria... ; Salve, Estrella del mar, sublime Madre de Dios, puerta deliciosa que nos abres el cielo! *Ave maris Stella, Dei Mater alma*, etc... Predicadores elocuentes, haced el elogio de mi querida Madre... Misioneros, llevad su nombre hasta las más lejanas orillas, repítanlo los Indios en medio de sus selvas, aprendan á bendecirlo la más salvajes horridas... De eco en eco, resuene en el universo entero, como señal de amor y bendición... Y nosotros, hermanos míos, repitamos con la Iglesia: *Virgo prædicanda, ora pro nobis*. Virgen digna de alabanzas, rogad por nosotros... Así sea.

INSTRUCCION UNDECIMA.

LUNES, UNDÉCIMO DIA DE MAYO

Poder de la Virgen Santísima en el cielo, en la tierra y sobre los demonios.

TEXTO. *Virgo potens, ora pro nobis*. Virgen poderosa, rogad por nosotros.

EXORDIO. Os hemos dicho ya algunas palabras, hermanos míos, sobre el poder de la Santísima Virgen... Os la hemos presentado más poderosa por sí sola que los Angeles, los arcángeles y todos los santos reunidos... Hemos dicho que uno solo de sus suspiros tenía más poder sobre el corazón de Dios, que todas las súplicas de todos los bienaventurados... Un día Betsabé, madre de Salomón, iba á encontrar á su hijo...

El rey salió á su encuentro, la saludó profundamente y, habiéndola hecho sentar en un trono á su derecha, la dijo: « Habla, madre mia, pide lo que quieras; no sería justo despedirte descontenta (1)... » Augusta Madre de Dios, vuestro Hijo es incomparablemente mejor y más poderoso que Salomón... El trono, en el cual estais sentada á su derecha, es más brillante que aquel en que aquel príncipe colocó á su madre... Pedid, Virgen Santísima, nada se os negará; vos sois la Omnipotencia suplicante, *Omnipotencia supplicans*, es decir que nada es imposible á vuestra intercesión...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Veamos, hermanos míos, en pocas palabras, cuáles el poder de María. *Virgen poderosa*, vuestro poder se ejerce en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos, donde vuestro solo nombre hace temblar á los demonios.

En primer lugar, en el cielo. Hermanos míos muy amados, si en el cielo es donde el Hijo de Dios hace aparecer más su gloria y su poder, allí es también donde con más brillo se manifiesta el poder de María... Vedla rodeada de los santos Apóstoles, cuya consejera y apoyo fué en la tierra... Santos mártires, ante ella inclináis vuestras gloriosas palmas; santos confesores, á sus piés deponéis vuestras coronas; y vosotras, castas vírgenes, la presentáis los lirios de la pureza... ¿ Para qué todos estos homenajes?... Para afirmar su poder... A la manera de prisioneros que, puestos en libertad, se complacen en reconocer y proclamar el poder del conquistador que les ha librado, así todos los bienaventurados se complacen en exaltaros á vos, *Virgen poderosa*, porque vos sois quien les habéis librado... Soberana de aquel hermoso paraíso, todo reconoce en él vuestro dominio; sometidos os estan los ángeles como á Reina suya; como á Madre suya os obedece Jesucristo: la augusta Trinidad nada os puede rehusar, y acoge todas vuestras demandas, como se acogen los deseos de una hija única y querida.

En segundo lugar, si, dejando el cielo, examinamos el poder de María en la tierra, ¿ cuán admirable espectáculo se presenta á nuestros ojos!... ¿ Cuántas gracias hace descender ella sobre los pobres pecadores, cuántos favores derrama sobre las almas piadosas!... ¿ Cuántas ciudades,

(1) III Reyes, II, 29.

cuántos Estados han experimentado los efectos de su poderosa protección (1)!... Enfermos de todas clases, venid á sus santuarios á pedir la salud; ella os puede curar... Pobres almas azotadas por las pasiones, acudid para reclamar vuestra conversión; María os puede convertir... Peregrinos de todas edades y condiciones, reuníos de todas las partes del mundo, expresad vuestros deseos á María; ella los oirá favorablemente, porque ella es la Virgen poderosa... Y en efecto, en nuestros mismos días, ¿ cuántos milagros realizados, cuántas gracias obtenidas, ya en la gruta de Lourdes, ya en otros santuarios!

Este sorprendente poder, hermanos míos muy amados, la Virgen Santísima lo pone á nuestra disposición, desea vivamente emplearlo en favor nuestro: mas ¡ ay! con harta frecuencia descuidamos de recurrir á él!... Hallábase un pobre en la mayor miseria, faltábale el pan, cubierto de harapos estaba su cuerpo; un príncipe le encuentra y le dice: « Amigo mío, ¿ quieres salir de tu miseria? dirígeme una solicitud; yo puedo darte todo lo que te hace falta, y deseo vivamente acudir á tu auxilio. » Pero el mendigo volvió la cabeza á otro lado, no le quiso dirigir un memorial y, persistió en permanecer en su indigencia... El príncipe, apésar de su poder, no había podido serle útil... Esta es con harta frecuencia, hermanos míos, nuestra historia... ¿ De qué nos servirá, decídme, el poder de María, si nos negamos á recurrir á él?... En vano puede ella obtenernos los favores y gracias que necesitamos, puesto que no cuidamos de pedirselos...

En tercer lugar, poderosa sobre el infierno. Este poder había sido predicho desde los primeros días del mundo. Dios, al maldecir á la serpiente, seductora de nuestros primeros padres, había dicho un día que una mujer le aplastaría la cabeza... Esta mujer bendita entre todas, erais vos, divina Madre de Jesús... Nosotros, amados hermanos míos, no pensamos bastante en el poder del demonio, no desconfiamos lo bastante de sus astucias y perfidias... Él, como bestia feroz, da vueltas constantemente á nuestro alrededor, tratando de devorar nuestra alma, pretendiendo hacerla participar de los suplicios que él mismo soporta en el infierno... ¿ Queremos destruir sus acechanzas, rechazar sus ataques,

(1) V. el P. Poiré, *Triple couronne*, vol. II, *passim*.

resistir victoriosamente sus esfuerzos? Recurramos á María; que su bendito nombre nos sirva de escudo, que su protección sea nuestra defensa...

San Gregorio Nazianceno cita, á este propósito, una conmovedora historia... Un jóven de la ciudad de Antioquía había concebido una violenta pasión por una jóven virgen cristiana, llamada Justina. Después de haber empleado inútilmente todos los medios para seducirla, acudió á un hechicero. « Te prometo, le dijo, una crecida cantidad de dinero si, con los recursos de tu arte, la haces consentir á mis deseos. » El hechicero, habiéndose puesto en relación con Satanás, consiguió, valiéndose de sus sortilegios, turbar la paz del corazón de que gozaba Justina... El demonio inspiró á esta casta cristiana violentas tentaciones, é hizo en cierto modo circular por sus venas un fuego hasta entonces desconocido... Entristecida por estas tentaciones, Justina acudió á la Santísima Virgen... « ¡Divina Madre de Jesús, exclamaba, no me abandoneis, venid á ayudarme en este apremiante peligro!... » No fué en vano, oh piadosa jóven; la Virgen poderosa supo encadenar al demonio, paralizar sus esfuerzos y hacer volver la tranquilidad y la paz á tu alma virginal... El demonio, interrogado por el hechicero, se confesó vencido, y declaró que era impotente, que nada podía con las almas que acuden á la protección de María... Sorprendido con esta confesión, y admirado del poder de la Virgen Santísima, el hechicero se hizo cristiano, y padeció el martiro el mismo día en que santa Justina derramaba su sangre por la fé...

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, otros rasgos podría citaros aún para probaros el poder de María sobre el infierno; pero temo ser demasiado largo... Sí, augusta Madre de Jesús, sois poderosa como un ejército formado en batalla, nada os puede resistir... Vuestro solo nombre pronunciado con afecto basta para ahuyentar al demonio; vuestro poder brilla en el cielo, en la tierra y hasta en el infierno... *Virgen poderosa*, os conjuramos á que hagáis uso en favor nuestro de vuestro incomparable poder, y nos hagáis fuertes contra las tentaciones... Vos sois la dispensadora de las gracias; dignaos darnos las que nos faltan... Hacednos sentir en la tierra los efectos de vuestra omnipotencia, á fin de que un día tengamos todos la dicha de contemplarla y bendecirla por toda una

feliz eternidad... *Virgo potens, ora pro nobis*. Virgen poderosa, rogad por nosotros... Así sea.

INSTRUCCION DUODECIMA.

MARTES DUODÉCIMO DIA DE MAYO.

Clemencia de María probada por la autoridad de la Iglesia y por la experiencia.

Texto. *Virgo clemens, ora pro nobis*. Virgen clemente, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos muy amados, entre los títulos que la Iglesia da á la Virgen María, hay varios que excitan nuestra admiración. *Madre de Dios, Madre de Cristo, Reina del Cielo*. ¡Cuán admirables prerrogativas, Virgen amada!... Entonces es cierto que mereceis estos calificativos y otros más nobles todavía, si el humano lenguaje los pudiese descubrir... Otros títulos, hermanos míos, inspiran una profunda alegría á los que aman la gloria de esta augusta Reina; son los que recuerdan sus eminentes virtudes; *Madre Castísima, Madre sin mancha*... Maravilla para siempre bendecida, ella reúne, por un prodigio cuyo sorprendente esplendor sólo en el cielo conoceremos, la pureza más inmaculada con la maternidad más dulce y verdadera... Virgen concebida sin mancha original, desde el primer instante de su existencia es coronada, por la mano del mismo Dios, con la más bella diadema que una criatura haya llevado jamás... ¡Satanás, baja tu orgullosa cabeza!... Angeles rebeldes, os negasteis á honrarla, cuando Dios en otro tiempo os la mostró en las inefables profundidades de su ciencia divina; ¡ pues bien, doblegáos ahora delante de ella!... ¡ Sí, hermanos míos, estos hermosos títulos regocijan el corazón de los hijos de María!...

PROPOSICIÓN. Pero hay otros, hermanos míos muy amados, que deben derramar en nuestra alma una confianza completamente filial en su bondad maternal... Reina para siempre bendecida, dejadnos, en cierto modo, descansar sobre vuestro corazón para meditar, esta noche, el cariñoso título con que os vamos á invocar. ¡Virgen clemente, rogad por nosotros!...

DIVISIÓN. Voy, amados hermanos míos, á mostraros esta clemencia de María, *en primer lugar*, apoyada en los nombres que la da la Iglesia; *en segundo lugar*, probala por la experiencia.

Primera parte. Ved pues los dulces nombres que la Iglesia da á la Santísima Virgen en su liturgia. ¿No la llama *Madre de misericordia*?... *Salve, Regina, Mater misericordiae*. ¿No la dice: *Vida, dulzura, esperanza nuestra, te saludamos; Vita, dulcedo, spes nostra, salve*?...

¡Madre de misericordia!... Sí, dulce María, vos lo sois, y con razón os da la Iglesia este título y pone este bendito nombre en los labios de sus hijos...

La clemencia, hermanos míos, es una virtud que hasta por los infieles fué admirada... « De todas tus virtudes, decíase á un emperador pagano, la más admirable, la más estimada por nuestros corazones, es la misericordia (1)... » En efecto, esta virtud indica en el que la experimenta cierta sensibilidad con respecto á la desgracia de los demás, acompañada del deseo de ayudarle. La clemencia es más todavía que la misericordia, pues supone que se es superior á aquel que nos inspira compasión; y que se está dispuesto á ayudarle suavizando el castigo que merece (2)... ¡Oh María, con cuánta verdad sois á la vez Madre de misericordia y Virgen clemente!... Nuestra miseria os interesa y tenéis piedad de ella... Divina Madre de Dios, vos á quien vuestra excelencia hace tan superior á todos nosotros, os dignais bajar vuestros ojos hasta nosotros: vos implorais nuestro perdón; esos castigos que mil veces hemos merecido, vos obtenéis del soberano Juez que nos sean perdonados. *Matre de misericordia*, ¡con cuánto amor os saludamos!...

(1) Cicerón, *pro Ligario*.

(2) Santo Tomás, *Summa Theol.*, 2, 2, cuest XXX, *passim*.

Pero observad estos otros calificativos que la Iglesia da á la *Virgen clemente*; ¿los hay que más regocijen el corazón?... *Nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza*; ¡cuán cierto es que la Virgen Santísima es todo esto para nosotros!... Nuestra vida. ¿No es ella quien nos dió á Jesucristo, la verdadera vida de nuestras almas?... *Ego sum via, veritas et vita*. Yo soy la vía, la verdad y la vida. Y dice lo cierto, porque sin él todos estaríamos muertos, sin esperanza alguna de resucitar para la gracia... Pero la misma Virgen, con las gracias que nos alcanza, se convierte para nuestras almas en fuente de vida... Si no la rezais, si no recurris á su poderosa protección, naturalmente que, os lo digo en verdad, no está en vosotros la vida...

Nuestra dulzura, *dulcedo*. ¡Dios mio!.. ¿Acaso la *Virgen clemente* no es para nosotros lo que hay de más dulce?... ¿No experimentamos una dulce alegría en oír su elogio, en cantar sus alabanzas, en repetir su amado nombre?... Nombre sagrado, tú resuenas en nuestros oídos como una dulce melodía, tú tienes para nuestra boca la suavidad de la miel, y nuestro corazón se extremece cada vez que se te oye pronunciar con amor...

Nuestra esperanza, *spes nostra*. ¡Oh, sí, Virgen clemente, vos sois realmente la más dulce esperanza de nuestros corazones. Si tenemos la confianza de ser un día salvos, es porque contamos con vuestra intercesión; tenemos la firme esperanza de que nos obtendréis una vida pura, de que nos guiaréis con seguridad por el camino de la salvación y de que nos alcanzaréis la gracia de que nos regocijemos en vuestro divino Hijo por toda una eternidad...

Segunda parte. Clemencia de María probada por la experiencia. ¡Necesito repetiros, carísimos hermanos, aquella hermosa oración que compuso san Bernardo en honor de la Santísima Virgen, y que todos deberíamos rezar mañana y noche?... « Misericordiosa Virgen María, exclama, acordáos de que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido á vuestra protección, implorado vuestro socorro y reclamado vuestros sufragios haya sido abandonado. » Realmente, cristianos, ¿no se debería llamar clemente y misericordiosa una reina que acogiese todas las peticiones y se mostrase abogada de todos los infortunados, y que, con tal que éstos tuviesen pesar de sus

faltas, les obtuviese la misericordia y el perdón?.. Tal es pues el cargo de la *Virgen clemente*. Hace apenas algunos dias que leía yo á este propósito una historia muy extraordinaria, referida empero por un autor formal (1). Os la quiero explicar, aun cuando sólo deba servir de comparación...

Un hombre, rico y jóven aún, había disipado en fiestas y orgías todos los bienes que su padre le había legado... Dándose vergüenza de pedir limosna, entró como criado en casa de otro hombre que tenía vendida el alma á Satanás... Este último le prometió que le haría recobrar riquezas mayores aún que las que había perdido, y hasta el honor y la consideración en el mundo, á condición de que renegase de Cristo... Ante una tal proposición, el jóven se sintió horrorizado; pero, á fuerza de oírlo repetir, acabó por ceder: es lo que habitualmente sucede, cuando se discute con la tentación, en vez de rechazarla enérgicamente... Renegó pues de su Salvador blasfemando de él, cubrió de inmundicias su imagen y se sometió al demonio que se le apareció... « No es esto todo, le dijo este monstruo infernal; reniega también de la Madre de Cristo; ésta es la que más daño nos hace; su clemencia obtiene amenudo la gracia de aquellos á quienes la justicia de su Hijo castigaría... » En el corazón de aquel jóven vivía aún un resto de fé y de amor hácia la Santísima Virgen; negóse y abandonó aquella cita satánica, llevando revuelta el alma por su apostasía... A su regreso penetra en una iglesia, se postra ante un altar, en el cual había la imagen de María con su Hijo en brazos... Escapáronse de su pecho los sollozos, y suplicó llorando á la *Virgen clemente* que le alcanzase su perdón... ¡Oh maravilla!... oyó á la Madre de Dios decir á Jesús: « Hijo mío muy amado, ten piedad de este hombre... » Pero el divino Niño, para hacer sentir mejor á aquel pobre pecador la gravedad de su falta, volvió la cabeza y, á las apremiantes instancias de María, contestó: « Este hombre ha renegado de mí, ¿cómo le he de perdonar?.. » Entonces la imagen pareció que se levantaba y dejaba al Niño Jesús encima del altar; la Madre de misericordia hizo ademán de arrodillarse á los pies de su Hijo, diciendo: « Por mí te

(1) V. Césaire, *De Miraculis*, Miekow y el P. Poiré.

lo suplico, ¡ten piedad de este hombre!.. » Y el Niño Jesús, haciendo levantar á María, la dijo: « Madre mía, ¿te he negado jamás cosa alguna?.. ¡Sí, por tí perdono á este hombre el crimen que ha cometido!... »

PERORACIÓN. Hermanos míos, sea lo que fuere de esta historia, ella nos representa lo que acontece cada día con respecto á los pobres pecadores... Nosotros que vivimos en la tierra, no podemos ser testigos de estas escenas, en las cuales interviene la Madre de misericordia. Angeles santos, vosotros las veis; almas de los bienaventurados, vosotras las contempláis con admiración; y nosotros, hermanos míos, que somos objeto de ellas, nosotros á quienes la dulce Madre del Salvador tantas veces ha logrado se nos perdone, saludémosla con amor, diciéndola desde el fondo de nuestro corazón: *Virgo clemens, ora pro nobis; Virgen clemente, roga por nosotros...* Así sea.

INSTRUCCION DECIMOTERCERA.

MIÉRCOLES, DECIMOTERCER DIA DE MAYO.

María, fiel á sus promesas, á las inspiraciones de la gracia.

TEXTO. *Virgo fidelis, ora pro nobis*. Virgen fiel, roga por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, la Iglesia llama nuestra atención sobre una virtud que la Santísima Virgen posee en supremo grado: la fidelidad. ¿Tengo necesidad de deciros que esta virtud es indispensable?... Es poco haber empezado bien: en vano habreis consagrado á Dios los años de vuestra infancia, si vuestra juventud la pasais en el desorden... En vano habreis cumplido vuestros deberes religiosos hasta la época de vuestro matrimonio, si después que sois esposas y madres habeis cesado de cumplirlos... No teneis la fidelidad que Dios reclama de sus servidores... Sin embargo, hermanos míos, esta fidelidad en observar la ley

faltas, les obtuviese la misericordia y el perdón?.. Tal es pues el cargo de la *Virgen clemente*. Hace apenas algunos dias que leía yo á este propósito una historia muy extraordinaria, referida empero por un autor formal (1). Os la quiero explicar, aun cuando sólo deba servir de comparación...

Un hombre, rico y jóven aún, había disipado en fiestas y orgías todos los bienes que su padre le había legado... Dándose vergüenza de pedir limosna, entró como criado en casa de otro hombre que tenía vendida el alma á Satanás... Este último le prometió que le haría recobrar riquezas mayores aún que las que había perdido, y hasta el honor y la consideración en el mundo, á condición de que renegase de Cristo... Ante una tal proposición, el jóven se sintió horrorizado; pero, á fuerza de oírlo repetir, acabó por ceder: es lo que habitualmente sucede, cuando se discute con la tentación, en vez de rechazarla enérgicamente... Renegó pues de su Salvador blasfemando de él, cubrió de inmundicias su imagen y se sometió al demonio que se le apareció... « No es esto todo, le dijo este monstruo infernal; reniega también de la Madre de Cristo; ésta es la que más daño nos hace; su clemencia obtiene amenudo la gracia de aquellos á quienes la justicia de su Hijo castigaría... » En el corazón de aquel jóven vivía aún un resto de fé y de amor hácia la Santísima Vírgen; negóse y abandonó aquella cita satánica, llevando revuelta el alma por su apostasía... A su regreso penetra en una iglesia, se postra ante un altar, en el cual había la imagen de María con su Hijo en brazos... Escapáronse de su pecho los sollozos, y suplicó llorando á la *Virgen clemente* que le alcanzase su perdón... ¡Oh maravilla!... oyó á la Madre de Dios decir á Jesús: « Hijo mío muy amado, ten piedad de este hombre... » Pero el divino Niño, para hacer sentir mejor á aquel pobre pecador la gravedad de su falta, volvió la cabeza y, á las apremiantes instancias de María, contestó: « Este hombre ha renegado de mí, ¿cómo le he de perdonar?.. » Entonces la imagen pareció que se levantaba y dejaba al Niño Jesús encima del altar; la Madre de misericordia hizo ademán de arrodillarse á los piés de su Hijo, diciendo: « Por mí te

(1) V. Césaire, *De Miraculis*, Miekow y el P. Poiré.

lo suplico, ¡ten piedad de este hombre!.. » Y el Niño Jesús, haciendo levantar á María, la dijo: « Madre mía, ¿te he negado jamás cosa alguna?.. ¡Sí, por tí perdono á este hombre el crimen que ha cometido!... »

PERORACIÓN. Hermanos míos, sea lo que fuere de esta historia, ella nos representa lo que acontece cada día con respecto á los pobres pecadores... Nosotros que vivimos en la tierra, no podemos ser testigos de estas escenas, en las cuales interviene la Madre de misericordia. Angeles santos, vosotros las veis; almas de los bienaventurados, vosotras las contempláis con admiración; y nosotros, hermanos míos, que somos objeto de ellas, nosotros á quienes la dulce Madre del Salvador tantas veces ha logrado se nos perdone, saludémosla con amor, diciéndola desde el fondo de nuestro corazón: *Virgo clemens, ora pro nobis; Virgen clemente, roga por nosotros...* Así sea.

INSTRUCCION DECIMOTERCERA.

MIÉRCOLES, DECIMOTERCER DIA DE MAYO.

María, fiel á sus promesas, á las inspiraciones de la gracia.

TEXTO. *Virgo fidelis, ora pro nobis*. Vírgen fiel, roga por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, la Iglesia llama nuestra atención sobre una virtud que la Santísima Vírgen posee en supremo grado: la fidelidad. ¿Tengo necesidad de deciros que esta virtud es indispensable?... Es poco haber empezado bien: en vano habreis consagrado á Dios los años de vuestra infancia, si vuestra juventud la pasais en el desorden... En vano habreis cumplido vuestros deberes religiosos hasta la época de vuestro matrimonio, si después que sois esposas y madres habeis cesado de cumplirlos... No teneis la fidelidad que Dios reclama de sus servidores... Sin embargo, hermanos míos, esta fidelidad en observar la ley

de Dios, en practicar sus divinos mandamientos y los de la Iglesia es absolutamente indispensable... En vano Salomón recibió de Dios la sabiduría: en vano, durante muchos años, mereció el amor de su pueblo y la admiración del mundo; hacia el fin de sus días, abandonó el servicio de Dios... ¿Se arrepintió?... Se ignora; pero si no hizo penitencia, está condenado, apesar de todos los favores de que le había colmado Dios: ¡tan necesario es el mantenerse fiel hasta el fin!...

Proposición y División. Dos son, hermanos míos, las especies de fidelidad que Dios reclama de nosotros: *en primer lugar*, la fidelidad á nuestras promesas; *en segundo lugar*, la fidelidad en seguir las buenas inspiraciones de la gracia. Admirable Madre de Jesús, vos poseísteis, en toda su perfección, estas dos especies de fidelidad y sois por excelencia la *Virgen fiel: Virgo fidelis*.

Primera parte. Fidelidad á sus promesas. María se había entregado á Dios desde su infancia... Muy joven aún, le había dicho: «Tú eres mi patrimonio.» Había sido la primera en ofrecer á Dios su virginidad... Ved si después de haberse entregado se retractó jamás... ¿Acaso, tanto en su juventud, como en su más avanzada edad, no fué siempre la *Virgen fiel*?... Lo mismo en medio de las pruebas que en el seno de los consuelos, gozosa ó desolada; en las bodas de Caná como en el Calvario, á Dios es á quien ella pertenece... Lámpara bendita, que luces ante este altar, mientras quede una gota de aceite arderás día y noche, para glorificar á Jesús, Dios de la Eucaristía; así esta augusta Virgen no tuvo, hasta el último día de su vida, más que un deseo: agradar á Dios y cumplir fielmente el voto que le había hecho...

También nosotros, hermanos míos muy amados, hicimos unas promesas á Dios; ¿las hemos cumplido? En el día de nuestro bautismo, nuestros padrinos contrajeron en nombre nuestro unos solemnes compromisos... Aquellas promesas las renovámos libre y espontáneamente el día de nuestra primera comunión... Con la mano derecha extendida sobre las sagradas fuentes, dijimos: «Renunció á Satanás, á sus obras y á sus pompas; quiero vivir y morir sólo por Jesucristo.» ¡Ah! había con que hacer de nosotros unos santos, sólo con que hubiésemos sido fieles... Pero aquellas resoluciones las hemos olvidado; aquellas promesas as hemos quebrantado... Y si después las hemos renovado ¿no ha sido

para volverlas á quebrantar?... Esta noche, á lo menos, renovémoslas con energía y con toda la sinceridad de nuestra alma. *Virgen fiel*, contamos con vuestra protección para cumplirla fielmente. *Virgo fidelis, ora pro nobis*.

Segunda parte. Fidelidad en la gracia... Hermanos míos muy amados; María, no sólo cumplió exactamente las promesas que á Dios había hecho, sino que supo corresponder fielmente á todas las gracias que le fueron dadas. ¿Cómo expresaros aquí todo mi pensamiento?... María, desde el primer instante de su concepción, fué más santa, más privilegiada, más agradable á Dios que el mayor de los santos, que el más sublime de los arcángeles... Se mostró fiel á aquella primera gracia. ¿Comprendéis bien, cristianos, lo que quieren decir estas palabras: ser fiel á la gracia?... Es doblar á cada momento la fortuna de su alma, su belleza delante de Dios... ¿Veis ese hombre que no posee más que una pequeña cantidad? pues esta cantidad, por muy pequeña que la suponáis, si se dobla cada día, antes de que pase mucho tiempo, igualará todo los tesoros de la tierra. Pues bien, la fidelidad con que la Virgen Santísima correspondía á las gracias, á los favores de Dios, la hizo siempre merecedora de nuevas gracias... Doblád, redoblád aún estas gracias cada día y cada hora, durante todos los años que la Virgen vivió en la tierra y no habreis agotado todos los tesoros de la munificencia celestial: ¿habreis concebido tan solamente la idea de la grandeza de María, de su incomparable santidad?... ¡Ah! precisados estamos á confesar nuestra impotencia!

Virgen fiel, no solamente vuestra divina maternidad, sino todo es en vos, para nosotros, un misterio... Imposible es á nuestras pobres inteligencias formarse una idea de vuestras inefables perfecciones... De pié en las orillas del Océano, veo un buque: deja el puerto, le sigo con la mirada por algunos instantes; mas en breve, arrebatado por el vapor é impelido por los vientos, desaparece sobre la inmensidad de las olas y mi mirada no le puede seguir. ¡Oh Virgen para siempre jamás incomprendible, ésta es la impresión que en mi alma producís!... Santa, santísima desde el primer momento de vuestra concepción inmaculada, mi corazón ha podido tal vez por un instante comprenderos y contemplaros; pero, ¡oh *Virgen fiel*, las gracias que Dios os da, sus favores á que con

tanta fidelidad correspondéis, os arrebatan lejos de mi vista y mi deslumbrada mirada no os puede seguir!... ¡Cómo os felicitan nuestros corazones y nuestras almas!... Admirable Madre; ¡gloria á Dios, gloria á vuestro divino Hijo! sean para siempre bendecidos por haberos hecho tan gloriosa y tan grande!...

PERORACIÓN. ¡Cuán dichosos seríamos, carísimos hermanos, si como María, supiésemos mostrarnos fieles á la gracia, á las buenas inspiraciones que Dios nos dá!... Pidamosle este favor á la *Virgen fiel*... Una piadosa muchachita perdió su madre casi en la cuna; pero, desarrollándose la piedad antes de tiempo en su tierno corazón, rogó á la Santísima Virgen que reemplazase á la madre que había perdido... La Virgen fiel, cara niña, oyó favorablemente tu plegaria; mas tú también, ¡con qué docilidad supiste corresponder á sus favores. con qué fidelidad contestaste á los designios de Dios sobre tí!... Hablo, hermanos míos, de la bienaventurada Emilia... Flor bendecida, se la vió germinar, crecer y abrirse bajo la dulce influencia de María, hácia quien tuvo siempre la más tierna devoción. Extendida en su lecho de muerte, esta niña angelical podía decir á Dios: « Señor, yo os he sido fiel. María, Madre de gracia, dignaos defenderme contra el enemigo de mi alma, y recibirme en vuestros brazos en la hora de mi muerte. » *María, Mater gratiae* (1), etc... ¡Oh María, cuán dulce y santo, cuán consolador es por dulces esperanzas, el fin de aquellos que os han amado!... Os conjuramos, *Virgen fiel*, á que nos obtengais esta misma gracia... *Virgo fidelis, ora pro nobis*.. Así sea.

(1) V. *Acta Sanctorum*, 3 mayo; Rohrbacher, *Hist. eccles.*, t. XX, pág. 8 y siguientes.

INSTRUCCION DECIMOCUARTA.

JUEVES, 14 DE MAYO.

María reproduce los rasgos del Salvador, y los refleja sobre nosotros.

Texto. *Speculum justitiae, ora pro nobis*. Espejo de justicia, rogad por nosotros.

EXORDIO. La Sagrada Escritura, hermanos míos, compara con frecuencia á la Santísima Virgen con la luna. « Hermosa eres como la luna, » la dice el Amado en el Cántico de los cánticos. Y en otro paraje (1) está escrito: « Brilla como la luna en su lleno. » ¿Porqué esta comparación?... Es que, después del sol, la luna es el más hermoso de los astros, como María es la más perfecta de las criaturas, después de Jesucristo su divino Hijo... La luna nos parece incomparablemente más grande que las estrellas, su brillo es más suave, su luz más viva... Así, gloriosa Madre de Dios, aparecéis vos como una reina en medio de los ángeles y de los bienaventurados; vuestra santidad se sobrepone á la suya; vuestra gloria es infinitamente mayor que la suya... Pero la luna tiene todavía otras propiedades; es la que mejor refleja la luz del sol, pues que sólo la recibe para comunicarla á la tierra.

PROPOSICIÓN. En este sentido, hermanos míos, es como debe entenderse la invocación, el título de *Espejo de justicia* dado á la Santísima Virgen...

DIVISIÓN. *En primer lugar*, María reproduce con fidelidad los rasgos del Salvador; *en segundo lugar*, los refleja sobre nosotros.

Primera parte. Sí, la augusta María es un *Espejo de justicia*; en este sentido es como reproduce fielmente y de una manera inefable,

(1) *Ecles.*, L, 6.

los rasgos y virtudes de su Hijo... Buscad un deseo del corazón de Jesús, que no esté en el corazón de María. ¡Nó, ni un solo sentimiento de este adorable Salvador encontraréis, que no esté exactamente reproducido en el alma de su Madre!... Virgen sin mancha, realmente sois el *Espejo de justicia* en que se nos aparece fielmente reproducida la imagen de vuestro Hijo...

Jesucristo lo hace todo para glorificar á su Padre... ¿ Hay que nacer pobre, hay que vivir del trabajo de sus manos?... — « Padre, dice, me someto á tu voluntad. » — « Hijo mio, prosigue el Padre eterno, será preciso sufrir todas las torturas de la Pasión, y ¡ morir clavado en una cruz por las manos de los malvados!... — Padre, pues tal es tu voluntad, á ella me someto... *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te (1)*... »

María igualmente lo hace todo por la gloria de Dios... Vos, Trinidad adorable, la escogisteis para que fuera Madre del Verbo divino... ¿ Queréis, para probar su virtud, que el mismo san José conciba injustas sospechas respecto de ella?... La Virgen consiente... ; Decidisteis, en vuestros decretos insondables, que pariese en Belen en un miserable establo, y que conociese en Egipto las privaciones del destierro!... María se somete á ello... — « Hija mía, dice el Padre eterno, ¿ quieres subir al Calvario en pos de Jesús, presenciar su muerte, y para convertirte en Madre de los cristianos empezar siendo Madre de dolor? — Sí, Dios mio, consiento. *Ita, Pater, etc.* » ; Es preciso ver á su dulce Hijo volver al cielo? ; es preciso quedarse en la tierra, viuda y dos veces huérfana, durante largos años, lejos de su amado Jesús?... Ella se resignará también á este sacrificio. ; Oh *Espejo de justicia*!... ; cuán bien nos representais los rasgos del Salvador, su admirable sumisión á la voluntad del Padre!...

Pero Jesús ama á los pecadores ; por ellos derramó hasta la última gota de su sangre... ¿ Acaso vos, María, les amais también á los pobres pecadores? ; Reproduciríais también vos esta dulce y tan estimable cualidad del corazón de vuestro divino Hijo?... Amados hermanos míos, ella dió para nosotros este Hijo, ella derramó lágrimas por nosotros, ella su-

(1) Mateo, XI, 26.

frío por nosotros. Sí, Madre de misericordia, vos amais también á los pecadores; vos sois su abogada, su más seguro refugio. ; Rogad pues por nosotros, *Espejo de justicia! Speculum justitiae, ora pro nobis.*

Segunda parte. He añadido, hermanos míos, que María era además *Espejo de justicia*, en el sentido de que está colocada delante de nosotros como un espejo que nos refleja, ó como un cuadro que nos representa todas las virtudes que componen la justicia y la santidad... Ved pues en ella todas las virtudes elevadas al más alto grado de perfección, y extremecéos de amor y admiración á la vista de su belleza... Contemplad en este espejo todos los resplandores del alma más santa... Jardín admirable, todas las flores la embellecen... Aquí crece la perfumada rosa, símbolo del amor; aquí se abre en toda su lozania el lirio brillante de la pureza; allí creces igualmente tú, violeta embalsamada, representando la santa humildad, que tan cara fué al corazón de la Virgen...

La contemplación, hermanos míos, de las bellezas que en este *Espejo de justicia* descubrimos no sea para vosotros un espectáculo estéril... Escojamos en este cuadro la virtud que mejor nos conviene, aquella de que tenemos más necesidad. ¿ Padecéis, teneis destrozado por las pruebas el corazón, abismada vuestra alma en el dolor?... ; Pues bien! escojed la resignación, la sumisión á la voluntad de Dios... Pedidla á esta Esposa, á esta Madre desolada, que vió morir á san José y que estaba de pie junto á la cruz, cuando Jesús exhaló el último aliento... ¿ Estais atormentados por el orgullo? pedid la humildad. ¿ Sois fríos para con Dios? pedid un amor ferviente hácia el Dios que os ha criado, hácia el Salvador que os redimió... Pero sois jóvenes... ; ah! os comprendo: las tentaciones son fuertes, las ocasiones seductoras: en vuestro corazón hierven esas pasiones tan terribles que asaltan á la juventud!.. Mirad bien en este *Espejo de justicia*; y vereis, en el centro mismo del cuadro que os presenta, la flor que necesitais cojer, la virtud que os precisa... Pedid á María que os ayude á imitar su virginal modestia, su pureza superior á la de los ángeles...

PERORACIÓN. Sí, amados hermanos, todas las virtudes las tenemos representadas en este *Espejo de justicia*... Lo repito, escojamos aquella de que tengamos más necesidad, y tomemos enérgicamente la resolución de ponerla en práctica... Hace unos quinientos años, vivía en Italia una

jóven viuda : muy amante de las comodidades de la vida, provista de una gran fortuna, nada la costaba satisfacer sus pasiones y contentar hasta sus más insignificantes caprichos... Un día la Virgen Santísima se dignó aparecersele : « Pobre mujer, la dijo : ¿ de qué le sirvieron á tu primer marido las riquezas y la gloria de su casa?... ¿ lo murió en la flor de la edad?... ¿ Y de tí, qué será si llevas esta vida mundanal?... » Vivamente impresionada por estas palabras, la jóven viuda se convirtió de la manera más completa. Su vida fué desde entonces un prodigio de austeridades y el modelo de todas las virtudes... Hoy es santa Clara de Rimini (1)... *Espejo de justicia*, contemplándoos á vos, aprendió á domar su orgullo, á vencer la gula, á evitar la maledicencia. Los defectos de que estaba atormentada su alma fueron reemplazados por las más hermosas virtudes... ¡ Ojalá que nosotros podamos á ejemplo suyo, Virgen santa, triunfar de los vicios que nos dominan y ver florecer en nuestras almas las virtudes que nos faltan!; *Espejo de justicia*, alcanzadnos este favor *Speculum justitie, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMOQUINTA

VIERNES, DÍA 15 DE MAYO

Maria, Trono de la sabiduría con respecto á su Hijo ; Trono de la sabiduría con relación á nosotros.

TEXTO. *Sedes sapientie, ora pro nobis.* Trono de la sabiduría, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, al sol se le puede considerar bajo dos aspectos diferentes, ya con relacion al cielo, ya relativamente á la tierra. Con

(1) Rohrbacher, *Hist. de l'Eglise*, lib. LXXXVIII; y Rivadeneira, *Vida de los santos*, 10 febrero.

relación al cielo, es el astro más brillante, es el centro del mundo; á su alrededor giran con una rapidéz incomprensible la tierra y los demas planetas... Relativamente á la tierra, el sol es un astro indispensable; él la ilumina con sus rayos, la fecunda con su calor; conserva en ella la fertilidad y la vida... Así, hermanos míos, á la Virgen Santísima se la puede considerar bajo dos puntos de vista diferentes : en sus relaciones con Dios y en sus relaciones con nosotros los que vivimos en la tierra... De ahí las dos maneras de interpretar algunos de los honrosos títulos que le da la Iglesia en las letanias compuestas en honor suyo...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Bajo este doble aspecto es como vamos á considerar la invocación sobre la cual llamaré, esta noche, vuestra atención. *En primer lugar*, María, Trono de la sabiduría relativamente á Dios; *en segundo lugar*, María, Trono de la sabiduría con relación á los hombres...

Primera parte. María, Trono de la sabiduría relativamente á Dios... Hermanos míos muy amados, cuando una ciudad está para recibir á un príncipe, y éste tiene que permanecer algun tiempo en ella, se empaquesan las calles, se adorna lo más ricamente posible el palacio que ha de ocupar... Asimismo la mano del Todopoderoso embelleció por toda una eternidad á María, Trono donde tenía que descansar el Hijo de Dios, la Sabiduría increada... Pero empleemos una comparación más sencilla que será comprendida por todos, y estará al alcance hasta de los niños... ¡ Mirad con qué cuidado adornamos nuestra iglesia, cuando ha de tener lugar en ella alguna ceremonia solemne!... En el día de las primeras comuniones, por ejemplo, ramajes y guirnaldas ocultan la desnudez de sus paredes; se extiende una alfombra en el presbiterio; el altar está adornado con las más hermosas flores y el sacerdote mismo se reviste con sus más ricos ornamentos... Se trata de obsequiar á Nuestro Señor Jesucristo, que viene por primera vez á visitar á unas almas jóvenes, generalmente puras y animadas de los mejores sentimientos... Virgen María, templo augusto, santuario inefable en el cual se quiso encarnar el Verbo divino para nosotros; Trono sagrado, en el cual la Sabiduría, eterna quiso descansar durante nueve meses : ¡ con qué inefable misericordia os adornó y preparó la Providencia de Dios para esta noble misión!...

No hablemos de aquella gracia, de aquella hermosura, de aquellos atractivos exteriores que fueron vuestro patrimonio... Y sin embargo los poseísteis en un grado eminente... De vos es de quien ha dicho el Espíritu Santo : « Completamente hermosa eres, amada mía, y no hay imperfección en tí (1) » Veamos las cualidades, las virtudes que embellecieron su alma... — Padre eterno, criador de todas las cosas, ¿qué adornos poneis en este Trono sobre el cual debe sentarse vuestro Hijo?... — Quiéropo que lo adornen, como tres deslumbradores rubíes, la fé, la esperanza y la caridad, elevadas hasta á la perfección... Y vos, Espíritu divino, de quien ella ha de ser la Esposa amada, ¿qué aderezos la vais á dar? ¿Con qué joyas enriqueceréis este Trono de la Sabiduría? — Y la fortaleza, la ciencia, la piedad, la sabiduría, en una palabra todos los dones del Espíritu Santo vinieron, como otras tantas perlas preciosas, á adornar el Trono que la augusta Trinidad preparaba al Verbo divino... ; Oh Madre, oh Virgen, oh Reina de nuestras almas, cuán bella sois en vuestra majestad!... ; Santuario, donde el Hijo de Dios va á unirse á nuestra pobre naturaleza, cuán ricamente adornado estais!... ; Sí, Trono de la Sabiduría, todas las virtudes os adornan como otras tantas centelleantes perlas!... *Sedes sapientiæ, ora pro nobis.* Trono de la Sabiduría, rogad por nosotros...

Segunda parte. Ahora, hermanos míos, consideremos este título de María con respecto á nosotros mismos. ¿Qué es la sabiduría?... Tomemos esta palabra en su sentido más lato, en su más vasta acepción. La sabiduría, si hemos de creer á santo Tomás (2), es un don de Dios que ilumina nuestra inteligencia, haciéndola conocer y apreciar lo que es necesario para alcanzar su fin... Este mismo don obra igualmente sobre nuestra voluntad; establece un orden perfecto tanto en nuestros actos como en nuestras afecciones... Digamos lo mismo de una manera más clara. La sabiduría ilumina nuestro espíritu, nos lleva á amar el bien y dispone nuestra voluntad á su ejecución... Bajo este título, hermanos muy amados, ¿cómo es María el Trono de la Sabiduría!... ; Cómo poseyó ella esta virtud en su grado más eminente!... Pero también, Vir-

(1) Cant., IV, 7.

(2) Comentarios sobre san Pablo, y Suma Teológica, 2, 2, cuest. XLV.

gen Santísima, ¿cuánto os place derramarla sobre aquellos que os invocan y os ruegan!... ¿Veis esa fuente que siempre mana?... Vosotros que pasais, venid á saciaros en este limpio manantial... ; Bebed largamente en él, no lo agotaréis jamás!... Contemplad, carísimos hermanos, este Trono de la sabiduría; pedidle, sea las luces del alma, sea la fuerza de la voluntad... ; El corazón de la bendecida Madre á quien damos este nombre, es una fuente inagotable!... Amigos de la virtud y de la sabiduría, venid á beber en esta fuente, venid á beber en ella hasta la saciedad!... Es inagotable... Venid á comprar lo que os hace falta... No se os pide dinero; sinó un corazón recto y una buena voluntad (1)... Apóstoles de todas las edades, allí bebisteis vuestro celo: mártires de todos los tiempos, allí encontrasteis vuestro valor... Y vosotros, gloriosos doctores, ilustres sábios, cuyos escritos han confundido el error y hecho resplandecer con tanto brillo la verdad, vosotros os habeis sentado en este Trono de la sabiduría, vosotros os habeis apoyado en la protección de María, y esta augusta Virgen ha derramado en vuestras almas esas luces y esa ciencia que se notan en vuestras doctas obras... Sí, hermanos míos, María es el Trono de la sabiduría, y nadie posee este admirable don sin una gracia especial de esta augusta Virgen... Santo Tomás, uno de los profesores más célebres, la rezaba antes de dar sus tan sábias lecciones; san Bernardo la invocaba antes de componer sus tan elocuentes sermones; y tú, Doctor seráfico, san Buenaventura, ¿no es á María á quien debes aquella sabiduría que resplandece en todos tus escritos?...

PERORACIÓN. Una historia, carísimos hermanos, y concluyo. San Felipe Neri, uno de los santos más devotos de la Santísima Virgen, viendo los estragos que causaban los malos libros, en los cuales se desnaturalizaba la historia de nuestra Iglesia santa, encargó á un piadoso jóven llamado Baronio, la refutación de todas las mentiras de los herejes y que escribiese los anales de la Iglesia... Inmensa era la tarea: Baronio vaciló por largo tiempo antes de emprenderla; pero invocó á María, Trono de la sabiduría y del discernimiento, y después emprendió valerosamente su obra... Dulcísima Virgen, ¿queríais probar á

(1) Ecles., II, 33, é Isaias, LV, 1 y siguientes.

vuestro fiel servidor ó manifestarle vuestro amor?... No lo sé;... pero Baronio cayó enfermo y en pocos días llegó á las puertas de la muerte... San Felipe Neri suplicó á María que le conservase aquel discípulo amado (1). . No fué en vano... La Virgen misericordiosa volvió á Baronio, no solamente la salud, sino que le dió unas luces y una sabiduría, que son la admiración de todos los que leen sus sábios escritos...

Nosotros, oh *Trono de la sabiduría*, no os pedimos ni estos talentos, ni esta ciencia extraordinaria... Os pedimos únicamente que concedais á cada uno de nosotros la sabiduría que necesitamos para vivir santamente en la condición en que Dios nos ha colocado... Estas jóvenes os conjuran á que conserveis en ellas la fé, la piedad, la modestia... Estas madres os suplican que las concedais la sabiduría necesaria para educar cristianamente á sus hijos y trabajar de una manera eficaz en la santificación de sus esposos... Todos nosotros, oh buena Madre, reclamamos de vos aquella sabiduría que ha de hacer de nosotros escogidos y bienaventurados.

¡*Trono de la sabiduría*, dignaos acoger nuestra plegaria! *Sedes sapientiæ, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMOSEXTA.

SABADO, DIA 16 DE MAYO.

María, causa de nuestra alegría, porque nos dió á Jesús; porque derrama sobre nosotros las más abundantes gracias.

TEXTO. *Causa nostræ lætitiæ, ora pro nobis.* Causa de nuestra alegría, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, leemos en nuestros libros sagrados, que una ciudad de Judea, llamada Bethulia, corrió en otro tiempo el mayor

(1) V. Surio, *Vida de S. Felipe Neri y Baronio, Anales, passim.*

peligro. Un enemigo cruel, llamado Holofernes, la sitiaba con un poderoso ejército. « La destruiré hasta sus cimientos, había dicho, y pasaré todos sus habitantes á cuchillo .. » Una jóven viuda, casta y piadosa, llamada Judith, fué la salvadora de su pueblo en esta extrema situación.... Guiada por una inspiración divina, pasa al campamento de los Asirios y corta la cabeza del general enemigo... Siémbrase el terror entre las tropas que sitiaban la ciudad: emprenden la fuga y Bethulia queda libre... Todos celebraron á porfía y colmaron de alabanzas á la heroína á quien debían su salvación.. « Tú eres, la decían, la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, la honra de tu pueblo. »

PROPOSICIÓN. Yo quisiera, oh Virgen bendita, demostrar que mereceis estos mismos elogios, y que sois verdaderamente la alegría del pueblo cristiano... *Causa de nuestra alegría*, dignaos iluminarme y asistirme en la explicación que quiero dar de este título tan dulce. *Causa nostræ lætitiæ, etc.*

DIVISIÓN. María, causa de nuestra alegría: *en primer lugar*, porque nos dió á Jesús; *en segundo lugar*, porque derrama sobre los que la invocan las más abundantes gracias.

Primera parte. María, causa de nuestra alegría, porque nos dió á Jesús. Ángel de Dios. ¿qué les decíais á los pastores de Belen, durante aquella solemne noche en que nació el Salvador? « Os anuncio una grande alegría. *Evangelizo vobis gaudium magnum.* » ¿Y qué alegría era ésta?... Acaba de nacer un pobre niño en un establo: su madre lo ha dado á luz sobre pajas... ¿Hay pues de qué alegrarse porque la tierra cuente con un desgraciado más?... ¡Ah! hermanos míos muy amados, aquel pequeñín es el Rey del cielo, es el Salvador de los hombres!... Redentor prometido desde tan largo tiempo, por el cual tan ardientemente habían suspirado los Patriarcas y los Profetas, ¡vos descendéis al fin entre nosotros!... ¡Salve, salve, Esperado y Libertador de todos los hombres!... Y vos, humilde Virgen, que lo habeis dado á luz, ¿qué vamos á deciros?... ¡Bendito sea este fruto de vuestras entrañas; bendito sea este Jesús que meceis en vuestros brazos!... ¡Oh vos que nos lo habeis dado, *Causa de nuestra alegría*, sed también bendita para siempre!...

Yo quisiera, hermanos míos, citaros á este propósito una frase de

vuestro fiel servidor ó manifestarle vuestro amor?... No lo sé;... pero Baronio cayó enfermo y en pocos días llegó á las puertas de la muerte... San Felipe Neri suplicó á María que le conservase aquel discípulo amado (1). . No fué en vano... La Virgen misericordiosa volvió á Baronio, no solamente la salud, sino que le dió unas luces y una sabiduría, que son la admiración de todos los que leen sus sábios escritos...

Nosotros, oh *Trono de la sabiduría*, no os pedimos ni estos talentos, ni esta ciencia extraordinaria... Os pedimos únicamente que concedais á cada uno de nosotros la sabiduría que necesitamos para vivir santamente en la condición en que Dios nos ha colocado... Estas jóvenes os conjuran á que conserveis en ellas la fé, la piedad, la modestia... Estas madres os suplican que las concedais la sabiduría necesaria para educar cristianamente á sus hijos y trabajar de una manera eficaz en la santificación de sus esposos... Todos nosotros, oh buena Madre, reclamamos de vos aquella sabiduría que ha de hacer de nosotros escogidos y bienaventurados.

¡*Trono de la sabiduría*, dignaos acoger nuestra plegaria! *Sedes sapientiæ, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMOSEXTA.

SABADO, DIA 16 DE MAYO.

María, causa de nuestra alegría, porque nos dió á Jesús; porque derrama sobre nosotros las más abundantes gracias.

TEXTO. *Causa nostræ lætitiæ, ora pro nobis.* Causa de nuestra alegría, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, leemos en nuestros libros sagrados, que una ciudad de Judea, llamada Bethulia, corrió en otro tiempo el mayor

(1) V. Surio, *Vida de S. Felipe Neri y Baronio, Anales, passim.*

peligro. Un enemigo cruel, llamado Holofernes, la sitiaba con un poderoso ejército. « La destruiré hasta sus cimientos, había dicho, y pasaré todos sus habitantes á cuchillo .. » Una jóven viuda, casta y piadosa, llamada Judith, fué la salvadora de su pueblo en esta extrema situación.... Guiada por una inspiración divina, pasa al campamento de los Asirios y corta la cabeza del general enemigo... Siémbrase el terror entre las tropas que sitiaban la ciudad: emprenden la fuga y Bethulia queda libre... Todos celebraron á porfía y colmaron de alabanzas á la heroína á quien debían su salvación.. « Tú eres, la decían, la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, la honra de tu pueblo. »

PROPOSICIÓN. Yo quisiera, oh Virgen bendita, demostrar que mereceis estos mismos elogios, y que sois verdaderamente la alegría del pueblo cristiano... *Causa de nuestra alegría*, dignaos iluminarme y asistirme en la explicación que quiero dar de este título tan dulce. *Causa nostræ lætitiæ, etc.*

DIVISIÓN. María, causa de nuestra alegría: *en primer lugar*, porque nos dió á Jesús; *en segundo lugar*, porque derrama sobre los que la invocan las más abundantes gracias.

Primera parte. María, causa de nuestra alegría, porque nos dió á Jesús. Ángel de Dios. ¿qué les decíais á los pastores de Belen, durante aquella solemne noche en que nació el Salvador? « Os anuncio una grande alegría. *Evangelizo vobis gaudium magnum.* » ¿Y qué alegría era ésta?... Acaba de nacer un pobre niño en un establo: su madre lo ha dado á luz sobre pajas... ¿Hay pues de qué alegrarse porque la tierra cuente con un desgraciado más?... ¡Ah! hermanos míos muy amados, aquel pequeñín es el Rey del cielo, es el Salvador de los hombres!... Redentor prometido desde tan largo tiempo, por el cual tan ardientemente habían suspirado los Patriarcas y los Profetas, ¡vos descendéis al fin entre nosotros!... ¡Salve, salve, Esperado y Libertador de todos los hombres!... Y vos, humilde Virgen, que lo habeis dado á luz, ¿qué vamos á deciros?... ¡Bendito sea este fruto de vuestras entrañas; bendito sea este Jesús que meceis en vuestros brazos!... ¡Oh vos que nos lo habeis dado, *Causa de nuestra alegría*, sed también bendita para siempre!...

Yo quisiera, hermanos míos, citaros á este propósito una frase de

san Bernardo ... Se representa él al arcángel san Gabriel descendido á la humilde casa de Nazareth, para anunciar á María que será Madre del Salvador. « Virgen santa, esclama, el universo está en suspenso; una sola palabra vuestra mitigará sus dolores y le llenará de alegría. El arcángel aguarda vuestra contestación y nosotros la aguardamos también; decid esta palabra de conmiseración, de piedad hácia la naturaleza humana. Consentid en ser madre de Jesús; el cielo se regocijará; las almas que estan en el limbo quedarán consoladas; la tierra toda se abandonará á la alegría... » ; Esta palabra tan deseada vos la pronunciasteis, Virgen para siempre amada!... « Yo soy la sierva del Señor; cúmplase en mí su voluntad. *Fiat mihi secundum verbum tuum...* » Angeles, bendecid al Señor! ; Abraham, Isaac, Jacob, patriarcas de la antigüedad, regocijáos! ; Tierra, estremécete de alegría, va á venir tu Salvador; la augusta María consiente en ser su madre! ; Oh *Causa de nuestra alegría*, puedan todos los siglos daros gracias y bendiciones!...

Segunda parte. Mas yo quiero, hermanos míos muy amados, mostráros como la Virgen Santísima es además de otra suerte la fuente de nuestra alegría... ; Oh Madre tres veces digna de ser amada, qué dicha y qué delicias experimentamos al reunirnos al pié de vuestro altar!... De esta alegría vos sois la causa... Y luego, ; cuántas gracias, cuántos beneficios derramáis sobre los que os invocan!... ; Cuán dulce paz, cuán suave alegría concedéis á los que os aman verdaderamente!...

Vos lo habeis experimentado, admirable san Francisco de Sales... Joven todavía, animado de la más tierna devoción por la Santísima Virgen, se había colocado bajo la protección de esta divina Reina del cielo: la había suplicado que fuese su abogada cerca de Dios... Llegó para él el momento de la prueba... Ningún santo, hermanos míos, se ha visto libre de tentaciones. « El reino de los cielos, dice Jesucristo, sufre violencia; para alcanzarlo, es preciso saber combatir y vencer los obstáculos que encontramos en el camino que nos ha de conducir á él. » Francisco de Sales tuvo que luchar contra una tentación de desesperación. Parecíale que el cielo le estaba cerrado para siempre, que él había de ser

(1) S. Bernardo, homilia iv, *supra*: *Missus est; passim.*

un réprobo. « Haga lo que quiera, se decía á sí mismo, ; hermoso cielo, no te vere jamás! ; Dios de mi corazón, yo no tendré la dicha de poseeros! ; Infierno, tú serás mi morada por toda la eternidad!... » Y brotaban lágrimas de sus ojos, de los cuales había huido el sueño... Una profunda tristeza se había apoderado de él: alterábase su salud y se le veía marchar á grandes pasos hácia la tumba... Mas vos, compasiva Virgen, os apiadasteis de él... Un día, postrado ante vuestra imagen, os dirigió esta plegaria: « ; Oh vos, que nos disteis á Jesús, si yo no he de tener la dicha de contemplar á vuestro Hijo durante la eternidad, alcanzadme á lo menos la gracia de amarle con toda mi alma mientras viva en este suelo! » Al oír esta súplica, vos Madre amable, os sonreísteis; la prueba había durado bastante, é hicisteis que volviera á florecer la esperanza, y con la esperanza la alegría, en aquella alma tan hermosa... Esta dulce alegría no volvió desde entonces á abandonar á Francisco de Sales; todavía hoy constituye ella el encanto de sus piadosos escritos. *Causa de nuestra alegría*, cuántas almas habeis consolado así en su tristeza, y á cuantos corazones habeis hecho recobrar la paz y la tranquilidad!

PERORACIÓN. ; Bendita pues seais para siempre, oh dulce Madre de Jesús, que disteis al cielo y á la tierra un manantial tan abundante de alegría y de consuelos!... Vos fuisteis quien nos abrió el paraíso.(2)

Justos de la ley antigua, alabad á María: ella os arrancó de la cárcel del limbo. Santos de la nueva ley, repetid eternamente sus alabanzas; á ella es á quien debeis vuestra salvación... Y nosotros, hermanos míos, que estamos todavía en este suelo, roguemos confiados á esta Virgen bendecida, para que nos alcance de su divino Hijo la gracia de que practiquemos fielmente las virtudes cristianas, y merezcamos un día ir á gozar de aquellas inmortales alegrías que en el cielo nos esperan... ; Sí, oh

(1) Véase la *Vida de S. Francisco de Sales*, por Marsollier, lib. I.

O beata, per quam data
Nova mundo gaudia!
Et aperta fide certa
Regna sunt coelestia.
Per te mundus lætabundus
Novo fulget lumine.

(Himno de S. Casimiro.)

Causa de nuestra alegría, nosotros esperamos alabados y bendecidos por toda la eternidad; pero, dignaos interceder por nosotros! *Causa nostra letitia, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

DOMINGO, 17 DE MAYO (en la Misa.)

María, perfecto modelo de piedad para con el prójimo.

TEXTO. *Vas spirituale, vas honorabile, vas insigne devotionis, ora pro nobis.* Vaso espiritual, vaso honorable, vaso notable de piedad, rogad por nosotros.

Exordio. Amados hermanos, el asunto que esta mañana hemos de tratar exige, para que se comprenda bien, algunas explicaciones. En la Sagrada Escritura se emplea con frecuencia la palabra *Vaso* como término de comparación. Así, san Pablo, á quien Dios había escogido para anunciar el Evangelio á tantas ciudades y á tantos pueblos, es llamado « Vaso de elección (1). » Para explicar el misterio de la predestinación encontramos también en nuestros Libros sagrados esta comparación: « El alfarero toma tierra para fabricar *vasos* diferentes: según lo que él se ha propuesto, está destinado el uno á los más nobles usos y el otro á los más viles (2). » Así la omnipotencia de Dios predestina ciertas almas para ocupar un respetable lugar en el Paraíso, mientras que otras, por causa de su prevista infidelidad, se convirtieron en tiznes del infierno... Esta sencilla explicación debe haceros comprender con cuánta razón la augusta Virgen María es llamada *Vaso espiritual, vaso honorable, vaso notable por su piedad.*

(1) Actas, IX, 15.

(2) Timot., II, 20.

Vaso espiritual. ¿Quién más que vos, oh dulce Madre de Jesús, vivió con esta vida espiritual, que se llama la vida de la gracia?... ¿Quién más fielmente la conservó?... Y luego, no es en vos, *Vaso espiritual*, donde vino á posarse el Espíritu divino, derramando en vos aquellas admirables virtudes, que conservasteis como suaves perfumes?... *Vaso honorable*, ¿qué honor también para vos el haber sido la Madre del Salvador!...

Proposición. Quiero sin embargo, hermanos míos, detenerme en esta invocación: *Vaso insigne de devoción*, y la traduzco con estas palabras: María, modelo el más perfecto de piedad.

División. Vamos á ver esta mañana, al fijar nuestras miradas en este admirable modelo, lo que es la piedad para con Dios, y lo que debe ser para el prójimo.

Primera parte. En el mundo, hermanos míos, se forman con frecuencia una falsa idea de la piedad; no se comprende todo lo que hay de dulce, de suave, de agradable á Dios en esta admirable virtud. Se cree generalmente que esta virtud conviene tan sólo á las religiosas, ó á otras personas que se han consagrado á Dios de una manera especial... ¡Error, hermanos míos! la piedad es la ternura en el amor que profesamos á Dios, y como que todos nosotros somos hijos de Dios, todos nosotros también debemos tener por él el más tierno amor...

Una historia va á haceros comprender bien mi pensamiento... Cierta día, un hombre ilustre, que había ocupado en su patria las primeras dignidades, Tomás Morus, fué condenado á prisión, y más tarde á ser decapitado... Reinaba entonces en Inglaterra Enrique VIII, príncipe famoso por sus vicios y por sus crueldades... Morus no había querido someterse jamás á los caprichos de aquel monstruo coronado, ni hacer traición á su conciencia abjurando la fé; fué pues, como decía, condenado á muerte. Tenía tres hijas, que le amaban todas de verdad. Dos de ellas procuraban proporcionarle todo lo que pudieran endulzar su cautiverio; mas la tercera, llamada Margarita, no se contentó con esto; quiso compartir la cárcel con su padre; habría deseado sacrificar su propia vida para rescatar los días de aquel padre venerado, ó cuando menos estar asociada á su muerte... Cuando Morus hubo padecido el martirio, Margarita gastó el último dinero que le quedaba para pro-

porcionarle una mortaja, y llevó su ternura hasta el punto de hacer embalsamar la cabeza de aquel padre querido, para conservarla durante su vida como una preciosa reliquia... Y dispuso que, cuando ella hubiese muerto, se colocara entre sus brazos aquel precioso recuerdo (1)... Ahora bien, hermanos míos, las dos primeras hijas de Tomás Morus le profesaban amor: pero Magarita era la única que sentía piedad, es decir algo de tierno, de delicado, de vehemente en el cariño que le tenía...

Hagamos la aplicación de este pensamiento á la piedad para con Dios y comprenderemos fácilmente dos cosas: primeramente, cuán agradable debe ser al Padre tan bueno que en el cielo tenemos este amor tierno, exquisito, que yo llamo piedad ó devoción: pero sobre todo comprendemos con cuánta justicia es llamada la Santísima Virgen *Vas insigne devotionis*, vaso excelente de devoción ó modelo perfecto de piedad para con Dios.

¡Cuánta ternura, oh Virgen santa, en el amor que profesabais á las tres Personas divinas!... ¡Con qué atención procurabais cumplir todo lo que les podía agradar!... ¡Cuán amorosa delicadeza en los cuidados que dispensabais á vuestro Jesús: pero sobre todo, cuánto cariño, cuánta abnegación!... ¡Debo repetir aquí, carísimos hermanos, la ruda prueba á que fué puesto su amor, y deciros en cuantas circunstancias mereció el título de Madre de los dolores?... Y sin embargo, ni una queja, ni un murmullo se escaparon de sus lábios... ¡Cuán hubiera ella querido dar su vida para rescatar la de Jesús, estar asociada á los tormentos de nuestro divino Salvador, á fin de suavizarlos, en cierto modo, participando de ellos!... Ved ahí, hermanos míos, el modelo de la verdadera piedad para con Dios. Esta piedad es fuerte y tierna, es vehemente: se excede, se entrega toda entera... Veamos, respecto á este punto, á qué altura estamos nosotros. ¿Es muy raro encontrar personas, hasta entre las que hacen profesión de piedad, que se quejen de las pruebas que Dios les envía? « Señor, parece que le dicen á Dios, yo tal pena la aceptaría gustoso, pero tal otra, os lo suplico, Señor, no me la mandeis. » Este consentiría en ser probado en su reputación, con tal que Dios le devol-

(1) Audin, *Histoire d'Henri VIII*, vol. II.

viese la salud; aquel haría cualesquiera ligeros sacrificios en su fortuna, pero, ¡oh Señor, oh Dueño de la vida y de la muerte, no os permitais tenderle en una tumba ó llamar á vos á algunos individuos de su familia que le son queridos!; Se moriría de dolor!... Hermanos míos, la piedad en todas estas personas dista mucho de ser perfecta, dista mucho de aproximarse á la que para con Dios teníais vos á quien llamamos *Vaso excelente de devoción*...

Segunda parte. Veamos ahora, hermanos míos, lo que debe ser la piedad con respecto al prójimo... San Francisco de Sales decía que las personas verdaderamente piadosas han de estar llenas de caridad, de cariño, de condescendencia para con el prójimo. « Guardáos para vosotros, decía, las espinas de esta hermosa flor; haced que aquellos con quienes vivís no sientan más que el perfume de la rosa. Haced, proseguía, que nadie á vuestro alrededor sufra por vuestros ejercicios de piedad; la devoción ha de ser enteramente amable (1) »; Ah, cristianos! si la piedad fuese comprendida y sobre todo practicada como este gran santo lo pide por las personas que hacen profesión de ella, si, todo el mundo la amaría, y no se oírían con tanta frecuencia quejas contra esta hermosa virtud... Quejas la mayor parte de las veces injustas, es verdad, pero convengamos también en confianza que algunas veces son merecidas... Se quiere rezar, eso sí; pero conservar siempre un humor igual en casa con la mujer, con el marido ó con los hijos, ¡esto es imposible! Tú, cristiana, no dejas ni un solo día ni el menor de tus ejercicios de piedad, está bien; pero en cambio muy contados son también los días en que no se te escapen algunas palabras, no me atrevo á decir calumniosas, pero sí maldicientes contra tal ó cual persona que no te es simpática... ¡Ah! tu piedad dista mucho de ser perfecta; porque hemos dicho que esta virtud no solamente nos imponía deberes para con Dios, sinó también para el prójimo... Admirable Virgen María, también hácia vos hemos de volver los ojos para ver cumplidas, en toda su perfección, las obligaciones que la piedad nos impone para con el prójimo.

(1) S. Francisco de Sales, *Introducción á la vida devota, y en sus Cartas de dirección, passim.*

Para no ser demasiado largo, hermanos míos, os hablaré únicamente de la visita que ella hace á su prima santa Isabel. María llevaba en Nazareth una vida de soledad y de recojimiento: ¡cuán inefable dulzura encontraba en sus conversaciones con Dios!... Suaves delicias de la oración, con qué plenitud os saboreaba!... Mas el Angel del Señor la dejó comprender que su parienta, santa Isabel, tenía necesidad de sus servicios... Oíd lo que dice el Evangelio: « María, levantándose á oda prisa, se trasladó, atravesando un país montañoso, á la ciudad donde su prima habitaba. » Pesad bien cada una de estas palabras: se levanta, se da prisa, no alega un ejercicio de piedad por terminar; no dice que en su soledad le es más fácil el trato con Dios, ni que le parezca cosa más perfecta entregarse á la contemplación... Nó, hermanos míos: Dios pide de ella un servicio para el prójimo, y ella se apresura á obedecerle... Pero ¡oh Virgen santa! vos sois débil, el viaje es largo; y luego, se trata de atravesar montañas... Nó, hermanos míos, ninguna dificultad la puede detener... Así deberíamos obrar también nosotros en los deberes que tenemos que cumplir para con el prójimo; ningún obstáculo tendría que detenernos cuando Dios manda.

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, no os mostraré las gracias que trajo la presencia de María en casa de santa Isabel; el Espíritu Santo, iluminando de repente á aquella piadosa parienta de la Santísima Virgen, que la saluda como bendita entre todas las mujeres; su hijo estremeciéndose en su seno; el futuro precursor de Jesús santificado desde antes de su nacimiento... De esto empero podríamos fácilmente deducir, que con frecuencia llevan consigo grandes gracias estos servicios que sabe prestar al prójimo una piedad verdadera..

Quiero, al terminar, citaros una historia: la de san Luís de Gonzaga. Su piadosa madre le había puesto bajo la protección de la Santísima Virgen, aún antes que viniese al mundo. Los santísimos nombres de Jesús y de María fueron las primeras palabras que le enseñó á pronunciar; vemos también á este santo jóven, cuando contaba apenas ocho años, escoger á la Santísima Virgen por patrona suya. « Dulce Madre de Jesús, repetía con frecuencia, guardadme bajo vuestra poderosa protección; inspiradme lo que debo hacer para seros siempre

agradable (1) » Formado en cierto modo por las manos de la Madre de Jesús, Luís llegó á ser, á ejemplo de su patrona, un modelo perfecto de piedad. ¡Con qué amor, con qué ternura, con qué generosidad deja la más brillante fortuna, para consagrarse totalmente al servicio de Dios!; Pero también qué modelo de piedad para con el prójimo! — Jóven príncipe, le dice su superior, no teneis más que veintitres años; dejad vuestra celda, id á los hospitales á cuidar á los apestados; en unos cuantos dias encontraréis allí la muerte, pero habreis cumplido con vuestro deber. — Y Luís de Gonzaga iba gezooso á cuidar á los pobres moribundos; y pocos dias después espiraba con la muerte de los santos, fijos los ojos en dirección del cielo, diciendo: « Partimos con alegría. *Letanterimus...* » Sí, oh María, vos erais quien habíais hecho de aquel jóven el modelo de la más perfecta piedad. Dignáos también tomarnos bajo vuestra protección, y alcanzarnos esta misma gracia. ¡Modelo perfecto de piedad, rogad por nosotros! *Vas insigne devotionis, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMOCTAVA.

DOMINGO, 17 DE MAYO (en la oración de la noche.)

María comparada á la rosa; la rosa crece entre las espinas, es la reina de las flores, procura un remedio saludable; aplicaciones de estas propiedades á la Santísima Virgen.

TEXTO. *Rosa mystica, ora pro nobis.* Rosa mística, rogad por nosotros. ®

EXORDIO. Hermanos míos, las flores son el adorno más bello de la tierra... ¡Cuánto nos encanta su belleza!... ¡Cuánto les gusta á nues-

(1) *Vida de los santos*, 21 Junio.

Para no ser demasiado largo, hermanos míos, os hablaré únicamente de la visita que ella hace á su prima santa Isabel. María llevaba en Nazareth una vida de soledad y de recojimiento: ¡cuán inefable dulzura encontraba en sus conversaciones con Dios!... Suaves delicias de la oración, con qué plenitud os saboreaba!... Mas el Angel del Señor la dejó comprender que su parienta, santa Isabel, tenía necesidad de sus servicios... Oíd lo que dice el Evangelio: « María, levantándose á toda prisa, se trasladó, atravesando un país montañoso, á la ciudad donde su prima habitaba. » Pesad bien cada una de estas palabras: se levanta, se da prisa, no alega un ejercicio de piedad por terminar; no dice que en su soledad le es más fácil el trato con Dios, ni que le parezca cosa más perfecta entregarse á la contemplación... Nó, hermanos míos: Dios pide de ella un servicio para el prójimo, y ella se apresura á obedecerle... Pero ¡oh Virgen santa! vos sois débil, el viaje es largo; y luego, se trata de atravesar montañas... Nó, hermanos míos, ninguna dificultad la puede detener... Así deberíamos obrar también nosotros en los deberes que tenemos que cumplir para con el prójimo; ningún obstáculo tendría que detenernos cuando Dios manda.

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, no os mostraré las gracias que trajo la presencia de María en casa de santa Isabel; el Espíritu Santo, iluminando de repente á aquella piadosa parienta de la Santísima Virgen, que la saluda como bendita entre todas las mujeres; su hijo estremeciéndose en su seno; el futuro precursor de Jesús santificado desde antes de su nacimiento... De esto empero podríamos fácilmente deducir, que con frecuencia llevan consigo grandes gracias estos servicios que sabe prestar al prójimo una piedad verdadera..

Quiero, al terminar, citaros una historia: la de san Luís de Gonzaga. Su piadosa madre le había puesto bajo la protección de la Santísima Virgen, aún antes que viniese al mundo. Los santísimos nombres de Jesús y de María fueron las primeras palabras que le enseñó á pronunciar; vemos también á este santo jóven, cuando contaba apenas ocho años, escoger á la Santísima Virgen por patrona suya. « Dulce Madre de Jesús, repetía con frecuencia, guardadme bajo vuestra poderosa protección; inspiradme lo que debo hacer para seros siempre

agradable (1) » Formado en cierto modo por las manos de la Madre de Jesús, Luís llegó á ser, á ejemplo de su patrona, un modelo perfecto de piedad. ¡Con qué amor, con qué ternura, con qué generosidad deja la más brillante fortuna, para consagrarse totalmente al servicio de Dios!; Pero también qué modelo de piedad para con el prójimo! — Jóven príncipe, le dice su superior, no teneis más que veintitres años; dejad vuestra celda, id á los hospitales á cuidar á los apestados; en unos cuantos dias encontraréis allí la muerte, pero habreis cumplido con vuestro deber. — Y Luís de Gonzaga iba gezooso á cuidar á los pobres moribundos; y pocos dias después espiraba con la muerte de los santos, fijos los ojos en dirección del cielo, diciendo: « Partimos con alegría. *Letanterimus...* » Sí, oh María, vos erais quien habíais hecho de aquel jóven el modelo de la más perfecta piedad. Dignáos también tomarnos bajo vuestra protección, y alcanzarnos esta misma gracia. ¡Modelo perfecto de piedad, rogad por nosotros! *Vas insigne devotionis, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMOCTAVA.

DOMINGO, 17 DE MAYO (en la oración de la noche.)

María comparada á la rosa; la rosa crece entre las espinas, es la reina de las flores, procura un remedio saludable; aplicaciones de estas propiedades á la Santísima Virgen.

TEXTO. *Rosa mystica, ora pro nobis.* Rosa mística, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, las flores son el adorno más bello de la tierra... ¡Cuánto nos encanta su belleza!... ¡Cuánto les gusta á nues-

(1) *Vida de los santos*, 21 Junio.

tros ojos recrearse con sus tan variados y tan brillantes matices!... Pero las flores no solamente alegran nuestra vista: esparcen además los más suaves olores y nos gusta respirar sus perfumes. Las abejas van también á tomar en sus corolas aquel dulce jugo, que se convertirá en miel... Delicadas flores, la rapidez con que os pasáis, nos recuerda asimismo la rapidez con que nuestra vida pasa...

A varias de estas flores, joyas de la naturaleza, que con tanta liberalidad nos prodiga la mano de la Providencia, se les ha aplicado un significado simbólico (1). Del lirio se ha hecho el emblema de la pureza; de la violeta, el de la humildad. En este *lenguaje de las flores* no queda olvidada la rosa, tiene también su sentido... Blanca, es el símbolo de la inocencia; roja, significa amor... ¡Con cuánta razón, Virgen bendita, sois llamada por la Iglesia *Rosa mística*! Sea cual fuere el color que á esta flor se dé, no es más que un emblema imperfecto, ya de la inocencia que adorna vuestra alma inmaculada, ya de ese amor divino, tan ardiente en vuestro corazón, que excede al de los Angeles y al de los Serafines...

¡Oh *Rosa mística*, vos la flor más hermosa que brilla en los jardines del cielo, dignos interceder por nosotros! *Rosa mystica, ora pro nobis.*

Proposición y división. Quiero, hermanos míos, demostraros con cuánta exactitud es comparada la Santísima Virgen á la rosa... Me fijaré únicamente en tres parecidos: *en primer lugar*, la rosa crece entre espinas; *en segundo lugar*, es la más hermosa de las flores; *en tercer lugar*, proporciona más de un remedio saludable. Aplicaremos al mismo tiempo estas tres cualidades á la Santísima Virgen, y veremos cuán justamente se la saluda con el título de *Rosa mística*.

Primera parte. La rosa crece entre espinas. Es inútil, hermanos míos, demostraros esta verdad; muchos de nosotros se han desgarrado tal vez las manos, al tratar de cojerla de en medio del erizado matorral que la lleva... Sin embargo, esta flor en sí misma no tiene espinas: nada tiene de peligroso, y eclipsa incomparablemente la hermosura del arbolito que la produce. María nació también entre espinas, creció entre ellas y

(1) Véase el *Lenguaje de las flores*, por Fertiault.

entre ellas se abrió... Si consideramos á sus antepasados, desde el principio del mundo, fuera de algunos justos que tampoco estuvieron exentos de faltas, ¡cuán larga lista de pecadores!... Entre las mujeres, sin hablar de Eva que se dejó seducir por la serpiente infernal, cuento: á Thamar, incestuosa; á Rahab, cortesana; á Ruth, idólatra; á Betsabé, adúltera... Si miro entre los hombres, veo: á David, adúltero y homicida; á Salomón, idólatra; á Ahas, impio, y á otros muchos grandes pecadores... Entre este matorral de espinas fué, en cierto modo, donde María nació, como bellísima rosa (1)...

Si examinamos la época en que nació, ¡qué desórdenes ll-naban el mundo!... La idolatría triunfante por do quier; manchando la tierra los más abominables crímenes; la iniquidad, la infamia desbordándose por todas partes como un inmenso torrente... Y hasta en el pueblo judío la ambición, el odio y la incredulidad contaban con numerosos partidarios; Jesucristo mismo pudo con verdad tratar á aquel pueblo de *generación adúltera é impia*. De entre estas espinas, de esta profunda corrupción es de donde sale esta *Rosa mística*; en el seno de todos estos agujijones es donde crece dulce, suave y deliciosa...

¿Queréis también entender por espinoso matorral el conjunto de penas, pruebas y dolores de la vida, que hacen sentir á toda carne viva sus escocientes heridas?... Entonces recordad las lágrimas que vertió, las pruebas á que Dios la sometió: pobreza, destierro, calumniosas sospechas... Ella vió sacar de su morada no pocos cadáveres: los de san Joaquín y de santa Ana, sus queridos padres; el de san José, su protector, su esposo y el de su muy amado Jesús... En medio de todas estas espinas, entre estas aceradas puntas, ¡con qué lozanía, *Rosa mística*, os abris!... ¡Cuán hermosa estais! ¡Con cuán vivo resplandor luce vuestra virtud! ¡cuál esparéis los más suaves perfumes!...

Segunda parte. La rosa es la más bella de las flores. Una poetisa pagana (2) decía: «Si el Dios supremo quisiese dar una reina á las flores, escojería la rosa; porque ésta es el ornato de la tierra, el orgullo de los jardines, la perla de las flores, la joya de las praderas.» En efecto,

(1) V. Mieczkow, *Litanies de la très-sainte Vierge*, t. IV.

(2) La famosa Safo.

hermanos míos, si habeis contemplado alguna vez la rosa abierta en toda su lozania, balanceándose suavemente sobre su tallo erizado de espinas, como para mejor esparcir á lo lejos sus perfumes, no habeis podido libraros de un sentimiento de admiración, y os habeis dicho á vosotros mismos: ¡Qué hermosa es esta flor!...

¡Ah, cristianos, penetremos con el pensamiento hasta las profundidades del paraíso!... ¿Veis aquella inmensa asamblea de santos y bienaventurados, coronados por la mano de Dios con una diadema de gloria?... ¿Veis á esos Angeles y Arcángeles, resplandecientes con un brillo, una luz, que vuestras miradas no podrían contemplar?... Flores esplendorosas de los celestiales atrios, ¡cuán bellas sois, y cuán dulces perfumes esparcís en los corazones que os admiran y que quieren saborear vuestras virtudes!... Amados hermanos, todos estos santos reunidos no forman, por decirlo así, más que una guirnalda alrededor de María: ella brilla como una Reina en medio de todas estas flores... Su santidad, que ninguna santidad igualará jamás; su perfección con la cual ninguna otra perfección se puede comparar, la hacen la más hermosa, la más resplandeciente de todos aquellos espíritus bienaventurados, que fueron sin embargo tan ricamente adornados por la mano del mismo Dios... Rey todopoderoso, vos quisisteis dar una Reina á las flores que embellecen vuestro jardín; escogisteis la *Rosa mística*, que fué el adorno de la tierra, la gloria de la naturaleza humana, la perla de la Iglesia, é hicisteis de ella la más rica joya del paraíso...

Tercera parte. La rosa embalsama con sus perfumes todo cuanto la rodea; pero estos perfumes no son estériles. De ellos se extrae un licor aromático que regocija y reanima el corazón; de ellos se sacan varios saludables remedios que, según los médicos, curan la debilidad de los enfermos y apresuran, en los convalecientes, el recobro de la salud (1). ¡Con cuánta exactitud, también por esta parte, se os compara con la rosa, oh dulce Madre de Jesús!... No solamente regocijais la tierra y los cielos con el olor de vuestras virtudes; no solamente las almas santas y virginales se sienten atraídas por la suavidad de vuestros perfumes; (2) sinó que fortale-

(1) V. Dictionnaire des dictionnaires de médecine, por el Dr. Fabre.

(2) Cánt., I, 3.

ceis al justo, que disfruta de la salud espiritual, le animais, le sosteneis, le confortais... Y luego, hermanos míos, ¡cuán saludable remedio proporciona á las almas débiles y convalecientes, esta *Rosa mística*!... Pobres pecadores, que no teneis valor para sacudir vuestras cadenas, que no os sentís con fuerzas para salir del estado de culpa, ¡cuán enfermos estais! ¡cuán grande es vuestra debilidad! Tened cuidado; esta debilidad puede tal vez conducirnos á la muerte... Acudid pues á María, rogadla con fervor, derramad algunas lágrimas á sus piés; ella se apiadará de vosotros; su protección, como un remedio divino, atajará los progresos del mal y os dispondrá para recobrar la salud... Y nosotros, que tan flojos vamos por la senda del bien, nosotros que tan amenudo y con tanta facilidad volvemos á caer en unas mismas imperfecciones, pobres convalecientes, recurramos también á la Virgen, supliquémosla que bendiga nuestros esfuerzos y nos ayude á recobrar una salud perfecta... « ¡Salve, la diremos con un santo, oh Virgen, flor brillante nacida de la espina! Reina, concedednos el objeto de mis peticiones. Venid en nuestro auxilio: ofrecednos vuestra mano, y conducidnos hácia las alturas celestiales (1) ... »

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, este nombre de *Rosa mística*, dado á María, me recuerda una historia que quiero contaros para terminar... En 1586, el 20 de abril, nació en Lima, capital del Perú, una niña predestinada para llegar á ser una gran santa. Su madre, poco después del nacimiento de esta niña, divisó en su rostro una rosa encarnada y resplandeciente. En el mismo instante, se la apareció la gloriosa Madre de Dios, expresando el deseo de que la recién nacida llevase el nombre de Rosa, nombre que simbolizaba á la vez la inocencia que había de conservar intacta, y el tierno amor que la había de unir á Jesús... En efecto, desde la edad de cinco años, Rosa hizo ya voto de virginidad... Después, creciendo de virtudes en virtudes, subió á un grado de perfección tal, que Jesucristo, apareciéndosele, quiso unirse á ella con misteriosos esponsales... La humilde jóven, temiendo que aquella visión no fuese una ilusión del demonio, acudió á la Virgen Santísima, su refugio habitual... Vos, buena Madre de Jesús, os dejasteis ver por aque-

(1) S. Buenaventura, *Pequeño Salterio de la Virgen*.

lla casta doncella, y, para tranquilizarla, la dirigisteis estas palabras: « Rosa, la muy amada de mi Hijo, nada temas, ahora eres su verdadera esposa. » Y alegre, la jóven virgen dió gracias á María... El resto de sus días fué casi una plegaria continua: murió jóven todavía, pronunciando estas dulces palabras: « ¡Jesús sea conmigo! (1)... » Gloriosa Reina del Cielo, nosotros no merecemos recibir semejantes favores; pero alcanzados la gracia de que florezcamos para vuestro Hijo entre las espinas de este mundo (2); de que correspondamos fielmente á sus designios sobre nosotros... Remedio divino, fortalecednos en nuestras languideces y curad las enfermedades de nuestras almas... ¡ *Rosa mística, rogad por nosotros! Rosa mystica, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMONOVENA.

LUNES, DIA 18 DE MAYO

María, ornamento de la Iglesia; su más seguro baluarte contra sus enemigos.

TEXTO. *Turrís Davidica, ora pro nobis*. Torre de David, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, el santo rey David, temiendo que la ciudad de Jerusalén cayese en poder de los Sidonios, había hecho construir, sobre una montaña inmediata á aquella ciudad, una elevada torre que la debía proteger. Refugiados en aquel asilo los soldados nada tenían que temer de parte de los enemigos, y la ciudad entera estaba en seguridad... Pues bien, la Virgen Santísima es comparada por la Iglesia santa á la torre de David por varias razones... Nuestras almas estaban expuestas á caer en poder del demonio; teníamos necesidad de una protección poderosa, que fuese nuestra salvaguardia contra sus

(1) Rivadeneira, *Vida de los santos*, 30 agosto.

(2) V. la Oración del oficio de santa Rosa de Lima, compuesta por el cardenal Bona.

repetidos ataques... Dios nos dió la Santísima Virgen para que nos sirviese de refugio y para que fuese nuestra defensa... Al abrigo de esta torre poderosa, podemos desafiar los esfuerzos de los demonios y hasta rechazar victoriosamente sus ataques... ¡Oh *Torre de David*, hacednos la gracia de que comprendamos bien vuestra fuerza y vuestro poder y concedednos que busquemos siempre un abrigo bajo vuestra amada tutela... *Turrís Davidica, ora pro nobis*.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. La torre de David constituía, *en primer lugar*, el más bello ornamento de Jerusalén; *en segundo lugar*, era su más seguro baluarte. Asimismo María es el más bello ornamento de la Iglesia y su más seguro baluarte contra sus enemigos.

Primera parte. La torre de David era el más bello ornamento de Jerusalén... Por su fuerza y solidez, era la admiración de los extranjeros, los Libros Sagrados hablan de ella con entusiasmo, y nos dicen que estaba ricamente decorada... Cual la majestuosa encina eleva su copa por encima de las malezas que la rodean, así se destacaba aquella torre entre todos los otros monumentos que adornaban la ciudad... De igual manera, hermanos míos, forma María el más bello ornamento de la Iglesia; los extranjeros, es decir los herejes, que son de corazón recto, nos envidian esta poderosa patrona. Entre los protestantes y los demás herejes, se ha visto á las almas que habían permanecido rectas y á los corazones que se habían conservado inocentes, guardar con alegría su imágen y tener á honor el llevar su bendecida medalla... Por eso ¡cuántas almas adictas y errantes ha hecho volver ella á la verdad!... Cuántos herejes de todas clases han debido á esta bendita Madre la dicha de volver á entrar en el seno de la Santa Iglesia católica!... ¡Oh *Torre de David*! ¿quién, en efecto, os puede contemplar sin sentirse poseído de la mayor admiración?... Reina llena de majestad, vuestra dignidad de Madre de Dios os eleva incomparablemente por encima de todas las criaturas... Vuestra santidad, vuestras virtudes, vuestra admirable perfección os hacen digna de esta alta distinción... ¿No es en vuestra escuela donde se han formado todos los santos? A los Apóstoles, les enseñasteis aquel admirable celo con que trabajaron para la conversión del mundo; á los mártires, les enseñasteis aquel valor sobrehumano que les hizo menospreciar los tormentos y desafiar la

muerte, antes que hacer traición á su fé... Santos confesores, á sus lecciones debeis aquella humildad, aquella dulzura, aquella sabiduría, y todas aquellas hermosas virtudes que son nuestra admiración... Virgenes piadosas, junto á ella fué donde cojisteis el lirio de la virginidad; ella fué también quien lo hizo florecer tan fielmente en vuestros corazones... ¡ Oh *Torre de David*, si, vos sois el ornamento de la Iglesia, y, después de Jesús, lo reconocemos, á vos es á quien la santa Iglesia católica ha producido de más hermoso, de más santo y de más perfecto! Vos, Virgen augusta, habríais podido dar lecciones al cielo y enseñar á los Angeles mismos la manera como debe ser amado Dios... ¡ Salve pues, oh gloria de Jerusalén y su más hermoso ornamento!...

Segunda parte. He añadido que la torre de David era para Jerusalén el más poderoso baluarte. Servía para rechazar á los enemigos, para proteger á los ciudadanos, y la Sagrada Escritura nos explica que de sus muros pendían mil escudos, armaduras de los bravos (1). También es este, hermanos míos, el papel que llena la Santísima Virgen para con la Iglesia. Ella rechaza á los enemigos de nuestra fé... Los demonios, estos adversarios encarnizados de la verdad católica, no la pueden resistir; se ven obligados á retroceder ante ella; más de una vez lo han confesado. Cierta día que santo Domingo exorcizaba á un endemoniado, obligó á los diablos, que se habían apoderado de aquel hombre, á confesar el poder de María. « Si, decían, ella es nuestra enemiga, nuestra ruina, nuestra confusión. Ella desvanece todas nuestras astucias, como el sol hace desaparecer las nubes. Ella desbarata nuestras empresas; ella salva, á pesar nuestro, á aquellos que recurren á ella y la sirven fielmente... Uno solo de sus suspiros dirigido á la Santísima Trinidad, hace más efecto que todas las preces de los demás santos. Sabed, añadían aquellos espíritus infernales, que si esta mujerzuela (la llamaban así por menosprecio) no hubiese desbaratado nuestros planes, habríamos exterminado ya la Iglesia y echado por tierra la fé (2). »

Ella es también quien ha echado por tierra los esfuerzos de los herejes, estos otros enemigos encarnizados de la Iglesia, y con razón canta-

(1) Cántic., IV, 4.

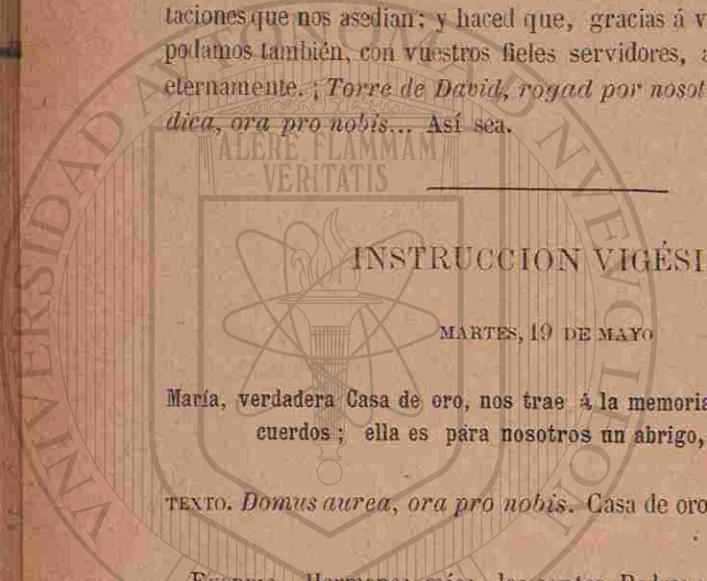
(2) Joannes Martinus, *Vita Sancti Dominici*, y el P. Poiré, *Triple couronne*, t. II, pág. 376.

mos asimismo en su gloria, *que salió victoriosa de todas las herejias que en el mundo han aparecido*... Por su parte los herejias todos ¡ con cuánto encarnizamiento se han levantado contra la gloria de María!... Pero, esfuerzos impotentes, su cabeza ha ido á destrozarse contra este inexpugnable baluarte, y todos, ya en este mundo, han recibido su castigo. Nestorio la niega el título de Madre de Dios, y muere en el destierro y con la lengua podrida... Coprónimo, impio emperador de Constantinopla, ataca sus imágenes, y muere vencido lejos de su capital, en medio de atroces dolores, que los que le rodean miran como un castigo del Cielo... Lutero y Oecolampades blasfemaron de sus virtudes, negaron su santidad, y mueren miserablemente, éste extrangulado en su lecho, aquel sufriendo ya su alma los tormentos del infierno... No terminaría jamás si quisiera citaros todas las pruebas que establecen que María fué siempre para la Iglesia santa la *Torre de David*, el baluarte más inexpugnable contra sus enemigos...

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, un rasgo citado por san Antonino y por otros autores dignos de crédito (1), va á mostraros todavía este poder de la Santísima Virgen sobre los demonios. Quiero, al concluir, referiroslo en pocas palabras. Un tal Teófilo, tesorero de una iglesia, gozaba de la general estimación. De repente se le acusó falsamente de haber robado los bienes de dicha iglesia. Irritado y fuera de sí, promete su alma á Satánas si éste hace que sea reconocida su inocencia. El demonio acepta el trato; Teófilo firmó el contrato con su sangre. Poco después fué reconocido el ladrón y el tesorero quedó justificado. Poseído de dolor y de pesar por el crimen que había cometido, lo confesó públicamente en la iglesia; pero la desesperación estaba en su alma... Conjuró pues llorando á la Virgen Santísima á que le obtuviese su perdón. La Madre de misericordia hizo más: para demostrarle que su crimen estaba perdonado, arrancó de manos de Satánas el compromiso que aquel desgraciado había suscrito, y al día siguiente, mientras estaba rezando, encontró Teófilo á sus piés el pacto que había firmado con su sangre... Pocos días después espiraba entre sentimien-

(1) V. *Triple couronne*, t. II, pág. 410.

tos de la más viva piedad, y bendiciendo á María... ; Oh Torre de David! sed también para nosotros un baluarte y un refugio; protegednos contra los enemigos que nos rodean; ayudadnos á triunfar de las tentaciones que nos asedian; y haced que, gracias á vuestra misericordia, podamos también, con vuestros fieles servidores, alabaros y bendeciros eternamente. *Torre de David, rogad por nosotros!... Turris Davidica, ora pro nobis...* Así sea.



INSTRUCCION VIGÉSIMA

MARTES, 19 DE MAYO

María, verdadera Casa de oro, nos trae á la memoria los más dulces recuerdos; ella es para nosotros un abrigo, un refugio.

TEXTO. *Domus aurea, ora pro nobis.* Casa de oro, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, los santos Padres y otros piadosos autores, que han escrito sobre la Virgen Santísima, la comparan frecuentemente con el templo de Salomón (1). Es indudablemente ésta una de las razones porque la Iglesia, en las letanías que la ha consagrado, le da el título de *Casa de oro...* En efecto, ¡cuántos parecidos podríamos encontrar!... El templo de Salomón era el más hermoso edificio dedicado al verdadero Dios; María es el alma más perfecta que se ha consagrado á su servicio... El templo de Salomón era el único lugar, donde se manifestaba de un modo sensible la presencia del Altísimo; la Virgen Santísima es también el único santuario, donde Nuestro Señor Jesucristo quiso tomar cuerpo y alma, para revelarse al mundo... El fuego sagrado, destinado al sacrificio, jamás debía extinguirse en el templo construido por el rey de los Judíos; así la caridad, cual llama

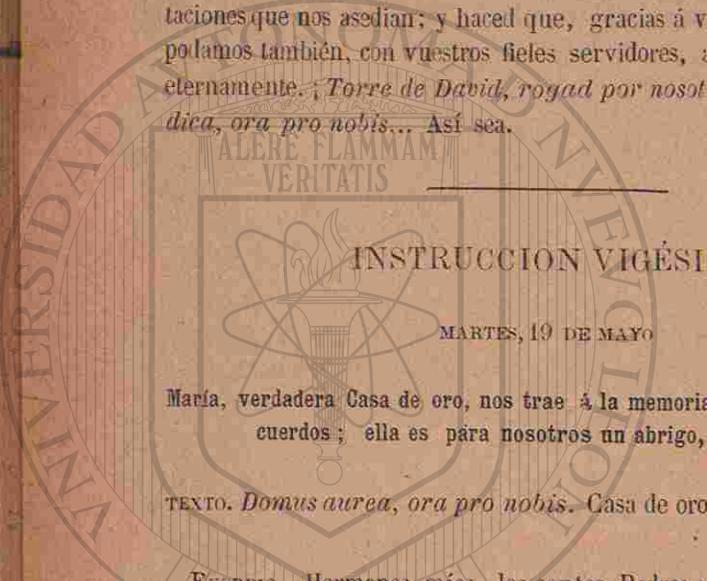
(1) Véanse el P. Poiré, *Triple couronne*; d'Argentan, *Grandeurs de Marie*; Justino Mieckow, *Conférence sur les litanies de la Sainte Vierge*, etc., etc.

divina, no cesa de arder, día y noche, en el corazón de María... ¡Y cuántas otras semejanzas podríamos encontrar aún entre el templo de Salomón y aquella á quien saludamos con el título de *Casa de oro...*! Pero vamos á mirar este título bajo un sentido, que me parece más comprensible para todos y sobre todo más útil y más práctico...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Casa de oro quiere decir también: casa rica, preciosa, donde se está en seguridad. Ya sabéis lo que son para nosotros nuestras casas. *En primer lugar*, nos traen á la memoria nuestros más caros recuerdos; *en segundo lugar*, son un abrigo; *en tercer lugar*, son nuestro refugio en caso de peligro. Vamos á ver como para nosotros, cristianos, María, la verdadera *Casa de oro*, reúne estas tres cualidades...

Primera parte. Y en primer lugar, una casa nos trae á la memoria los más dulces recuerdos, las más caras afecciones. Reflexionad... Ved ahí el sitio donde se sentaba vuestro anciano padre, la cama donde espiró vuestra buena madre, fortalecida con los sacramentos y en la paz del Señor... ; Cuán tiernas caricias habíais recibido de vuestros buenos padres!... ; Cuántas amistosas palabras habíais oído en aquellos lugares!... ; Vuestra casa?... Pues si allí estan vuestros hijos, vuestros esposos ó esposas, todo lo que os debe ser más caro en este suelo!... Hermanos míos muy amados, María trae también á la memoria de nuestra alma lo que hay de más dulce en nuestros recuerdos. Contad de entre los días de vuestra vida los que fueron realmente felices para vosotros, aquellos hácia los cuales vuestro pensamiento se dirige con amor... María entró por algo en la felicidad que en ellos gozasteis. Es la primera comunión, son los años que la signieron, si los habeis pasado en la inocencia, los que, ciertamente, han sido los momentos más felices de vuestra vida. Son, si os manteneis siempre fieles, las alegrías experimentadas en la oración, el contento producido por una comunión bien hecha; son, digo, todos los gozes del alma cuyo recuerdo debe traerlos María á la memoria... Si sois buenos Cristianos, habeis de amar sobre todas las cosas á nuestro divino Salvador, él ha de ser el objeto de todas vuestras afecciones; y ¿quién puede traerlos mejor á la memoria su recuerdo que María, verdadera *Casa de oro*, en cuyo seno quiso él

tos de la más viva piedad, y bendiciendo á María... ; Oh Torre de David! sed también para nosotros un baluarte y un refugio; protegédnos contra los enemigos que nos rodean; ayudadnos á triunfar de las tentaciones que nos asedian; y haced que, gracias á vuestra misericordia, podamos también, con vuestros fieles servidores, alabaros y bendeciros eternamente. *Torre de David, rogad por nosotros!... Turris Davidica, ora pro nobis...* Así sea.



INSTRUCCION VIGÉSIMA

MARTES, 19 DE MAYO

María, verdadera Casa de oro, nos trae á la memoria los más dulces recuerdos; ella es para nosotros un abrigo, un refugio.

TEXTO. *Domus aurea, ora pro nobis.* Casa de oro, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, los santos Padres y otros piadosos autores, que han escrito sobre la Virgen Santísima, la comparan frecuentemente con el templo de Salomón (1). Es indudablemente ésta una de las razones porque la Iglesia, en las letanías que la ha consagrado, la da el título de *Casa de oro...* En efecto, ¡cuántos parecidos podríamos encontrar!... El templo de Salomón era el más hermoso edificio dedicado al verdadero Dios; María es el alma más perfecta que se ha consagrado á su servicio... El templo de Salomón era el único lugar, donde se manifestaba de un modo sensible la presencia del Altísimo; la Virgen Santísima es también el único santuario, donde Nuestro Señor Jesucristo quiso tomar cuerpo y alma, para revelarse al mundo... El fuego sagrado, destinado al sacrificio, jamás debía extinguirse en el templo construido por el rey de los Judíos; así la caridad, cual llama

(1) Véanse el P. Poiré, *Triple couronne*; d'Argentan, *Grandeurs de Marie*; Justino Mieckow, *Conférence sur les litanies de la Sainte Vierge*, etc., etc.

divina, no cesa de arder, día y noche, en el corazón de María... ¡Y cuántas otras semejanzas podríamos encontrar aún entre el templo de Salomón y aquella á quien saludamos con el título de *Casa de oro...*! Pero vamos á mirar este título bajo un sentido, que me parece más comprensible para todos y sobre todo más útil y más práctico...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Casa de oro quiere decir también: casa rica, preciosa, donde se está en seguridad. Ya sabéis lo que son para nosotros nuestras casas. *En primer lugar*, nos traen á la memoria nuestros más caros recuerdos; *en segundo lugar*, son un abrigo; *en tercer lugar*, son nuestro refugio en caso de peligro. Vamos á ver como para nosotros, cristianos, María, la verdadera *Casa de oro*, reúne estas tres cualidades...

Primera parte. Y en primer lugar, una casa nos trae á la memoria los más dulces recuerdos, las más caras afecciones. Reflexionad... Ved ahí el sitio donde se sentaba vuestro anciano padre, la cama donde espiró vuestra buena madre, fortalecida con los sacramentos y en la paz del Señor... ; Cuán tiernas caricias habíais recibido de vuestros buenos padres!... ; Cuántas amistosas palabras habíais oído en aquellos lugares!... ; Vuestra casa?... Pues si allí estan vuestros hijos, vuestros esposos ó esposas, todo lo que os debe ser más caro en este suelo!... Hermanos míos muy amados, María trae también á la memoria de nuestra alma lo que hay de más dulce en nuestros recuerdos. Contad de entre los días de vuestra vida los que fueron realmente felices para vosotros, aquellos hácia los cuales vuestro pensamiento se dirige con amor... María entró por algo en la felicidad que en ellos gozasteis. Es la primera comunión, son los años que la signieron, si los habeis pasado en la inocencia, los que, ciertamente, han sido los momentos más felices de vuestra vida. Son, si os manteneis siempre fieles, las alegrías experimentadas en la oración, el contento producido por una comunión bien hecha; son, digo, todos los goces del alma cuyo recuerdo debe traerlos María á la memoria... Si sois buenos Cristianos, habeis de amar sobre todas las cosas á nuestro divino Salvador, él ha de ser el objeto de todas vuestras afecciones; y ¿quién puede traerlos mejor á la memoria su recuerdo que María, verdadera *Casa de oro*, en cuyo seno quiso él

tomar ese cuerpo y alma que un día tenía que entregar él por nosotros?...

Segunda parte. Una casa es un abrigo. En invierno, nos resguarda del frío; en verano, nos sirve de asilo contra los ardores del sol. Si sobreviene una lluvia ó una tempestad, encontramos bajo nuestro techo un abrigo contra esta lluvia que cae á torrentes, y contra esos vientos helados, que vienen á estrellarse impotentes contra las paredes de nuestra vivienda... ; Oh Virgen bendita, oh *Casa de oro*, vos sois también nuestro abrigo. Pecador ¿ está tu alma helada por el pecado?. Ven á abrigarte en este asilo, y no tardarás en encontrar el calor necesario para avivar tu entumecida alma... Almas tibias, que no podeis rezar, á quienes todo os pesa en el servicio de Dios; venid á acogeros bajo el manto de María, y en él encontraréis el fervor que os hace falta... Vosotros, á quien atormenta el ardor de las pasiones, vosotros, que luchais, tal vez en vano, contra la ira, la avaricia, el odio, refugiáos en esta *Casa de oro*; decidla con fé, con piedad, con un tierno amor: « ; Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros, que acudimos á vos!... » Estad seguros de que ella calmará este ardor de las pasiones...

¡ Abrigo contra la tempestad !... ; Ah! la juventud sobre todo, es una estación tempestuosa... Ella se desliza rápida como un día, pero ; cuán amenudo está marcado este día con tempestades!... Ved, por la mañana levántase radiante el sol. ; Qué tiempo tan hermoso ! ; cómo sonrie todo en la naturaleza! Pero no tarda en cubrirse el cielo de negras nubes, surcan el espacio los relámpagos, retumba el trueno á lo léjos, cae una granizada espesa y dura, que siembra la esterilidad en una campiña que por la mañana ofrecía aún tan bellas esperanzas!... Es la imágen que con sobrada frecuencia nos ofrece la juventud. Este niño era tan edificante en sus primeros años, tenía tanto fervor é inocencia cuando por vez primera se acercó á la sagrada mesa... Nosotros decíamos : ; cuán buena será esta jovencita ! ; cuán piadoso será este jovencito !... ; Ay! sobrevinieron las pasiones como nubes, y oscurecieron su fé; rugió en su corazón la tempestad; los malos hábitos lo destruyeron todo en él, y nada quedó de aquellas hermosas esperanzas que había hecho concebir... Jóvenes de ambos sexos, que me escucháis, en el momento en que las pasiones, tratando de seduciros, rujen sordamente en vuestras

almas, venid á buscar un asilo en el seno de la *Casa de oro*, venid á refugiarnos bajo su poderosa protección, invocadla con fé, con confianza; ella os servirá de abrigo y, gracias á ella, nada tendreis que temer de la tempestad!

Tercera parte. Una casa es además un refugio en el peligro. Ved á un niño perseguido por un animal que le amenaza : ; donde va á refugiarse?... ; No va á casa de su padre?... ; Para vosotros mismos, la casa donde habitáis no es vuestro refugio contra las tinieblas de la noche y contra todo peligro inminente que podais correr?. Carísimos hermanos, María es también nuestro refugio más seguro en el momento del peligro. Y aquí os quiero hablar de esas ocasiones repentinas, imprevistas y terribles, que se encuentran á veces en la vida... ; Pues bien ! por desesperantes, por insuperables que sean, la *Casa de oro* nos sabrá proteger, si fielmente nos refugiamos en su seno... Refiérese que una piadosa jóven, hija de padres pobres é impíos, había sido vendida por ellos á un infame seductor que se había prendado de su deslumbradora belleza. Los padres habían cobrado ya el precio de aquel horrible negocio, y dentro de una hora debían entregar su hija... Pobre jóven de quince años, sola y sin más defensa que sus lágrimas, ¿ qué va á ser de tí?... Tus padres te abandonan... ; Qué digo ? te han vendido, el seductor se adelanta, y dentro de algunos minutos ; te espera la deshonra!... ; Oh María, verdadera *Casa de oro*, sed su refugio!... Y realmente, á María fué á quien ella se dirigió en aquel inminente peligro... No fué en vano ; porque el seductor caía herido de repentina muerte, antes de haber podido realizar sus criminales intentos (1).

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, san Leonardo de Port-Maurice refería, en sus misiones, un rasgo que puede aplicarse al asunto de que tratamos... Una pobre viuda tenía dos hijas, sin medio alguno de subvenir á sus necesidades... Enviarlas á pedir limosna, era exponer su virtud; por otro lado, carecían de trabajo. ¿ Qué va á hacer aquella pobre madre?... Llena de confianza en María, llama á sus hijas y las dice: « Hijas mías, vamos á recomendarnos á la Virgen Santísima... » Y las tres van á arrodillarse ante una imágen de la Madre de

(1) V. san Alfonso y san Leonardo, sobre la Santísima Virgen.

Dios. Terminada la oración, la madre hace que sus hijas se acerquen á la estatua; después, cojiendo sus manos, las junta con las de la Virgen... « ¡Dulce María, exclama, estas niñas son vuestras hijas; ya no lo son más; os las abandono, las pongo en vuestras manos, cuidad de ellas puesto que sois su madre!... » Hecho esto, deja la iglesia y se vuelve con la firme esperanza de ser socorrida por María... No fué vana su confianza; al llegar á su casa, encontró á un hombre á quien jamás volvió á ver, y que desapareció después de haberla dejado una gran suma de dinero.... Gracias á este socorro, debido á la protección de María, aquellas dos virtuosas jóvenes pudieron entrar en un convento, y vivir y morir santamente en él...

¡Oh *Casa de oro*, bondadosa Virgen María, es innegable que sois un refugio, un abrigo; sedlo también nuestro en medio de los peligros; hacélnos la gracia de que evitemos el pecado y de que sirvamos fielmente á vuestro Hijo, cuyo recuerdo nos trae tan vivamente á la memoria este título!... ¡*Casa de oro, rogad por nosotros! Domus aurea, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOPRIMERA

MÉRCOLES, 20 DE MAYO

María señal de alianza de Dios con los hombres; María defensa de los cristianos.

TEXTO. *Federis arca, ora pro nobis.* Arca de alianza, rogad por nosotros.

EXORDIO. Empiezo, hermanos míos, por deciros lo que era el Arca de la alianza, de que con tanta frecuencia se habla en la historia del pueblo judío... Dios, queriendo preservar de la idolatría á este pueblo, había mandado á Moisés que construyese de madera preciosa y adornase con la mayor riqueza, una especie de cofre de proporciones bastante reducidas, pero cuya tapa, llamada *propiciatorio*, era del oro más pu-

ro (1). Allí estaban encerrados, testimonios permanentes de los milagros que Dios había obrado en favor de los Hebreos, la vara de Aarón, recordando la salida de Egipto, y un vaso de maná, recuerdo del alimento maravilloso que Dios había dado á su pueblo en el desierto. Había además en ella las dos tablas de piedra, sobre las cuales el dedo de Dios había grabado los diez mandamientos... Era en cierto modo el trono de Dios sobre la tierra... Allí era donde Moisés iba á consultar; allí también donde, más tarde, se manifestaba Dios á los grandes sacerdotes de los Judíos, cuando esta arca hubo sido transportada al más venerado santuario del templo de Salomón...

PROPOSICIÓN. A la verdad, hermanos míos, sería yo excesivamente extenso si quisiera exponer todas las razones, por las que la Iglesia compara á la Virgen María con el Arca de la alianza. Me detendré únicamente en los dos principales puntos de semejanza.

DIVISIÓN. *En primer lugar*; esta Arca era el símbolo de la alianza que Dios había formado con su pueblo; *en segundo lugar*, era la más firme defensa del pueblo de Israel contra sus enemigos.. También vos, Virgen María, sois la señal de la alianza de Dios con los hombres, y la defensa más segura de los cristianos contra sus enemigos...

Primera parte. El Arca de la alianza, como decía, había sido construída por orden de Dios mismo; habíase dignado indicar á Moisés con todos sus detalles, las dimensiones que había de tener: su longitud, su anchura y su elevación. Había precisado la manera como había de estar hecha: era de la madera más preciosa, la cual tenía que estar revestida de planchas de oro... Había dicho qué ricos adornos la habían de decorar, y determinado él mismo lo que debía contener... ¡Con cuánta verdad, carísimos hermanos, saludamos á María con el título de *Arca de alianza!* El mismo Dios, desde toda la eternidad, la designó en sus decretos divinos como á señal de la alianza que quería formar, no solamente con un pueblo errante en el desierto, sino con la humanidad entera, con los hombres de las cuatro partes del mundo... Desde toda la eternidad preparó aquella *Arca* para siempre venerable; supo las admirables dimensiones que había de tener su perfección: lon-

(1) Exodo, XXV y XXVI; Deuteronomio, X etc.

gitud de su fe, anchura de su esperanza, inefable elevación de su caridad... Él mismo lo fijó y determinó todo en María... Quiso que todas las virtudes acudiesen á porfía á engalanarla como con los más ricos adornos... ¡Sí, Dios omnipotente, antes de los siglos, decretasteis lo que en su seno había de contener aquella *Arca de alianza!*... No era solamente la florida vara de Aarón, símbolo de vuestro poder; no era solamente el milagroso maná, emblema de vuestra providencia; no eran solamente las tablas de la ley, testimonio de vuestro amor... ¡No, no, hermanos míos; todo esto es nada al lado de lo que debe contener la nueva *Arca de alianza!*...

¡Oh María, señal sagrada de la alianza que Dios tiene contraída con nosotros; qué prodigio debía obrarse en vos!... Yo admiro el milagro del Calvario, donde la justicia y la misericordia hasta entonces irreconciliables, se dieron fraternal beso sobre la cruz de Jesús... ¿Qué he dicho, irreconciliables hasta entonces?... ¡Ah! hermanos míos, en el seno de María fué donde empezó esta unión de la misericordia y la justicia: Jesús tomando un cuerpo y un alma en aquella *Arca de la nueva alianza*, daba á la justicia de su Padre, con su humildad, una satisfacción que, sin el gran amor que nos tenía, habría sido más que suficiente. Allí también se abrían los esplendores de la misericordia divina, porque teníamos un Salvador(1). Sí, *Arca de la nueva alianza*, en vuestro seno, cual en el Calvario, se realizó este nuevo prodigio, y vos sois la esplendorosa señal de la unión de Dios con los hombres...

Segunda parte. He añadido, hermanos míos, que el Arca de la alianza era la más segura defensa del pueblo Hebreo contra sus enemigos... Trátase de tomar á Jericó, ciudad de los Cananeos, que resistió largo tiempo á los esfuerzos de los Israelitas: el Arca de la alianza es paseada varias veces alrededor de la ciudad sitiada: de repente se desploman sus murallas y Josué se apodera de ella(2)... Y lo mismo en todas las batallas que libraron á los pueblos de aquellas regiones: los Hebreos llevaban á sus diversos campamentos aquella Arca de la alianza; era

(1) *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculate sunt.* Tanto esto como el versículo siguiente: *Veritas de terra orta est et justitia de celo prosperit.* justifican perfectamente la aplicación que hacemos de este texto (Salm., LXXXIV, 11 y 12.)

(2) Josué, VI, 6 y siguientes.

para ellos una prenda segura de victoria... ¿Se tiene que pasar el Jordán? Por orden de Dios, el Arca pasará delante llevada en hombros de los sacerdotes; á su presencia las aguas del río se retirarán y los Israelitas lo podran pasar á pié enjuto (1). Dulce Virgen María, *Arca de la nueva alianza*, cuántas veces también vuestra presencia ha librado á vuestros servidores de verse sumerjidos por las pasiones, que amenazaban engullirles como un torrente!... Gracias á vos, se han calmado las tentaciones; y han podido también ellos atravesar el Jordán á pié enjuto...

Sí, amados hermanos míos, la divina Madre de Jesús es también la más firme defensa de los cristianos; ella da á la Iglesia la victoria sobre sus enemigos... Un rasgo solamente os voy á citar. Hace unos doscientos años que los mahometanos habían invadido parte de Europa: sitiaban ya la ciudad de Viena, y amenazaban llevar la devastación y la muerte á todas partes... Una débil partida de héroes cristianos acudió á socorrer la ciudad sitiada... Muy poca cosa era aquel ejército comparado con las numerosas tropas musulmanas que había de combatir; pero iba á su cabeza un ardiente servidor de María, y en sus estandartes flotaba, como prenda de victoria, la imagen de la Virgen, *Arca de la nueva alianza*... Juan Sobieski, rey de Polonia, mandaba aquel ejército cristiano. Después de haber oído piadosamente la santa Misa, se despoja de sus armas y las consagra á la Santísima Virgen; y una vez hecha esta consagración, vuelve á revestirse con ellas... En nombre de María, vuelve á tomar su casco: en nombre de María se cubre con su escudo; en nombre de María ciñe su poderosa espada... Empeñóse furioso y terrible la batalla; pero no tardaron Juan Sobieski y sus cristianos en alcanzar una ruidosa victoria, también en nombre de María... Viena fué libertada, rechazados fueron los musulmanes, y el ejército cristiano celebró, en el mismo campo de batalla, las alabanzas de María (2)... *Arca de alianza*, dulce Virgen María, sí, vos sois la más segura defensa de la Iglesia contra los enemigos de vuestro divino Hijo...

(1) Josué, IV, 7 y passim.

(2) V. san Leonardo *Sobre la Virgen Santísima y la Historia de la Iglesia.*

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, María es también nuestra protección y nuestra defensa; pero lo es con la condición de que le seamos fieles, de que arrojemos de nuestros corazones el pecado.... Un día los Israelitas, habiendo sido vencidos, exclamaron: «¡ Hagamos venir á nuestro ejército el Arca del Señor! (1)... » Trájose, en efecto, al campamento el Arca de la alianza; pero ella no impidió su derrota... ¿ Porqué?... Porque los Israelitas eran culpables y Dios les quería castigar... Así, hermanos míos, si tenemos el pensamiento de permanecer en el pecado, si no hacemos esfuerzo alguno formal para salir de él, en vano acudiremos á la Santísima Virgen, porque á pesar nuestro no nos podrá salvar... La invocamos, y después nos lanzamos voluntaria é imprudentemente en medio de las ocasiones peligrosas; no esperemos por lo tanto que ella nos proteja... *Arca de la nueva alianza*, haced que comprendamos bien que la devoción que de nosotros pedís consiste principalmente en huir del pecado, y en hacer todos nuestros esfuerzos para imitar las virtudes de que sois un modelo tan perfecto... Dignáos hacer penetrar profundamente esta verdad en nuestros corazones, y otorgarnos la gracia de practicarlas fielmente... *Arca de alianza, rogad por nosotros! Faderis arca, ora pro nobis...* Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMOSEGUNDA.

JUEVES. 21 DE MAYO

María, puerta del Cielo, porque nos dió á Jesucristo, y nadie sin su protección puede llegar al cielo.

TEXTO. *Janua caeli, ora pro nobis.* Puerta del cielo, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, cuando se trata de las cosas sobrenaturales, el lenguaje humano es á la vez pobre é inexacto... Así, cuando

(1) I. Reyes, IV, 3.

hablamos de Dios, para hacernos comprender, nos vemos precisados á decir: el ojo de Dios, la mano de Dios. Y sin embargo, Dios es un espíritu puro; no se parece ni á un hombre, ni á ningún ser creado. Pero, para hacernos comprender, nos vemos obligados con frecuencia á emplear estos términos: «el ojo de Dios lo ve todo»; esto quiere decir que nada se escapa á su ciencia infinita; «la mano de Dios ha formado el universo»; esto significa que fué creado por su omnipotencia... Esto pasa cuando hablamos del cielo. No vayamos á figurarnos que ese hermoso paraíso, al cual Dios nos llama á todos, esté construido como una casa; que esté cerrado por paredes, que tenga en realidad puertas y ventanas... Nó, hermanos míos, el Paraíso es la posesión del mismo Dios, es el goce de las inefables delicias que comunica á sus escogidos... Pero, aún aquí, nos vemos en la precisión de emplear imágenes y comparaciones... En efecto, decimos con frecuencia que el cielo es un palacio espléndido, que construyó la mano de Dios para recompensar á los bienaventurados; y como en un palacio, por espléndido que sea, no se entra más que por la puerta, llamamos á la Santísima Virgen, *Puerta del cielo. Janua caeli.*

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Deseo demostraros con cuanta exactitud da la Iglesia santa este título á la Santísima Virgen. María es, en efecto la Puerta del cielo, *en primer lugar*, porque nos dió á Jesucristo; *en segundo lugar*, porque nadie llega al cielo sin su protección.

Primera parte. María, *Puerta del cielo*, porque nos dió á Jesucristo.. Todos sabéis, hermanos míos, cuáles fueron las lamentables consecuencias del pecado original... Nuestros primeros padres arrojados del paraíso terrestre; todos los hombres naciendo enemigos de Dios; el dolor y la muerte cerniéndose, como aves de rapiña, sobre toda criatura humana, y el cielo cerrado para siempre para Adán y para su posteridad... ¡Pobre Adán, deja aquella mansión de delicias y vé de hoy en adelante á cultivar la tierra con el sudor de tu frente, arrancando penosamente de ella tu pan de cada día!... Y tú, que te dejaste seducir por las astucias de la serpiente, Eva, nó, tú no eres ya la madre de los vivientes; pasea de hoy en adelante tus enfermedades, el dolor de tus partos á través de las espinas y abrojos, que os va á produ-

cir la tierra... Miradles, ellos tan dichosos hasta hoy, reducidos á la miseria, condenados á los sufrimiento y á la muerte.

Bien es verdad que llevan en sus corazones un germen de esperanza; Dios les ha dicho que un día nacería un Salvador. Pero, adorable Jesús, os hareis esperar por largo tiempo y hasta entonces permanecerá cerrado el cielo... Patriarcas, profetas, justos de la antigua ley, en vano suspirais, en vano apresurais con vuestras ansias la venida del Libertador que vuestra ley aguarda... El cielo continúa cerrado, y todos vosotros al expirar podeis decir lo que decía el santo rey Ezequías: « Voy á descender á las puertas del infierno (1) », es decir al limbo. Mirad estas santas almas llenas del amor de Dios, ávidas de poseerle, y privadas sin embargo de este goce. Adán y Eva son los primeros que van á llamar á la puerta. — « ¿ Qué pedis? » les dice el Angel que guarda la entrada... — « Gozar del cielo, porque hemos hecho una larga penitencia, y Dios nos prometió el perdón. — Puede ser, pero teneis que aguardaros: la puerta está cerrada. » — Veo á Abrahán, á Isaac, á Jacob, á David y á tantos otros santos llamar igualmente á aquella puerta. « Oh! exclaman, ¿ seríamos tan dichosos si pudiésemos contemplar los esplendores de Dios, si pudiésemos gozar de la felicidad del cielo!... Viva fué nuestra fe, hemos caminado siempre á la vista del Altísimo: él nos ha hecho promesas. — Es verdad, contesta el Angel; pero aguardad, aguardad todavía; el cielo no está abierto... »

¡ Oh Jesús, descendad pues á la tierra, os lo rogamos!... Pero, es menester que una joven virgen, llamada María, que vive en el humilde lugarejo de Nazareth, dé su consentimiento. « Arcángel Gabriel, dicen las tres divinas Personas, vé á preguntarla si quiere ser la Madre del Salvador. » Y María dice: « Soy la esclava del Señor, » y luego no hubo más... El hijo de Dios tomó un cuerpo y un alma en su casto seno; y poco tiempo después estaba abierto el cielo!... ¿ Os hacéis cargo, cristianos, de que la Virgen Santísima, con darnos á Jesús, nos abre la puerta del Paraiso?... ¡ Ah! *Puerta del cielo*, rogad por nosotros. *Janua caeli, ora pro nobis...*

Segunda parte. He añadido, hermanos míos, que María era la *Puer-*

(1) Isaías, XXXVIII, 10.

ta del cielo, porque nadie se salva sin su protección... Indudablemente, Jesús es nuestro Salvador. él es el único que nos redimió á costa de su sangre, y nos mereció todas las gracias. Sí, sin vos, adorable Redentor nuestro, estaríamos perdidos para siempre... La misma Virgen María os es dueña de todo lo que la embellece, de todo lo que la eleva sobre las demás criaturas; por vos es por quien es lo que es... Mas ¡ oh Hijo muy amado de María, cuán rica, hermosa, venerada y omnipotente habeis hecho á vuestra Madre!... Vos quereis que sea ella la distribuidora de vuestros favores. Las gracias que vos concedeis han de pasar por sus manos, y la habeis hecho *Puerta del cielo*.

Leemos en la Historia Sagrada que Faraón, rey de Egipto, mandaba á José, su intente, á aquellos que, durante el hambre, iban á pedirle trigo. « Id á José, les decía, él es quien os dará (1). » Y sin embargo él era el rey; pero con esto quería manifestar el crédito, el poder que había otorgado á José. Parece, hermanos míos amados, oír á Jesús decirnos también: « Id á María, ella es mi tesorera. » Y sin embargo, mi dulce Salvador, vos sois el Rey, el Todopoderoso. — « No importa, he nombrado á mi Madre dispensadora de todos mis favores... »

Una piadosa visión que tuvo san Francisco de Asís confirma esta verdad. Un día, en un éxtasis, aquel santo vió dos escaleras que iban de la tierra al cielo. La escalera en que se apoyaba Nuestro Señor Jesucristo era roja; la otra, en cuyo extremo superior se encontraba la Virgen Santísima, era blanca. Los religiosos, discípulos de san Francisco, se esforzaban en subir por la escalera roja; pero, apenas habían recorrido algunos escalones, muchos de ellos caian en tierra sin poder ir más adelante... San Francisco, ante este espectáculo, no pudo menos que echarse á llorar; y entonces el Salvador le dijo: « Dí á tus hermanos que corran hácia mi Madre y que suban por la escalera blanca. » Comunicó san Francisco esta orden á los religiosos, y ved ahí que los Hermanos eran afablemente recibidos por la Santísima Virgen, y subían fácilmente al cielo (1). Esta visión, hermanos míos, ¿ no es la confirmación de lo que decíamos, es á saber, que nadie llega al cielo sin la protección de María?... ¡ Oh *Puerta del cielo*, sed para siempre felicitada por tal gloria y por tal poder!...

(1) Génesis, XLI, 55.

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, encuentro todavía en la vida de una gran santa la prueba de que María es la *Puerta del cielo*, de que ella es quien en el cielo nos introduce. Escuchad. Santa Liduina, desde su más tierna edad, había tenido una tierna devoción por la Santísima Virgen. Por su parte, María había prodigado á aquella alma predestinada las más inefables ternezas; durante un éxtasis, la había coronado con un misterioso velo... A sus ruegos, se había dignado convertir á una pecadora endurecida. Varias veces se había comunicado con ella. Nunca acabaría, si quisiese explicaros todos los favores que la augusta Reina del cielo había dispensado á aquella santa niña, que pasó su vida casi entera entre los más atroces padecimientos. Llegó para Liduina el momento de la recompensa; la hora tan temida de la muerte sonrió á aquella virgen, como sonríe á una jóven desposada la hora de los esponsales. — ¡Jesús, exclamaba ella, sacadme de mi destierro, y llevadme á la patria celestial!. — Ven, amada mía, contestó aquel buen Maestro, ven á aquel lugar de delicias, donde te aguardan tus hermanas. » Entonces el alma de la santa, dejando su cuerpo, se echa en los brazos de Jesús, que la recibe con amor. Pero ¿qué hizo el Salvador?... Fué á ponerla enseguida en los brazos de su Madre que estaba allí presente, y encargó á la augusta Reina del cielo que la introdujese ella misma, como para atestiguar mejor que era ella la puerta de aquella bienaventurada patria (1).

¡Oh *Puerta del cielo*! vuestro Hijo ha dicho: « Llamad y se os abrirá. » Miradnos á vuestros piés, os suplicamos, os invocamos; dignaos abrir para nosotros... Merezcamos por vuestra intercesión entrar un día en aquella mansión de paz y felicidad, cuya entrada sois vos. ¡ *Puerta del cielo, rogá por nosotros! janua celi, ora pro nobis...* Así sea...

(1) *Vita de los Santos*, 14 Abril. Véase también Joannes Bruchman, *Vita hujus Sanctæ*.

INSTRUCCION VIGÉSIMOTERCERA.

VIERNES, 22 DE MAYO.

María precede á la venida de Jesús; se queda después desu partida.

TEXTO. *Stella matutina, ora pro nobis*. Estrella de la mañana, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, un célebre orador hacía en cierta ocasión el elogio de un rey de Macedonia llamado Filipo, que fué el padre de Alejandro Magno... Después de haber largamente ensalzado la nobleza de su nacimiento, la abundancia de sus riquezas, la extensión de su poder; después de haber enaltecido su valor, y enumerado las victorias que había alcanzado, añadía « Nada he dicho hasta aquí, hasta para su gloria el haber sido el padre de Alejandro (1)... » Hermanos míos muy amados, cuando hablamos de la Santísima Virgen, cuando referimos sus virtudes, cuando, con la Iglesia, la comparamos con todo lo que hay más noble y más grande, nada hemos dicho... Basta para vuestra gloria, ¡oh Santísima Virgen María! el que hayáis sido la madre de Jesús... En todos los elogios que hacemos de esta bendita criatura, nos vemos siempre en el caso de volver á esto mismo; porque todo nos lleva ahí. Lo veremos de un modo especial, con el título de *Estrella de la mañana*, que vamos á probar de explicaros en esta breve instrucción.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. La estrella de la mañana está siempre inmediata al sol; tan pronto anuncia su salida, como permanece en el horizonte hasta que aquel ha desaparecido. Quisiera por lo tanto demostráros que, cual la estrella de la mañana, María, siempre inmediata á Jesús, que es el sol de justicia, *en primer lugar*, anunció su venida, *y en segundo lugar*, quedó también y queda todavía después de su partida...

(1) *Hoc unum tibi dixisse sufficit, filium te habuisse Alexandrum; V. d'Argentan, Grandeurs de la Sainte Vierge. cap. X. § 2.*

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, encuentro todavía en la vida de una gran santa la prueba de que María es la *Puerta del cielo*, de que ella es quien en el cielo nos introduce. Escuchad. Santa Liduina, desde su más tierna edad, había tenido una tierna devoción por la Santísima Virgen. Por su parte, María había prodigado á aquella alma predestinada las más inefables ternezas; durante un éxtasis, la había coronado con un misterioso velo... A sus ruegos, se había dignado convertir á una pecadora endurecida. Varias veces se había comunicado con ella. Nunca acabaría, si quisiese explicaros todos los favores que la augusta Reina del cielo había dispensado á aquella santa niña, que pasó su vida casi entera entre los más atroces padecimientos. Llegó para Liduina el momento de la recompensa; la hora tan temida de la muerte sonrió á aquella virgen, como sonríe á una jóven desposada la hora de los esponsales. — ¡Jesús, exclamaba ella, sacadme de mi destierro, y llevadme á la patria celestial!. — Ven, amada mía, contestó aquel buen Maestro, ven á aquel lugar de delicias, donde te aguardan tus hermanas. » Entonces el alma de la santa, dejando su cuerpo, se echa en los brazos de Jesús, que la recibe con amor. Pero ¿qué hizo el Salvador?... Fué á ponerla enseguida en los brazos de su Madre que estaba allí presente, y encargó á la augusta Reina del cielo que la introdujese ella misma, como para atestiguar mejor que era ella la puerta de aquella bienaventurada patria (1).

¡Oh *Puerta del cielo*! vuestro Hijo ha dicho: « Llamad y se os abrirá. » Miradnos á vuestros piés, os suplicamos, os invocamos; dignaos abrir para nosotros... Merezcamos por vuestra intercesión entrar un día en aquella mansión de paz y felicidad, cuya entrada sois vos. ¡ *Puerta del cielo, rogá por nosotros! janua celi, ora pro nobis...* Así sea...

(1) *Vita de los Santos*, 14 Abril. Véase también Joannes Bruchman, *Vita hujus Sanctæ*.

INSTRUCCION VIGÉSIMOTERCERA.

VIERNES, 22 DE MAYO.

María precede á la venida de Jesús; se queda después desu partida.

TEXTO. *Stella matutina, ora pro nobis*. Estrella de la mañana, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, un célebre orador hacía en cierta ocasión el elogio de un rey de Macedonia llamado Filipo, que fué el padre de Alejandro Magno... Después de haber largamente ensalzado la nobleza de su nacimiento, la abundancia de sus riquezas, la extensión de su poder; después de haber enaltecido su valor, y enumerado las victorias que había alcanzado, añadía « Nada he dicho hasta aquí, hasta para su gloria el haber sido el padre de Alejandro (1)... » Hermanos míos muy amados, cuando hablamos de la Santísima Virgen, cuando referimos sus virtudes, cuando, con la Iglesia, la comparamos con todo lo que hay más noble y más grande, nada hemos dicho... Basta para vuestra gloria, ¡oh Santísima Virgen María! el que hayáis sido la madre de Jesús... En todos los elogios que hacemos de esta bendita criatura, nos vemos siempre en el caso de volver á esto mismo; porque todo nos lleva ahí. Lo veremos de un modo especial, con el título de *Estrella de la mañana*, que vamos á probar de explicaros en esta breve instrucción.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. La estrella de la mañana está siempre inmediata al sol; tan pronto anuncia su salida, como permanece en el horizonte hasta que aquel ha desaparecido. Quisiera por lo tanto demostráros que, cual la estrella de la mañana, María, siempre inmediata á Jesús, que es el sol de justicia, *en primer lugar*, anunció su venida, *y en segundo lugar*, quedó también y queda todavía después de su partida...

(1) *Hoc unum tibi dixisse sufficit, filium te habuisse Alexandrum; V. d'Argentan, Grandeurs de la Sainte Vierge. cap. X. § 2.*

Primera parte. Y ante todo, hermanos míos, ¿qué es la estrella de la mañana?... Es ese brillante astro que, en ciertas estaciones, se deja ver un poco antes de la salida del sol, y que, en otras épocas, nos alumbra por algún tiempo, después que el sol ha desaparecido. Es el planeta, ó para continuar sirviéndonos del lenguaje de la Iglesia, la estrella más brillante y la más inmediata al sol (1). Gira á su alrededor sin alejarse de él; en ciertos países á este astro se le llama la estrella de la noche, ó la estrella del pastor... Creo haberme hecho comprender bien...

Ahora bien, cuando esta estrella brilla por la mañana, como la aurora, anuncia que va á salir pronto el sol. Su luz disipa las tinieblas; va á venir el día; las fieras vuelven á sus guaridas; el hombre se levanta para entregarse á su trabajo; la naturaleza toda despierta del sueño en que parecía estar sumida.... En realidad, oh dulce María, verdadera *Estrella de la mañana*, éste es el efecto producido por vuestra aparición en el mundo... ¡Huid, demonios! apareció la que ha de aplastar la cabeza á Satanás, vuestro jefe!... Hombres sumidos hasta entonces en las tinieblas del error, levantaos, despertad vuestro valor; va á venir aquel sol de justicia que ha de iluminar vuestras almas! Patriarcas y Profetas... ¡ah! de seguro qua un rayo de esa *Estrella de la mañana* penetró también hasta el limbo, y al verlo, vuestros corazones se estremecieron de esperanza... Y en realidad hermanos míos, si hemos de dar crédito á los mismos escritores paganos, desde la época del nacimiento de María, vacilaban los ídolos sobre sus pedestales: los oráculos de los falsos dioses callaban y se confesaban vencidos. Y hasta un poeta pagano decía: « Ved venir los tiempos en otro tiempo predichos; va á nacer un nuevo orden de cosas; aparece una virgen, un niño bendito va á descender del cielo (2). » Dulce *Estrella de la mañana*, al veros aparecer, se regocijó el cielo, y la tierra se estremeció de esperanza. En efecto, vos anunciabais el fin de aquella noche que pesaba sobre el universo, la próxima llegada de Aquel

(1) Sé perfectamente que el planeta Mercurio está más inmediato al sol; pero hablo con sencillos campesinos, no hago un curso de astronomía.

(2) Virgilio, *Egloga IV*.

que debía esparcir á borbotones sobre las almas la luz, cual la esparce el sol sobre la naturaleza entera... ¡Sed pues saludada y bendecida para siempre, oh dulce Virgen María, oh brillante *Estrella de la mañana*!...

Stella matutina.

Segunda parte. Os he dicho, hermanos míos, que la estrella de la mañana era también el astro de la noche; que en ciertas estaciones se la distinguía después de la puesta del sol: alarga en cierto modo el día é impide que sean completas las tinieblas. Vosotros, viajeros retrasados, gracias á la luz de aquel astro, podeis regresar seguros á vuestras casas. No saltran las fieras de sus guaridas hasta que esa brillante estrella haya desaparecido... ¿Tengo necesidad de deciros, hermanos míos muy amados, que después de la partida de Jesús, María quedó también por algún tiempo en la tierra para consolar á los Apóstoles, para animarles á esperar la venida del Espíritu Santo en el recogimiento y en la oración, para esclarecerles en sus dudas, y para sostenerles en medio de las pruebas y de las persecuciones?... Satanás no se atrevió á salir de su guarida mientras ella vivió en este suelo; pues solo después de su muerte y de su gloriosa Asunción fué cuando nacieron las herejías.

Pero consideremos este mismo pensamiento bajo otro punto de vista. Ahí teneis un alma en estado de pecado mortal. Dios se ha separado de ella, la augusta Trinidad la ha, por decirlo así, abandonado. El Padre, cuyos mandamientos despreció, el Hijo, cuya misericordia desconoció, el Espíritu Santo, cuyas inspiraciones ha desdeñado, han dicho, como en otro tiempo los ángeles del templo de Jerusalén: « ¡Salgamos de aquí, dejemos esta alma, el pecado reina en ella, es un santuario profanado!... » ¡María, oh dulce Estrella, quedáos, os lo suplico! el sol ha desaparecido; haced que, gracias á vos, no se hagan demasiado densas las tinieblas que van á envolver esta pobre alma!... La Estrella bienhechora se queda, nos ilumina, no nos abandona... Oh bondadosa María, de modo que la quereis esta á pobre alma!... Sí, hermanos míos muy amados...

Escuchad esta historia referida por un santo (1)... Había un hombre que

(1) S. Leonardo de Port-Maurice, *sobre la Virgen Santísima*.

llevaba una vida criminal; pero tenía una mujer piadosa, que le había hecho prometer que rezaría un *Ave María* cada vez que pasase por delante de una imagen de la Santísima Virgen... Cierta día que, bostezando á más no poder, estaba cumpliendo con esta sencilla devoción, se le apateció el niño Jesús, todo cubierto de heridas y de sangre... «Virgen santa, dijo el hombre al verlo; ¿quién ha puesto á vuestro Hijo en este estado? — Has sido tú, le contestó la Virgen, entregándote á tus malas pasiones...» Conmovido por este prodigio, aquel hombre rogó á María que implorase su perdón; pero el sol estaba puesto, sólo brillaba la Estrella... ¡hermanos míos, era la Estrella de la misericordia!... Tres veces la Virgen Santísima imploró la clemencia de su Hijo en favor de aquel infortunado, tres veces obtuvo una negativa...

«Madre querida, la decía Jesús, no os cause sorpresa: yo también rogué tres veces á mi Padre que alejase de mí el cáliz de la Pasión, pero no me atendió...» María no se desanimó. Postrándose á los pies de Jesús: «Quiero, le dijo, permanecer así hasta que me hayas concedido la gracia de este desgraciado pecador...» Dulce Hijo de María, para hacernos comprender la insistencia con que vuestra bondadosa Madre reclama nuestro perdón, fué por lo que no la atendisteis á la vez primera... Mas, cuando estuvo postrada á vuestros pies, ¿con qué amor la levantasteis, y la otorgasteis la gracia que os pedía!...

Perseveración. ¿Con cuánta frecuencia, hermanos míos carísimos, se renueva esta historia!... No es necesario que aparezca siempre de un modo sensible; mas pongo por testigo el corazón de la misericordiosa Virgen María; sí, muchos pecadoras han sido objeto por parte de ella de intercesiones pateridas... La gracia se ha retirado de nuestras almas caan lo hemos tenido la desgracia de cometer un pecado; y la gracia, ya lo sabéis, es el sol del alma, es Jesús, es el Espíritu Santo que vive en nuestros corazones... Las timblas debían ser completas para nosotros, nuestra pérdida había de ser inevitable... ¿Quién pues nos conservó, como un rasto de luz, la fé y la esperanza?... ¿Quién excitó en nosotros el recordimiento, y nos dió aquellas buenas inspiraciones que nos han podido llevar á Dios?... ¡Ah! no os quepa duda, es esta Estrella bienhechora que luce todavía encima de nosotros después de haber desaparecido el sol.

¡Oh Reina, oh Madre, oh Providencia bendita de las almas, sed para todos nosotros esta Estrella bienhechora! Si tenemos la desgracia de caer en pecado, de ver á Jesús marcharse de nuestras almas, sed para nosotros la *Estrella de la noche!* Y cuando la muerte venga á apoyar sobre nosotros su helada mano, vuestra dulce intercesión muestre á nuestras almas reconciliadas los esplendores del Sol eterno... ¡Sed; oh! sed entonces para nosotros la Estrella de la mañana!... *Stella matutina, ora pro nobis...* Así sea...

INSTRUCCION VIGÉSIMOCUARTA.

SABADO. 23 DE MAYO.

María, salud de los enfermos para las enfermedades del cuerpo y para las del alma.

Texto. *Salus infirmorum, ora pro nobis.* Salud de los enfermos, socorro de los débiles, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, no cabe duda de que la Santísima Virgen María es la imagen de su divino Hijo Nuestro Señor Jesucristo... Su poder reproduce el de nuestro Salvador; su corazón, con su bondad y su ternura, es realmente la copia fiel del corazón de Jesús... Leemos en el Evangelio que los enfermos eran llevados en tropel á nuestro divino Redentor... Ya era un pobre ciego, que exclamaba: «¡Jesús, Hijo de David, haz que vea!» y recobraba la vista. Ya era un poseído á quien atormentaban los demonios. «Jesús, decíanle sus parientes, libradle!...», y él le libraba. Más allá un señor le ruega por su siervo que va á morir devorado por la fiebre, y el siervo cura... En fin, hermanos míos, jamás acabaría si quisiera referiros todas las curaciones maravillosas obradas por nuestro adorable Salvador en el curso de su vida mortal... ¡Ah! con verdad podía decir á los enviados de san Juan Bautista: «H á decir á vuestro maestro lo de que habeis sido testigos; los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los enfermos son curados...» Yo qui-

siera, esta noche, demostraros que este mismo poder de curar á los enfermos le fué comunicado á la Santísima Virgen, á Aquella á quien saludamos con el título de: *Salud de los enfermos, Salus infirmorum*.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Sin embargo, hermanos míos, hay enfermedades del cuerpo y enfermedades del alma; después de haber presentado á la Santísima Virgen curando las primeras, diremos algo para demostrar que es igualmente nuestra *salud* en las enfermedades del alma.

Primera parte. María, *Salud de los enfermos*. Entre los bienes del orden natural, la salud es sin disputa uno de los más preciosos. Pero ya sabéis, cristianos, cuantos males, cuantas enfermedades caen sobre el pobre cuerpo humano, minan insensiblemente, ó destruyen de un modo repentino esa salud que constituía su fuerza y su belleza... Pues bien, hermanos míos, al saludar á María con el título de *Salud de los enfermos*, la Iglesia nos invita á recurrir á la Santísima Virgen en nuestras enfermedades y en nuestros males... Si nuestra fé es viva, y Dios juzga bueno para nuestra santificación el devolvernos la salud, tenedlo por seguro, María nos la alcanzará...

Carísimos hermanos, cuando se visitan los más venerados santuarios dedicados á la Virgen, uno se siente poseído de admiración á la vista de aquellos *ex-votos*, de aquellos corazones de oro, de aquellas planchas de mármol, depositados cerca de María, cual otros tantos recuerdos permanentes de gracias alcanzadas por su intercesión... Trátase con frecuencia de favores espirituales; pero la mayor parte de las veces es cuestión de males curados, de la salud devuelta... Muchas son las veces que leéis estas palabras ú otras parecidas: « Rogué á María, y ella curó á mi hija... » — « La Virgen Santísima me ha devuelto mi padre que estaba ya á las puertas de la muerte... » — « Loor á María! yo estaba enfermo desde hace muchos años, estaba abandonado de los médicos, y la Virgen Santísima me ha devuelto la salud... » Y nosotros, hermanos míos, ¿no tenemos para referiros algunas de esas curaciones milagrosas, tan frecuentes, realizadas por la Santísima Virgen, ya en Lourdes, ya en la Salette, ya en otros santuarios?...

Ahora bien, cristianos, en todo tiempo ha merecido la Santísima Virgen este título de *Salud de los enfermos*. Estos milagros abundan

en la vida de los santos. Ved ahí á un esforzado príncipe de Bohemia, acompañado de su noble esposa; ¿á donde van?... Se encaminan á una capilla de la Virgen, llevando en sus brazos un niño moribundo... Le depositan sobre el altar, y luego, dirigiéndose á la Madre de Jesús, exclaman: « ¡Virgen santa, atended la plegaria de un padre y una madre desolados: nuestro pobre hijo va á morir, vos sola le podeis volver á la vida y re-tornarle la salud. Si nos lo conservais, os prometemos consagrarlo á Dios; queremos que sea ministro del Señor, que propague á lo lejos el Evangelio de vuestro Hijo y la gloria de vuestro nombre... »; Oh María! vos oísteis favorablemente la súplica de aquellos piadosos padres. ¡El niño, casi muerto, recobró de repente la más floreciente salud!... Creció y más tarde llegó á ser un ilustre obispo y padeció el martirio, dando por Jesucristo aquella vida que la Santísima Virgen le había conservado. Es san Alberto, obispo de Praga (1).

Segunda parte. Pero sobre todo cuando se trata del alma, hermanos míos, es cuando la Santísima Virgen es la *Salud de los enfermos*. Hablaremos de ello más extensamente mañana, al explicar el título de *Refugio de los pecadores*... Una palabra no más, esta noche, sobre este interesante asunto... ¿Tengo necesidad de recordaros que la gracia santificante es la vida de nuestra alma; que cuando tenemos la desgracia de estar en pecado mortal, nuestra pobre alma, privada de la amistad de Dios, está muerta en presencia de él y en presencia de sus ángeles?... Todos los que me escuchais, hasta los niños, conoceis esta verdad... Pues bien, en estas circunstancias, la Virgen Santísima se presenta también como *Salud de los enfermos*, ayudando á nuestra alma á recobrar la vida de la gracia, la salud que había perdido...

Leemos en la vida de san Francisco de Girolamo un hecho que servirá de prueba para esta verdad... Un pobre pecador había estado veinte y cinco años sin acercarse al tribunal de la penitencia. Había caído en la desesperación. « Jamás encontraré, se decía, un confesor que quiera darme la absolución... » Y seguía hundiéndose en el desorden, mirando sus pecados como indignos de perdón. Una noche, se le

(1) *In vita ejus.*

apareció la Virgen Santísima, le excitó á que cambiase de vida, á que se reconciliase con su divino Hijo... Por segunda vez se le apareció; pero aquel desventurado, después de haber prometido hacer lo que se le pedía, resistíase á cumplir su promesa, alegando siempre este mismo pretexto: « ¡ Jamás encontraré un confesor que me quiera absolver!... » ¡ Oh Virgen María, cuán buena sois! ... Os dignasteis hablar por vez tercera á aquel pobre pecador: « Anda de prisa á confesarte, le digisteis, he alcanzado de mi Hijo el perdón de tus faltas.. » Vacilaba aún aquel desgraciado; la misma Virgen se dignó designarle por confesor á san Francisco de Girolamo (1). Este santo le acogió como debe acoger el buen pastor á la oveja extraviada... Le abrazó, le animó, y tan bien le dispuso que, siempre gracias á la protección de la Santísima Virgen, aquel pobre penitente llevó siempre más una vida ejemplar... ¡ *Salud de los enfermos*, oh dulce María, vos devolvisteis á aquel hombre la salud, la vida que su alma había perdido!...

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, este título de *Salud de los enfermos* me recuerda aún otro hecho que quiero contaros al terminar... Una santa, beatificada hace unos cuarenta años (2), nos lo va á proporcionar; es la beata Mariana de Jesús. Muy jóven aún, como todas las almas predestinadas, tuvo la más tierna devoción por la Santísima Virgen. También la Madre de Jesús se complació en colmar de gracias y favores á aquella hija de bendición... Cierta día, Mariana se hizo una peligrosa herida en un dedo; pero, feliz con sufrir algo por Jesús, ocultó por algun tiempo su herida, y ofreció á su Maestro los dolores que padecía, uniéndolos á los que él había padecido en su Pasión: pero el mal hizo progresos, y se declaraba ya la gangrena... Se la quería obligar á acudir á un médico: « Aguardad un poco, dijo la jóven con admirable confianza, ya vereis como me curo. — » Pónese de rodillas delante de una imagen de la Virgen, suplicándola que la cure... ¡ Oh prodigio! al levantarse, el mal había desaparecido... ¡ Sí, divina Madre de Jesús, vuestro poder no tiene límites, sois la *Salud de los enfermos*, el socorro de los que padecen!... Os lo rogamos, dad sobre todo á nuestras almas la fuerza que necesitan; alejad de nosotros las

(1) V. la *Vida de este santo*, en Rivadeneira.

(2) En 1850.

pasiones que, como otros tantos males peligrosos, intentasen arrebatarse á nuestros corazones esta gracia de Dios, que hace su fuerza y su salud... María, sed para nosotros, os lo suplicamos, la *Salud de los enfermos* y el socorro de los que padecen... *Salus infirmorum, ora pro nobis*... Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMOQUINTA.

DOMINGO, 24 DE MAYO (en la Misa.)

María, refugio de los pecadores; como deben recurrir los pecadores á este refugio que Dios les ha dado.

TEXTO. *Refugium peccatorum, ora pro nobis.* Refugio de los pecadores, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, al empezar quisiera referiros una historia que nos mostrara que, aún en el tiempo mismo en que la Virgen Santísima vivía sobre la tierra, era ya el refugio de los pecadores.

Cuando san José y la Virgen Santísima, llevando en sus brazos al Niño Jesús, huían á toda prisa hácia Egipto para librarse del furor de Herodes, cayeron en poder de unos ladrones... Dos de estos bandidos les salieron al encuentro... El uno era un hombre endurecido en el crimen; el otro un jóven adolescente, hijo del jefe de aquella pandilla de ladrones, y que hacía entonces su aprendizaje en aquel triste oficio (1). Este último detiene á la Santísima Virgen... El Niño Jesús reposaba en su seno; él se lo arranca con violencia... Vos, oh María, palidecisteis como si la mano del verdugo hubiese arrancado vuestro corazón... Pero en breve, conmovido por el dolor de aquella Madre, por el aspecto venerable de San José, y sobre todo por la encantadora

(1) V. *Vie de la Sainte Vierge* por el abate Bégel, t. II, pág. 47. Esta tradición se apoya en la autoridad de varios santos Doctores citados por el autor.

apareció la Virgen Santísima, le excitó á que cambiase de vida, á que se reconciliase con su divino Hijo... Por segunda vez se le apareció; pero aquel desventurado, después de haber prometido hacer lo que se le pedía, resistíase á cumplir su promesa, alegando siempre este mismo pretexto: « ¡ Jamás encontraré un confesor que me quiera absolver!... » ¡ Oh Virgen María, cuán buena sois! ... Os dignasteis hablar por vez tercera á aquel pobre pecador: « Anda de prisa á confesarte, le digisteis, he alcanzado de mi Hijo el perdón de tus faltas.. » Vacilaba aún aquel desgraciado; la misma Virgen se dignó designarle por confesor á san Francisco de Girolamo (1). Este santo le acogió como debe acoger el buen pastor á la oveja extraviada... Le abrazó, le animó, y tan bien le dispuso que, siempre gracias á la protección de la Santísima Virgen, aquel pobre penitente llevó siempre más una vida ejemplar... ¡ *Salud de los enfermos*, oh dulce María, vos devolvisteis á aquel hombre la salud, la vida que su alma había perdido!...

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, este título de *Salud de los enfermos* me recuerda aún otro hecho que quiero contaros al terminar... Una santa, beatificada hace unos cuarenta años (2), nos lo va á proporcionar; es la beata Mariana de Jesús. Muy jóven aún, como todas las almas predestinadas, tuvo la más tierna devoción por la Santísima Virgen. También la Madre de Jesús se complació en colmar de gracias y favores á aquella hija de bendición... Cierta día, Mariana se hizo una peligrosa herida en un dedo; pero, feliz con sufrir algo por Jesús, ocultó por algun tiempo su herida, y ofreció á su Maestro los dolores que padecía, uniéndolos á los que él había padecido en su Pasión: pero el mal hizo progresos, y se declaraba ya la gangrena... Se la quería obligar á acudir á un médico: « Aguardad un poco, dijo la jóven con admirable confianza, ya vereis como me curo. — » Pónese de rodillas delante de una imagen de la Virgen, suplicándola que la cure... ¡ Oh prodigio! al levantarse, el mal había desaparecido... ¡ Sí, divina Madre de Jesús, vuestro poder no tiene límites, sois la *Salud de los enfermos*, el socorro de los que padecen!... Os lo rogamos, dad sobre todo á nuestras almas la fuerza que necesitan; alejad de nosotros las

(1) V. la *Vida de este santo*, en Rivadeneira.

(2) En 1850.

pasiones que, como otros tantos males peligrosos, intentasen arrebatarse á nuestros corazones esta gracia de Dios, que hace su fuerza y su salud... María, sed para nosotros, os lo suplicamos, la *Salud de los enfermos* y el socorro de los que padecen... *Salus infirmorum, ora pro nobis*... Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMOQUINTA.

DOMINGO, 24 DE MAYO (en la Misa.)

María, refugio de los pecadores; como deben recurrir los pecadores á este refugio que Dios les ha dado.

TEXTO. *Refugium peccatorum, ora pro nobis.* Refugio de los pecadores, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, al empezar quisiera referiros una historia que nos mostrara que, aún en el tiempo mismo en que la Virgen Santísima vivía sobre la tierra, era ya el refugio de los pecadores.

Cuando san José y la Virgen Santísima, llevando en sus brazos al Niño Jesús, huían á toda prisa hácia Egipto para librarse del furor de Herodes, cayeron en poder de unos ladrones... Dos de estos bandidos les salieron al encuentro... El uno era un hombre endurecido en el crimen; el otro un jóven adolescente, hijo del jefe de aquella pandilla de ladrones, y que hacía entonces su aprendizaje en aquel triste oficio (1). Este último detiene á la Santísima Virgen... El Niño Jesús reposaba en su seno; él se lo arranca con violencia... Vos, oh María, palidecisteis como si la mano del verdugo hubiese arrancado vuestro corazón... Pero en breve, conmovido por el dolor de aquella Madre, por el aspecto venerable de San José, y sobre todo por la encantadora

(1) V. *Vie de la Sainte Vierge* por el abate Bégel, t. II, pág. 47. Esta tradición se apoya en la autoridad de varios santos Doctores citados por el autor.

hermosura del Niño Jesús, aquel jóven sintió en su interior una emoción hasta entonces desconocida... Su camarada le reprende ese movimiento de piedad como si fuese un crimen, y amenaza denunciarle á la partida de los bandidos que á poca distancia de allí estaban durmiendo... « Toma, le contestó el ladrón compasivo, coje estas monedas de oro: te las doy, y déjame salvar este niño. » A la mañana siguiente dejó partir en libertad á José, á María y al divino Niño, diciendo, con un presentimiento que un día se tenía que realizar: « Amable niño, si alguna vez se te presenta la ocasión de ser á tu vez misericordioso, no olvides á aquel á quien debes la libertad... » Y según la tradición, dícese que María contestó: « Nó, este beneficio no será perdido, tenlo por seguro; el Señor Dios te recibirá un día á su derecha y te concederá el perdón de tus pecados... » Treinta y tres años después, carísimos hermanos, este mismo ladrón, reducido á prisión por sus crímenes, espiraba á la derecha de Jesús y merecía oír estas palabras: « Hoy estarás conmigo en el paraíso... » La Virgen Santísima, dicen piadosos autores (1), al pié de la cruz, hallábase entre Jesucristo y aquel ladrón: con la mirada intercedía con su Hijo y desde aquel momento empezaba á desempeñar su misión de *Refugio de los pecadores*.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Esta mañana me propongo demostraros, en primer lugar, que la Santísima Virgen es verdaderamente el *Refugio de los pecadores*; en segundo lugar, como deben los pecadores acudir á este Refugio que les ha dado la Bondad divina...

Primera parte. Y ante todo, María es el *Refugio de los pecadores*... La sagrada Escritura nos lo indica por medio de varias figuras. En el pueblo judío había ciudades de refugio; eran unas ciudades en el seno de las cuales los culpables encontraban un asilo seguro... Un hombre en un momento de arrebató ó á consecuencia de un accidente, había causado la muerte de otro: este hombre encontraba seguridad en aquellas ciudades de refugio; mientras permanecía en ellas, sus enemigos no podían ni perseguirle ni llevarle á los tribunales... Aquellas ciudades, que servían de asilo á los pobres culpables, « eran, dice san Juan Damas-

(1) V. Cornelio a Lápide, *Comentarios sobre san Lucas*.

ceno, una harto imperfecta imagen de la Virgen María. Pobres pecadores manchados de faltas, abrumados de crímenes, id á arrojaros á sus piés, á cubriros con el manto de su real protección. Ella apaciguará al Juez, suavizará su justicia, le inclinará á la misericordia, y os dispondrá á vosotros mismos para hacer penitencia... »

Entre las santas mujeres que vivieron en el pueblo hebreo, hay dos á las cuales la Iglesia en sus oficios, y los santos Doctores en sus obras, han comparado frecuentemente con la Santísima Virgen: son Judith y la reina Ester. La primera fué el refugio y el escudo de todo su pueblo en el momento del peligro; supo con su valor dar la muerte á Holofernes, detener el ejército de los Asirios, y salvar á todos sus conciudadanos condenados á perecer... La segunda mitigó el furor del rey Asuero, su marido; y, por medio de su abnegación, le dispuso para que indultase á aquellos á quienes había desterrado y condenado á muerte... Tal es la misión de la Santísima Virgen con respecto al pecador; ella triunfa del demonio, como triunfó Judith de Holofernes; ella contiene el furor de los enemigos, la violencia de las tentaciones, que caen sobre el alma culpable y tratan de consumir su perdición... Como Ester, detiene la cólera del Rey del cielo dispuesta á descargar; suspende su brazo levantado ya y lo dispone para el perdón... Arrojémosnos pues, infelices pecadores, en los brazos de esta Madre de misericordia; sea ella nuestro asilo, nuestra salvaguardia, nuestro Refugio...

Esta es la enseñanza, el consejo que los santos nos han dado.— Ellos mismo lo siguieron... Escuchad á san Efren: « Os saludo, la decía, asilo y refugio de los pecadores, socorro de los alligidos; os saludo, la más dulce esperanza de mi alma, salvación de los cristianos, auxilio de los pecadores y de todos aquellos que necesitan ser asistidos; os saludo, baluarte de los fieles, puerto seguro para todos aquellos que se quieren salvar. »— « ¿ Quién de los ángeles ó de los hombres, dice otro santo, puede comprender, gloriosa Virgen María, cuánto suavizais la cólera del soberano Juez cuando la justicia, saliendo de su abrasado rostro cual fuego devorador, le impulsa á anonadarnos?... Si el pecado es el naufragio del alma, la Virgen María es el puerto, el asilo á donde se ha de encaminar; si hay una espina que desgarrá su corazón, la Virgen

posee el bálsamo que cura la herida; si el pecado, como fatal divorcio, rompe la unión del alma con Dios, la Virgen María restablece la paz, y hace entrar al pecador en la gracia de aquel á quien ultrajó (1)...»

¿Quereis la prueba?... La encontramos en la conversión de santa María Egipciaca. Era ésta una pecadora pública, que hasta entonces había vivido en medio del mayor desarreglo... Encontrándose en Jerusalén, quiso, como los demás, penetrar en la iglesia para contemplar la verdadera cruz; pero fué en vano...; Una mano invisible la rechazaba!... Comprendió que sus crímenes y desórdenes la hacían indigna de ir con los fieles á adorar la cruz... Pobre pecadora; qué va á ser de tí?... Apodérase ya de su alma la desesperación. ¡ *Refugio de los pecadores, venid en su auxilio!*... Así es en efecto: distingue una imagen de la gloriosa Virgen María; se vuelve hácia ella, y suspirando la dice: «Virgen santa, ya sé que no soy digna de miraros; que merezco todavía menos que vos bajéis vuestras miradas sobre mí... Vos habeis sido siempre muy pura, é yo he llevado hasta ahora la más deplorable vida... Pero, ya que Dios se hizo hombre para salvar á los pecadores, ¡ no abandoneis, oh Virgen, á una pobre pecadora sola, sin auxilio, sin amparo y sin otro apoyo que el vuestro!... Permi-tidme entrar en la iglesia para adorar en ella la cruz... Yo os prometo no volver á manchar jamás mi cuerpo y hacer penitencia por mis crímenes...»

Vos, *Refugio de los pecadores*, acojisteis aquella súplica... Gracias á la protección de la divina Madre de Dios, la pobre pecadora pudo entrar en la iglesia... Salió de ella penetrada de dolor, se retiró á un horrible desierto para hacer penitencia... Vivió sola en él más de veinte años, durmiendo en el suelo, alimentándose de raíces, y murió santamente, debiendo su salvación á Aquella á quien jamás han invocado en vano los pecadores...

Segunda parte. Sí, María es el *Refugio de los pecadores*; es inútil insistir por más tiempo sobre este punto. Digamos ahora cómo deben acudir los pecadores á este Refugio. ¡ Pecadores!... ¡ Ah, hermanos míos muy amados: este malhadado título nos conviene á todos, y, sea cual

(1) San Pedro Damian: V. el P. Poiré, *Triple couronne*, passim.

fuere de nosotros, todos pertenecemos á una de las tres clases siguientes: ó somos pecadores convertidos, ó bien somos pecadores que van á convertirse en breve, ó por último somos pecadores que difieren, que aplazan para más tarde, tal vez para el momento de la muerte, su conversión...

Si somos pecadores convertidos, no olvidemos que tenemos necesidad de la poderosa protección de la Santísima Virgen para perseverar en el bien, para evitar nuevas caídas... Y luego, ¿qué penitencia hemos hecho por nuestras faltas pasadas?... ¿No tenemos razones legítimas para temblar todavía?... ¿No experimentamos ciertos terrores al pensar en los juicios de Dios, al pensar en aquella terrible Majestad á quien tan amenudo hemos ultrajado?... Para tranquilizarnos, arrojémosnos en los brazos de Aquella que es el *Refugio de los pecadores*; digámosla con una confianza totalmente filial: «Virgen Madre de mi Dios, mi más sólida esperanza, mi más dulce confianza; vos tuvisteis piedad de mí cuando estaba en pecado; vos me prestasteis vuestra asistencia para salir de aquel estado. Espero aún más en vuestra bondad, hoy que estoy fuera del abismo... Velad sobre mí, ayudadme, protejeme; sed siempre mi abogada y mi refugio, porque yo soy siempre débil y pecador...»

¿Somos pecadores que quieren convertirse pronto?... ¡ Ah! no cesemos de rogar, de suplicar á la Santísima Virgen que nos ayude... Necesitamos valor, necesitamos buena voluntad... ¡ Madre de misericordia, vos veis nuestra miseria; inciertos son nuestros pensamientos, inseguras nuestras resoluciones; queremos y no queremos; socorrednos, venid en nuestro auxilio!... Ya más de una vez hemos tomado la resolución de salir del pecado; después, cual niños demasiado débiles ó sobradamente pusilánimes, hemos vuelto á caer... ¡ Oh buena, oh poderosa Virgen María, venid á socorrernos, sed nuestro refugio!... ¡ Haced que á lo menos esta vez no sean estériles nuestros esfuerzos!... Conducidnos vos misma á los pies de vuestro Hijo; volved á reconciliarnos con su justicia y haced que quedemos perdonados por su misericordia.

¿Se encontrarían entre nosotros, amados hermanos míos, pecadores endurecidos y obstinados, de esos que difieren de día en día, de año en

año la obra de su conversión? Virgen María, inspiradme lo que les debo decir... Yo verdaderamente no lo sé... No quiero lanzarles á la desesperación; pero tampoco les debo dejar en una ilusión que les sería fatal... Diré pues todo mi pensamiento: mis palabras no serán inútiles; tal vez irán á encontrar sobre estos bancos á un alma que yo ignoro, á excitar en ella algunos remordimientos y á despertar una chispa de fuego oculta bajo la ceniza... Tú, hermano ó hermana, que no quieres salir del estado de culpa, dime ¿en qué confías?... «Yo rezo á la Virgen Santísima, me decís; no la he olvidado, y por esto espero...» No vengo á deciros: No la receis, es inútil, pues que permanecéis voluntariamente en estado de culpa... ¡Ay! esta devoción que teneis por la divina Madre de Dios es tal vez un último lazo que os une con Dios, un último abrigo que os ha preservado hasta ahora de los golpes de su justicia... ¡Ah! Dios me es testigo de que este lazo, por débil que sea, no lo quiero romper, de que este abrigo, por precario é incierto que sea, no os lo he de quitar...

Pero veamos, queridos amigos míos, reflexionad, y decidme si vuestra confianza en María no tiene algo de injurioso para esta augusta Madre de Dios... ¿Cómo? ¿Contais con ella para continuar viviendo en pecado?... So pretexto de que llevais su escapulario ó su medalla, de que decís cada día algunas oraciones en honor suyo, ¿os imagináis poder ofender impunemente á su divino Hijo?... «La Santísima Virgen, decís, no me abandonará...» Y luego os dormís tranquilos y como al abrigo de los golpes de la justicia de Dios... Carísimos hermanos míos, lo repito, es una injuria que hacemos á la Santísima Virgen el querer hacerla de este modo nuestra cómplice y poner bajo su protección nuestra perseverancia en el mal...

Pero ya sé de donde viene esta ilusión. Se os ha dicho, y habeis leído tal vez en ciertos libros, que la Virgen Santísima había alcanzado la gracia de una buena muerte ó de una conversión sincera á ciertos grandes pecadores que habían vivido largo tiempo en el crimen, y esto por que cada día la dirigían algunas oraciones... Puede ser; y hasta diremos, si así lo quereis, que hay ejemplos ciertos de esta misericordia de la augusta María para con algunos pecadores endurecidos... Pero ¿pasará lo mismo con vosotros?... ¿Os lo ha prometido ella?... ¿Po-

deis razonablemente contar con este favor?... Jesucristo resucitó al hijo de la viuda de Naím, y hasta á Lázaro, que estaba enterrado hacía ya cuatro días... Es verdad, pero ¿os aríais esperar que os resucitará también á vosotros cuando habreis muerto?... Sabedlo pues, tan vana y tan temeraria es la confianza que poneis en María, cuando voluntariamente permanecéis en estado de culpa, como lo es el que os atrevaís á contar con su protección.

PERORACIÓN. Nó, hermanos míos, nó, no es de esos pecadores endurecidos y obstinados, que no hacen nada, que no quieren hacer nada para salir de su triste estado, de quienes la Virgen Santísima es el Refugio... Tengamos en el corazón buenos deseos, una voluntad firme de vivir mejor y de salir del estado de culpa, y entonces la Madre de misericordia será realmente para nosotros un auxilio, una protección, un refugio... Si cualesquiera de nosotros, pobres pecadores, tenemos estas disposiciones, arrojémosnos con amor y confianza en sus maternales brazos; confiémosla los intereses de nuestra alma: ella será realmente para nosotros el *Refugio de los pecadores*..

Sedlo nuestro, bondadosa Virgen María; salve, estrella del mar, tened piedad de los pobres naufragos. Virgen sin mancha, puerta del cielo, augusta Madre de Dios, ayudadnos á romper las ligaduras que nos encadenan, disipad las tinieblas que nos rodean... Mostráos nuestra madre, recibid nuestros votos y suspiros; llevadlos á los piés de vuestro divino Hijo... Virgen pura entre todas las vírgenes, vos cuya clemencia sobrepaja á todo lo que se puede concebir, purificadnos de nuestras impurezas; haced germinar y crecer las virtudes en nuestras almas; alcanzadnos la gracia de salir del pecado, de vivir santamente... Con vuestra poderosa protección contamos, Virgen Santísima, para ir un día á aquel hermoso paraíso á donde nos llama vuestro Hijo... ¡Oh María, oh *Refugio de los pecadores*, dignaos rogar por nosotros! *Refugium peccatorum, ora pro nobis*... Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMOSEXTA.

DOMINGO, 21 DE MAYO (en el ejercicio de la noche.)

María, nuestro consuelo en las aflicciones del cuerpo y en las del alma.

TEXTO. *Consolatrix afflictorum, ora pro nobis.* Consuelo de los afligidos, rogad por nosotros.

Exordio. Hermanos míos, el santo varón Job decía: « La vida del hombre sobre la tierra es un combate; sus días son poco numerosos, y están llenos de muchas miserias... » Y á la verdad, hermanos míos, este patriarca podía hablar sábiamente de ello... Siendo rico, se había visto reducido á la más extremada pobreza; padre de numerosos hijos, un fatal accidente le había arrebatado todos sus hijos é hijas, sin que le quedase uno solo para su consuelo. El mismo Satanás había obtenido el poder de afligirle en su cuerpo: una repugnante llaga devoraba sus miembros. Entonces fué cuando, traspasada de dolor el alma, sucumbiendo en cierto modo bajo el peso de la aflicción, maldecía el día en que nació (1)... No todos, hermanos míos, han tenido que padecer semejantes desventuras ni tan profundas aflicciones. Sin embargo, si queremos reflexionar, veremos que el dolor ocupa con frecuencia un extenso sitio en la vida humana... Divina Madre de Jesús, faltaría algo á esta aureola de bondad que os rodea, si, después de haberos invocado como Salud de los enfermos y Refugio de los pecadores, no os saludase igualmente la Iglesia como *Consuelo de los afligidos*...

Proposición y División. Me propongo, hermanos míos, explicar este título dado á la Santísima Virgen... Las aflicciones de que está sembrada la vida humana son de dos clases. Las unas atacan á nuestro cuerpo; las otras van en cierto modo más directamente á nuestra alma. En unas y en otras será la Virgen Santísima nuestro consuelo, si recurrimos á ella con fé, con piedad y con confianza.

(1) Job, *passim*.

Primera parte. María, nuestro consuelo en las aflicciones del cuerpo. Hace ya algunos días, hermanos míos, que, explicando el título de *Salud de los enfermos*, os decíamos que la Santísima Virgen había curado, como Jesús, las enfermedades del cuerpo... Y aludíamos á aquellas curaciones milagrosas que, cada año y casi cada día, tienen lugar por su intercesión... Pero Dios permite con frecuencia que seamos probados en nuestra salud á fin de acrecentar nuestros méritos y de llevarnos á pensamientos serios. De ahí el que no todos los enfermos que invocan á la Santísima Virgen obtengan de ella una curación milagrosa... Sin embargo, oh divina Madre de Jesús, vos sois su *Consuelo*, porque les alcanzais la gracia de la resignación; les haceis comprender el valor y precio de los sufrimientos, cuando estos se suportan uniéndolos con los de Jesús...

A veces, hermanos míos, estas almas poseídas del amor divino son de tal modo consoladas, que experimentan una especie de alegría sobrenatural, aún en medio de los más crueles dolores... Oid á santa Teresa de Jesús padeciendo siempre y con una salud quebrantada; ella le dice á Dios: Señor ¿me curais? — De ningún modo. — Fíjense con ardor sus ojos en el crucifijo: « ¡Oh Hijo de María, exclama, ó padecer, ó morir!... » Otra Santa, igualmente devota de la Santísima Virgen, santa María Magdalena de Pazzis, encontraba tantas delicias en medio de las más crueles aflicciones, que exclamaba: « Siempre padecer y jamás morir!... »; María fué también quien te consoló en tus largas y dolorosas enfermedades, oh gloriosa santa Liduina! Durante casi cuarenta años, esta santa fué víctima de los dolores más crueles, de los más agudos padecimientos... Pero de tarde en tarde iba la Santísima Virgen á visitarla y animarla; por esto suportó con admirable resignación los tormentos de su prolongado y cruel martirio (1)...

Jamás concluiría si quisiese mostraros en cuantas circunstancias la augusta Madre de Jesús se ha manifestado consuelo de los afligidos. ¿Se trata de aliviar la inglicencia? Miradla en las bodas de Caná; no espera á que se lo pidan para acudir en auxilio de aquellos novios: « No tienen vino », dice; y, á su ruego, viene un milagro á consolar

(1) V. la *Vida* de estas santas.

á aquellas pobres gentes en su estrechez... Estar hundido en un calabozo, privado del sol y de la libertad, es también una aflicción. ¡Cuántas veces, oh María, habeis consolado y libertado á pobres prisioneros!... ¿He de hablaros de aquellos tres caballeros cristianos, á quienes ella arrancó milagrosamente de las cadenas de los Sarracenos?... El venerado santuario de Nuestra Señora de Liesse subsiste aún, como testimonio vivo de aquel prodigio...

Segunda parte. María, nuestro consuelo en las aflicciones del alma. Es indudable, hermanos míos muy amados, que los dolores del cuerpo son punzantes y á veces difíciles de suportar; pero ¿qué son estos dolores en comparación de las aflicciones del alma?... Os hemos presentado ya á san Francisco de Sales, atormentado en su juventud por una tentación de desesperación; tan grande era su aflicción, que hasta la salud de su cuerpo se iba minando insensiblemente. Os dijimos la manera como la que es *Consuelo de los afligidos* se había apiadado de él, y le había librado de aquella terrible tentación.

¡Cuántos otros ejemplos podríamos citaros todavía! Aquí doctores cuyas dudas aclara; allí una madre desolada cuyo dolor mitiga... Había fallecido un niño sin haber podido recibir el bautismo; pero su piadosa madre tiene confianza en la Virgen María y exclama: « ¡Divina Madre de Jesús, mirad mi aflicción; no permitais que mi pobrecito hijo esté privado para siempre de la vista de su Dios; tened piedad de mis lágrimas, haced que pueda recibir el bautismo y ser un ángel del paraíso!... » La que es *Consuelo de los afligidos* se compadeció del dolor de aquella pobre madre; su hijo recobró la vida, recibió el sacramento que nos hace hijos de Dios, y su alma, purificada, voló al cielo (1)...

Pero cuando la tierra está desecada por los rayos del sol, es cuando hay necesidad de una lluvia bienhechora y cuando ésta produce efectos saludables... Así, hermanos míos, en la hora de la muerte, en las tristezas, angustias y pavores de este temible paso es principalmente cuando tenemos necesidad de consuelo. Oh María, jamás habeis abandonado á vuestros servidores en estas circunstancias... Un devoto reli-

(1) V. el P. Poiré, *passim*.

gioso, fiel servidor de Dios y de su santísima Madre, temblaba próximo á morir; el pavor de la muerte hacía correr por sus miembros un abundante sudor. La Virgen Santísima, viendo sus angustias, se sintió movida á compasión, y acudió á animarle: « Mi buen Adolfo, le dijo, ¿porqué un tan grande miedo de la muerte? ¿No has sido siempre mi servidor? ¿Qué temes? ¿No sabes que yo amo sin medida á aquellos que me aman, y que no abandono en la hora de su muerte á aquellos que durante su vida no me han abandonado? (1). »

Saquemos otro caso de la Vida de los santos... Ahí teneis á san Juan de Dios, tendido en un miserable lecho, que una piadosa señora le ha prestado. El tentador entabla con esta alma predestinada una lucha suprema; el santo tiembla, está jadeante, el terror se apodera de él. ¡Oh hermanos míos! ¿quién de nosotros no temblaría al pensar en la muerte, viendo las turbaciones y angustias de que son presa tantas almas santas en aquel temible instante? — *Consuelo de los afligidos*, Juan de Dios fué vuestro servidor fiel; ¡por piedad, venid á consolarle! — En efecto, presentase la Madre de Dios al santo penitente; seca el sudor que inunda su frente, y le consuela con estas dulces palabras: « Juan, indigno de mí sería abandonar á mis servidores en esta hora suprema. *Non est meum, Joanne, meos devotos in hac hora destituere* (2)... »

PERORACIÓN. — Ya lo habeis oído, hermanos míos muy amados, la misma Virgen Santísima nos dice que en el momento de la muerte no abandona á los que han sido devotos suyos; ella les defiende, les sostiene, les consuela... ¿Queremos que un día sea ella nuestro consuelo en aquel terrible instante? Seamos verdaderamente devotos suyos, amémosla, roguémosla fielmente... ¡Oh divina Madre de Jesús, verdadero *Consuelo de los afligidos*, venid en nuestro auxilio en las penas y aflicciones del cuerpo!... Pero sobre todo dignaos consolarnos en las turbaciones y angustias del alma; alejad de nosotros la presunción y el descorazonamiento en la obra de nuestra salvación; inclinuos también sobre nuestro lecho de muerte; suavizadnos los terrores de este terrible trance... Y después, si quedan en nuestra alma impurezas que deba

(1) V. S. Leonardo, *Sobre la Santísima Virgen*.

(2) Véase la *Vida* de este santo.

purgar en las mazmorras del purgatorio, dignaos igualmente visitarla y consolarla en aquel lugar de expiación... ; *Consuelo* de los alligidos, á vos nos encomendamos! *Consolatrix afflictorum, ora pro nobis.* Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMO SÉPTIMA.

LUNES 25 DE MAYO.

María, auxilio de los cristianos ; porqué y en qué circunstancias lo es.

TEXTO. *Auxilium christianorum, ora pro nobis.* Auxilio de los cristianos, rogad por nosotros.

Exordio. Todos sabéis, hermanos míos, que santa Geneveva, patrona de París, era una pobre pastora. Por su piedad y sus virtudes causaba la admiración de los más santos obispos, y, ya en vida, poseía el don de profecía y el de hacer milagros. Ahora bien, leemos en la vida de esta santa, que era tal la autoridad que ejercía sobre el rey de Francia, Childerico, que éste nada la podía negar... Aun cuando todavía era intiel, la menor súplica de esta santa era par él una orden. Cierta día que estaba resuelto á hacer morir á un gran número de culpables, sabe que la santa pastora se propone interceder por ellos ; enseguida ordena que se cierren cuidadosamente todas las puertas de su palacio. La santa comprende su designio ; sin embargo no se desanima ; llama á una puerta, y esta puerta se abre por sí sola. Entra de esta suerte en la morada del rey, con gran sorpresa de los presentes, pide la gracia de los culpables y la consigue (1)... ; Cuán incomparablemente mayores, hermanos míos muy amados, el crédito de la augusta María sobre el corazón del Rey del cielo ! ; Ah ! él no le cierra las puertas, antes bien se las abre de par en par ; todo lo que ella pide, lo alcanza. ; Cuán bien mereceis, santa Madre de Jesús, el título con que esta noche os saludamos ! Sí, vos sois el

(1) *Vita ejus apud Surium.*

Auxilio, la Providencia de los cristianos. *Auxilium christianorum...*

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Me propongo, hermanos míos, deciros : en primer lugar, porqué la Virgen Santísima, al mismo tiempo que es la Reina, la protectora de todos los hombres, es más especialmente llamada *Auxilio de los cristianos* ; y después explicaremos, en segundo lugar, cómo, en importantes circunstancias, ha demostrado ser el *Auxilio de los cristianos*.

Primera parte. Jesucristo, hermanos míos, según la fé nos lo enseña, vino á este mundo para salvar á todos los hombres. No obstante, no todos se salvarán, y se le podrá llamar, en cierto modo, verdaderamente el Salvador de los cristianos ; porque á aquellos que han sido bautizados, que creen en sus divinas enseñanzas y que se esfuerzan en practicar las virtudes que él ordena, es á quienes principalmente aplica los méritos de su muerte y de su Pasión... Igual raciocinio podemos hacer con respecto á la Santísima Virgen. Sí, dulce María, vos sois la madre de todos los hombres, á todos les alcanzais gracias ; pero los cristianos son vuestros hijos predilectos... ¿ Qué nos dice san Pablo, hablando de los cristianos ? « Vosotros sois el cuerpo de Jesucristo, los miembros de sus miembros. » En otro lugar nos dice que el Bautismo nos une con Jesucristo de un modo tan íntimo, que somos como una raja de un árbol ingertada en otro, para que en lo sucesivo viva de su sávia, y forme con él un solo y mismo árbol.

¿ Queréis que os haga todavía más sensible esta verdad ? Escuchad ; ahí está el mismo san Pablo. Antes de su conversión, se encamina á Damasco, para prender á los cristianos y cargarles de cadenas. Es derribado de improviso al suelo, y déjase oír una voz del cielo, que dice : « Saulo, Saulo, ¿ porqué me persigues ? » — Pero, Señor Jesús, no es á vos á quien persigue ; vos estais en el cielo á la diestra de vuestro Padre, y fuera del alcance de todos los perseguidores. — « No importa, perseguir á mis fieles, á los miembros cuya cabeza soy yo, es perseguirme á mí mismo... » — ¿ Comprendéis, hermanos míos, como, á consecuencia de esos lazos tan estrechos que unen á los cristianos con Jesús, se hacen éstos más caros al corazón de María y vienen á ser sus hijos predilectos ? Esta es una de las razones por las que saludamos á

purgar en las mazmorras del purgatorio, dignaos igualmente visitarla y consolarla en aquel lugar de expiación... ; *Consuelo* de los alligidos, á vos nos encomendamos! *Consolatrix afflictorum, ora pro nobis.* Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMO SÉPTIMA.

LUNES 25 DE MAYO.

María, auxilio de los cristianos ; porqué y en qué circunstancias lo es.

TEXTO. *Auxilium christianorum, ora pro nobis.* Auxilio de los cristianos, rogad por nosotros.

Exordio. Todos sabéis, hermanos míos, que santa Geneveva, patrona de París, era una pobre pastora. Por su piedad y sus virtudes causaba la admiración de los más santos obispos, y, ya en vida, poseía el don de profecía y el de hacer milagros. Ahora bien, leemos en la vida de esta santa, que era tal la autoridad que ejercía sobre el rey de Francia, Childerico, que éste nada la podía negar... Aun cuando todavía era intiel, la menor súplica de esta santa era par él una orden. Cierta día que estaba resuelto á hacer morir á un gran número de culpables, sabe que la santa pastora se propone interceder por ellos ; enseguida ordena que se cierren cuidadosamente todas las puertas de su palacio. La santa comprende su designio ; sin embargo no se desanima ; llama á una puerta, y esta puerta se abre por sí sola. Entra de esta suerte en la morada del rey, con gran sorpresa de los presentes, pide la gracia de los culpables y la consigue (1)... ; Cuán incomparablemente mayores, hermanos míos muy amados, el crédito de la augusta María sobre el corazón del Rey del cielo ! ; Ah ! él no le cierra las puertas, antes bien se las abre de par en par ; todo lo que ella pide, lo alcanza. ; Cuán bien mereceis, santa Madre de Jesús, el título con que esta noche os saludamos ! Sí, vos sois el

(1) *Vita ejus apud Surium.*

Auxilio, la Providencia de los cristianos. *Auxilium christianorum...*

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Me propongo, hermanos míos, deciros : en primer lugar, porqué la Virgen Santísima, al mismo tiempo que es la Reina, la protectora de todos los hombres, es más especialmente llamada *Auxilio de los cristianos* ; y después explicaremos, en segundo lugar, cómo, en importantes circunstancias, ha demostrado ser el *Auxilio de los cristianos*.

Primera parte. Jesucristo, hermanos míos, según la fé nos lo enseña, vino á este mundo para salvar á todos los hombres. No obstante, no todos se salvarán, y se le podrá llamar, en cierto modo, verdaderamente el Salvador de los cristianos ; porque á aquellos que han sido bautizados, que creen en sus divinas enseñanzas y que se esfuerzan en practicar las virtudes que él ordena, es á quienes principalmente aplica los méritos de su muerte y de su Pasión... Igual raciocinio podemos hacer con respecto á la Santísima Virgen. Sí, dulce María, vos sois la madre de todos los hombres, á todos les alcanzais gracias ; pero los cristianos son vuestros hijos predilectos... ¿ Qué nos dice san Pablo, hablando de los cristianos ? « Vosotros sois el cuerpo de Jesucristo, los miembros de sus miembros. » En otro lugar nos dice que el Bautismo nos une con Jesucristo de un modo tan íntimo, que somos como una raja de un árbol ingertada en otro, para que en lo sucesivo viva de su savia, y forme con él un solo y mismo árbol.

¿ Queréis que os haga todavía más sensible esta verdad ? Escuchad ; ahí está el mismo san Pablo. Antes de su conversión, se encamina á Damasco, para prender á los cristianos y cargarles de cadenas. Es derribado de improviso al suelo, y déjase oír una voz del cielo, que dice : « Saulo, Saulo, ¿ porqué me persigues ? » — Pero, Señor Jesús, no es á vos á quien persigue ; vos estais en el cielo á la diestra de vuestro Padre, y fuera del alcance de todos los perseguidores. — « No importa, perseguir á mis fieles, á los miembros cuya cabeza soy yo, es perseguirme á mí mismo... » — ¿ Comprendéis, hermanos míos, como, á consecuencia de esos lazos tan estrechos que unen á los cristianos con Jesús, se hacen éstos más caros al corazón de María y vienen á ser sus hijos predilectos ? Esta es una de las razones por las que saludamos á

la Santísima Virgen como Auxilio de los cristianos... Pero no olvidemos que en esta criatura tan perfecta, hasta el amor está regulado según la justicia; cuantos más esfuerzos hacemos para evitar el pecado y para llegar á ser santos, más ganamos también en el corazón de María; y para que ella sea verdaderamente nuestro auxilio, y venga á ayudarnos de una manera más activa y eficaz, es menester que hagamos todos los esfuerzos posibles para ser buenos cristianos.

Segunda parte. Mas he prometido demostraros que, en varias importantes circunstancias, la Virgen Santísima se había mostrado visiblemente *Auxilio de los Cristianos*... ¿Sabéis con qué ocasión fué instituida la fiesta del santo Rosario? ¿Sabéis en que época se puso en las letanías de la Virgen Santísima este título de Auxilio de los cristianos?... Os lo voy á decir... En el año 1571, los Turcos, enorgullecidos por las numerosas victorias que habían alcanzado, amenazaban invadir toda la cristiandad... Numerosos cual las aves que revolotean en la primavera, sus buques recorrían el mar, sembrando en todas sus orillas la devastación, el saqueo y la muerte. El papa san Pio V resolvió detener sus conquistas. Hizo un llamamiento á los príncipes cristianos; mas éstos guerreaban entonces unos contra otros, y sólo un corto número de ellos respondió á aquel llamamiento del jefe de la Iglesia... Por lo tanto fué solamente con un puñado de héroes cristianos y con un número de buques muy inferior al de los adversarios, con lo que mandó dar la batalla.. Pero el santo Pontífice había puesto su confianza en Aquella á quien jamás se invoca en vano. Solemnes plegarias se dirigían á la Santísima Virgen en casi todas las iglesias del mundo; las almas piadosas, los más fervientes religiosos rezaban el santo Rosario, para atraer sobre el ejército y la flota cristiana la protección de la Madre de Jesús... No fué en vano; el siete de octubre se encontraron las dos flotas, y, apesar de la superioridad del número, los Turcos fueron vencidos. Después de un encarnizado combate, fué destronado su poderío, y desde entonces jamás pudieron reconquistar la preponderancia que en aquella época tenían... El entusiasmo de los pueblos cristianos atribuyó este brillante triunfo á la protección de María; aclamósele por *Auxilio de los cristianos* y desde entonces se añadió este título á las letanías... Después se instituyó la fiesta del Santo Rosario, para

que se celebrase todos los años en memoria de aquel glorioso acontecimiento (1)...

Ya en otras varias ocasiones, hermanos míos, la Virgen Santísima había asimismo protegido de un modo evidente las armas cristianas, en los combates que ellas libraban á los infieles y á los bárbaros. Siendo emperador León II, salvó de un modo milagroso la ciudad de Constantinopla sitiada por los musulmanes; algo más tarde, preservaba de la destrucción y del saqueo la ciudad de Chartres, amenazada por los bárbaros del Norte (2). Jamás acabaría si quisiese enumerar todas las circunstancias en que María ha merecido este glorioso título de *Auxilio de los cristianos*... ¡Gloria os sea dada, Virgen santa, que sois terrible y poderosa como un ejército en orden de batalla!...

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, también nosotros durante la vida tenemos combates que librar. Satanás, os decía, vaga sin cesar á nuestro alrededor para apoderarse de nuestra alma y hacerla caer en sus lazos. El mundo ataca nuestra fé, pone en ridículo las prácticas de nuestra santa religión, trata de hacer penetrar en nuestro corazón y en nuestra inteligencia sus perniciosas máximas... Y luego, ¿no tenemos también necesidad de luchar contra nuestras propias pasiones?... ¡Virgen María, venid á nuestro auxilio, iluminad nuestra inteligencia, fortaleced nuestra vacilante voluntad; alcanzadnos la gracia de que vencamos á todos los enemigos que han conspirado para perder nuestras almas; dadnos fuerzas para triunfar de todos los obstáculos que se oponen á nuestra salvación!... ¡*Auxilio de los cristianos, rogad por nosotros! Auxilium christianorum, ora pro nobis*... Así sea.

(1) Vida de S. Pio V, por el conde de Falloux.

(2). V. el P. Poiré, *Triple couronne, passim*.

INSTRUCCION VIGÉSIMOOCtava.

MARTES, 26 DE MAYO.

Maria, reina de los Angeles por su dignidad y por su propia excelencia.

TEXTO. *Regina angelorum, ora pro nobis.* Reina de los Angeles, rogad por nosotros.

EXORDIO. Los últimos títulos de María de que nos hemos ocupado recuerdan especialmente su bondad, su inefable misericordia... — *Arca de alianza*, la hemos dicho, vos sois la señal de la unión que el Hijo de Dios formó con nuestra pobre naturaleza... *Puerta del cielo*, con vuestra poderosa protección contamos, para llegar un día á aquel hermoso Paraíso, que Dios nos tiene destinado... *Estrella de la mañana*, brillad siempre para nosotros, sed nuestra luz y nuestra guía... — Después la hemos saludado é invocado como *Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Auxilio de los cristianos, Consuelo de los afligidos*... Estos calificativos tan dulces para nosotros y que deben excitar nuestra confianza, hemos visto con cuánta exactitud los aplica la Iglesia santa á la augusta Madre del Salvador... Vamos ahora á considerarla como á *Reina*, título glorioso que recuerda á la vez la gloria de que goza, el poder que posee y los honores de que está rodeada... Empecemos pues por saludarla como á *Reina de los Angeles, Regina angelorum*.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Deseo, hermanos míos, demostraros que la Santísima Virgen merece este título; *en primer lugar*, por su dignidad, y *en segundo lugar*, por su propia excelencia.

Primera parte. Leemos en la vida de san Luís, rey de Francia, que siempre rodeó de atenciones y respeto á su piadosa madre la reina Blanca. Compartía con ella el poder real, nada hacía sin su consentimiento: en una palabra, quiso asociarla á todos los honores de su reinado. Estando á punto de emprender un largo viaje para reconquistar el sepulcro de Jesucristo, puso en manos de su madre el gobierno de su reino

y toda su autoridad... Este es, hermanos míos, el modelo de un hijo reconocido y respetuoso... ¡Adorable Salvador Jesús, vos sois un Hijo incomparablemente más tierno de lo que lo era aquel príncipe!.. Decidnos pues ¿de qué honores coronasteis vos á vuestra Madre y qué poder le disteis? — «La he asociado á mi imperio, he querido que participase de mi poder, y que tuviese una extensa parte en los honores que á mí se me tributan.» — En efecto, hermanos míos, todo el cielo está á los piés de esta augusta Reina... Brillantes serafines, arcángeles sublimes, muy grande es vuestra gloria. ¡Cuál centellea este divino resplandor que os rodea!... ¿Sería más elevada que la vuestra la dignidad de la humilde María? — «¡Ah! nosotros no somos más que los servidores del Altísimo: pero ella... ¡ella es Reina!... Su majestad y su gloria sobrepujan incomparablemente á la nuestra: nosotros desaparecemos delante de ella cual se desvanece el débil resplandor de las estrellas ante el resplandor del sol en la mitad de su carrera...»

Ved más bien, hermanos míos, lo que pasó en el cielo el día de su Asunción. — «Id, dijo Jesús á los Angeles, al encuentro de mi Madre: la he resucitado; quiero que, cual yo, reine en cuerpo y alma en este hermoso paraíso....» Cual dóciles servidores, descendieron los Angeles, (y de seguro que no fueron los de menor categoría...) NÓ, los más elevados se tuvieron por muy honrados con tal mensaje, y llevaron en triunfo á María. Así se ve á los más poderosos de un reino tener á honra el llevar la litera de un rey, el día de su coronación... Después la Santísima Virgen fué á ocupar un muy elevado asiento en el cielo, cerca del trono de su Hijo... Sí, María, grande es vuestra dignidad: tan elevada estáis sobre el más sublime de los arcángeles, como la encina de nuestros bosques lo está sobre la humilde yedra que se extiende á sus piés. ¡ Sed pues saludada y felicitada, *Reina de los Angeles*, por esta elevada dignidad y por la gloria que os rodea!... »

Segunda parte. María, no solamente es la *Reina de los Angeles* por su dignidad; lo es también por su propia excelencia... Me explicaré... Se da con frecuencia el nombre de reina á una cosa que sobrepaja á las demás de su misma clase: por ejemplo, llamamos á la rosa reina de los flores, porque nos parece que es la más bella. Así, cuando llamo á la Santísima Virgen *Reina de los Angeles* por su propia

excelencia, quiero decir que ha llenado de una manera más perfecta que los serafines mismos las funciones para las que fueron creados los Angeles... ¿ Cuáles son pues estas funciones?... Son dos : alabar á Dios y ejecutar sus órdenes ...

Veamos, hermanos míos muy amados, la perfección con que María ha llenado estas dos funciones, estos dos cargos de los Angeles... Verdaderamente, sabemos y la fe nos lo enseña, que los Angeles, estas criaturas bendecidas, celebran con fervor las alabanzas del Altísimo ; sabemos con qué conciencia exaltan la grandeza del Dios que los creó, con qué amor cantan y cantarán eternamente : *¡ Santo, santo, tres veces santo es el Señor, el Dios de los ejércitos !* ... Pues bien, hermanos míos, voy á sorprenderos tal vez; sin embargo lo que voy á decir es la verdad, una verdad fundada en la enseñanza de todos los santos Doctores (1). María con una sola palabra alaba más á Dios que todos los Angeles reunidos. Sí ; cuando esta Virgen bendita pronunció aquellas solas palabras : « ¡ Mi alma glorifica al Señor ! », os tributaba, oh Dios tres veces santo un homenaje más perfecto y meritorio que todos los que os han tributado y os tributan los ángeles y los arcángeles ... En efecto, lo que constituye la perfección de un acto es la caridad, y, en el corazón de la Virgen, esta virtud era incomparablemente más grande que en el de los más ardientes serafines ...

¡ Qué docilidad, hermanos míos muy amados, qué fidelidad ponen los Angeles buenos en ejecutar las órdenes de Dios!... Se les representa con alas para simbolizar mejor la prontitud con que obedecen.. Sí, espíritus bienaventurados, vosotros sois los mensajeros siempre dóciles del Dios que os creó. Con alegría, satisfacción y amor ejecutais sus mandatos... Pues bien, hermanos míos, también aquí la obediencia, la docilidad de María sobrepujan á las de los Angeles, y el lenguaje humano no puede expresar el profundo amor de que va acompañada su obediencia... Miradla, en el templo como en Nazareth, en Belén como en la cima del Calvario, en el destierro de Egipto como en los años de viudez que pasó en la tierra después de la partida de su

(1) Véanse sus testimonios en las *Conférences* del P. Justino Mieckow, y en la *Triple couronne* del P. Poiré.

Jesús, ¡ qué fidelidad, qué docilidad en seguir la voluntad de Dios y en ejecutarla en todo!... ¡ Ah! no me sorprende ya, oh Virgen santa, que se os haya proclamado *Reina de los Angeles*; bien merecen este angusto título vuestra excelencia y vuestra dignidad!...

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, san Juan Damasceno, admirando esta dignidad de María, exclamaba : « ¡ Oh Reina de los Angeles, el Rey del cielo os ha llevado á su santuario!... Estais rodeada por los Principados, sois bendecida por las Potestades, honrada por los Tronos, exaltada por los Serafines. Habis llegado hasta el régio trono de vuestro Hijo; contemplais plácidamente su augusta faz y tratais familiarmente con él... » Razón teneis, santo doctor, en celebrar la gloria de María; ¡ cuán buena fué para vos!... En efecto, un tirano había mandado cortar la mano derecha de Juan Damasceno ; este santo recurrió á la Virgen, la suplicó llorando que se la devolviese, prometiendo emplearla en publicar sus alabanzas, en escribir himnos y cánticos en honor suyo. Después de esta plegaria, se durmió ; María se le apareció en sueños y volvió á unir á su brazo la mano cortada, diciéndole : « Ya estás curado, compón himnos en honor mío, escribe mis alabanzas y cumple tu promesa (1)... » San Juan Damasceno cumplió su voto ; consagró aquella mano, que le había sido milagrosamente devuelta, á celebrar las grandezas de aquella divina *Reina de los Angeles*, á quien sean dadas gloria y bendición por los siglos de los siglos... Así sea

(1) V. la vida de este santo.

INSTRUCCION VIGÉSIMONOVENA.

MIÉRCOLES, 27 DE MAYO.

María, por su fé, es la reina de los Patriarcas y de los Profetas.

TEXTO. *Regina patriarcharum, Regina prophetarum, ora pro nobis.* Reina de los Patriarcas, Reina de los Profetas, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, expliquemos ante todo lo que se entiende por Patriarcas y Profetas, y luego diremos porqué la Virgen Santísima es su Reina... Bajo el nombre de Patriarcas comprendemos á los fundadores de las antiguas familias y en particular á los de la familia que había de darnos más adelante á María y á su divino Hijo... Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José y sus hermanos, á todos se les designa con el nombre de Patriarcas. Hay también otros; pero los que acabo de nombrar son los más célebres... ¿Cuáles son, por otro lado, los personajes á quienes la Sagrada Escritura llama Profetas?... Son unos hombres sobre quienes había venido á posarse el Espíritu de Dios, y á quienes él había revelado el porvenir, es decir las cosas que habían de suceder más adelante... Los más ilustres son los profetas David, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Diríase que todos ellos se habían arrodillado al pié de la Cruz del Salvador, y que habían sido testigos de su Pasión, al ver la exactitud con que refieren todas las circunstancias de su Pasión y muerte. Mas, esta noche, no es éste el asunto de que hemos de tratar. Vamos á demostrar, cómo María es la Reina de estos santos personajes.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. En todos los justos que vivieron antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, una fué la virtud especialmente dominante: la fé, la fé en el Mesías que había de venir, como tenemos nosotros mismos la fé en Jesucristo venido ya. Yo quisiera, en pocas palabras, mostraros que, en María, esta virtud fué incomparablemente más viva todavía, más grande que en los Patriarcas y en los Profetas. Y no obstante, san Pablo nos dice: *Con su fé, aquellos*

santos de la ley antigua vencieron los obstáculos, practicaron la justicia y obtuvieron las recompensas prometidas. Per fidem vicerrunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt reppromissionem (1). Vamos á demostrar en pocas palabras, que la fé, en la augusta Madre de Dios, produjo más maravillosos efectos, y con este título es eminentemente su Reina.

En primer lugar. Los Patriarcas y los Profetas triunfaron, con su fé, de los obstáculos que se oponían á su salvación; y en realidad, cristianos, para salvarse no tenían ellos tantos auxilios como nosotros tenemos... Apesar de las luces que tenían y de las comunicaciones que Dios les hacía, estaban menos enterados de las cosas de la salvación de lo que lo está el niño á quien preparamos para hacer su primera comunión. La razón es muy sencilla: no había nacido aún la Virgen María, no había brillado todavía Jesús, el divino Sol de las almas... ¡Oh santos Patriarcas, vuestra fé deseaba esta luz, pero mientras vivisteis no os fué dado gozar de ella!..

¡Con razón decíais, oh dulce Salvador: « Abraham deseó conocerme, y no le fué otorgada esta gracia (2) ». De ahí procede este gran mérito de la fé en los Patriarcas y Profetas, fé que fué bastante fuerte para hacerles triunfar del poder de Satanás, que entonces se hacía adorar bajo diferentes formas... Pero vuestra fé, oh divina Madre de Jesús, fué más viva aún; aquel poder del demonio, no solamente lo vencisteis, sino que, relativamente á vos, lo aniquilasteis y destruisteis... El adversario de Dios jamás ha podido decir que habíais estado ni un solo momento en su poder, y la fé con que creísteis en la palabra del Ángel, apesar de lo que tenía de contrario á la naturaleza el misterio que os anunciaba, era más meritoria aún que la de los Patriarcas y Profetas... Si, vos triunfasteis de una manera completa de los poderes del infierno; con vuestro consentimiento inspirado por la fé, los vencisteis para siempre; sed pues eternamente bendecida, oh *Reina de los Patriarcas y Profetas*!..

En segundo lugar. Los Patriarcas y Profetas practicaron, con su fé, la justicia. Así es, hermanos míos; y para citar únicamente al más ilustre de ellos, ved como Abraham camina siempre en la presencia de

(1) Hebr. XI, 33.

(2) S. Juan, VIII, 56.

Dios, y se muestra fiel en la observancia de aquel mandato del Espíritu Santo : « Camina en mi presencia y sé perfecto : *Ambula coram me et esto perfectus* (1)... » Siendo ya de avanzada edad, no esperaba ya tener descendencia, cuando Dios le promete un hijo, y él cree en la palabra divina... Mas, oh santo Patriarca, tu fé va á ser puesta á ruda prueba. Dios te ha dicho que tu posteridad igualaría en número á las estrellas del cielo, y he ahí que reclama de tí el sacrificio de Isaac, de tu hijo único!... No importa, hermanos míos, Abrahán obedece : resignábase á este sacrificio, cuando un ángel detuvo su brazo levantado ya para herir á su Isaac... ¡Qué sumisión á la voluntad de Dios ! ; Qué confianza en sus promesas!...

Dirijamos nuestros ojos, hermanos míos muy amados, hácia la Virgen María, y veamos como también á ella su fé la hizo practicar la justicia. No os diré aquí que, con el nombre de justicia, hay que entender el conjunto de todas las virtudes ; todos vosotros lo habeis comprendido... Pero comparemos su fé con la del santo Patriarca Abrahán. ¿Qué la dice el Arcángel Gabriel cuando la anuncia que ha de ser madre de Nuestro Señor?... La dice que de ella nacerá un Salvador, llamado Jesús, y que será el Hijo del Altísimo ; que Dios le dará el trono de David su padre, y que reinará eternamente sobre la posteridad de Jacob (2)...

Virgen angusta, cuán hermosos destinos se prometen á vuestro Hijo!... Pero Dios probará vuestra fé más de lo que probó la de Abrahán .. Madre del Hijo de Dios, que es al mismo tiempo hijo de David, id á ponerlo en el mundo en Belén, en medio de la oscuridad, en un miserable establo ; huid á Egipto para libraros de la cólera de Herodes ; volved á Nazareth... Vedle hasta la edad de treinta años trabajar como un simple obrero... ; Parece que tarda mucho en venir ese reino de David que se le prometió!... Su fé, hermanos míos, irá más léjos que la de Abrahán, su justicia y santidad seran incomparablemente mayores. ; Ella verá á su Jesús subir á aquella misma montaña donde Isaac había de ser inmolado!... Pero esta vez no vendrá un ángel á detener el brazo que debe herir á la víctima ; nó, el nuevo Isaac morirá real y verdaderamente en la cruz, madero escogido para

(1) Gén., XVII, 1.

(2) Luc., I, 31 y siguientes.

su sacrificio... Y María estará allí, con los ojos preñados de lágrimas, pero tranquila y resignada... Su fé no vacilará, y, apesar de todas las apariencias, permanecerá también firme, incomparablemente más firme que la de Abrahán... ; Oh, sí, Virgen santa, esta divina virtud os hizo practicar la justicia y la santidad, en un grado á que jamás llegó la fé de los Patriarcas ni la de los Profetas !

En tercer lugar, hermanos míos, ; cuán superiores son también á las de los Patriarcas y Profetas las recompensas obtenidas por la fé de María!... Y por este título también, ; con cuánta razón se la llama su *Reina*!... Indudablemente ocupan en el cielo un lugar muy elevado los santos Patriarcas de la antigua ley, modelos que la Iglesia ha propuesto siempre á la imitación de los cristianos. Y vosotros, santos Profetas, iluminados por el Espíritu divino, y que merecisteis anunciar de antemano las misericordias que Dios preparaba en lo venidero á los hombres, brillantes son sin duda los sitios que ocupais allá arriba en la patria de las almas... David, tú que veías á esta hija bendecida descendida de tu raza, sentarse en lo más alto de los cielos (1) ; Isaías, tú que cantabas con setecientos años de anticipación, la milagrosa virginidad de la Madre de nuestro Salvador (2), espléndida es la aureola que os corona en la mansión celestial... Pero, oh Patriarcas, oh Profetas, saludadla respetuosamente á vuestra Reina ; veneradla con amor ; su fé fué más grande que la vuestra, y ella le mereció recompensas con las que no pueden ser comparadas las de que vosotros gozais. Profetas, es el honor y el orgullo de vuestra nación... Patriarcas, es la alegría, la gloria de vuestra descendencia... Saludadla pues todos unánimemente, como á vuestra *Reina* muy amada. *Regina Patriarcharum ; Regina Prophetarum*.

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, yo hubiera querido, al terminar, citaros algun hecho histórico que glorificase á la Madre de Jesús ; pero me he olvidado de hablaros de un Patriarca cuya vida encierra muy interesantes circunstancias ; voy á referirla en pocas palabras, y haremos aplicación de ella á la Santísima Virgen. El patriarca José

(1) Salmo XLIV, 10.

(2) Isaías, VII, 14.

había sido vendido por sus hermanos; conducido á Egipto y hecho esclavo de Putifar, prefirió exponerse á la pasión antes que consentir tenlos infames deseos de una mujer impúdica... Dios, á quien se había mostrado fiel, le recompensó : él llegó á ser el salvador de sus hermanos, y les perdonó generosamente el crimen que con él habían cometido... Dos virtudes brillan principalmente en la vida de este santo Patriarca : su amor por la castidad, y la misericordia que tuvo con sus culpables hermanos.

¡ Ah! también bajo este punto la Virgen Santísima es la *Reina de los Patriarcas*. No hablemos de su pureza más que angelical; digamos únicamente una palabra de su misericordia. Cuando los hermanos de José, aterrados y temblorosos, no se atrevían á decir una palabra, adelantóse él hácia ellos, les consoló, les abrazó y les devolvió toda su amistad, diciendo estas sencillas palabras : *Yo soy José, vuestro hermano...* ; Oh María, nosotros, infelices pecadores, con nuestras faltas, no solamente hemos vendido á vuestro Hijo para que sea esclavo, sino que le hemos entregado á la muerte... ; Qué dolor hemos causado á vuestro maternal corazón!... Y sin embargo, siempre buena y misericordiosa, olvidais nuestra ingratitud y nuestros crímenes, y, en vez de castigarnos por ellos, nos excitaís al arrepentimiento; os inclináis amorosamente hácia nosotros y nos decís : « Nada temais, yo soy María Madre de Jesús. » ; Dulce *Reina de los Patriarcas y de los Profetas*, sed bendita para siempre y dignaos interceder por nosotros ! *Regina Patriarcharum, Regina Prophetarum, ora pro nobis ..* Así sea.

INSTRUCCION TRIGÉSIMA

JUEVES, 28 DE MAYO.

María, Reina de los Apóstoles mientras vivió en la tierra; Reina de los Misioneros que continúan la tarea de los Apóstoles.

TEXTO. *Regina Apostolorum, ora pro nobis.* Reina de los Apóstoles, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, todos sabeis cuáles son los santos á quienes llamamos Apóstoles... Doce compañeros á quienes el Señor había escogido de entre sus discípulos, para enviarles al objeto de preparar para recibir su visita á las ciudades y lugares, á donde él mismo tenía que pasar; de esta suerte les disponía para la misión de que más tarde habían de estar encargados... La palabra *Apóstol* significa, por lo tanto, un hombre enviado de una manera especial para predicar, á los que no la conocen, la divina doctrina de Nuestro Señor Jesucristo... Este dictado conviene por excelencia á san Pedro, san Pablo, san Jaime, san Juan, en una palabra, á los doce discípulos que Nuestro Señor Jesucristo había designado por sí mismo... Pero este título se aplica igualmente á aquellos que van á evangelizar los pueblos salvajes... San Dionisio, que fué el primero que hizo conocer el nombre del Salvador en los países que componen lo que hoy llamamos Francia, es llamado el Apóstol de las Galias... San Francisco Javier, que predicó el Evangelio á un sinnúmero de pueblos que lo ignoraban, y convirtió á reinos enteros, es llamado el Apóstol de las Indias... Os doy estas explicaciones para hacerlos comprender mejor el sentido en que saludamos á María como *Reina de los Apóstoles*...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. No es mi intento esta noche, presentaros á María elevada en el paraíso sobre todos los Apóstoles y venerada por ellos como una reina siempre amada... Nó; me fijaré en estos dos pensamientos: *primero*, las relaciones de María con los Apóstoles, mientras vivían en la tierra, y *segundo*, la protección que María ha otor-

había sido vendido por sus hermanos; conducido á Egipto y hecho esclavo de Putifar, prefirió exponerse á la pasión antes que consentir tenlos infames deseos de una mujer impúdica... Dios, á quien se había mostrado fiel, le recompensó : él llegó á ser el salvador de sus hermanos, y les perdonó generosamente el crimen que con él habían cometido... Dos virtudes brillan principalmente en la vida de este santo Patriarca : su amor por la castidad, y la misericordia que tuvo con sus culpables hermanos.

¡ Ah! también bajo este punto la Virgen Santísima es la *Reina de los Patriarcas*. No hablemos de su pureza más que angelical; digamos únicamente una palabra de su misericordia. Cuando los hermanos de José, aterrados y temblorosos, no se atrevían á decir una palabra, adelantóse él hácia ellos, les consoló, les abrazó y les devolvió toda su amistad, diciendo estas sencillas palabras : *Yo soy José, vuestro hermano...* ; Oh María, nosotros, infelices pecadores, con nuestras faltas, no solamente hemos vendido á vuestro Hijo para que sea esclavo, sino que le hemos entregado á la muerte... ; Qué dolor hemos causado á vuestro maternal corazón!... Y sin embargo, siempre buena y misericordiosa, olvidais nuestra ingratitud y nuestros crímenes, y, en vez de castigarnos por ellos, nos excitaís al arrepentimiento; os inclináis amorosamente hácia nosotros y nos decís : « Nada temais, yo soy María Madre de Jesús. » ; Dulce *Reina de los Patriarcas y de los Profetas*, sed bendita para siempre y dignaos interceder por nosotros ! *Regina Patriarcharum, Regina Prophetarum, ora pro nobis ..* Así sea.

INSTRUCCION TRIGÉSIMA

JUEVES, 28 DE MAYO.

María, Reina de los Apóstoles mientras vivió en la tierra; Reina de los Misioneros que continúan la tarea de los Apóstoles.

TEXTO. *Regina Apostolorum, ora pro nobis.* Reina de los Apóstoles, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, todos sabeis cuáles son los santos á quienes llamamos Apóstoles... Doce compañeros á quienes el Señor había escogido de entre sus discípulos, para enviarles al objeto de preparar para recibir su visita á las ciudades y lugares, á donde él mismo tenía que pasar; de esta suerte les disponía para la misión de que más tarde habían de estar encargados... La palabra *Apóstol* significa, por lo tanto, un hombre enviado de una manera especial para predicar, á los que no la conocen, la divina doctrina de Nuestro Señor Jesucristo... Este dictado conviene por excelencia á san Pedro, san Pablo, san Jaime, san Juan, en una palabra, á los doce discípulos que Nuestro Señor Jesucristo había designado por sí mismo... Pero este título se aplica igualmente á aquellos que van á evangelizar los pueblos salvajes... San Dionisio, que fué el primero que hizo conocer el nombre del Salvador en los países que componen lo que hoy llamamos Francia, es llamado el Apóstol de las Galias... San Francisco Javier, que predicó el Evangelio á un sinnúmero de pueblos que lo ignoraban, y convirtió á reinos enteros, es llamado el Apóstol de las Indias... Os doy estas explicaciones para hacerlos comprender mejor el sentido en que saludamos á María como *Reina de los Apóstoles*...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. No es mi intento esta noche, presentaros á María elevada en el paraíso sobre todos los Apóstoles y venerada por ellos como una reina siempre amada... Nó; me fijaré en estos dos pensamientos: *primero*, las relaciones de María con los Apóstoles, mientras vivían en la tierra, y *segundo*, la protección que María ha otor-

gado á aquellos que, continuando la obra de los Apóstoles, han anunciado á los pueblos infieles el Evangelio de su divino Hijo...

Primera parte. Relaciones de María con los Apóstoles, mientras vivieron en la tierra... Todos vosotros, hermanos míos muy amados, sabéis el cariño que estos discípulos escogidos profesaban á su divino Maestro... Le habían visto curar tantos enfermos, obrar tantos milagros; habían aprendido de él verdades tan nuevas y sublimes; finalmente, se había mostrado tan bueno para con ellos, tan indulgente con sus defectos, tan complaciente para instruirles, que no solamente le veneraban como un rey, sino que le adoraban además como á su Dios... ; Oh Pedro, cuando tú pronunciaste aquellas palabras: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo,» no eras más que el eco fiel de la fé que vivía en el corazón de tus compañeros!... ¡Juzgad ya, hermanos míos, cuál debía ser su respeto para la Virgen, que milagrosamente había puesto en el mundo á aquel Cristo, á aquel Hijo de Dios!...

Pero Jesús ha subido al cielo; durante quince años va á permanecer la Virgen en la tierra... Santos Apóstoles, ella será vuestra consejera, vuestro refugio... Cuando Jesús os anunciaba su partida, la tristeza se había apoderado de vuestras almas... Para consolaros, os ha dicho: «No os dejo en la orfandad...» Y era verdad; os dejaba su Madre, para que os sirviera de consejo, de consuelo y de apoyo... En efecto, hermanos míos, antes de partir para los cuatro ángulos del mundo para anunciar el Evangelio, todos piden á la Madre de Jesús su bendición, todos recomiendan á sus fervientes plegarias la misión que les está confiada... Si tienen un instante de desaliento, á ella es también á quien se dirigen... Santiago, el Apóstol de España, no cuenta más que con nueve discípulos después de una predicación de nueve meses; el pueblo no le quiere escuchar, permanece sordo á sus exhortaciones... ; *Reina de los Apóstoles*, acudid en su auxilio; para vos, nada es imposible!... En efecto, el Apóstol cuya alma esta desalentada divisa en lo alto de las torres de una ciudad, que se llama Zaragoza, á la augusta Madre de Jesús; ella reanima su ardor; ella le asegura su protección(1)... Santiago construye uno de los primeros santuarios que á la Virgen le

(1) V. Surium, *Vita Sancti Jacobi*.

han sido dedicados; y después, distribuyendo las vastas provincias de España entre sus nueve neófitos, les envía, en nombre de María, á anunciar el Evangelio de Jesús, y pocos años después se contaban á millares los nuevos convertidos...

Ignoramos, carísimos hermanos, lo que pasó en las regiones evangelizadas por los demás Apóstoles, pero está probado que todos debieron á los consejos y plegarias de María el éxito de sus predicaciones... ; Por esto era tan grande el amor que la profesaban!... Milagrosamente reunidos desde todos los extremos del mundo, asisten á sus últimos momentos, recojen sus últimas palabras, reciben su suprema bendición (1)... Mitigad vuestro dolor, discípulos muy amados; desde lo alto del cielo bendecirá también María vuestros esfuerzos; su Hijo la ha nombrado vuestra Reina, y lo será eternamente. *Regina Apostolorum, Reina de los Apóstoles*.

Segunda parte. He añadido, hermanos míos, que María era igualmente la Reina de los sucesores de los Apóstoles, de estos celosos misioneros que han continuado, que continúan todavía hoy la obra de los Apóstoles; en ella, efectivamente, es en quien estos corazones adictos y generosos ponen toda su confianza; en su poderosa protección esperan para el buen resultado de sus esfuerzos. San Francisco Javier, el Apóstol de las Indias, jamás se olvidaba de consagrar á la Santísima Virgen los nuevos países donde penetraba... San Vicente Ferrer empezaba siempre sus instrucciones con una invocación á María... Y aún en nuestros días, todos estos celosos sacerdotes que, abandonando generosamente su patria, van á predicar el Evangelio á esos pueblos que son infieles todavía, jamás se olvidan de rogar á esta augusta Virgen que bendiga sus esfuerzos; por esto, ¡cuántas veces nos refieren los *Anales de la Propagación de la Fé* conversiones alcanzadas por intercesión de esta poderosa Reina de los Apóstoles!

Aquí, hermanos míos, podría citaros gran número de ejemplos, probándoos que los apóstoles y los misioneros de todos los tiempos han considerado siempre á María como á su Reina... Uno solo bastará para mostraros los sentimientos que á todos les animaban... San Leonardo

(1) V. Poiré. *Triple couronne*; Mieckow, *passim*.

de Port-Maurice, á quien S. Alfonso de Lígorio llamaba el gran apóstol, el gran misionero de su siglo, profesaba hácia la Santísima Virgen la más tierna devoción... Oíd como hablaba de ella: « María, exclamaba, es nuestra Reina, es nuestra bienhechora. En cuanto á mí, cuando considero las gracias que por su intercesión he recibido, ¿sabéis á qué me comparo?... Permittedme declararlo aquí públicamente para gloria de mi augusta Soberana... Me comparo á uno de estos santuarios donde se venera una imágen milagrosa de la Virgen, y cuyas paredes estan tapizadas de *ex-votos* con esta inscripción mil veces repetida: *Por un favor de Maria*... Creo ver, en efecto, grabada en todas las partes de mí sér esta frase: Favor obtenido por *Maria*. Esta salud espiritual de que gozo, este divino ministerio que ejerzo, este santo hábito que llevo: *Favor de Maria*. Cada buen pensamiento, cada buena voluntad, cada buen sentimiento de mi corazón: *Favor de Maria*. Leer, leer; vereis escritas estas palabras encima mio, desde la cabeza hasta los piés, en mi cuerpo y en mi alma: *Favor de Maria*... ¡Bendita sea pues para siempre mi generosa bienhechora!... » Por esto, hermanos míos, ¡con qué entusiasmo predicaba las grandezas de María, con qué ardor recomendaba á sus oyentes la devoción hácia aquella amada Reina!... Innumerables eran las conversiones que alcanzaba, y todas las atribuía á la *Reina de los Apóstoles*... « Lo que no pueden, decía, el terror del infierno y del juicio, y los otros más terribles motivos, lo alcanzo yo con el sermón sobre nuestra buena Madre (1)... » Pues bien, hermanos míos, los sentimientos que animaban á aquel gran santo son los que han animado á todos los hombres verdaderamente apostólicos; sí, todos se han complacido en saludar á la Santísima Virgen como á su Reina: *Regina Apostolorum, Reina de los Apóstoles*.

PERORACIÓN. — Hay un santo, que nació y vivió en Francia, que convirtió á millares de personas, y que es llamado el apóstol de las Cevennes: es san Francisco Regis... Profesaba, como los Apóstoles y como nuestros santos misioneros, la más tierna devoción á la Santísima Virgen.... En la última hora de su vida, esta divina Madre de Jesús se

(1) Véase la *Vie de saint Léonard de Port-Maurice*, por Salvador d'Ormea, *passim*.

dignó aparecérsese... Tendido en el lecho donde iba á espirar, los que le rodeaban le decían: « Padre, vais á morir; sois muy jóven (tenía cuarenta y cuatro años), ofrezced vuestro sacrificio al Dios de bondad. » Y él les contestaba entusiasmado: « ¡Ah, hermanos míos, qué dicha! ¡cuán contento muero!... Veo á Jesús y á María que se dignan venir á mi encuentro... » Entonces, cruzando las manos, añadía: « Jesús, mi Salvador, os encomiendo mi alma, en vuestras manos la pongo... » Y luego espiraba... ¿Habeis comprendido bien, hermanos míos? ¡Jesús y María se le aparecieron!... María, *la Reina de los Apóstoles*, había tomado á aquel santo misionero bajo su especial protección; no le podía abandonar en el instante de su muerte... ¡Oh *Reina de los Apóstoles*, podamos tener también nosotros esta dicha de ser consolados, sostenidos y fortalecidos por vos en la hora de nuestra muerte! Ésta es la gracia que os pedimos; dignaos concedérsola. *Regina Apostolorum, ora pro nobis. Reina de los Apóstoles, rogad por nosotros*... Así sea.

INSTRUCCION TRIGÉSIMA PRIMERA.

VIERNES, 29 DE MAYO.

María, Reina de los mártires, por su fé, y por los dolores que padeció.

TEXTO. *Regina martyrum, ora pro nobis*. Reina de los mártires, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, refiérese que una madre que había perdido á su hijo único, un jóven de gran porvenir, estaba inconsolable por dicha pérdida... Su dolor, como el de Raquel llorando á sus hijos, no quería admitir lenitivo alguno; en vano trataba su confesor de verter sobre su alma el bálsamo de la resignación... « Pobre madre, la decía, sí, cruel es la prueba por que pasais; pero avivad vuestra fé, recordad el ejemplo de los santos; el santo patriarca Abrahan tampoco

tenía más que un hijo á quien amaba tiernamente, que había de heredar las promesas que Dios le había hecho. De pronto recibe la orden de ir á sacrificar él mismo con su propia mano á aquel hijo querido; mirad cuál fué su fé y obediencia. No vacila, parte con Isaac, llevando la leña necesaria para el sacrificio y la cuchilla con que había de degollar á su víctima. Su fé y su sumisión sean el modelo de la vuestra... « ¡Ay de mí! contestó suspirando aquella afligida madre, Dios pudo mandar este sacrificio á un padre, pero jamás se lo habría mandado á una madre... » Con esto quería decir que en el corazón de una madre había demasiada ternura, demasiado cariño para que Dios pudiese reclamar de ella semejante sacrificio.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Esta mujer, hermanos míos, se equivocaba, porque este sacrificio lo exigió Dios de la madre más tierna, más amante que jamás ha habido, de aquella á quien saludamos por *Reina de los mártires*. Quiero mostraros, esta noche, que María es la *Reina de los mártires, en primer lugar*, por su fé viva; *en segundo lugar*, por los dolores que padeció.

Primera parte. ¿Qué significa la palabra *mártir*?... Significa *testigo*, y se da especialmente este glorioso nombre á los santos que han derramado su sangre para afirmar la verdad de nuestras santas creencias.

La virtud que principalmente brillaba en los mártires era la fé; pero una fé fuerte, enérgica.. « Renegad de Cristo, » les decían, y ellos se negaban... En vano se empleaban promesas y amenazas para inmutarles; en vano ostentaban á su vista todos los instrumentos de tortura... « Hiere, verdugo, decía el mártir al perseguidor; yo creo en su divinidad, creo en sus promesas; nada arrancará de mí corazón esta fé... » Y los perseguidores inventaban suplicios inauditos, cuya sola idea hace estremecer de horror... Pero el mártir sonreía en medio de los suplicios, y entregaba generosamente su vida; como san Estéban, veía abierto el cielo y á Jesucristo dispuesto á recibir su alma... ¡Oh santos mártires de todas las edades, de todo sexo, de toda condición, cuán viva fué vuestra fé, pues para conservarla no vacilasteis en sacrificar vuestra vida!...

¡Ah, hermanos míos, cuán incomparablemente más viva y fuerte fué

esta fé en María!... Vos os complacisteis, Dios omnipotente, en probar esta fé... ¡Oh María, al ver á vuestro Hijo nacer tan pobre, al contemplar á aquel jóven obrero que trabaja al lado de san José, no vacila vuestra fé; afirmáis que es Dios!... Está bien... Pero cuando le contemplasteis clavado en la cruz, exhalando el último aliento entre dos ladrones, cuando vuestro corazón estaba tan cruelmente desgarrado, ¿vuestra fé no se sintió debilitada?... ¿Creísteis siempre que era el Hijo de Dios?... ¡Ah, hermanos míos muy amados, qué viveza en la fé de María, qué fervor en sus adoraciones, hasta cuando estaba más cruelmente probada!...

Segunda parte. Reina de los mártires por su fé, la Virgen Santísima lo es también por los dolores que experimentó. Indudablemente, hermanos míos, fueron atroces los tormentos padecidos por los santos mártires; con todo, segun las enseñanzas de la Iglesia y de los santos, no se pueden comparar con los de la Santísima Virgen... Ligeros son los tormentos más crueles infligidos á los cuerpos de los mártires, si se trata de compararles con vuestros padecimientos, oh santa Madre de Jesús, porque su intensidad traspasó lo más profundo, lo más íntimo de vuestro tan dulce corazón (1)... Es inútil insistir sobre este punto... Mientras Nuestro Señor Jesucristo estaba clavado en la cruz, su Madre estaba allí á su lado, triste, desolada, derramando lágrimas, porque una espada de dolor traspasaba su alma... *Stabat Mater dolorosa*... ¡Qué cuadro, cristianos, qué inagotable manantial de reflexiones para un corazón piadoso en estas sencillas palabras!...

La Madre de Jesús, la mujer incomparable, la Virgen purísima é inmaculada, Aquella que había educado al Salvador con tanto amor y ternura, Aquella que le amaba más que á su vida, estaba allí de pié en la hora de su cruel agonía, lo oía todo, lo veía todo, ninguna se le ocultaba de las circunstancias de aquella cruel Pasión...

¡Oía los alaridos, las burlas, las blasfemias, los insultos prodigados á la ilustre Víctima por los Judíos y por los verdugos!... Veía su furor y su corage; contemplaba aquella sangre que corría hasta el suelo; seguía, minuto por minuto, los estragos del dolor sobre el cuerpo

(1) V. el P. Poiré, S. Bernardo y Miéckow.

de su Hijo; escuchaba los latidos de su corazón, veía la muerte, ¡y qué muerte, gran Dios!... irle invadiendo lentamente... ¡Madre bendita! ¡ah, cuánta fué su tristeza y aflicción, al ver los padecimientos de su Hijo!... ¡Qué océano de amargura inundó su alma!... ¿Qué corazón sería bastante duro para contemplar sin emoción á la Madre de Jesús en aquellas lúgubres circunstancias?... ¿Quién podría dejar de estremecerse de pena y de amor, al veros, piadosa María, como pendiente de la cruz de vuestro Hijo?...

Vosotros habeis visto, cristianos, tal vez habeis experimentado vosotros mismos estos duelos terribles, estas inconsolables pérdidas, estas crueles separaciones, tales como la muerte las ocasiona... Habeis llorado, os habeis enternecido, vuestras lágrimas se han confundido con las de aquellos desolados padres que conducían á la tumba un sér querido... Pues bien, mirad ahora... ¡Considerad!... Ahí teneis al mejor de los hijos, á un Hijo que lo es todo para su Madre... ¡Pobre Madre! ya no tiene á san José para consolarse; su Hijo era su sostén, su dicha, su amor y su vida... ¡Le amaba!... ¿Hay necesidad de decirlo? Los ángeles y serafines aman menos en el cielo, de lo que María amó en la tierra... Y le ve sufrir sin poder aliviarle; le ve colgado por tres clavos de un infame patíbulo; le ve morir sin poderle estrechar las manos ni siquiera sostener en sus brazos su lánguida cabeza... ¡Ni aún la es posible darle un último beso!... Bebe hasta las heces el cáliz de los dolores... Vosotros, los que tan sensibles sois á los dolores ajenos, ¿seréis insensibles á los dolores, á las penas de esta alligida Madre?... ¡Oh María, fuente de amor, hacéndonos comprender la grandeza de vuestros dolores, alcanzadnos la gracia de que nos condolamos de vuestras penas y de que lloremos con vos!... (1).

PERORACIÓN. Sí, carísimos hermanos, me habeis comprendido... Si los santos y santas á quienes honramos como mártires han brillado por su fé, la Virgen Santísima es, con justo título, saludada como á su *Reina*, porque su fé fué incomparablemente mayor que la de todos los mártires reunidos... Si llamamos mártires á los que, para permanecer

(1). Sin embargo, los Doctores que la representan firme sin y lágrimas en los ojos, imitando al Padre eterno en su sacrificio, han visto, á mi entender, más léjos y han profundizado más... Tendré ocasión de tratar este punto...

fielos á Dios, han padecido los dolores más vivos, los más crueles suplicios, también por esto es María su *Reina*... Su martirio fué más largo: empezó en Belen para terminar en el Calvario... Sus padecimientos fueron mayores; tanto la sangre que corrió en el día de la Circuncisión, como la que se deslizaba á lo largo de la cruz, era la sangre más pura de su corazón... ¡Oh Jesús, oh Rey de los mártires, cuánto os amaba vuestra divina Madre, cómo participó su alma de todos vuestros padecimientos!... ¡Ojalá podamos comprender bien que nuestros pecados son los que causaron estos dolores, y sentirlos con toda nuestra alma!... ¡*Reina de los mártires*, dignaos alcanzarnos esta gracia! *Regina martyrum, ora pro nobis*... Así sea.

INSTRUCCION TRIGÉSIMOSEGUNDA.

SABADO, 30 DE MAYO.

María, modelo y sostén de las vírgenes.

TEXTO. *Regina virginum, ora pro nobis*. Reina de las vírgenes, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, ¿será menester que os diga que hay flores tamente delicadas que no se las puede cultivar en la tierra, que reclaman cuidados especiales y una temperatura siempre igual?... No vayais á exponerlas al frío, porque no se podrían abrir; evitad igualmente el calor demasiado fuerte, porque las marchitaría... Estas flores que tanto cuidado exigen son la imágen de la virginidad... Esta hermosa virtud no puede florecer en este bajo mundo más que con el auxilio de cuidados constantes y de extraordinarias precauciones... Sin la oración, sin la piedad, no se puede desarrollar, el corazón se pone demasiado frío para hacer á Dios los sacrificios que ella pide... En medio de las alegrías y seducciones de esta vida, si no sabemos preservar el alma de los

ataques de las pasiones, muy pronto se marchitará esta hermosa flor... Las plantas delicadas, de que os hablaba, reclaman un terreno especial, y luego un abrigo que las resguarde... Asimismo la pureza virginal pide para abrirse en toda su belleza la frecuente recepción de la sagrada comunión: ahí están los jugos que la nutren... El abrigo que la protege, ¡ah! lo habeis adivinado ya, es una tierna devoción hacia Aquella á quien, esta noche, saludamos como á *Reina de las vírgenes, Regina virginum.*

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Dulce Virgen María, bondadosa Madre de nuestro divino Salvador, ¡cuán bien merecido teneis este título, cuán justamente sois la patrona y la Reina de todas las almas virginales!.. *En primer lugar*, durante vuestra vida, fuisteis su modelo; *en segundo lugar*, desde que estais en el cielo, os habeis hecho su sostén...

Primera parte. La castidad, hermanos míos muy amados, es un deber para todo cristiano... Hasta para las personas casadas, hay una castidad necesaria para santificarse en la condición que han abrazado. Conviene añadir, que esta virtud consiste, para aquellos y aquellas que han entrado en el estado del matrimonio, en evitar ciertos excesos, en recordar la presencia de Dios, en una palabra, en acordarse de que son cristianos...

Pero aquí se trata de una virtud más elevada. Nuestro Señor Jesucristo en su Evangelio recomienda la virginidad como una cosa muy perfecta, añadiendo que, sin embargo, no todo el mundo está llamado á esta perfección... El Apóstol san Pablo, fiel eco del divino Maestro, dice igualmente: « Yo quisiera que todos vosotros entregaseis enteramente vuestro corazón á Dios, que estuviésteis libres no sólo de los cuidados de la casa, sino también de las inquietudes que lleva consigo la educación de los hijos; la virginidad es el estado más perfecto;... sin embargo, añade, podemos también santificarnos viviendo cristianamente en el estado del matrimonio... »

¿Y tú, Apóstol muy amado, qué nos vas á decir?... Fijos están tus ojos en el cielo, y, merced á tu pureza, te ha revelado Dios sublimes verdades. « Entreveo, nos dice, una multitud de almas más cerca del Salvador, que por do quier le acompañan como una guardia de honor. » — ¿Quiénes son pues, santo Apóstol, estos seres privilegiados? —

« Aquellos y aquellas que, triunfando de la pasión más temible, han sabido guardarse puros y conservar la virginidad... »

¡ Ah, hermanos míos! antes de la augusta Virgen María, esta pureza intacta no se conocía; ni aún se sospechaba el mérito que podía tener.. Apareceis vos, Virgen santa, é instantáneamente se revela á los sorprendidos ojos del mundo el mérito, el valor de esta nueva perla... ¿ Quién hubiese dicho, hace solamente cien años, el importante papel que había de desempeñar el vapor en la industria?... ¿ Sospecharon nuestros abuelos estas potentes máquinas cuya agua hirviendo dirige los talleres, y esas calderas que por nuestras vías férreas arrastran con toda rapidez estos pesados y numerosos vagones?... ¡ Honor á los que hicieron este descubrimiento! Sus conciudadanos les han erigido estatuas en los lugares que les vieron nacer... ¡ Honor también á vos, Virgen santa, que descubristeis y revelasteis al mundo la santa virginidad, esta hermosa y dulce virtud arrebatada al cielo!... Ella es la que da su celo á los Apóstoles, á los mártires su valor, á los confesores sus virtudes, y á tantos santos y santas su más brillante aureola. Flor bendita, vos, oh Reina de las vírgenes, sois quien la habeis transplantado á la santa Iglesia católica: es el único terreno don le crece... Vosotros, paganos y protestantes, no la conocéis: nó, jamás habeis conocido, jamás conoceréis esta hermosa virtud... ¡ Gracias, oh Madre purísima, por haberos dignado revelarla al mundo!...

Segunda parte. Inagotable sería, hermanos míos muy amados, el elogio de esta virtud... Apenas he hablado de la Santísima Virgen, y sin embargo habeis comprendido y, por otra parte, sabeis perfectamente, que ella es el modelo de las Vírgenes... Réstanos demostraros, en pocas palabras, cuál es el sostén de todos aquellos que, á su ejemplo, han tomado la resolución de practicar esta celestial virtud... ¡ Cuántos nombres os podría citar aquí!

— Ved á una santa Valeria, santa Agueda, santa Victoria y tantas otras que, ayudadas por la protección de la augusta María, padecen los más atroces tormentos para conservar intacta la santa virtud de la pureza... ¿ Veis ese jóven encerrado en un castillo? un día será el ilustre santo Tomás de Aquino... Quiere entrar en religión: delante de Jesús y de

María ha prometido guardar la santa virginidad... ¿Será fiel á su juramento?... ¿Cuán ruda tentación le prepara el infierno!... Sus hermanos, irritados por su resolución, envían una cortesana que pretende seducirle... ¿Qué vas á hacer, buen jóven?... ¿Qué va á hacer?... Se encomienda á la Virgen María; y después, cojiendo del hogar un tizón ardiendo, persigue con él á aquella desvergonzada mujer y la obliga á huir...

¿Quereis todavía otro ejemplo á lo menos tan conmovedor? Tomemos el de santa Eufemia. Era ésta una noble vírgen nacida de una ilustre familia; jóven aún, iluminada por el ejemplo de la divina Madre de Jesús, ha prometido conservar intacto el tesoro de la virginidad... Pero un hombre vicioso la quiere por esposa; su padre, para alcanzar la paz y evitar el saqueo de sus bienes, se ve forzado á dar su consentimiento... *Reina de las vírgenes*, ¿qué hará pues esta jóven que se ha colocado bajo vuestra protección?... ¿Quebrantará sus juramentos?... ¿Será infiel á sus votos?... No, hermanos míos; coje una navaja y se mutila el rostro... Así desfigurada, se libra del matrimonio que su padre había proyectado... Sí, pero su padre, irritado, la entrega para sirvienta á un colono, que la abruma á golpes y á malos tratamientos... Siete años se pasaron para santa Eufemia en esta triste situación. Después, un día de Natividad, María se dignó aparecerse á ella, rodeada de gran número de vírgenes y en medio de brillantes resplandores... ¡Oh milagro! la devolvió su primitiva hermosura, é hizo más todavía, convirtió á su padre, el cual, conmovido ante tal prodigio, edificó en aquel mismo sitio un monasterio de religiosas(1)...

PERORACIÓN. Sí, carísimos hermanos, María es realmente la *Reina de las vírgenes*; sí, divina Madre de Jesús, vos fuisteis la primera que revelasteis á la tierra el mérito de esta noble y sublime virtud de la virginidad. ¡Sed por ello bendita y glorificada para siempre!... Gracias á vos, esta flor celestial se abre y desarrolla siempre fecunda en el seno de la santa Iglesia católica... ¡Cuántas almas generosas han seguido vuestro ejemplo!... Augusta esposa del Espíritu Santo, ¡cuántos corazones han sido atraídos y seducidos por el olor de vuestros perfumes!... Inspi-

(1) Surius y Miéckow.

radnos también, oh Virgen santa, un verdadero amor á la pureza; haced que seamos siempre castos en nuestros pensamientos, reservados en nuestras palabras, irreprochables en nuestras acciones... Ésta es la gracia que os pedimos, oh *Reina de las vírgenes. Regina virginum, ora pro nobis*... Así sea...

INSTRUCCION TRIGÉSIMOTERCERA.

DOMINGO, 31 DE MAYO, ÚLTIMO DÍA DEL MES DE MARÍA

María, Reina de todos los santos; Reina y Madre de todos los cristianos.

TEXTO. *Regina sanctorum omnium, ora pro nobis.* Reina de todos los santos, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hémos ahí, carísimos hermanos, llegados al fin de este hermoso mes consagrado á María... Piadosos fieles, que con tanta exactitud seguís nuestros ejercicios de la noche, ¿no es verdad que os ha parecido corto?... Cada día hemos hablado de esta augusta Reina del cielo, y sin embargo apenas hemos empezado á hacer su elogio... Bendita Madre de Jesús, ¡oh! cuántas alabanzas todavía se os podrían dar!... Concedednos pues á todos, Dios mío, la gracia de que la veamos, alabemos y bendigamos por toda una eternidad, como la bendicen vuestros Angeles!... Un día, una terrible peste azotaba la ciudad de Roma... Era un espectáculo aterrador; el número de vivos apenas bastaba para sepultar los muertos... San Gregorio el Magno, uno de los papas más ilustres, ocupaba entonces la sede de san Pedro. Movido á piedad por las miserias de su pueblo, y lleno de confianza en la Virgen María, ordenó públicas rogativas y mandó hacer solemnes procesiones... No fué en vano... Al cabo de nueve días, el santo Pontífice divisó á un Angel que metía en la vaina la espada de la venganza divina; después, otros espíritus celestiales, bendiciendo la misericordia de Dios,

María ha prometido guardar la santa virginidad... ¿Será fiel á su juramento?... ¿Cuán ruda tentación le prepara el infierno!... Sus hermanos, irritados por su resolución, envían una cortesana que pretende seducirle... ¿Qué vas á hacer, buen jóven?... ¿Qué va á hacer?... Se encomienda á la Virgen María; y después, cojiendo del hogar un tizón ardiendo, persigue con él á aquella desvergonzada mujer y la obliga á huir...

¿Quereis todavía otro ejemplo á lo menos tan conmovedor? Tomemos el de santa Eufemia. Era ésta una noble vírgen nacida de una ilustre familia; jóven aún, iluminada por el ejemplo de la divina Madre de Jesús, ha prometido conservar intacto el tesoro de la virginidad... Pero un hombre vicioso la quiere por esposa; su padre, para alcanzar la paz y evitar el saqueo de sus bienes, se ve forzado á dar su consentimiento... *Reina de las vírgenes*, ¿qué hará pues esta jóven que se ha colocado bajo vuestra protección?... ¿Quebrantará sus juramentos?... ¿Será infiel á sus votos?... No, hermanos míos; coje una navaja y se mutila el rostro... Así desfigurada, se libra del matrimonio que su padre había proyectado... Sí, pero su padre, irritado, la entrega para sirvienta á un colono, que la abruma á golpes y á malos tratamientos... Siete años se pasaron para santa Eufemia en esta triste situación. Después, un día de Natividad, María se dignó aparecerse á ella, rodeada de gran número de vírgenes y en medio de brillantes resplandores... ¡Oh milagro! la devolvió su primitiva hermosura, é hizo más todavía, convirtió á su padre, el cual, conmovido ante tal prodigio, edificó en aquel mismo sitio un monasterio de religiosas(1)...

PERORACIÓN. Sí, carísimos hermanos, María es realmente la *Reina de las vírgenes*; sí, divina Madre de Jesús, vos fuisteis la primera que revelasteis á la tierra el mérito de esta noble y sublime virtud de la virginidad. ¡Sed por ello bendita y glorificada para siempre!... Gracias á vos, esta flor celestial se abre y desarrolla siempre fecunda en el seno de la santa Iglesia católica... ¡Cuántas almas generosas han seguido vuestro ejemplo!... Augusta esposa del Espíritu Santo, ¡cuántos corazones han sido atraídos y seducidos por el olor de vuestros perfumes!... Inspi-

(1) Surius y Miéckow.

radnos también, oh Virgen santa, un verdadero amor á la pureza; haced que seamos siempre castos en nuestros pensamientos, reservados en nuestras palabras, irreprochables en nuestras acciones... Ésta es la gracia que os pedimos, oh *Reina de las vírgenes. Regina virginum, ora pro nobis*... Así sea...

INSTRUCCION TRIGÉSIMOTERCERA.

DOMINGO, 31 DE MAYO, ÚLTIMO DÍA DEL MES DE MARÍA

María, Reina de todos los santos; Reina y Madre de todos los cristianos.

TEXTO. *Regina sanctorum omnium, ora pro nobis.* Reina de todos los santos, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hémos ahí, carísimos hermanos, llegados al fin de este hermoso mes consagrado á María... Piadosos fieles, que con tanta exactitud seguís nuestros ejercicios de la noche, ¿no es verdad que os ha parecido corto?... Cada día hemos hablado de esta augusta Reina del cielo, y sin embargo apenas hemos empezado á hacer su elogio... Bendita Madre de Jesús, ¡oh! cuántas alabanzas todavía se os podrían dar!... Concedednos pues á todos, Dios mío, la gracia de que la veamos, alabemos y bendigamos por toda una eternidad, como la bendicen vuestros Angeles!... Un día, una terrible peste azotaba la ciudad de Roma... Era un espectáculo aterrador; el número de vivos apenas bastaba para sepultar los muertos... San Gregorio el Magno, uno de los papas más ilustres, ocupaba entonces la sede de san Pedro. Movido á piedad por las miserias de su pueblo, y lleno de confianza en la Virgen María, ordenó públicas rogativas y mandó hacer solemnes procesiones... No fué en vano... Al cabo de nueve días, el santo Pontífice divisó á un Angel que metía en la vaina la espada de la venganza divina; después, otros espíritus celestiales, bendiciendo la misericordia de Dios,

cantaban : « Regocíjate, Reina de los cielos, porque el Hijo que mereciste dar al mundo, resucitó cual lo había prometido... » Tal es el origen, hermanos míos, de esta hermosa plegaria que cantamos durante el tiempo pascual. *Regina cæli, lætare...* Se refiere que el Soberano Pontífice añadió únicamente á ella estas palabras : *Ora pro nobis Deum*; Rogad á Dios por nosotros (1)... Cesó el azote, y á la desolacion le siguió la alegría...

Proposición y División. Quisiera, hermanos míos, demostraros que, cuando saludamos á la Santísima Virgen como *Reina de todos los santos*, no hacemos más que repetir los elogios que allá arriba la dan los Angeles... ; Mas nó!.. Digamos más bien: *en primer lugar*, que María es la Reina de todos los santos ; y *en segundo lugar*, que para nosotros es al mismo tiempo Reina y Madre...

Primera parte. María, *Reina de todos los santos*. ; Oh poderosa Madre del Hijo de Dios, concededme la gracia de que haga comprender bien á todos estos fieles que me rodean, vuestras grandezas, vuestra sublimidad, tales como las comprendo yo !.. Carísimos hermanos, cuando hablamos de esta Reina del paraíso, se os tiene que repetir siempre : belleza, esplendor, magnificencia, misericordia, amor, gloria ; estas son siempre las palabras que acuden á nuestros labios ; y con todas estas expresiones, las más ricas tal vez que posée el lenguaje de los hombres, no hemos dicho nada... Nó, mis buenos amigos, os lo aseguro por el amor que merece la muy amada Madre de nuestro divino Salvador, no tenemos una idea de lo que es la *Reina de todos los santos*... ; Cuántas cosas has encerrado, Iglesia santa de Dios, bajo esta invocación!... ; *Reina de todos los santos* !...

¿ Veis allá arriba, en las más elevadas profundidades del paraíso, muy cerca del trono de la augusta Trinidad, serena, tranquila, majestuosa, y sobre todo misericordiosa y buena, á una Reina sentada en un trono?.. Serafines, Angeles y Arcángeles. ;cual os inclináis delante de ella!... ; Oh ! veneradla, os lo ruego... Carísimos hermanos, ¿necesito repetirlo?... Es su Reina. Santos Patriarcas y Profetas, vuestros ojos se fijan amorosamente en ella... Realmente es la Virgen que habíais predicho, aquella flor que había de salir del árbol de Jesé. ; Ah! os arrodillais de-

(1) V. Mansi, Vicente de Beauvais, Mieckow, etc.

lante de ella! ; Benditos seais !... Apóstoles, san Pedro, san Juan, Santiago ; qué dicha para vosotros todos la de volvería á ver en el cielo !... ; Fue para vosotros tan buena!... Os teneis por dichosos volviéndola á ver Soberana... Y vosotros, santos Mártires, venís á hacer balancear vuestras palmas delante de ella... ; De manera que también es vuestra Reina!... Hermanos míos, ¿acaso es posible salvarse sin la protección de María?... ; Ah! ese valor, esa energía que tuvieron los mártires en medio de los más crueles tormentos es una gracia que María les alcanzó, por los méritos de su divino Hijo... Pero, ¿qué hacen cerca de su trono esos venerables personajes?... Son los santos confesores. Agustín, Ambrosio, Crisóstomo, Basilio, Bernardo, Tomás y otros muchos que sería demasiado prolijo enumerar, la estan dando gracias por las luces que ella les dió, por los favores que les obtuvo .. ; Oh Jesús cuán bella es la Virgen María !... ; Cómo habeis glorificado á vuestra Madre!

Pero ¿ cuál es ese grupo blanco que se adelanta?... Dijérase que es una inmensa muchedumbre de jovencitas preparándose para su primera comunión ... ; Qué belleza, qué lozanía en el velo que las sirve de adorno ! ... ; Seríais vosotras, santa Teresa, santa Clara, vírgenes que habeis seguido las huellas de María?... Sí, hermanos míos muy amados, miradlas, con el lirio de la virginidad en la mano, arrodillándose ante el trono de María... ; Oh mi Reina, oh Madre mía, oh la más dulce alegría de mi alma!... ! Qué dicha experimento al pensar que sois la Reina del paraíso, que todos los santos se inclinan ante vuestro augusto trono !... Sí, saludadla todos, sí, bendecidla con toda vuestra alma, Patriarcas, Apóstoles, santos de todas edades y condiciones... ; Es vuestra soberana ! ... Jamás se ha visto, ni se verá jamás criatura tan sublime ... *Reina de todos los santos*, todo el paraíso os bendiga eternamente ... Pero vos sois misericordiosa, dignaos interceder por nosotros. *Regina sanctorum omnium, ora pro nobis.*

Segunda parte. Sí, hermanos míos muy amados, como os decía, cuando se habla de la Virgen María, el asunto es inagotable... Al hablaros de los santos, yo me habría podido servir de una comparación: vedla ahí . En el primer día del año, los funcionarios todos se presentan unos después de otros al rey (cuando un Estado tiene rey) para ofrecerle sus respetos, y si la acogida ha sido benévola, cada cual se retira

contento y satisfecho ... Así, durante la eternidad, el paraíso todo se presentará ante María, y todos estarán contentos y satisfechos.... Pero yo quisiera mostraros lo que es para nosotros, que vivimos todavía en este suelo, la *Reina de todos los santos* ... Para nosotros tiene un doble título : es Reina y es Madre...

Es Reina. Si recordais aún el catecismo, hermanos míos muy amados, si habeis conservado un recuerdo de las instrucciones que se os dieron, cuando se os preparaba para vuestra primera comunión, ¡ ah! sabéis perfectamente lo que es para vosotros la divina Madre de Jesús... Reina tres veces sagrada, por su Concepción inmaculada, por las virtudes que practicó, y por los dolores que padeció por nosotros, infelices pecadores, cuando su divino Hijo espiró en el Calvario... ¡ Respetémosla, pues!... ¡ Amemos, veneremos para siempre á esta augusta Reina!... Ocupe siempre su imágen, como la de su divino Hijo, un sitio de honor en nuestras moradas!... ¡ Qué! somos cristianos, y no tendríamos en nuestras casas una imágen de la Santísima Virgen, en la cual pudieran fijarse con amor nuestras miradas?... ¡ Ah! hermanos míos muy amados, os conjuro á ello, dad este testimonio de respeto á la que es vuestra Reina...

Si al título de Reina preferís el de Madre, os diré también que es Madre vuestra y que, así como conservaríais cuidadosamente un retrato que os trajese á la memoria el recuerdo de vuestras madres, así también habeis de guardar amorosamente lo que pueda recordaros á esta Madre bendita, que tenemos en el cielo... Una madre es tan buena, tan indulgente y luego, cuando es cariñosa, tiene tanto poder sobre el corazón de su hijo... Escuchad una historia, que os mostrará el poder de María sobre el poder de su Hijo. ¡ Ojalá os decida á todos á depositar vuestra confianza en ella!...

Un Romano, jóven todavía, se había distinguido por su bravura; había salvado al ejército, había tomado una ciudad entonces célebre que se llamaba Corioles, de donde vino el nombre de Coriolano con que es más conocido en la historia... Después de mil servicios prestados á su patria, se vió precisado á abandonarla para evitar una condena que no había merecido. Parte, pero al dejar su ciudad natal, furioso y no respirando más que venganza, se vuelve hácia aquel pueblo que

le ha proscrito, extendiendo el brazo : « Me volverás á ver, dice, volveré á entrar en tus muros, pero á la cabeza de un ejército enemigo. » Dice, se pasa á los enemigos de su patria, es nombrado general, gana tres batallas á sus conciudadanos y va á sitiar aquella ciudad de Roma que le había arrojado de su seno... Todo estaba sumido en la consternación; enviáse, para apaciguar al vencedor, á los primeros magistrados de la ciudad : él se niega á recibirlos. Preséntanse los sacerdotes ; tampoco se les recibe... ¿ Qué hacer?... No hay más remedio, la ciudad será saqueada ; él lo ha prometido á sus soldados. Mas, nó... La madre de aquel hombre vivía aún. En aquel peligro extremo, cubierta de largos ropajes de luto, va ella á encontrar á su hijo, le pide gracia por la injusticia de que fué víctima, y aquel hombre feroz, aquel irritado guerrero cae llorando en los brazos de su madre ; no puede resistir á sus súplicas, ¡ perdona á su ingrata patria!...

Os he dicho, carísimos hermanos míos, que la *Reina de todos los santos* era nuestra Madre. Por el Bautismo, pertenecemos á su Hijo. ¡ Nos ha perdonado tantas veces nuestras faltas en el sacramento de la Penitencia!... Y sin embargo al pecar le echamos, le arrojamos de nuestra alma... Irritado y terrible, por su justicia nos va á entregar á Satanás, de quien nos hemos hecho esclavos... Con tus preces de cada día tú, santa Iglesia católica, intercedes por este pecador... Nó, es demasiado culpable, Jesús vuelve la cabeza á otro lado... ¡ Angel custodio, ven á rogar por esta pobre alma!... Lo hace, hermanos míos; pero no es bastante poderosa su intercesión... ¡ Oh Madre de Jesús, oh Madre de nosotros todos, no tenemos más que un solo medio de salvación... Id á encontrar á vuestro Hijo, y pedidle nuestro perdón!... Ella se presenta, hermanos míos, pide y es oída favorablemente... Infelices pecadores, si el Dios de bondad nos aguarda desde tanto tiempo, sepamos á lo menos á quien somos deudores de tal favor...

Vosotros me direis tal vez : Es que yo no la he invocado... Tanto peor para vosotros ; pero no creais, por más que seais un impío ó un ingrato, que dejéis de ser deudores á la Virgen Santísima de muchos beneficios... Una madre no abandona á su hijo enfermo ; sin que éste se lo pida, acude al médico y proporciona á este hijo á quien ama los auxilios necesarios... Así lo hace la Virgen María...

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, al terminar este hermoso me de María, ¡ cuánto deseo inspiraros á todos una tierna devoción hácia esta augusta Reina!... Amadla, os lo ruego; profesadla respeto y veneración; no paseis ni un día sin dirigirla una invocación, por corta que sea... Un vaso de agua dado á un pobre en nombre de Jesús, no quedará sin recompensa... ; Oh María, alegría de las almas, amor de los corazones piadosos, gloria y sostén de la Iglesia, perla del paraíso; oh dulce Reina, divina Madre de Jesús, todas las generaciones os puedan alabar y bendecir para siempre!... ; *Reina de todos los santos*, luce la tierra con el cielo para rendiros el mayor número posible de homenajes!... ; Venid, ancianos, á inclinar vuestros cabellos blancos ante ella, y decidla : Reina, yo os saludo!... ; Venid, madres de familia, á venerarla é invocarla y decidla : Reina, á vos me encomiendo!... ; Venid, piadosas jovencitas, niños que os preparais para la primera comunión, venid á postraros á sus piés y á decirle : Reina del cielo, vos sois nuestro sostén, nuestro consuelo, nuestra esperanza!... ; Ah, hermanos míos, amigos míos, formemos todos juntos en torno suyo un solo corazón y un alma sola!... ; Oh divina Madre de Dios, delicia del cielo, espléndida joya del paraíso, sí, para vos nuestros corazones, para vos nuestras almas, para vos nuestros pensamientos, nuestros anhelos, nuestro cariño... para vos los latidos de nuestros pechos en el tiempo y en la eternidad!... Así sea...

FIN DEL TOMO SEXTO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

INSTRUCCIONES POPULARES PARA UNA PRIMERA CUARESMA.

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

- INSTRUCCIÓN 1ª. — En la Misa. — Bondad del padre del Hijo prodigo; ingratitud de este último. 4
 INSTRUCCIÓN 2ª. — Por la noche. — Dureza é insensibilidad del Hijo prodigo, imágen de la dureza é insensibilidad del pecador 8

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

- INSTRUCCIÓN 3ª. — En la Misa. — El Hijo prodigo marcha de la presencia de su padre y consume toda su hacienda : aplicación á los pecadores. 22
 INSTRUCCIÓN 4ª. — Por la noche. — Miseria del Hijo prodigo : hácese esclavo; aplicación á los pecadores. 29

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

- INSTRUCCIÓN 5ª. — En la Misa. — Degradación y abyección del Hijo prodigo; aplicación á los pecadores. 42
 INSTRUCCIÓN 6ª. — Por la noche. — Reflexiones del Hijo prodigo; resolución que toma. 49

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

- INSTRUCCIÓN 7ª. — En la Misa. — Vuelta del Hijo prodigo; sus cualidades : aplicación á los pecadores. 63
 INSTRUCCIÓN 8ª. — Por la noche. — Alegría causada por la vuelta del Hijo prodigo, imágen de la alegría causada por la vuelta del pecador. 70

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, al terminar este hermoso me de María, ¡cuánto deseo inspiraros á todos una tierna devoción hácia esta augusta Reina!... Amadla, os lo ruego; profesadla respeto y veneración; no paseis ni un día sin dirigirla una invocación, por corta que sea... Un vaso de agua dado á un pobre en nombre de Jesús, no quedará sin recompensa... ¡Oh María, alegría de las almas, amor de los corazones piadosos, gloria y sostén de la Iglesia, perla del paraíso; oh dulce Reina, divina Madre de Jesús, todas las generaciones os puedan alabar y bendecir para siempre!... ¡Reina de todos los santos, luce la tierra con el cielo para rendiros el mayor número posible de homenajes!... ¡Venid, ancianos, á inclinar vuestros cabellos blancos ante ella, y decidla: Reina, yo os saludo!... ¡Venid, madres de familia, á venerarla é invocarla y decidla: Reina, á vos me encomiendo!... ¡Venid, piadosas jovencitas, niños que os preparais para la primera comunión, venid á postraros á sus piés y á decirle: Reina del cielo, vos sois nuestro sostén, nuestro consuelo, nuestra esperanza!... ¡Ah, hermanos míos, amigos míos, formemos todos juntos en torno suyo un solo corazón y un alma sola!... ¡Oh divina Madre de Dios, delicia del cielo, espléndida joya del paraíso, sí, para vos nuestros corazones, para vos nuestras almas, para vos nuestros pensamientos, nuestros anhelos, nuestro cariño... para vos los latidos de nuestros pechos en el tiempo y en la eternidad!... Así sea...

FIN DEL TOMO SEXTO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

INSTRUCCIONES POPULARES PARA UNA PRIMERA CUARESMA.

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

- INSTRUCCIÓN 1ª. — En la Misa. — Bondad del padre del Hijo prodigo; ingratitud de este último. 4
 INSTRUCCIÓN 2ª. — Por la noche. — Dureza é insensibilidad del Hijo prodigo, imágen de la dureza é insensibilidad del pecador 8

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

- INSTRUCCIÓN 3ª. — En la Misa. — El Hijo prodigo marcha de la presencia de su padre y consume toda su hacienda : aplicación á los pecadores. 22
 INSTRUCCIÓN 4ª. — Por la noche. — Miseria del Hijo prodigo : hácese esclavo; aplicación á los pecadores. 29

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

- INSTRUCCIÓN 5ª. — En la Misa. — Degradación y abyección del Hijo prodigo; aplicación á los pecadores. 42
 INSTRUCCIÓN 6ª. — Por la noche. — Reflexiones del Hijo prodigo; resolución que toma. 49

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

- INSTRUCCIÓN 7ª. — En la Misa. — Vuelta del Hijo prodigo; sus cualidades : aplicación á los pecadores. 63
 INSTRUCCIÓN 8ª. — Por la noche. — Alegría causada por la vuelta del Hijo prodigo, imágen de la alegría causada por la vuelta del pecador. 70

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

INSTRUCCIÓN 1ª. — Primer miércoles de cuaresma. — ¿Qué es el sacramento de la Penitencia? Su eficacia.	16
INSTRUCCIÓN 2ª. — Segundo miércoles. — Porqué no siempre es eficaz el sacramento de la Penitencia.	36
INSTRUCCIÓN 3ª. — Tercer miércoles. — Necesidad del examen de conciencia; qué condiciones ha de tener.	56
INSTRUCCIÓN 4ª. — Cuarto miércoles. — Necesidad de la contrición; dos clases de contrición, una perfecta y otra imperfecta.	77
INSTRUCCIÓN 5ª. — Domingo de Pasión, (por la noche). — Buen propósito; ha de ser firme y eficaz.	90
INSTRUCCIÓN 6ª. — Quinto miércoles. — Importancia de la satisfacción: condiciones que ha de tener.	97

DOMINGO DE PASIÓN (en la Misa). — Reflexiones con motivo del decreto del cuarto Concilio general de Letran, que prescribe la confesión anual y la comunión pascual.	84
---	----

SOBRE LA COMUNION PASCUAL

DOMINGO DE RAMOS (por la noche). — Excusas que se alegan para dispensarse de la comunión pascual; razones que nos obligan a cumplir este precepto.	103
--	-----

INSTRUCCIONES POPULARES PARA UNA SEGUNDA CUARESMA

INSTRUCCIÓN 1ª. — ¿Qué es el hombre?	111
INSTRUCCIÓN 2ª. — ¿De dónde venimos?.. ¿A dónde vamos?	117
INSTRUCCIÓN 3ª. — De como el hombre está colocado en el camino que ha de conducirle al cielo.	122
INSTRUCCIÓN 4ª. — De como se abandona el camino que ha de conducir al cielo.	123
INSTRUCCIÓN 5ª. — De como Jesucristo nos busca cuando hemos abandonado el buen camino.	133
INSTRUCCIÓN 6ª. — Del momento de la gracia.	130

INSTRUCCIÓN 7ª. — Orgullo, respeto humano, principales obstáculos para la confesión.	145
INSTRUCCIÓN 8ª. — Necesidad que tienen todos de convertirse.	151
INSTRUCCIÓN 9ª. — No se piensa bastante en la muerte: este pensamiento sería saludable.	157
INSTRUCCIÓN 10ª. — El juicio particular.	163

INSTRUCCIONES POPULARES PARA CADA DIA DEL MES DE MAYO.

INSTRUCCIÓN 1ª. — Maria es la criatura más amada de Dios; la más poderosa sobre su corazón.	166
INSTRUCCIÓN 2ª. — Maternidad divina, título el más glorioso para Maria; fuente de todas sus demás prerrogativas.	175
INSTRUCCIÓN 3ª. — Reflexiones sobre Jesucristo y reconocimiento que debemos a Maria por habérselo dado	179
INSTRUCCIÓN 4ª. — Maria, Madre de la divina gracia.	183
INSTRUCCIÓN 5ª. — Amor que Maria profesaba a la pureza; imitar este amor.	187
INSTRUCCIÓN 6ª. — Madre amable; cualidades que debe tener nuestro amor por Maria; debe ser tierno, constante y generoso.	191
INSTRUCCIÓN 7ª. — Madre del Criador, Madre del Salvador.	195
INSTRUCCIÓN 8ª. — Prudencia de la Santísima Virgen: cómo debemos imitarla	198
INSTRUCCIÓN 9ª. — Titulos de Maria a nuestra veneración: todos la deben honrar.	202
INSTRUCCIÓN 10ª. — La Virgen Santísima es digna de alabanzas por su dignidad, por sus virtudes y por su bondad para con nosotros.	209
INSTRUCCIÓN 11ª. — Poder de la Virgen Santísima en el cielo, en la tierra y sobre los demonios.	213
INSTRUCCIÓN 12ª. — Clemencia de Maria probada por la autoridad de la Iglesia y por la experiencia.	217
INSTRUCCIÓN 13ª. — Maria fiel a sus promesas, a las inspiraciones de la gracia.	221
INSTRUCCIÓN 14ª. — Maria reproduce los rasgos del Salvador y los refleja sobre nosotros.	225
INSTRUCCIÓN 15ª. — Maria, trono de la sabiduría con respecto a su Hijo: trono de la sabiduría con relación a nosotros.	228
INSTRUCCIÓN 16ª. — Maria, causa de nuestra alegría porque nos	

dió á Jesús y porque derrama sobre nosotros las más abundantes gracias.	232
INSTRUCCIÓN 17ª. — María, perfecto modelo de piedad para con el prójimo.	236
INSTRUCCIÓN 18ª. — María comparada á la rosa; crece entre las espinas, es la reina de las flores y proporciona remedio saludable; aplicaciones de estas propiedades á la Santísima Virgen.	241
INSTRUCCIÓN 19ª. — María, ornamento de la Iglesia; su más seguro baluarte contra sus enemigos.	246
INSTRUCCIÓN 20ª. — María, verdadera Casa de oro, nos trae á la memoria los más dulces recuerdos; ella es para nosotros un abrigo, un refugio.	250
INSTRUCCIÓN 21ª. — María, señal de alianza de Dios con los hombres; María, defensa de los cristianos.	254
INSTRUCCIÓN 22ª. — María, puerta del Cielo, porque nos dió á Jesucristo, y nadie sin su protección puede llegar al cielo.	258
INSTRUCCIÓN 23ª. — María precede á la venida de Jesús; se queda después de su partida.	263
INSTRUCCIÓN 24ª. — María, salud de los enfermos para las enfermedades del cuerpo y para las del alma.	267
INSTRUCCIÓN 25ª. — María, refugio de los pecadores; como deben recurrir los pecadores á este refugio que Dios les ha dado.	271
INSTRUCCIÓN 26ª. — María, nuestro consuelo en las aflicciones del cuerpo y en las del alma.	278
INSTRUCCIÓN 27ª. — María, auxilio de los cristianos; porqué y en qué circunstancias lo es.	282
INSTRUCCIÓN 28ª. — María, reina de los Angeles por su dignidad y por su propia excelencia.	286
INSTRUCCIÓN 29ª. — María por su fé es la reina de los Patriarcas y de los Profetas.	290
INSTRUCCIÓN 30ª. — María, reina de los Apóstoles mientras vivió en la tierra; reina de los Misioneros que continúan la tarea de los Apóstoles.	295
INSTRUCCIÓN 31ª. — María, reina de los mártires, por su fé y por los dolores que padeció.	299
INSTRUCCIÓN 32ª. — María, modelo y sostén de las vírgenes.	303
INSTRUCCIÓN 33ª. — María, reina de todos los santos: Reina y Madre de todos los cristianos.	307



